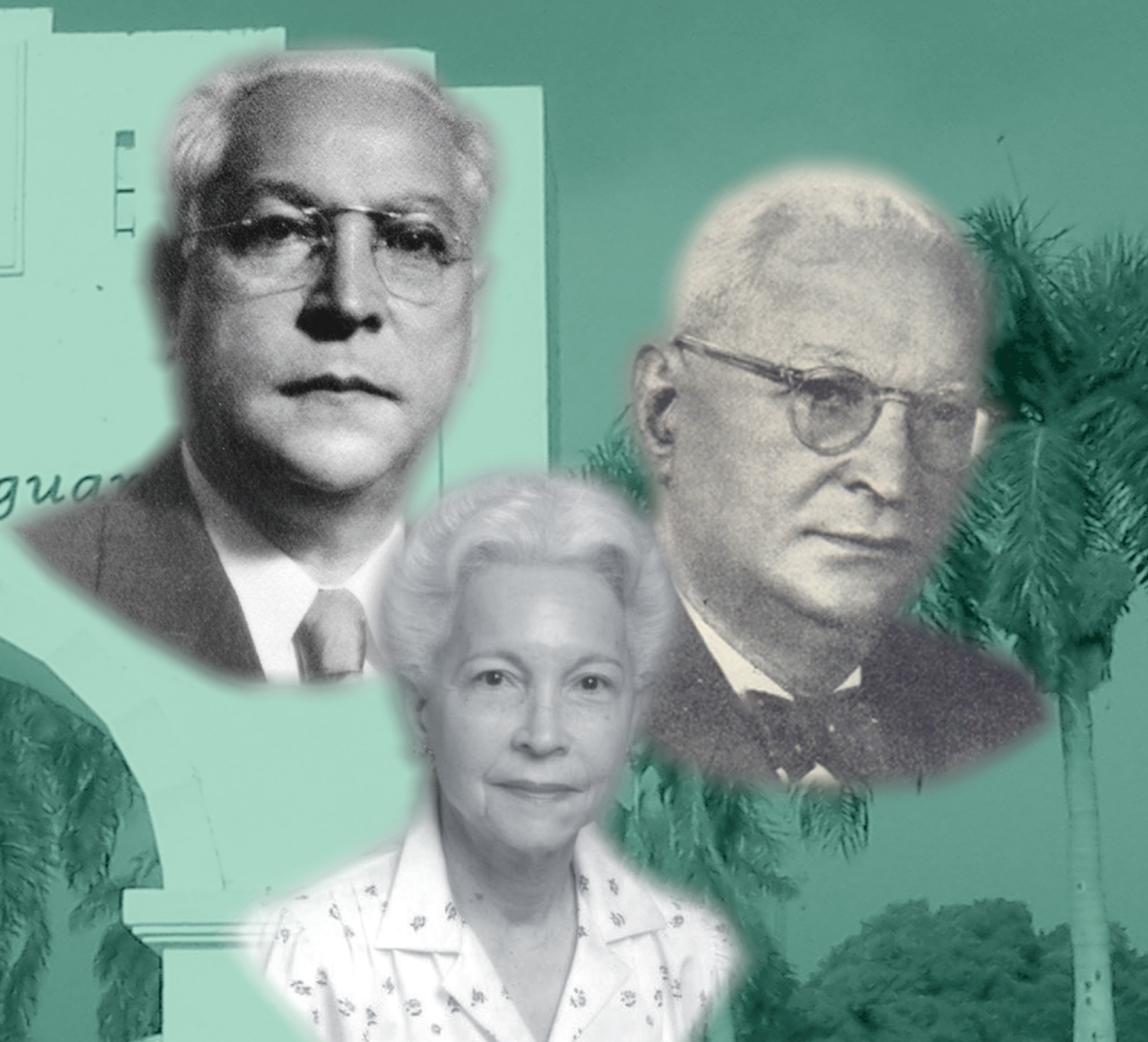


Archivo General de la Nación
Volumen LXXXIII



*Perlas de la pluma
de los Garrido*

Edgar Valenzuela
EDITOR

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo
de la Dirección General de Aduanas

**Perlas de la pluma
de los Garrido**

Archivo General de la Nación
Volumen LXXXIII

**Perlas de la pluma
de los Garrido**

Edgar Valenzuela
EDITOR

Santo Domingo
2009

Archivo General de la Nación, Volumen LXXXIII
Título: *Perlas de la pluma de los Garrido*
Editor: Edgar Valenzuela

Departamento de Investigación y Divulgación
Directora: Dra. Reina C. Rosario Fernández

Cuidado de edición: Lilliam Hiraldo
Diagramación y diseño de cubierta: Raymer A. Dominguez
Fotografías cortesía de: Víctor Alejandro, Edna, Dulce,
María Garrido y Xiomarita Pérez.

Ilustración de portada: Emigdio Osvaldo Garrido,
Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs.

De esta edición:
© Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz 2, Ciudad Universitaria,
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-020-72-4

Impresión: Editora Búho, C. por A.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

*Hoy es más importante que nunca recordar el pasado,
no rechazarlo, no partir de la nada. Lamentablemente,
a menudo queremos empezar todo de nuevo,
y cometemos errores que ya se cometieron una vez y
a nadie sirvieron de enseñanza.*

OLEG EFREMOV

AGRADECIMIENTOS

A la joven de 96 años Edna Garrido de Boggs, por su generosa colaboración, y a Martha Ellen Davis, su aventajada discípula.

A Roberto Cassá y a Raymundo González, por su ejemplo y su visión de futuro.

A Salvador Alfau, por su colaboración en la revisión del material histórico.

A todo el equipo técnico del Archivo General de la Nación por su apoyo.

CONTENIDO

TRAS LAS HUELLAS DE LOS GARRIDO / 15

E. O. GARRIDO PUELLO / 27

NARRACIONES, TRADICIONES Y ANÉCDOTAS

Párese la leyenda / 31

Las dos cajas de dientes / 33

Un raro caso de honradez / 37

Anécdota del general Wenceslao Ramírez / 41

Presunción o realidad / 45

Brujería / 49

Reminiscencias de la ocupación yankee / 53

El cerco / 63

Costumbres de antaño / 67

ENSAYOS

Olivorio / 75

Historia de un periódico / 105

MEMORIAS

En el camino de la historia / 123

Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia
como miembro correspondiente / 141

SEMBLANZAS

General José del Carmen Ramírez / 157

Dr. Alejandro Cabral / 167

Leovigildo Cuello / 173

BIBLIOGRAFÍA / 177

VÍCTOR GARRIDO / 179

LA DIPLOMACIA DE LOS CAÑONES

Saint Denys y el 27 de Febrero / 183

Las negociaciones de la Junta Central Gubernativa
con Saint Denys / 193

EL JUICIO DE LA HISTORIA

Duarte y Santana / 231

Santana no tuvo conciencia de la nacionalidad
(Contestación a una encuesta de *El Caribe*) / 239

Santana y Báez / 251

Carta réplica a nieto de Sánchez / 257

RAÍCES DEL ESCRITOR Y DEL POLÍTICO

El Valle de La Maguana / 263

Común de San Juan / 275

El regreso / 295

Mi poesía / 297

Elegía Blanca / 301

Protesta contra la Convención Dominico-Americana de 1907 / 303

Remisión del cheque de cancelación de la deuda externa / 307

BIBLIOGRAFÍA / 311

EDNA GARRIDO DE BOGGS / 305

DOS CUENTOS FOLKLÓRICOS

Las Lomas «Dos Hermanos» / 317

El rey Francisco y la reina Mora / 321

ROMANCES

Salí de La Casa de Juego / 329

Blanca Flor y Filomena / 335

Las señas del marido / 339

Caballero Jerezano / 341

CONFERENCIA

El dominicano visto a través de sus Juegos / 347

ESTUDIOS

Baile / 361

La «sarandunga» (leyenda banileja) / 371

Fiestas / 383

Creencias / 387

Trabalenguas / 389

Diccionario dominicano de refranes / 393

Historia y estado actual de investigación sobre el folklore de Santo Domingo / 411

JUEGOS

Folklore infantil de Santo Domingo / 419

BIBLIOGRAFÍA DEL FOLKLORE DOMINICANO / 431

ÍNDICE ONOMÁSTICO / 437

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN / 445

TRAS LAS HUELLAS DE LOS GARRIDO

A lo largo del siglo xx, los Garrido empuñaron la pluma, no la espada, como hicieron sus antecesores, los Puello, en la guerra patria del siglo anterior. Su renombre es producto de sus ideas, no del uso de la fuerza.

Emigdio Osvaldo Garrido Puello, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs nos ofrecen tres visiones de la República Dominicana, y particularmente del Sur, donde crecieron física y culturalmente. Son tres visiones que, por haberlas registrado en papel, hoy pueden servir de punto de partida para elaborar otros enfoques innovadores.

E. O. Garrido Puello (Badín) nació en la última década del siglo xix. Cuando San Juan de la Maguana era una aldea sin electricidad, sin edificios de hormigón, sin restaurantes ni bibliotecas; cuando estaba dedicada básicamente a la producción agrícola y ganadera, y eran difíciles las comunicaciones con el resto del mundo.

Nieto del general Eusebio Puello, quien se destacó en la Guerra contra Haití, Badín Garrido se resistió a la ocupación norteamericana



General Eusebio Puello.

de 1916 a 1924. Como no estaba en condiciones de hacer oposición armada, fundó un periódico para combatirla. El primer número de *El Cable*, nombre con que lo bautizó, salió el 5 de febrero de 1921.

Con *El Cable* –semanario, en principio, y bisemanario, después– Badín Garrido tuvo el medio apropiado para promover tanto la lucha por la liberación nacional e iniciativas de gran incidencia social como el programa de dominicanización de la frontera. «Me cuidé en todo momento de que las informaciones insertadas en el periódico tuvieran revestidas de seriedad y decoro. Jamás sus informaciones fueron desmentidas. Un periódico para tener autoridad moral debe ser verídico y responsable».¹

Durante nueve años, el bisemanario circuló en el país y en el extranjero; difundió trabajos de escritores entonces incipientes, como Max Uribe y Víctor Garrido, y dio especial cobertura a las informaciones de Haití. No hay mejor fuente que *El Cable* para conocer la vida del Sur en los años veinte. Por la calidad de su impresión y el vigor de su línea informativa, muchos de sus artículos fueron reproducidos en los periódicos *Listín Diario*, de Santo Domingo; *La información*, de Santiago, y *Patria*, de San Pedro de Macorís.

La publicación de informaciones, artículos y editoriales forjó a Badín Garrido como cronista de su realidad. En esta tarea volcó la pasión literaria que descubrió en la adolescencia y creó una tribuna para difundir los ideales de su tiempo. Con la llegada al poder del general Rafael Leonidas Trujillo, sin embargo, el país cambió de rumbo. El 23 de agosto de ese año, Badín Garrido tuvo que cerrar el periódico debido a la hostilidad del nuevo régimen. «Frente a la presión oficial y las amenazas militares, le dije adiós al periodismo, vestí de luto mi pluma y enterré *El Cable*. (...) Preferí eliminarlo a transigir con la dictadura y convertirlo en historión al servicio del mal».²

1 E. O. Garrido Puello, *Historia de un periódico*, Santo Domingo, D.N., Impresora Arte y Cine, 1973, p. 48.

2 E.O. Garrido Puello, *En el camino de la historia*, Santo Domingo, D.N., Impresora Arte y Cine, 1977, pp. 127.

Reaparece como escritor costumbrista

Por espacio de 30 años, E. O. Garrido Puello optó por la autocensura hasta que en 1960 reapareció con *Narraciones y tradiciones sureñas*. Con este libro, el primero de su bibliografía, relanzó su voz.

«Son episodios o anécdotas que el autor ha vivido o que han vivido los amigos que le han hecho la confianza. En algunos casos, para no herir susceptibilidades, se ha encubierto la identidad con nombres supuestos, ya que no hay el propósito de mortificar a nadie, sino de presentar asuntos que forman parte del espíritu de nuestro pueblo».³ Concita especial interés la historia de la pareja de campesinos que contrae matrimonio en una ceremonia que en ocasiones parece real, y en otras solamente posible en el «país inverosímil» al que alude el poeta Pedro Mir en *Hay un país en el mundo*. Igualmente la del dentista que se las ingenia ante un hombre del campo que se resiste, por tacañería, a arreglarse la dentadura.

Sócrates Nolasco, visiblemente impresionado con su lectura, anota en el prólogo:

Badín Garrido es escritor natural. Sus conceptos limpios, sueltos y firmes despiertan e incitan la curiosidad del lector; los párrafos se iluminan y las Narraciones se fijan en la memoria con personal señorío [...] Badín consigue en sus Narraciones..., a pesar del designio de ser sincero, que algunos de sus asuntos, por el calor humano que les infunde, superen en ciertos aspectos al cuento típico, ahora de moda.⁴

Convencido de que son «auténticos ejemplares de la riqueza que vaga dispersa» en el Sur, Nolasco precisa: «Al final de cada

3 E. O. Garrido Puello, *Narraciones y tradiciones sureñas*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Librería Dominicana, 1960, p. 9.

4 Sócrates Nolasco, prólogo en *Narraciones y tradiciones sureñas*, p. 5.

asunto se refresca el buen humor, el del buen gusto... Pertenece al género que algunos críticos franceses han definido: *Petite Historie*.⁵ Podrían aprovecharse para complementar momentos históricos y hasta para urdir amplias leyendas». En efecto, Badín Garrido se ocupó de recoger historias donde la gente común y corriente es la protagonista.

El curandero legendario

No sorprende que su próximo libro fuera *Olivorio*. En este ensayo, que el autor califica de «histórico», describe la vida del curandero del mismo nombre nativo de San Juan de la Maguana, y los factores que dieron origen al movimiento mesiánico en torno suyo. Como conoció personalmente al personaje, tuvo acceso a informaciones obtenidas en el mismo lugar de los hechos, muchas de las cuales están publicadas en *El Cable*.

Para documentarse, entrevistó a hijos de Olivorio, a figuras contemporáneas y recopiló las noticias publicadas en los diarios. Badín Garrido no se limitó a reconstruir el ambiente ni el «don» de Olivorio para curar enfermos, predecir el futuro o atraer miles de personas. Emite juicios de valor sobre su persona, su nivel académico y su activismo religioso.

La primera edición de *Olivorio* data de 1963 y todavía hoy provoca encendidos debates. El desacato de Olivorio al desarme ordenado por la ocupación militar norteamericana de 1916 a 1924 es, por lo general, el principal detonante en las tertulias itinerantes y en el ámbito académico. Varias corrientes de pensamiento se disputan la razón: una reivindica a Olivorio como guerrillero antiimperialista; otra, lo venera como a un dios, y no faltan quienes lo descalifican, alegando que es producto de la ignorancia y del subdesarrollo.

El Dr. Roberto Cassá, aunque reconoce el carisma del personaje, es uno de los especialistas que ofrece en sus escritos una

5 Del francés *Pequeña historia*, sucesos de la vida cotidiana.

visión alternativa más cercana a la verdad histórica. De todos modos Olivorio Mateo hace tiempo que dejó de ser historia y pasó al nivel de la leyenda. Olivorio anunció en varias ocasiones que lo iban a matar, y todo parece indicar que si no lo matan las tropas norteamericanas, Trujillo habría ordenado su muerte.

Badín Garrido continuó publicando sus libros, con sus propios recursos, hasta el último suspiro. Cultivó diferentes géneros: la crónica, el relato, el cuento, el ensayo, la biografía y las conferencias. Sus memorias, *En el camino de la historia*, son muy reveladoras. En ellas recrea las primeras décadas del siglo xx dominicano, los gobiernos que se alternaron en el poder a raíz del asesinato del presidente Ramón (Mon) Cáceres, los años en los que por dondequiera surgía un caudillo dispuesto a tomar el poder por vía armada, los aprestos para prolongar más allá de 1930 el gobierno del presidente Horacio Vásquez, la persecución desatada en su contra por Trujillo, entre otros temas.

La acuciosa pluma de Víctor Garrido

A diferencia de su hermano Badín, Víctor Garrido cultivó más el verso. Prueba de ello son sus *Poesías completas* y los premios que obtuvo en concursos de este género. El poema «Elegía Blanca» ha trascendido el tiempo. Aunque en distintas etapas de su vida fue maestro, diputado, Secretario de Estado y embajador, esto no le impidió ser un acucioso investigador. Comenzó a publicar temprano. Fue redactor y editorialista de *El Cable*. Para 1936 ya encontramos sus artículos publicados en *Clío*, revista de la Academia Dominicana de la Historia.

Merecen especial atención su ensayo sobre el origen del Valle de la Maguana, y el informe sobre las costumbres de San Juan, escrito en 1922. Algunas de sus publicaciones más edificantes están relacionadas con los acontecimientos del 27 de febrero de 1844 y la pugna que se desató al interior de la Junta Central Gubernativa, debido al intento de imponer un

tratado mediante el cual Francia daría protección militar y financiera a la nación dominicana a cambio de la cesión de por vida de la bahía de Samaná.⁶

En *La política de Francia en Santo Domingo*, y en «Exégesis de la correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo» incluido en *Espigas Históricas*, Víctor Garrido describe cómo el cónsul Saint-Denys, pese a ser representante de un gobierno de ultramar, se convirtió en el árbitro de los destinos dominicanos y alentó medidas de represión en contra de Juan Pablo Duarte y de José Joaquín Puello, a quienes calificó de «alborotadores e intrigantes» por luchar por una nación libre e independiente de toda potencia extranjera.⁷

Al final, Duarte fue condenado al exilio de por vida y José Joaquín Puello, fusilado.

La tríada de Lilís

Los niños, en nuestro país, crecen escuchando en las escuelas que Duarte, Sánchez y Mella son los tres padres de la patria, sin que sus profesores les expliquen cuándo se les reconoció como tales ni las razones que tuvieron las autoridades para elevarlos a esa categoría. Víctor Garrido es de los historiadores que objeta que Sánchez y Mella compartan con Duarte los honores de padres de la patria. Sus razones para impugnarlos se basan en que:

- 1 Fue el dictador Ulises Heureaux (Lilís) quien auspició el reconocimiento de la tríada para destruir «toda posibilidad de reivindicación de (Pedro) Santana» como padre de la patria, porque no simpatizaba con él. Bajo su mandato, el Congreso

6 Víctor Garrido, «Exégesis de la correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo 1844-1846», *Espigas históricas*, Santo Domingo, D. N., Imprenta Arte y Cine, 1971, pp. 113-174.

7 «Se pensó en fusilar a Duarte y sus principales consortes. El destierro fue una medida de clemencia», Víctor Garrido, *Espigas históricas*, pp. 117-139.

Nacional, mediante la Resolución Núm. 3392, de fecha 11 de abril de 1894, legalizó la tríada.⁸

- 2 Considera que Francisco del Rosario Sánchez fue «un desertor» del ideal trinitario, ya que luego de proclamar la República Dominicana, la noche del 27 de febrero 1844, negoció junto a Tomás Bobadilla y el cónsul Saint-Denys el protectorado con Francia. Negociaciones validadas con su firma en la resolución del 8 de marzo de 1844.⁹
- 3 Matías Ramón Mella fue funcionario del presidente Pedro Santana y al servicio de este viajó a España a negociar otro protectorado militar y financiero con esa nación.¹⁰

El propio Lilís, pícaramente, había advertido: «No me muevan el altar que se me caen los santos».¹¹

Duarte y Santana o Duarte y Luperón

Víctor Garrido tuvo una lúcida intervención en una de las batallas culturales más importantes libradas durante la Era de Trujillo. En 1957, con la venia del tirano, *El Caribe* convocó a un grupo de intelectuales a una encuesta acerca de la actuación

8 Juan Isidro Jimenes Grullón, *El mito de los padres de la Patria*, Santo Domingo, Editora Universitaria, 1971, pp. 81-83.

9 En una carta que dirigiera Víctor Garrido al nieto de Sánchez, Carlos, afirma: «Sánchez, no sólo era un disidente de la actitud de los autores del 9 de junio, sino que había desertado de las ideas trinitarias y liberales desde que asociado con don Tomás Bobadilla visitó el consulado de Francia para entregarle a Saint-Denys la resolución del 8 de marzo que pedía a esa nación el protectorado de nuestra República». *Espigas históricas*, pp. 295; *Política de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*, pp. 38-69.

10 A propósito del viaje de Matías Ramón Mella a España, Víctor Garrido señala, en la página 211 de *Espigas históricas*, «La misión del que más tarde compartiría inmerecidamente con Duarte los honores de padre de la patria, culminó en rotundo fracaso».

11 Pese a sus «errores políticos», Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella murieron en la lucha por la restauración de la independencia dominicana. Terminaron abrazados a la causa libertaria que comenzaron.

política y militar de Santana. El historiador Emilio Rodríguez Demorizi se adelantó a declarar «caduca» la tríada de los padres de la patria y propuso sustituirla por el binomio «Duarte y Santana». Según Rodríguez Demorizi, y Manuel Arturo Peña Batlle, «el miedo a volver a ser haitianos» fue lo que impulsó al general Pedro Santana a buscar un protectorado extranjero, o la propia anexión.¹²

La respuesta de Víctor Garrido no se hizo esperar:

Los alegatos de que el General Santana se vio compelido a efectuar la anexión por miedo a que nuestro país cayera nuevamente en manos de Haití, y con el propósito de «preservar las esencias hispánicas y católicas heredadas» o por un «ideal de estirpe», son simple invención de los que a la sombra de una nueva revisión histórica de manga ancha quieren excusar al Marqués de las Carreras su trágica aventura anexionista. ¿Cómo la excusarían si en vez de hacer la anexión a España hubiese logrado hacerla con Francia o los Estados Unidos? (...) Santana fue anti-haitiano, pero no dominicano independiente.¹³

Víctor Garrido se distinguió por su habilidad en la exposición escrita y oral. Dada su afición al estudio de temas históricos, él sabía que el propósito de elevar a Pedro Santana al nivel de Padre de la Patria provocó una controversia que comenzó en el siglo XIX, y que cíclicamente se reaviva hasta estos días. La más escandalosa la protagonizaron en 1889 el secretario particular de Santana, el novelista Manuel de Jesús Galván y el historiador José Gabriel García.¹⁴

12 *El Caribe*, 1957 (los ejemplares de esta edición fueron recogidos). La propuesta de Emilio Rodríguez Demorizi está contenida en el artículo «Nuevas noticias acerca de Santana», Roma, 1951.

13 Víctor Garrido, *Espigas históricas*, pp. 214-219.

14 Manuel de Jesús Galván, *Artículos y controversia histórica*, Santo Domingo, D. N., edición del Archivo General de la Nación, 2008, pp. 109-262. Edición a cargo de Andrés Blanco Díaz.

No fue el único intelectual que descartó a Santana como prócer de la Guerra de Independencia. Ni entonces ni después. Juan Isidro Jimenes Grullón, en *El mito de los padres de la patria*, también objetó a Santana y la validez de la tríada. En su lugar sugirió el binomio: «Duarte y Luperón». Duarte es el pensamiento y Luperón, la acción, sólo que la acción verdaderamente nacionalista.¹⁵

Con su libro *En la ruta de mi vida*, Víctor Garrido hizo en vida una aproximación a la transparencia contrastante con el pacto de silencio que suscribieron la mayoría de los funcionarios contemporáneos suyos, quienes decidieron llevarse a la tumba sus experiencias en la vida pública. Gracias a esta publicación se puede conocer cómo surgieron su vocación literaria, sus colaboraciones políticas con distintos gobernantes y sus protestas contra la intervención norteamericana de las aduanas dominicanas.

Al referirse a él cuando desarrolla el tema la «flor y nata de la intelectualidad» en la Era de Trujillo, el ensayista Manuel Núñez afirma:

Víctor Garrido fue un funcionario ejemplar. Honesto de leyenda. Competente. (...) Fue además Secretario de Estado del Tesoro y Crédito Público. Durante su ejercicio se fundaron el sistema bancario y el sistema monetario de la República. Los primeros billetes puestos en circulación por el Banco Central de la República fueron firmados por Garrido.¹⁶

Edna Garrido: pionera del folclore dominicano

Para dar seguimiento a la tradición familiar, Edna Garrido se graduó de maestra normal en el Instituto de Señoritas Salomé

15 Jimenes Grullón, *El mito*, p. 88.

16 Manuel Núñez, *Peña Batlle en la Era de Trujillo*, Santo Domingo. Letra Gráfica, 2007. pp. 456-457.

Ureña en 1934 (En 1887 su abuela Ana Josefa Puella fue una de las seis primeras maestras normales que se graduaron en el país). Luego de 12 años de docencia en 1944 tomó un curso con el folklorista norteamericano Ralph Boggs, que cambió su destino. Bajo su orientación amplió el dominio de las técnicas para la investigación folklórica en los Estados Unidos.

A su regreso a República Dominicana, Edna Garrido se trasladó a los pueblos del interior del país con una cámara al cuello, una libreta en la mano y una pintoresca grabadora, decidida a recoger las manifestaciones autóctonas del pueblo dominicano. El trabajo de campo pronto comenzó a arrojar resultados concretos. En 1946 sale publicado su libro *Versiones dominicanas de romances españoles*.

Los romances son poemas populares de autor anónimo que narran un cuento, y que se transmiten oralmente a través de una canción sencilla. En la edad media, los juglares cantaban ante un público analfabeto que se deleitaba al escuchar sus historias. Eran cantantes-poetas que se ganaban la vida viajando de pueblo en pueblo, cantando romances para entretener a la gente. En la introducción de su obra, Edna Garrido da una pista sobre el método recomendado para recopilar romances. «Lo único que hay que hacer es buscarlos fuera de las ciudades, pues la avalancha de poesía nueva, hace tiempo los ha desterrado de ellas, salvo contadas excepciones; adentrarse en los pueblos, campos y serranías; allí es donde encontraremos nuestra vieja tradición».¹⁷

Entre 1946 y 1947 realizó grabaciones de tambora, güira y acordeón directamente en el corazón del pueblo; de toques de atabales, cantos y salves, las primeras que se hicieron en República Dominicana. Su estudio sobre el origen y las características del baile de la «sarandunga», de Baní, es ya un clásico del folklore dominicano.

Durante 10 años recopiló cuentos, refranes, adivinanzas, décimas, trabalenguas, creencias, costumbres y juegos, que le

17 Edna Garrido, *Versiones dominicanas de romances españoles*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Impresora Montalvo, 1946, p. 8.

servieron de materia prima para el libro *Folklore infantil de Santo Domingo*, su obra cumbre. A esto hay que agregar el dinamismo que desplegó en la fundación de sociedades folklóricas, en la publicación de boletines y artículos, en la organización de cursos y en la orientación de nuevos folkloristas, entre los que se destaca Fradique Lizardo.

Los libros de E. O. Garrido Puello, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs son lectura ineludible en la búsqueda de la verdad. Aportan datos, documentos, investigaciones, leyendas. Representan la voz de una de las familias de escritores más productivas del siglo xx dominicano. La ciencia no puede descalificarlos o aprobarlos a priori, sino estudiarlos con renovado rigor.

En este volumen ofrecemos una muestra, que muy bien podría ser ampliada abrevando en las ediciones originales, agotadas desde hace tiempo. Por ser desconocidas para las nuevas generaciones, el objetivo de esta selección es despertar el apetito. Con este modesto esfuerzo bibliográfico esperamos contribuir a vacunarlas contra el olvido y a facilitar su lectura en la Era Digital.

EDGAR VALENZUELA



E. O. GARRIDO PUELLO

E. O. GARRIDO PUELLO (1893-1983)

Periodista, ensayista, narrador, historiador empresario, nacido un 5 de agosto en San Juan de la Maguana. Fundó el periódico *El Cable*, el cual se destacó por su vigorosa línea editorial durante la ocupación militar norteamericana entre 1916-1924. Desarrolló una intensa actividad empresarial. Fue cronista de su época y un visionario promotor del desarrollo. Fundó la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en 1967. Gracias a su carácter emprendedor hizo posible una extensión de la misma en su ciudad natal en 1975. Por gestiones del historiador Emilio Rodríguez Demorizi, fue designado miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia.

OBRAS PUBLICADAS:

Escudriñando en mi escritorio, 1984; *El Sur en la historia, las ciencias y la literatura*, 1981; *Reflejos de ayer*, 1978; *En el camino de la historia 1911-1967*, 1977; *Nieblas de otoño*, 1976; *Historia de un periódico*, 1973; *Espejo del pasado*, 1972; *Olivorio, ensayo histórico*, 1963; *Narraciones y tradiciones sureñas*, 1960.

NARRACIONES, TRADICIONES Y ANÉCDOTAS

Párese la leyenda¹

Siempre he tenido suerte para encontrarme en el momento preciso en el lugar donde haya algo divertido al cual se le pueda apostillar un comentario.

Una tarde que moría angustiosamente entre agua, relámpagos y truenos, acerté a refugiarme en la casa del oficial del Estado Civil, fugitivo de la impiedad del cielo. En aquellos momentos se oía a distancia como el ruido sordo que producen cascos de caballos en marcha. Pocos ratos después, una caballería llamó a la puerta: era un matrimonio campesino. Se desmontaron, amarraron como pudieron las cabalgaduras y entraron al hogar tibio y acogedor, sacudiendo lodo y agua sobre el piso recién pulido.

Ya sabemos las características de estos matrimonios: una novia vestida de tela barata con una flor llamativa en la cabellera, no siempre lacia, casi siempre porfiada, y novio y acompañamiento endomingados, es decir, luciendo lo mejor de su ropero, si lo tienen, o tomándolo prestado de algún generoso vecino. La lluvia había hostilizado el matrimonio todo el camino, malhumorada y traviesa.

El oficial del Estado Civil, hecho cargo de la seriedad del acto, dispuso el acondicionamiento del salón: una mesa con los libros del oficio y a su redor, las sillas indispensables. Una lámpara de gas chisporrotea desde el tablado. Algunos curiosos,

1 E. O. Garrido Puello, *Narraciones y tradiciones sureñas*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Librería Dominicana, 1960, pp 19-20.

discretamente, gastan chistes sobre la indumentaria de los campesinos. El funcionario, muy reconocido por su honorabilidad, invita a los contrayentes, padrinos y testigos a tomar asiento. Después de haberse situado en el lugar conveniente, empieza la ceremonia con toda solemnidad.

El matrimonio era entonces una institución muy respetable y su celebración se revestía de gravedad y formulismos propios de la época. En el ambiente flota un sutil perfume de comicidad.

El oficial civil, en carácter y con toda la seriedad de su función, comienza a leer los documentos. La costumbre era fastidiosa. Se leían actas, artículos del Código, autorizaciones y otras piezas incoloras y sin importancia. Hay un religioso silencio. De repente, una voz rompe la armonía de ese silencio, sonando discordante, atrasada, inoportuna. Es el novio que, poniéndose en pie y dando con la mano un fuerte golpe sobre la mesa, dice solemnemente, con voz grave, como si pronunciara una sentencia o anunciara un fausto acontecimiento:

—Párese la leyenda, que tengo ganas de mirar.

Y uniendo la acción a la palabra, hace rumbo a la puerta y descaradamente, como a quien no le importa lo que piensan los demás, ejecuta el acto en presencia de todo el acompañamiento, que en actitud indefinida no sabe si reír, sorprenderse o mostrar indiferencia. Mientras tanto, el oficial del Estado Civil, admirado de tanta audacia, fijaba en el tunante sus ojos como dos afilados puñales, pero en silencio.

Cumplido el desahogo renal, con el mismo empaque y desfachatez vuelve a su asiento, golpea la mesa y expresa, siempre en carácter, como un buen actor:

—Siga la leyenda, que ya mié.

La insolencia de este burdo campesino no estaba tanto en la acción como en la actitud. Se creía un rey rodeado de cortesanos. No otra cosa se podía juzgar de su desvergonzada manera de obrar. Mientras tanto, en un ángulo del salón, contemplando la escena, yo pensaba, remedando a un escritor argentino:

—Qué buena patada por la parte menos noble de su humanidad se merece ese fanfarrón.

Las dos cajas de dientes²

Sentado frente a su mesa de trabajo, pensativo y calculador, David Martínez libraba una batalla interior. Desde hacía tiempo revolvía su imaginación en busca de una fórmula que lo llevara hasta la boca de Pancho Paula, campesino astuto, tacaño y de posibles; pero empeñado en no gastar la plata en provecho de su persona y del dentista. Martínez era dentista de mucha clientela en el Sur, donde se le conocía bien, no tanto por su profesión como por sus anécdotas y chistes, siempre sabrosos y mordaces.

En la época de esta historia los dentistas y médicos eran escasos en la región del Sur. Los que aparecían se trasladaban de pueblo en pueblo en busca de clientes y de dinero. Martínez era uno de ellos.

Pancho Paula, que pasaba del medio siglo, tenía sus antojos y deseos que la boca, deteriorada por los años y el desaseo, se negaba a complacer; pero como más podía en él la tacañería que los antojos, el dentista no podía convencerlo de que dos cajas de dientes influirían poderosamente en la conservación de su salud, proporcionándole, además, todos los medios de satisfacer sus complicados caprichos culinarios. El problema del dentista no era tanto la posible ganancia, que no dejaba de ser prometedor, como la de vencer una temeraria resistencia

2 E. O. Garrido Puello, *Narraciones*, pp 20-33.

que no estaba acostumbrado a encontrar por los caminos de su carrera profesional. Siempre había tenido éxito en todos sus empeños y el que hubiera un rebelde a su ciencia y sus modales, finos e insinuantes, lo soliviantaba, sacándolo de su natural parsimonia.

Tanto caviló y pensó en el asunto hasta que al fin la imaginación le proporcionó un ardid que, al ponerlo en práctica sin pérdida de tiempo, le ayudó a romper el frente de terquedad del campesino.

Pancho Paula acostumbraba a visitar la oficina del dentista en sus frecuentes correrías por el pueblo, no tanto para disfrutar de su conversación, amena y humorista, salpicada de intencionadas bromas, como para recrearse contemplando los trabajos que ejecutaba, siempre atraído por la fascinante historia de lo que podía hacer su boca si se le colocaban dos cajas de dientes. En una de esas visitas, Martínez, ladino y mañoso, le dice:

—Amigo, un general de Las Caobas me ha pedido un par de cajas de dientes. Haga el favor de prestarme su boca para atender el encargo. El mañé y Ud. calzan.

Pancho Paula, galante, la ofrece gustoso. Martínez lo hace sentar en el sillón y le toma la impresión, ejecutando luego el trabajo con tanta prisa como se lo permitieron los medios a su disposición. El dentista tenía mucha confianza en el dominio que ejercía sobre su profesión y en su palabrería persuasiva y convincente. Por esa razón tan pronto como las cajas estuvieron preparadas para ser usadas, aprovechando la primera visita de su víctima, con su característica sonrisita, le dice:

—Amigo, las cajas de dientes están listas; pero antes de entregarlas al cliente Ud. me hará un nuevo favor: pisarlas, porque a las cajas de dientes, como a los zapatos, hay que pisarlas para darle su forma definitiva.

Pancho Paula, ignorante de la trampa que se le arma, otra vez ofrece su boca, donde son colocadas las dos flamantes cajas de dientes, con esta advertencia: si siente molestia, vuelva para corregirla.

Pancho Paula retornó dos o tres veces a la oficina, siendo atendido con prontitud y cortesía. Pasó algún tiempo. Las visitas de Paula a su amigo escasearon. Martínez sonreía pensando en el éxito de su stratagema, interpretando como de buen augurio la ausencia de Paula. Un buen día ya seguro de su triunfo, llamó a Paula y con mucha sorna, le informó:

–Amigo, dentro de tres días iré para Las Caobas a entregar el trabajo. Favor de devolverme las dos cajas de dientes que le di a pisar.

Paula se desconcierta con la petición del dentista y en su aturdimiento, creyendo en su simpleza de campesino que el amigo y profesional lo maltrataba, protesta de la injusticia que él cree se le hace al despojarlo de tan útil menester.

–Imposible devolverlas –dice en tono algo destemplado. Ya estoy acostumbrado a usarlas y me quedaré con ellas. Como chicharrón y caña –agrega.

Martínez, sin inmutarse por la altanería de Paula, sigue impertérrito en su comedia y le riposta, siempre con su acostumbrada marrulla:

–Las cajas de dientes están en su poder para pisarlas. Eso fue lo convenido cuando Ud. generosamente me ofreció su ayuda. El mañé me espera, me pagó su dinero y el honor profesional me obliga a cumplir la palabra empeñada.

Paula, amoscado, contrariado y temeroso, se hace conciliador, cree sobornar al dentista y le ofrece el doble del valor si se las deja, creyendo ser ese el mejor camino para violentar la resistencia del dentista.

Martínez, buen comediante, ensaya nuevos ardides para seguir forzando el interés de Paula; pero al fin, protestando de que la amistad es siempre abusadora e impositiva, consiente en dejar incumplida su promesa y admite el soborno, transándose por \$200.00, suma exorbitante para la época en que acaece esta historia, que es verídica, aunque cualquier lector la puede tomar como fantasía de mi imaginación.

Un raro caso de honradez³

Hace tanto tiempo que sucedió el episodio que voy a narrar, que no puedo precisar fecha ni año. Quizás acaeciera en el 1892. Sólo puedo recordar que tuvo lugar a fines del siglo pasado. Los sucesos y los años se encadenan, se confunden y se pierden en las telarañas de la leyenda.

La honradez del campesino sanjuanero era proverbial y limpia. Extranjeros y criollos con dinero sonante en los bolsillos, tentación de maleantes, o efectos de uso cotidiano, transitaban por sus solitarios caminos, largos y difíciles, sin que ningún imprevisto acontecimiento intranquilizara de miedo o de sospecha al confiado caminante. Dormían en cualquier desvencijado rancho de la ruta y allí, entre humildad y pobreza, recibían cordial hospitalidad y atenciones adecuadas al ambiente. Los ladrones conocidos eran vulgares rateros. Robaban chucherías: un racimo de rulo, un macuto de batata, un pollo, un plantón de yuca; pero eludían y respetaban enredarse en objetos de valor. Sus instintos de mañosos se enlodaban en la bajeza del charco. Si desaparecía un caballo o una vaca, objetos que podían ser más codiciados, ya se sabía que el ladrón no era sanjuanero: había que buscarlo entre los forasteros que rondaban, astutos en su descuidado vivir, por el lugar. Eran los tiempos del pelo de bigote garantizador de la palabra empeñada.

3 E. O. Garrido Puello, *Narraciones*, pp. 95-98.

Un comerciante vecino y amigo de mis padres tenía un peón de confianza. No existiendo en esa época otro medio de situar valores, con frecuencia dicho comerciante enviaba su peón, solo o en compañía de Dios, por los caminos solitarios y tentadores de Azua con una o más cajas de dinero, sin que jamás un pensamiento malsano pusiera en entredicho su precaria honradez. Sin embargo, un centavo extraviado en la tienda se perdía en los bolsillos siempre escurridizos del peón.

El San Juan de la Maguana antañón y anquilosado de inercia era una plaza ganadera de gran importancia. De Haití, del Cibao y de la Capital concurrían a ella los tratantes en ganado a efectuar sus transacciones comerciales. Uno de ellos, español y novato en el oficio, protagonizó el episodio que vamos a relatar.

El caudaloso Yaque del Sur, refunfuñador y travieso, solía ser un incómodo obstáculo en las comunicaciones entre Azua y San Juan de la Maguana. Mientras el hormigón armado no domeñó sus coléricos atrevimientos, sus aguas casi siempre sobre su nivel normal, constituían un peligro para los desconocedores de sus taimadas intenciones. El rugir ensordecedor del río llenó de aprensiones al español viajero. En las proximidades del río se le había unido un ocasional compañero de quien desconocía hasta el nombre. Sin embargo, ingenuo y confiado, le pidió ayuda. Fiado en el ladino compañero lo puso en posesión de sus valijas para que se las cruzara del río. En las valijas, en oro acuñado, apretadas en inconciencia mercantil, iba su fortuna. El astuto campesino aceptó el encargo. Miró sonreído al confiado español y vadeó el río con la pericia propia de los moradores de los parajes aledaños al río, siguiendo tranquilo su rumbo sin averiguar la actitud que podía tomar el dueño de las valijas.

Por esa época ocupaba la Jefatura Comunal de San Juan de la Maguana el general Wenceslao Ramírez, personaje distinguido de la política y un hombre astuto e inteligente.⁴ El español, que había

4 El general Wenceslao Ramírez nació en Azua en 1843 y murió en San Juan de la Maguana en 1927. Peleó en la guerra de la Restauración bajo las órdenes del general José María Cabral, y en la de los Seis Años, contra Báez. Sus servicios fueron requeridos por varios presidentes para inspeccionar

quedado *initual*, expresión pintoresca de una lejana parienta mía, tomó el único recurso que aconsejaba la prudencia y el delictuoso hecho: presentar querrela ante la jefatura. El general Ramírez oyó con sonrisa irónica las quejas del español, lo cuestionó sobre particularidades que podían ponerlo en la pista del robo y le dio seguridades de que se ocuparía con interés del asunto expuesto.

El general Ramírez analizó el suceso y supuso, por las singularidades relatadas y quizás con justa razón, que el ladrón debía ser de la Boca de los Ríos, un caserío del vecindario. En el momento que cursaba órdenes al pedáneo para que le remitieran las personas que el día de la ocurrencia habían entrado al lugar, le anunciaron que Marcelino Bernabé deseaba verlo. El general Ramírez miró atentamente al español, dibujó una imperceptible sonrisa y ordenó la comparecencia de Bernabé.

Al entrar Bernabé, pálido y con expresión de fatiga, el español se puso en pie, quiso hablar, pero el general Ramírez con un gesto le ordenó silencio. Después de los saludos Bernabé dijo:

—General, vine a confesarme con Ud. como lo hiciera con mi padre o con el cura. Ayer tuve un mal pensamiento. No sé por qué el Diablo se me entró en la cabeza. Este señor (señalando al español) me confió sus valijas para cruzarlas del río. Yo las tomé sin malas intenciones; pero luego la soledad y el momento propicio me tentaron y seguí para mi casa con idea de apropiarme del contenido de las valijas, que sabía era dinero. Me arrepentí cuando ya era demasiado tarde para devolverlas. Aquí están. No las he abierto. Yo creo que he cometido una acción indigna y que debe castigármese. Nací honrado y deseo seguir siéndolo.

El general Ramírez oyó en silencio la confesión y luego sin hacer comentarios se dirigió al español diciendo:

—¿Cuál es su opinión? ¿Qué concepto se ha formado del caso?

A estas preguntas el interpelado contestó, algo agitado e indeciso:

la frontera con Haití. Véase a Víctor Garrido en *Espigas históricas*, Santo Domingo, D. N., Impresora Arte y Cine, pp. 261-266.

–General, yo francamente no sé qué decirle. El caso es tan raro y sorprendente que me ha dejado perplejo; pero si la suerte el señor corre de mi cuenta, mi opinión es que él ha procedido como un verdadero hombre honrado.

Anécdota del general Wenceslao Ramírez⁵

Yo no puedo precisar la fecha en que ocurrió la anécdota que voy a narrar; sólo puedo afirmar que aconteció cuando Lilís tenía ya bien agarrado el poder y lo afianzaba con sangre y despiadada dictadura.



Wenceslao Ramírez.

El jefe comunal de San Juan de la Maguana era el general Wenceslao Ramírez, antiguo combatiente de la Restauración y contra los seis funestos años de Báez. Hombre muy inteligente y sano de espíritu, sirvió a Lilís sin manchar su nombre. Justo y comprensivo, procedió siempre con ecuanimidad y rectitud en todos sus actos de gobernante.⁶

Un día cualquiera, el general Ramírez recibió de Lilís un telefonema ordenándole

5 E. O. Garrido, *Reflejos de ayer*, UNPHU, Santo Domingo, D. N, 1978, pp. 35-37.

6 Según comentarios del ilustre escritor y hombre probo, don Sócrates Nolasco, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal le dijo en una ocasión que el general Wenceslao Ramírez era uno de los hombres más inteligentes que había tratado.

la ejecución de un joven de apellido de los Santos (el nombre no lo recuerdo), residente en Las Cañitas, de su jurisdicción. El general Ramírez, conocedor del suelo que pisaba, dudó que ese mozo pudiera estar envuelto en algo tan fatídico que mereciera tan trágico destino. Se abstuvo de ejecutar el mandato por considerarlo extraño, raro y confuso. Se trataba de un joven inofensivo que solo se ocupaba del tráfico de andullos con las regiones del Este. La principal producción de la región Nordeste de la entonces común de San Juan era el andullo, que lo comerciaba en el Este y la capital.

El general Ramírez consideró que antes de cometer un acto tan cruel, que repugnaba a conciencia, debía investigar el origen de la orden y su fundamento. De sus averiguaciones extrajo conclusiones muy verídicas sobre el caso. De paso el mozo por la capital, alguien que no conocía, so pretexto de las dificultades de comunicaciones de la época, le había rogado entregar en Azua una carta a x persona. Inocente del contenido de la expresada carta, ingenuo y servicial, se hizo cargo de la comprometedor misiva, sin sospechar las consecuencias de su imprudencia. Viajaba con su sentencia de muerte en el bolsillo. Esa sentencia era el precio fijado por Lilís para los que jugaban a conspiradores o atentaban contra la estabilidad de su tiranía o de su vida.

El general Ramírez, convencido de que las actuaciones del joven habían sido producto de su inexperiencia y que se había abusado de su ignorancia de campesino, se abstuvo de ejecutar la orden y se limitó a dejarlo de servicio en la Comandancia de Armas sin notificarle las razones. En la época, los servicios militares de las comunes los hacían los llamados dragones, sin ninguna remuneración. A su costa servían por tiempo indeterminado a las órdenes del jefe comunal. La duración del servicio podía ser de un mes, dos o tres, según pluguiera a voluntad del cacique en turno. Una de las ocupaciones de los dragones era el traslado de la valija postal de pueblo a pueblo, Lilís tenía en San Juan de la Maguana una casa montada con lujo, muebles importados de Francia y en ella una familia procreada desde que era guerrillero

audaz, temerario y mañoso, calificativo este último con que lo estigmatizó el general Cabral, que había sido su jefe en los largos y luctuosos seis años de Báez. La amante poseía buenas propiedades.⁷ Sus hijos fueron educados en el exterior. Por este motivo, y por sus relaciones con personajes de Haití, Lilís visitaba a San Juan con alguna frecuencia. En uno de estos viajes, el general Ramírez, después de la acostumbrada información sobre el estado político de la común, le dijo:

–Presidente, yo desatendí la orden de ejecutar al joven de los Santos, de Las Cañitas, porque me pareció un error o una



Casa de Lilís, en San Juan de la Maguana, en la calle Duarte, entre la 16 de Agosto y la Capotillo. Fue construida a fines del siglo XIX por el carpintero Oscar Prince, traído desde Curazao por el dictador. Según Badín Garrido las principales casas de madera de la época fueron construidas por sus manos.

7 (N. del E.) El doctor Joaquín Balaguer, en su libro *Los carpinteros*, p. 152, indica: «Juana Ogando fue una de las primeras queridas instaladas por el dictador ante la mirada complaciente de servidores incondicionales. Los valiosos servicios que le había prestado la familia Ogando, tanto antes como después de la capitulación de Báez, condujeron a Heureaux a rodearla de favores que no dispensó en sus 20 años de predominio a ninguna otra de sus amantes».

confusión la acusación que se le hacía a ese mozo, y antes de cometer una injusticia, cosa que a usted le desagrada, investigué el caso. Yo conozco bien la familia de los Santos y no podía creer que ese joven pudiera estar envuelto en conspiraciones contra usted o contra la paz. Mis investigaciones me convencieron de la inocencia del mozo y de que había sido víctima de la astucia capitala y de su ingenuidad campesina.

Luego narró todos los pormenores de sus investigaciones.

—Si todos mis amigos procedieran con inteligencia y tino como usted, se evitarían muchas actitudes violentas y desafortunadas; pero muchos sacian sus pasiones echando responsabilidades sobre mi nombre.

Después de este diálogo, el general Ramírez presentó el joven a Lilís.

La carta en cuestión tenía relación con una trama que se hilaba en Azua contra la vida del férreo dictador, la cual fue algunos meses después ahogada en sangre. Lilís no permitía que se jugara con su vida.

Presunción o realidad⁸

El Presidente Heureaux⁹ se cuidó mucho, en toda su prodigiosa carrera militar y política, de mantener las más estrechas



General Ulises Heureaux (Lilís).

y cordiales relaciones amistosas con los generales y personas influyentes de la frontera haitiana y hasta con algunos situados un poco más adentro. Sus autoridades de la frontera tenían instrucciones claras y precisas de cultivar esas mismas relaciones, de ser útiles y aun dadivosos con esos amigos a quienes deseaba conservar satisfechos e inspirarles absoluta confianza. Ese manifestado deseo puesto en práctica hace suponer que Lilís perseguía un objetivo que

8 E. O. Garrido Puello, *Reflejos*, pp 103-105.

9 (N. del E.) El presidente Ulises Heureaux (1825-1899) es ampliamente conocido por su apodo de Lilís. Nació en Puerto Plata. Desde los 18 años se integró al ejército restaurador bajo el mando del general Gregorio Luperón. Degeneró en dictador pese a reconocérsele gran ingenio y astucia. Murió acribillado en Moca, el 26 de julio de 1899. Véase a Víctor M. de Castro, *Cosas de Lilís*, y Gustavo Berges Bordas en *Más cosas de Lilís* (segunda edición conjunta), Santo Domingo, Ediciones Librería La Trinitaria.

mantenía secreto, en espera del momento oportuno para su revelación. Quizá esos movimientos maliciosos de Lilís se comentaran; pero él no dejaba traslucir sus ocultas maquinaciones. Lilís hacía frecuentes visitas a la frontera. Celebraba entrevistas con presidentes, amigos y confidentes haitianos tanto en territorio dominicano como en el de ellos; repartía regalos, bautizaba niños y hacía nuevos contactos, dando la impresión, a los observadores sagaces, de que detrás de esas maniobras debía haber un propósito encubierto. Lilís, criollo por nacimiento, era haitiano por sangre. Su padre, D'Assas Heureaux, de quien era hijo natural, haitiano del Norte. Su madre, de una de esas islas inglesas del Caribe. Quizá lo taimado de su carácter le venía de su raza.

En las excursiones a la frontera se hacía acompañar de un séquito numeroso. Entre algunas de las personas de ese séquito flotaba, perdida entre dudas y deducciones, esta interrogación.

—¿Qué busca Lilís entre estos haitianos?

La contestación no afluía. Se quedaba dubitativa en la mente de sus amigos; pero siempre en permanente acechanza adivinatoria.

Lilís organizó una escogida Marina de Guerra. Creó un ejército instruido por oficiales extranjeros. A su muerte se encontraron los arsenales repletos de toda clase de recursos de guerra. ¿Contra quién iba dirigida esa metódica preparación militar? ¿Contra sus enemigos internos? No. Con puño de hierro Lilís mantenía el país en paz, aunque fuera una paz precaria y tensa. Pero su penetración pacífica en Haití por medio de compadres y amigos y sus aprestos guerreros parecían indicar claramente hacia dónde se orientaba su pensamiento. Lógicamente no había otra deducción que Haití.

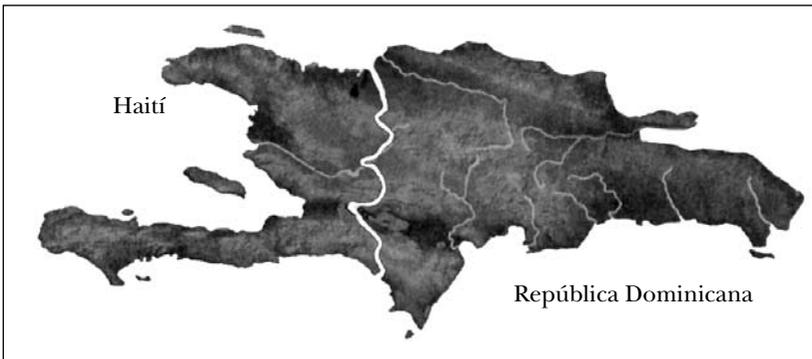
Pedro Canó Soñé, azuano culto y sagaz, residía en Las Matas de Farfán. Se agregaba al séquito de Lilís cuando éste pasaba por Las Matas rumbo a Bánica. Estaba, por consiguiente, enterado de buena fuente de los manejos de Lilís, no siempre limpios. Un día que conversábamos sobre tópicos históricos me dijo, después de recaer la plática sobre este funesto personaje:

—Lilís se estaba preparando para proclamarse presidente de Haití cuando fue abatido en Moca. Contaba con el apoyo de muchos generales y personajes haitianos influyentes y con los elementos de guerra garantizadores del éxito de la empresa. Los generales haitianos comprometidos lo veían como a uno de los suyos. El influjo de Lilís sobre ellos era fascinante.

Cuando yo puse en duda sus aseveraciones, concluyó:

—Con dinero y compadrazgos y quizá promesas que halagarán el amor propio de sus colaboradores haitianos, Lilís tenía asegurada la victoria. No lo dudes. Si Lilís no muere, hubiera sido presidente de Haití, uniendo la isla controlada por su dictadura. El sueño haitiano convertido en realidad, con la única diferencia de que seríamos los dominicanos los dominadores.

No sólo Canó tenía esta presunción. Otros amigos del tirano también la tenían. De un negro tan ambicioso y audaz no se puede poner en duda que abrigara esos designios y que tuviera un estudiado plan para viabilizarlo.



Mapa de la isla, compartida por dos naciones.

Brujería¹⁰

De tiempo en tiempo, allá por mis años mozos, en San Juan de la Maguana corría el rumor, muy persistente y aterrador, de que alguien había visto un «missangó» vagando solitario por las calles de la ciudad. Ese alguien nunca se podía identificar; pero la hablilla ponía espanto en las almas de los medrosos, de los que siempre están dispuestos a creer en cuantos disparates circulan, aunque no tengan fundamentos valederos. El cuento del «missangó» se oía como algo espantoso y se consideraba como presagio de calamidades. Por eso intranquilizaba y creaba recelos.

¿Qué es un «missangó»? La palabra y el personaje provenían de Haití, como de contrabando, para significar un ente de extracción misteriosa que comía carne humana. Cuando se decía que se había visto un «missango», se suponía que andaba buscando a quién sacrificar. De ahí el pavor que la noticia inspiraba.

Yo no los vi nunca. Tampoco hablé con alguien que los hubiera visto, ni recuerdo que en San Juan de la Maguana desapareciera alguna persona en conexión con estos supuestos brujos. Pero no obstante, esos rumores aparecían de sorpresa un día cualquiera. Los tiempos permitían que de Haití, a través de la frontera, se colaran muchos decires que asustaban a las mentes preparadas para creer en cosas simples y absurdas. L'Arcahaie ponía grima en las almas. Se decía que allí iban los muertos y desaparecidos a

10 E. O. Garrido Puello, *Reflejos*, pp. 23-26.

ser pasto de las hambrunas de los «missangós» o convertidos en «zombies» a trabajar como esclavos. Pero todo esto no pasaba de ser subterráneas murmuraciones amasadas por la fantasía de la ignorancia y la superstición. Jamás hubo comprobaciones de la realidad de esos misteriosos personajes; pero la leyenda los había creado y los imponía con carácter de veracidad. Sin embargo, todo era pura superchería.

Por esos mismos tiempos residía en una casa frente al viejo caserón que las hacía de Palacio Municipal, un haitiano que respondía por el apodo de Milongo. Probablemente ese no era su nombre verdadero. Los haitianos por lo general tienen varios. Se cree que esta modalidad proviene de una arraigada convicción supersticiosa; pero yo me inclino a pensar que ese barajeo de nombres es más bien una forma taimada de encubrir fechorías. En los centrales azucareros se registran con varias fichas, lo que les permite imaginar travesuras en el cobro de sus jornales.

El haitiano es brujo por religión y, por consiguiente, está preparado para aceptar como válidas las creencias más necias y simples. Suponen que la multiplicación de nombres es un escudo que los protege y los pone a salvo de ser vendidos en L'Archaie. Esta localidad haitiana, en la fantasía imaginativa de la ignorancia, es donde habitan los «missangós». Milongo, alto, negro y musculoso, no era un brujo cualquiera.

En brujería hay muchas categorías y especialidades como en medicina y otras profesiones. Todo depende de saber explorar el ambiente y adivinar sus posibilidades. En nuestro país, como en todo el mundo conocido, la brujería se cultiva como planta exótica y tiene su público hasta en los diplomados. Un instintivo temor al más allá hace al humano creer y pensar en cosas que se pierden en el misterio y que están fuera del alcance de elucubraciones mentales.

Milongo era brujo de las personas bien, y su especialidad era el amor, sentimiento que atormenta y agita y que muchas veces tiene explosiones irracionales. A su morada concurrían niñas acongojadas y tristes en pos del filtro milagroso que le asegurara el corazón inestable y tornadizo del amado; señoras atormentadas

por los celos en busca de descubrir las veleidades de los esposos descarriados, y señoritas desahuciadas por los años y el amor, detrás de la receta mágica que las librara de vestir el deslucido traje de jamona. No sé cuál sería su fórmula salvadora; lo que sí sé es que nunca logró satisfacer los angustiados anhelos de su clientela, que era numerosa y de categoría.

Esto que voy a relatar no es brujería; es un pasatiempo muy usado en sociedad: en cualquier ciudad del país y del extranjero se lee la taza y se comenta y fantasea sobre sus resultados. Lo cuento como una anécdota divertida.

Una amiga mía, a quien le gustaba distraer a sus amistades leyéndoles la taza, tuvo algunos aciertos, obra de la traidora casualidad, y esta coincidencia le hizo creer que en realidad tenía la virtud de interpretar el porvenir de las personas y de los sucesos en proceso de suceder, por medio de la lectura de la taza.

Yo era maestro. Con frecuencia grupos de mis discípulas, sobre todo en vísperas de exámenes, me visitaban buscando explicaciones sobre alguna materia. Esas visitas no eran una novedad.

Se verificaban continuamente y sin hora determinada.

Una tarde, al pasar por su casa, me preguntó:

—¿A las dos de la tarde de hoy tuviste visitas femeninas?

—Sí, confirmé. ¿Por qué me preguntas?

—Porque aquí estuvo fulana (aquí el nombre de la interesada), y me pidió que le leyera la taza y te vi conversando con varias chicas.

La certidumbre que le dio mi contestación le sirvió como espaldarazo para afirmar que por medio de la taza ella podía predecir el porvenir. Sin embargo, en mi caso, lo que hubo fue una trampa de la taimada casualidad. Yo era maestro y, como tal, siempre estuve a disposición de mis discípulas.

Reminiscencias de la ocupación yankee¹¹

En el año 1916 el país fue víctima de una ocupación militar yankee. Se atropellaron nuestros derechos de pueblo libre con fútiles y pueriles pretextos. La verdad, sin embargo, no pareció ser la que se invocó. La política imperialista yankee tuvo su génesis en el siglo pasado y llegó a su zenit con la presidencia de Roosevelt, el republicano.

Wilson, que proclamó las libertades del viejo continente, agarrotó las nuestras en nombre de la democracia y del dólar. Para poner orden en el país, según ellos, y porque les éramos



Tropas norteamericanas en aguas territoriales dominicanas, durante la intervención de 1916-1924.

11 E. O. Garrido Puello, *Reflejos*, pp. 137-145.

deudores de algunos pesos, pasando por sobre el derecho de gentes, los yankees desembarcaron infantes de marina, destituyeron el gobierno dominicano legalmente elegido y proclamaron la intervención militar. Por propia voluntad se arrogaron todas las facultades que descansaban en la soberanía dominicana, ejerciéndole gobierno por el imperio de la fuerza y el omnímodo capricho yankee. Fue una amarga y dolorosa experiencia para el pueblo dominicano, experiencia que, a pesar de haberla experimentado en carne viva, ha servido de bien poca cosa para orientarlo por el camino de su felicidad. Pero como no es mi propósito enjuiciar en estas notas la intervención, su génesis y sus causas, vamos al grano:

Algunas semanas después de proclamado el estado de intervención, pasaron por San Juan de la Maguana, procediendo de Haití, tropas yankees, bien equipadas y preparadas para cualquier contingencia. El pueblo sanjuanero las vio desfilar, hosco y serio, guardando despreciativo silencio, pero con el corazón estrujado de angustia y coraje. Hubiera deseado combatir, enfrentarse al invasor y morir abrazado a nuestra tricolor bandera pero, ¿qué se podía hacer sin medios adecuados para esa corajuda actitud? Desarmado e inerme, su protesta tuvo que limitarse, digna y altiva, a desdeñosa ausencia, vacía de interés hacia los desfilantes.

En los primeros meses del año 1917 llegaron a San Juan de la Maguana, para asentarse en la región, tropas de ocupación mandadas por el mayor Bears. Como segundo en el mando o consejero, actuaba Mr. McLean, muy conocido en la región por haber sido funcionario de aduana terrestre y estar casado con una dama sanjuanera. Uno o dos días después de la llegada de estos militares, circuló una invitación dirigida a distinguidos miembros de la sociedad sanjuanera, para una reunión que debía tener lugar en la residencia del jefe comunal, general Juan de Dios Ramírez. A esa reunión asistieron comerciantes, agricultores, propietarios y artesanos de la localidad. Entre otras cosas de interés para la región, se trató el problema, de mucha prioridad, creado por la actitud rebelde de Olivorio, caudillo de

un movimiento pseudos religioso, que intranquilizaba el orden y la moral de la región.

Entre los asistentes se encontraba el Sr. Liberato Marranzini, comerciante y hacendado, italiano avecindado en San Juan de la Maguana desde hacía muchos años, y quien gozaba de simpatías y aprecio en la sociedad sanjuanera. McLean, que ocupaba un asiento vecino al mío, a la vista de todos los presentes echó en un bolsillo de Liberato varias cápsulas de revólver, aparentando realizar una broma. Cuando la reunión estaba al terminarse, manifestó que para comprobar si todos los asistentes habían concurrido desarmados iba a hacer un chequeo. Una ocurrencia bastante desagradable y que se podía considerar como una falta de respeto y una incorrección hacia los invitados.

Del chequeo resultó, como era de presumirse, que Liberato tenía cápsulas en el bolsillo. McLean aprovechó esa circunstancia para acusar a [este] de tener armas ocultas, aduciendo como prueba las cápsulas encontradas en su bolsillo. Liberato contestó, sonriendo:

–Usted fue quien las puso para asustarme.

Pero el incidente no era una broma. Era la iniciación de una coacción contra el pueblo sanjuanero en busca de dinero. Liberato fue reducido a prisión y puesto a trabajar, siendo libertado más tarde, después de pagar una multa de \$300.00.

Desde esa misma tarde se ordenó la prisión de todas las personas poseedoras de escopetas. No había ninguna ley que prohibiera el uso y tenencia de escopetas; pero la truculencia de McLean vio un filón explotable en ese renglón y lo utilizó en su provecho. En toda la región se hicieron redadas de sospechosos. Para recobrar la libertad, había que satisfacer multas que se acomodaban a las posibilidades económicas del acusado.

Moralmente, este despojo debe calificarse como robo. En lenguaje jurídico parece que este proceder debe tener el mismo calificativo; pero como sus ejecutores estaban amparados por la fuerza, la expoliación debe conceptuarse como pillaje en territorio ocupado.



Soldados norteamericanos en plena acción durante los años de la ocupación militar 1916-1924.

Terminada la campaña contra Olivorio, las tropas acampadas en San Juan de la Maguana pasaron al mando del capitán James, recién egresado de la Academia de West Point. Joven, parece que de buena procedencia y con alguna cultura, trató de congraciarse con la sociedad sanjuanera impidiendo atropellos y buscando relaciones con la juventud. Sus primeras medidas fueron limpiar el pueblo y sus alrededores de malezas, utilizando los presos. Luego pidió a todos los vecinos que pintaran sus casas, estableciendo multas para los recalcitrantes en cumplir esas disposiciones. El capitán James, no sé si porque éramos más o menos de la misma edad o por otra causa, me tomó simpatía y me buscaba, no obstante mi despego y mi posición nacionalista. Uno de esos días me alcanzó en una esquina del parque y, mientras conversábamos, llegó a su encuentro el Comisario de Policía conduciendo detenidos dos padres de familia por no haber pintado sus casas. El Capitán miro inquisitivamente al Comisario, diciéndole:

—No, no, Comisario, usted es sanjuanero y atropella a sus compueblanos. Yo no quiero que se ultraje a nadie. Lo que yo deseo es que el pueblo se vea limpio y bonito. Póngalos en libertad. Y luego dirigiéndose a los detenidos los cuestionó:

—¿Por qué ustedes no pintan? ¿Por rebeldía?

Los interrogados contestaron:

–No. Nosotros somos pobres y no tenemos dinero para comprar pintura.

–Váyanse a sus casas y usen carsomino.

La insistencia del capitán James fue tan marcada para poner bonito el pueblo que la existencia de pintura se terminó. Entonces él decía: «Carsomino, carsomino». De ahí le vino el mote de capitán «Carsomino» con que lo bautizó el humorismo del pueblo sanjuanero. Me parece que a él no le molestó el mote.

Con la desorganización de los servicios municipales como consecuencia de la ocupación y los sucesos anteriores a ella, la banda de música dejó de tocar los conciertos de los domingos en la noche. Alguien le dijo al capitán James que la banda no tocaba por falta de respeto a su persona. Hizo comparecer al Director a su presencia y le impuso reanudar los conciertos. Manuel de León, que era el director, se defendió, pero sus argumentos no fueron oídos. Los conciertos fueron reanudados.

Manuel de León tocó a regañadientes, pero usando sus derechos a la protesta escribió al Gobernador Militar denunciando el atropello de que era víctima. Algunas semanas más tarde, nuevamente comparecía de León a la presencia del capitán James para ser informado:

–Alguien que habla inglés me dijo que usted estaba obligado a tocar los conciertos y que no lo hacía por falta de respeto a mi autoridad. Por eso le obligué a tocar los conciertos. Ahora estoy enterado de que ese proceder mío fue arbitrario.

–Como le hizo un daño material, deseo repararlo. Cóbreme los conciertos.

A esta franca y sincera confesión de culpa, Manuel contestó, deferente:

–Capitán, no nos debe nada. Lo único que deseamos es no seguir tocando conciertos por imposición. Cuando usted necesita nuestros servicios, estamos a sus órdenes gratuitamente.

De esa manera tan caballeresca terminó el incidente.

El capitán James fue el único oficial yankee que gozó del privilegio de alternar con nosotros en fiestas y reuniones. Lo merecía por su conducta decente y su comprensión del caso

dominicano. En una de estas fiestas me tomó de la mano y me invitó a sentarnos juntos en una mesa del ambigú. Sus primeras palabras, que parecieron dichas con sentimiento, fueron éstas:

—Yo querría que nosotros fuésemos amigos; pero su actitud es siempre huidiza y renuente. ¿Por qué?

Yo sonreí y le contesté, no sin mi poquito de pena:

—Capitán, usted es un joven simpático, cordial y amistoso y su proceder en nuestra sociedad ha sido noble; pero yo no puedo olvidar que usted es el representante de un poder extranjero que ha sojuzgado caprichosamente mi Patria, privándola de todos sus atributos de pueblo libre. ¿Cuál sería su actitud si los papeles se trocaran y en vez de ser ustedes los interventores fuésemos nosotros? Le hablo con toda sinceridad porque su franqueza y buen comportamiento entre nosotros, me han inspirado siempre simpatías.

Dándome palmaditas amistosas en la mano me respondió:

—Comprendo, comprendo. Olvidemos esos sucesos desgraciados y seamos amigos.

Algún tiempo después, las tropas de ocupación destacadas en San Juan de la Maguana fueron relevadas por un destacamento de la Policía Nacional Dominicana, cuerpo que había sido formado refundiendo nuestro pequeño ejército con la vieja Guardia Republicana. Ignoro qué fue del capitán James; pero presumo que marcharía al teatro de la guerra europea. Su conducta fue siempre digna y caballerosa.

El nuevo jefe, el capitán Jones, no se comportó con urbanidad y cometió algunas tropelías, abusando de que su autoridad no podía ser discutida. De sus gestiones entresaco este sucedido, que si es verdad que demuestra que había sido burlado, ese desafuero no le daba derecho dentro de nuestras leyes a privar a nadie de su libertad.

Niñito Díaz era carpintero y ebanista, muy competente, por cierto, pero informal en sus compromisos. El capitán Jones le encomendó un trabajo adelantándole una suma para materiales; pero como pasaran días sin que el obrero se presentara a entregar dicho trabajo, envió una pareja de policías a buscarlo, y cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—Tú muy informal. Coge mi dinero y no hace trabajo. Aquí preso hasta terminarlo.

Desde ese momento Niñito tuvo una habitación en la cárcel hasta entregar los muebles. El episodio tiene su moraleja. Dedúzcala el lector.

En todos los tiempos los dominicanos han sido muy audaces y atrevidos, pero lo que voy a relatar colma la temeridad criolla. La oficialidad yankee tenía en alquiler una casa espaciosa frente al Parque Sánchez. Allí dormían con todas las puertas abiertas, sin centinelas y confiados en que su nacionalidad inspiraba miedo y terror. Una noche plácida y negra como la boca de un antro, un grupo de jóvenes, compuesto por Robín Recio, Mayo Rodríguez y Plinio Feliz, tan osados como temerarios, se introdujeron en los dormitorios y se llevaron todas las pistolas y revólveres que encontraron a mano. Los yankees envolvieron en misterio y silencio el suceso.

El azuano tradicionalmente es inteligente y bravo. Su bravura la demostró, derrochándola, en nuestras guerras emancipadoras y contiendas civiles, donde fue siempre soldado de primera fila o carne de cañón, si vale esta expresión del pueblo. La valentía la lleva en la sangre, que calienta un sol de fuego, y la inteligencia de las mesológicas influencias del medio. Pero si es inteligente y bravo sabe ser alegre, hospitalario y amistoso, desbordando hidalguía en sus contactos sociales.

Los primeros años de la ocupación yankee se distinguieron por las durezas del régimen, dureza que llevaron a todas las actividades públicas. La soldadesca, borracha y procaz, cometía toda clase de depredaciones, consentidas por sus superiores que no iban a la zaga en las tropelías. La ciudad de Azua fue escenario propicio para muchas de estas tropelías, algunas de las cuales degeneraron en cómicos incidentes.

La guitarra desgrana armonías, el pandero cascabeles, el balsié trepida, y su repiquetear enardece y entusiasma ánimos y alegra corazones. Un soldado yankee, atraído por los estrepitosos sonos del balsié, encamina sus pasos hacia donde música y mujeres se confunden para ofrecer placer y emoción en copas

de ron. La juventud del pueblo arriba se divierte. Los sábados en la tarde ahoga en música, mujeres y tragos las angustias del diario trabajar. Pero esa juventud es corajuda y no permite insolencias ni extraños en sus diversiones. La llegada del yankee soliviantó los ánimos. Hay rumores maliciosos y agresivos. El ambiente se va caldeando de deseos explosivos. El yankee está borracho y amistoso, ajeno al resbaladizo terreno que pisa; pero los allí reunidos, malavenidos con la presencia del extraño que consideran como una provocación, sólo ven en él un extranjero opresor de la Patria. Las murmuraciones se van materializando hasta que un joven de apellido Rosó, interpretándolas, se precipita a ejecutarlas, dando tan tremenda trompada al yankee, que rodó por el suelo como un paquete que se desliza suavemente. Y para completar la hazaña, enardecido de coraje, lo escupió, como señal de desprecio y mofa.

Todos los asistentes a la fiesta son obligados a comparecer ante el preboste, el mandamás del pueblo. El silencio se hace cómplice de la agresión. Nadie sabe ni vio nada; pero ante el asombro de los presentes, alguien hace un movimiento, y pide hablar. Es Rosó, que considera afrenta el silencio y reivindica para sí los derechos de la trompada y, expresándose con claridad, acusa a los soldados yankees de perturbadores de las sanas y pacíficas diversiones de su vecindario, con sus eternas borracheras e irrespetuosidades con las mujeres.

—Donde quiera que nos reunimos, dice, en franca camaradería para pasar un rato de diversión, un yankee, borracho, intruso e irrespetuoso, entromete su nariz, provocándonos con sus desvergüenzas. Tanto fastidio había que castigarse sin que importaran las consecuencias. Por eso le di fuerte y no me arrepiento.

Rosó acentuó sus últimas palabras con voz expresiva.

El preboste oyó la defensa con calma inalterable. Cualquiera diría que con una expresión sonriente en el semblante, y luego dijo:

—Bueno, trompada mucho malo; pero no castigar por ella; pero escupir soldado es injuriar uniforme y bandera americana.

No hacer eso más. No escupir soldados. Yo castigar duramente otra injuria igual. Váyanse.

En los inicios de la ocupación yankee mandaba el destacamento de servicio, en Azua, el capitán Chiton. Este joven capitán era de inclinaciones perversas y sentía gusto y deleite en mortificar y humillar a los criollos, sobre todo si eran personalidades destacadas de la sociedad. Para él todos los dominicanos eran bandoleros. Los motivos aparentes para sus tropelías las fabricaba a su gusto y capricho. Para infamar a un grupo de visitantes a un restaurante lo hizo llevar a la cárcel con las sillas y mesas del establecimiento en las espaldas, pretextando que en dicho restaurante había juegos de azar. Pudo ser cierto; pero la mayoría estaba allí pasando el bochorno de la siesta tras una taza de café o un vaso de refresco. El grupo, entre los cuales había médicos y abogados, compró su libertad mediante una fuerte multa. Las multas fueron siempre un incentivo para los oficiales yankees, recurso que usaron y del cual abusaron a su antojo.

En esa misma época fue asesinado el general Carlos Cabilete, mientras pacíficamente se ocupaba de dirigir los trabajos



Soldados norteamericanos en su avance por el territorio dominicano en el período 1916-1924.

de su finca ubicada en Las Yayitas, en las cercanías de la ciudad de Azua. Pretexto: que conspiraba contra la ocupación. El motivo invocado no podía ser más fantástico; pero los crímenes necesitan justificación y el que encontraron a mano no podía ser controvertido: conspirar contra los yankees era incidir en un crimen castigable con la muerte. El instrumento de este abominable crimen fue un tal Cococo, azuano de reputación dudosa. Para los yankees todos los dominicanos dignos eran bandidos. Las intrigas fabricaron esta lamentable tragedia que privaba a la sociedad azuana de un elemento digno y útil.

Alrededor de la oficialidad yankee, la sociedad sanjuanera hizo un cerrado círculo de silencio. No los tomaba en cuenta. Al capitán Morse esa noble actitud lo exasperaba. No resistía con resignación filosófica el verse menospreciado y el vacío que se le hacía le creaba un estado morboso que degeneraba en truculencias.

Una noche que se celebraba un baile y al cual él tuvo la esperanza de ser invitado, al ver esa ilusión desvanecida como niebla bajo los dorados rayos del sol, su contrariedad fue tan intensa que su cólera la pagó su propio perro, un bello ejemplar que tenía todo su cariño y, además, era su distracción.

La noche en cuestión, como costumbre, el perro saltó sobre el pecho de su amo, juguetón y zalamero, al entrar éste a su residencia. Morse, que llegaba a su hogar furioso por el desengaño sufrido, hizo uso de su pistola y la emprendió a balazos contra el pobre e inocente animal que no tenía la culpa de que los sanjuaneros no besaran la mano que los fustigaba.

El cerco¹²

Con la ocupación militar yankee llovieron los problemas económicos sobre el país. Estos intrusos donde quiera que plantaban su bandera querían imponer su estilo de vida y sus leyes como si la tradición y la educación de un pueblo pudiera cambiarse como una camisa.

San Juan de la Maguana fue desde la colonización una región eminentemente ganadera. Ganado de todas clases pastaban libremente en sus extensos prados. Todo sanjuanero, por humilde



Enfrentamiento entre tropas norteamericanas y patriotas dominicanos durante la intervención de 1916 a 1924.

12 E. O. Garrido, *Espejo del pasado*, Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, 1972, pp. 120-122.

que fuera, tenía puercos, vacas, caballos y chivos paciendo con libertad por terrenos que eran de nadie. Se tenían títulos sobre terrenos comuneros; pero sin que ningún interesado tomara posesión de ellos, excepto para hacer algún conuco. La dejadez y la ignorancia llegaron al extremo que esos títulos pasaban de mano en mano sin que para esa cesión se instrumentara ningún acto legal. Suponían que bastaba la posesión.

La población de San Juan de la Maguana fundada sobre esos prados era, sobre todo de noche, invadida por toda clase de animales. Los Ayuntamientos habían tratado de corregir el mal; pero sus disposiciones para ser operantes tenían que lesionar muchos intereses, sobre todo de la clase pobre. Esa razón hacía que las decisiones municipales fueran aplicadas con bastante lenidad.

La llegada de los yankees cambió el panorama. Inmediatamente prohibieron la crianza libre de cerdos en todo el territorio de la común y persiguieron, aprisionándolos y castigando a sus dueños con multas, todo animal que violara el perímetro urbano que ellos fijaran a su antojo. La cacería de cerdo se hizo un deporte de las autoridades policiales. Ante la magnitud y gravedad del caso los ganaderos se reunieron para buscarle solución. El problema era muy difícil de resolver. A animales [seres] irracionales, no se le podía inculcar el respeto a las leyes. Después de muchas sugerencias el comando militar aceptó como desenlace del conflicto que el pueblo fuera cercado con un alambrado de púas. El cerco se colocó a expensas de los ganaderos con portones en las entradas principales de la población. Estos portones se cerraban de noche. El cerco cayó en desuso algún tiempo después.

La presión que se hacía sobre los ganaderos obligó a los más pudientes a fomentar potreros y a los menos favorecidos de la suerte a vender sus animales. Al arrebatarse a los sanjuaneros sus fuentes de producción, la región fue llevada a la miseria. Los animales morían porque sus dueños no podían mantenerlos del cabestro.

Parece curioso y hasta chistoso que, mientras los animales pastaban libremente, los humanos fueran achiquerados. Cosas de los tiempos y de los yankees.

La actitud intransigente del poder militar hacia la crianza libre, hizo orientar a los sanjuaneros a otros medios de vida. La región se transformó en agrícola y en pasto bajo cerca para el ganado; pero mientras se pudo operar esa metamorfosis, la región fue víctima durante años de la indigencia. Ya los pobres no tenían un lechoncito que vender ni un becerro que sacrificar para su mantención y adquirir algunos pesos.

Costumbres de antaño¹³

La hamaca era tan esencial y útil a la vida sanjuanera de antaño como el caballo, el río y las sabanas. En cada hogar había tantas como personas del sexo fuerte. La hamaca representaba la comodidad y el descanso, la necesidad y el lujo. Se confeccionaba, preferentemente, de una tela de fuerte azul conocida con el nombre de «blé», por su resistencia y su anchura. En los hogares pobres o de casas pequeñas, los varones dormían en ella; los niños en una especial, en forma de caja. Se viajaba con la hamaca sobre la silla. La distancia y las posibles incidencias del camino aconsejaban ser cauto y previsor. En un tiempo en que los hoteles eran escasos, las comodidades tan inciertas como la época, la hamaca se imponía como un menester indispensable; descuido imperdonable no llevarla consigo. La hospitalidad campesina podía brindar su cama con gesto de hidalguía; con gentileza, soportar molestias; pero la hamaca calladamente, en la sala o la despensa, ofrecía al castellano comodidad y descanso.

Para viajar a Azua, 83 kilómetros hacia el Este, Josesito, Mameña, en Arroyo Salado, y José Lucía, en Los Toros, proporcionaban albergue, yerba para los animales y comida; pero para el descanso, sino se caminaba provisto de hamaca, el duro suelo, sobre árganas; por cabecera, las valijas, el recurso heroico como urgente necesidad de una noche de expectativa, anhelante y

13 E. O. Garrido Puello, *Espejo*, pp. 63-68.

quejosa, en la cual la espera del nuevo día era luz en las tinieblas de la desesperación.

Por decenios interminables el Sur fue la región remota y olvidada, perdida entre montañas y sabanas, que muchos dominicanos, en desdeñosa ignorancia, confundían con Haití. Sin ferrocarriles y sin caminos viables, con los primitivos medios de comunicación para las relaciones humanas, el caballo, la mula y el burro eran los medios de moverse, de acercarse al mundo. Para viajar, el caballo o la mula. El transporte de carga se hacía preferentemente a lomo de mula. Para el mercado y los servicios domésticos, el pacienzudo burro, filósofo y cansino.

San Juan de la Maguana adquirió fama, que todavía se conserva como ironía del destino, por la calidad y hermosura de sus caballos y de sus mulos. Para ponderar la bondad de alguno se decía: «Es sanjuanero». La expresión envolvía calidad y belleza. Lo de buenos caballos es una linda historia que se la tragaron los camiones y los automóviles.

Sobre la silla de montar el pellón, las valijas y los furoles. El pellón, que algunas veces era lujoso, defendía ciertas sufridas partes del cuerpo; las valijas, la más débil: el estómago; pero también servía para llevar una muda, si se trataba de un corto viaje. Dentro de los furoles se colocaban los efectos que se deseaban llevar a mano. El equipo lo completaban unas flamantes espuelas de plata, si el jinete era persona acomodada, o de hierro en caso contrario. Los viajeros de posición holgada se movían con un peón a su servicio, en cuya montura iban equipaje y alforjas.

El catre, que la ironía casera llamaba criminal, formaba parte del ajuar de la familia. Muy pocas podían darse el lujo de adquirir una cama de hierro, no por su valor, sino por la dificultad de su transporte y la costumbre que arrastraban los años y la tradición. El lujo era la cama de hierro; la caoba para este menester no contaba en el gusto de la época. El hierro era el lujo, el brillo, lo que daba personalidad y prestigio.

Los fogones fueron durante muchos años el comedor del mercado. Situado a lo largo de la regola del pueblo, al aire libre, recibiendo su nombre de la cantidad de fogones que las mujeres

dedicadas al arte culinario encendían para ofrecer comida y bocadillos a los frequentadores del mercado. Los fogones estaban desparramados como un puñado de habichuelas lanzado al viento a lo largo del canal. Allí se podía comer un succulento sancocho, un bien preparado mondongo, arroz con pollo, carne guisada, longaniza, empanada de catibía, etc. No sólo campesinos concurrían a los fogones; también lo frecuentaban los aficionados a los placeres de la mesa. Constituía regalo para el estómago y satisfacción para los ojos visitar tan incitante lugar, que el abigarrado conjunto hacía pintoresco y llamativo.

Tomar leche al pie de la vaca o de la oveja, acabadita de ordeñar, se puede catalogar entre las viejas costumbres sanjuaneras ya relegadas al olvido, tragadas por el progreso urbano. Beber leche de oveja donde Manuel López, (Manuel Pabita), que tenía un corral aledaño a su casa, en la prolongación de la calle Santomé, cerca del río, o de vaca en la hacienda de don Domingo Rodríguez, en Manogwayabo, propiedad que se está engullendo la ciudad, constituía un delicioso placer y una necesidad física; pero también, un motivo sutil para acercar novios y enamorados. Con su recipiente en la mano, usando locomoción pedestre, damas, caballeros y niños, al rayar el alba, envueltos en la claridad y la alegre brisita mañanera, se hacían presente en el corral para tomar su amamantada. El pretexto se disimulaba en la salud necesitada de remozamiento. Leche fresca y cruda, que alimentaba el cuerpo, devolvía colores al rostro y euforia al espíritu, pero que también ofrecía oportunidad a las travesuras de cupido.

Las tortillas de Guazumal, confeccionadas de almidón de yuca, tenían fama por sabrosas y porque nunca faltaban en el mercado. Cuando se quería indicar la asiduidad exhibicionista de una persona, se decía: «Fulano está en todas partes como las tortillas de Guazumal».

Nuestro campesino usaba la sal de Neiba en la confección de sus manjares, y la raspadura en las necesidades caseras. La sal llegaba al mercado en recuas de burros. El acarreo proporcionaba un intercambio comercial entre las dos regiones, pues los neiberos regresaban a sus hogares con géneros adquiridos en el

comercio sanjuanero. Muchas familias vivían de ese trueque. La raspadura, que se fabricaba en trapiches, se comía como dulce y servía, además, para todos los usos a que se destina el azúcar. Muchos campesinos fundaban su economía en esa industria. Anualmente el producido de la molienda, como se decía, se utilizaba en ampliar la finca, mejorar la vivienda, cubrir gastos extraordinarios o en reservas para el futuro. Leyes protectoras del azúcar eliminaron esa industria regional y el comercio neibero lo arruinó Trujillo con su monopolio de la sal; pero el pueblo añora sus raspaduras y su sal de Neiba con la melancolía de un pasado que se extravió entre sueños y esperanzas.

Los sanjuaneros, como habitantes del interior, no son muy aficionados a consumir carne de pescado. Una pierna de cerdo o una lonja de ternera les sabe a gloria. Pero en la cuaresma el pescado, como las habichuelas o habas con dulce, dos golosinas gratas al paladar dominicano, era plato exquisito en toda mesa sanjuanera. Rito o tradición el día señalado por la iglesia, el pescado hervido, frito, asado o en escabeche, se consumía con deleite y placer. Los ríos de la región proveían el morón, un pez grande y carnosos, la viejaca y la guavima. Los días de mercado se veían sobre árganas, salados y bien olientes, ofreciéndose apetitosos a la voracidad de los comelones.

El morón y la viejaca, que abundaban en los ríos del Sur, han ido desapareciendo acosados por la imprevisión y la ignorancia. Desde que pescar resultó negocio, el torpedo y el guanibré, métodos usados por los pescadores rutinarios, diezmaron de tal manera esa riqueza pesquera que el morón es ya una leyenda para el sanjuanero joven.

Las Lajitas y Agua Muerta, así como otros lugares de la región, eran propicios para la cacería de palomas, otro plato sabroso de la mesa dominicana.

La cacería para algunos es deporte, pero para otros, jugoso negocio. Al dominicano le fascina ponerse frente a la ley. Violarla es un pasatiempo entretenido y placentero para el humor criollo. La Ley de Veda protege las palomas durante la época de empollar y cría; pero esa saludable ley, como otras tantas,

nadie las respeta. Eso dio lugar al exterminio de las palomas y que desapareciera la cacería como deporte en la región sanjuanera. Durante la veda, de Santo Domingo llegaba semanalmente grupos de deportistas acompañados, como garantía contra la infracción, de oficiales del Ejército, siempre prestos a la complacencia, no importa que para ello sea necesario pasar sobre la ley. La matanza que hacía destrozó la fuente de producción. La cacería de palomas, como la pesca de morón, pasó a ser leyenda del pasado del sanjuanero.

ENSAYOS

Olivorio¹⁴

I



Olivorio Mateo en 1909.

En el verano del 1908 azotó el municipio de San Juan de la Maguana un temporal cuya duración, alrededor de tres días, puso temor y desaliento en los habitantes, pensando en las posibles consecuencias del presumible desastre.

Desatadas las fuerzas hostiles de la naturaleza, sembraron pánico y horror. Los vientos aciclados se estrellaban contra casas y árboles, haciendo cabriolas sobre las ramas que, agitadas con violencia, parecían pedir misericordia a la piedad del cielo. Días y noches llovió desesperadamente. Caía agua como si el cielo se hubiera cuarteado y toda su reserva se volcara sobre la tierra de manera inmisericorde.

Cuando la espesa cortina que cubría el firmamento se encogió para dejar ver, a trechos, el azul de cielo, toda la región presentaba un

14 E. O. Garrido Puello, *Olivorio, ensayo histórico*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1963, pp. 7-54.

panorama desolador: bosques derribados, agricultura arrasada, ríos desbordados, animales y personas muertos. Todo un tétrico y desconsolador cuadro se ofrecía a los angustiados habitantes de la región.

Los ríos, arroyos y cañadas, salidos de madre, provocaron terribles inundaciones y grandes daños, no solo en el municipio de San Juan de la Maguana, sino también en la provincia de Barahona, por ser la hoya del Yaque del Sur la puerta de escape natural de estos ríos en su frenética carrera hacia el mar. Barahona es siempre la sufrida víctima de las crecientes de los ríos de la vertiente sur de la Cordillera Central, que todos los años se desbordan causando daños cuantiosos en campos y poblados.

Olivorio Mateo, vividor de La Maguana, sección de la parte norte del municipio de San Juan de la Maguana y a quien sus familiares habían tenido siempre por un alucinado, desapareció durante la tormenta. No era la primera vez que Olivorio inquietaba a sus familiares con sus ausencias inmotivadas. En otras oportunidades había hecho desapariciones de días y aun de semanas, regresando sin poder justificar la causa de sus ausencias.

En esta ocasión, sin embargo, la familia lo dio por muerto, suponiendo que habría perecido arrastrado por alguna corriente de agua torrenciosa. A pesar de esta aprensión, no estaban muy convencidos de su muerte ya que el cadáver, no obstante las búsquedas efectuadas, no había aparecido. La búsqueda la dirigía su hermano Carlito Mateo en compañía de algunos familiares.

Pasaron algunos días, quizás semanas. Un buen día Olivorio Mateo, fingiendo ser enviado de Dios, se presentó ante sus azorados familiares, diciendo: «Yo vengo de muy lejos».

Contó una historia simple y tonta, que algunos creyeron, otros dudaron o la tomaron con malicia; pero desde ese día, la leyenda tejió sobre Olivorio una maraña de embustes y supercherías que hicieron posible, durante más de dos lustros, su vida de curandero y líder religioso.

La tradición representa para los pueblos la conservación de hechos de su pasado remoto.

Dentro de algunos decenios el «olivorismo» parecerá a las generaciones que nos sucedan como una novela de aventuras.

Tan irreal se nos presenta la historia de este hombre, aun a los que la hemos vivido, que se hace cuesta arriba creer que Olivorio haya podido existir. Sin embargo, Olivorio existió y durante largo tiempo fue baldón y ludibrio de una rica y trabajadora región de la República.

La pátina del tiempo pondrá sobre Olivorio olvido y lejanía; pero en algún recodo de ese tiempo la tradición hablará por siglos de ese pretendido Dios que conmovió un pequeño mundo, dejando tras sí estela de infortunio y de dolor.

II

La práctica de la medicina por personas inspiradas es tan vieja como la creación. La medicina nació con el hombre primitivo, ejercida por brujos y hechiceros revestidos de carácter sagrado cuando la humanidad iniciaba sus primeros pasos por el mundo. El curandero, especie de personaje mítico y que muchas veces era sacerdote, fue el primer médico empeñado en curar los males del hombre, bien que no por medios científicos, todavía desconocidos, sino tratando de poner en acción las fuerzas diabólicas de la naturaleza y las de lo sobrenatural. Hasta que la medicina fue elevada a categoría de ciencia, la gente estaba atiborrada de creencias estúpidas sobre espíritus de muertos, malos humores, castigos divinos y otras zarandajas, por el estilo.

A pesar de que a la medicina primitiva y supersticiosa sucedió, transformándose en un lapso de muchos siglos, la científica, la ignorancia ha seguido apegada a brujos y hechiceros, atribuyendo virtudes curativas a manos, velas, oraciones, imágenes, amuletos, cordones y escapularios. Nuestra Patria, como los demás países del mundo, no ha escapado a esa ley del medio. También aquí se creyó en brujos, curanderos y hechiceros. Nuestros campesinos, y muchos que no lo eran, tenían más fe en las prácticas supersticiosas del curandero que en las recetas del médico universitario. En las fronteras primó y sigue prevaleciendo en la imaginación de sus habitantes las supersticiones y prácticas

de brujerías africanas importadas de Haití. El Papá Bocó, especie de sumo sacerdote, tuvo crédito popular y su influencia provocó no pocos desaguisados.

El ejercicio de la medicina ilegal ha ido desapareciendo conjuntamente con el analfabetismo acosado por una mejor preparación cultural de las masas; pero aquí, como en otros países, todavía hay quienes tienen fe en brujos y adivinadores de la buena ventura.

En esta era de la ciencia, los brujos y curanderos son un anacronismo fuera de lugar. El empuje de la civilización los hará desaparecer dejando de ellos sólo un vago recuerdo tan suave e inodoro que se disolverá en el tiempo y en el espacio: pero antes de que ese momento llegue, los Olivorio, Juan Samuel y comparas abusarán de la credulidad de la gente y vivirán, satisfechos y bien comidos, a costa de ese lastre de superstición que el género humano arrastra desde las edades primitivas.

Por estos mismos tiempos existían en San Juan de la Maguana dos tipos pintorescos: Merced Tatica y Lorencita.

Merced Tatica, que residía en la sección de Vallejuelo, varios kilómetros al sur de la población, preparaba botellas y curaba por medios de sortilegios. Su deporte favorito eran los gallos. Cuando venía al pueblo, jinete en brioso caballo, vestida en forma llamativa y con lujoso pañuelo de vistosos colores en la cabeza, acompañada de una caballería, hacía alarde de buena amazona, y en la gallera de buen tercio. Como todas las mujeres de su calaña su vida era tortuosa o irregular, pero ejercía gran influencia en su vecindario, amparada en sus mañas de curandero.

Lorencita, nativa de Puerto Rico, vivía en un barrio de la ciudad. Leía la taza y las barajas, preparaba botellas para mujeres enamoradas y se permitía, además, el lujo de ser complaciente en el uso de su cuerpo, que no era precisamente el de una Venus. Tanto la una como la otra eran tipos populares y tenían su clientela entre la gente sencilla y crédula, que la ignorancia hacía presa fácil de las habilidades y charlatanerías de estas presumidas protegidas por la volubilidad caprichosa de la suerte y del medio ambiente.

III

Los antecedentes de Olivorio no podían hacer sospechar que en su figura inatractiva y estrafalaria se gestaba un futuro predestinado. Olivorio era bajetón, mulato oscuro, pelo crespo, frente amplia, barba y bigotes largos y descuidados y un peso aproximado de 175 libras. No sabía leer ni escribir. Era miembro de una familia muy numerosa, cuya cabeza visible era su hermano Carlito. Trabajaba como jornalero y usaba soleta.¹⁵ Como jornalero su especialidad era construir empalizadas. Le placía empinar el codo y proferir palabras groseras y subida de calor. Luego fue peón de Juan Samuel, un habilidoso cocolo que ejercía los oficios de brujo y curandero y que había aparecido por los campos de San Juan de la Maguana desde el año del 1907, seguido de un harén y amparado por la indiferencia de la época, propicia a las vulneraciones de la ley y la moral.

Juan Samuel llevaba una vida nómada. Era nativo de la isla de Guadalupe, posesión francesa de las Antillas Menores. Sobre este sujeto, las noticias son muy contradictorias. Parece que llegó a Azua procediendo de San Cristóbal como buhonero y brujo, corriéndose de allí a los prometedores campos de San Juan de la Maguana y continuando con el mismo oficio. Vendía bisuterías como telón para el ejercicio ilegal de sus habilidades de prestidigitador y brujo.

Juan Samuel asistió, quizás como padre espiritual, al nacimiento del «olivorismo». Le dio aliento y ayudó en la organización de sus prácticas; pero cuando Olivorio se vio enredado en las mallas de la justicia, se esfumó como recuerdo. En Olivorio fructificaron sus enseñanzas, se incubó una herejía y brotó, surgido de las tenebrosas sombras de la ignorancia, un dios espurio y barrigón. Juan Samuel, a escondidas de Olivorio, cobraba por las curas que éste hacía.

15 Soleta: especie de chancleta muy usada antiguamente en el Sur y con la cual los campesinos se defendían de las espinas. Las soletas han pasado, por capricho de la moda femenina, el rango de zapato de uso aristocrático.



Olivorio Mateo junto a Juan Samuel, en la revista *Blanco y Negro*, 4 de julio de 1909, número 42.

Olivorio no era casado, pero gozaba de los placeres de tres concubinas oficiales, las cuales respondían a los nombres de Felipa Encarnación, Eusebia Brineta y Matilde Contreras, de Bánica esta última. Con la primera y la tercera procreó tres hijos con cada una; con la segunda, siete. En Bánica también dejó tres hijos engendrados con diferentes mujeres. Consecuente con sus teorías, el hombre era fecundo y gustaba de la diferenciación, quizás en busca de nuevas y fuertes emociones. Los hijos de Felipa se llamaron Juanica, Cecilio y Pomito; los de Eusebia, Compay, Carmito, Eleuterio, Angustias, Antonina, Mina y Carmita, y los de Matilde Contreras, Jesús, Juanita y María.¹⁶ Algunos de los nombrados viven todavía.

La historia que relató Olivorio, a pesar de lo burda y torpe, atrajo prosélitos. Contó que un ángel montado en un soberbio caballo le había transportado al cielo durante el temporal y que «allí el Señor» le había ungido con su sello divino, ordenándole regresar a la tierra para predicar su palabra y curar a los que sufrían.

Olivorio siempre había sido calificado de alucinado por sus familiares, concepto surgido de su forma disparatada de hablar;

¹⁶ Algunos de los hijos de Olivorio figuran con sus apodos. Sus verdaderos nombres no hemos podido obtenerlos. Entre los campesinos es difícil la identificación por nombres. Algunas veces ni los mismos padres recuerdan los verdaderos. En esos casos, por uso y la costumbre, el apodo se convierte en el nombre definitivo.

pero ahora, asumiendo su nuevo papel, se presentaba a sus oyentes con actitud misteriosa y lejana, como si se tratara de algo incorpóreo que el contacto evaporara. La nueva del «Ungido» corrió por el país como por arte mágico. Creó acólitos a montones y con una prisa impropia de un acontecimiento tan insustancial, trastornó la mente a multitud de personas aquejadas por males reales o imaginarios.

Nadie podría explicar el fundamento ni la razón de la rápida propagación de este trivial suceso; pero así fue. En poco tiempo La Maguana, como si fuera un santuario, se transformó en lugar de peregrinaje y asentamiento de gran cantidad de personas atraídas por la buena nueva. Había nacido la Meca dominicana.

Algunos criminales y fugitivos de la justicia que merodeaban por la región se unieron al grupo y contribuyeron a la formación de la nueva religión. Se crearon santos y se formó una corte celestial. Para alejarse de la ciudad, temeroso de las reacciones de las autoridades, Olivorio trasladó sus reales al paraje de El Palmar, sección de La Jagua, avicinándose de esta manera a la Cordillera Central, quizás presintiendo su futuro destino y adonde buscó refugio cuantas veces se sintió perseguido. La majestad de la imponente cordillera ejerció atracción irresistible sobre sus alucinaciones de Dios y en sus espesos bosques, sus riscos abismales y sus azules o brumosos panoramas, encontró el final de su breve, trágica y sorprendente pretensión a la divinidad. Su jactancioso proceder no fue más que una infantilidad de su alma simple y sugestionable.

Algunos de sus parciales le atribuyeron predicciones. Entre los disparates que con ese motivo se cuentan hay éstos, que se dan a conocer como curiosidad de museo. Estando en una reunión oyó cantar un gallo. Inmediatamente expresó: «Ese gallo que cantó es de Patricio León, es negro y tiene las espuelas amarillas»; que en otra ocasión dijo: «En Sabana Cruz de Bánica ha nacido una niña con tres pies»; que a un hombre que le robaron su mula le indicó el rumbo y cómo la conseguiría; que pronosticó el derrumbe de la iglesia de San Juan de la Maguana y la ocupación yankee.

Otros de los infundíos propalados, quizás maliciosamente, por sus adeptos más íntimos, atribuía la visita a El Palmar de un alemán, colorado como candela, expresión pintoresca del informante, el cual le ofreció a Olivorio todos los recursos que necesitara allí o en cualquiera otra parte con destino al afianzamiento de su culto. Según el mismo decir, Olivorio rehusó el ofrecimiento, agradeciéndolo, terminaron sus palabras expresando: «Yo estoy en una misión hasta llegar al palo de la Cruz».

Para los cuentistas mistificadores interesados en hacer aparecer a Olivorio como clarividente, estos pronósticos habían sido auténticos y su acierto indiscutible. Naturalmente todo estos decires no eran más que añagazas para convencer a ingenuos o ignorantes.

La Corte estableció leyes sociales y morales y trató de fundar una religión basada en el amor libre. El amor libre, que siempre ha sido una atracción de reformadores sin escrúpulos, era declarado cuantas veces llegaban a visitarlo personas de calidad. En el primer momento la ciudad de San Juan de la Maguana tomó el asunto con calma, de manera humorística y burlesca. No obstante no faltaron romerías de jóvenes y aprovechados que, tras el placer ofrecido, viajaron a los reales de Olivorio en busca de fáciles conquistas. Había un señuelo: placeres baratos.

Las distintas versiones que recogemos sobre el origen del «olivorismo» provienen de familiares y personas afines y como es natural pueden estar influidas o viciadas por sentimientos de proselitismo.

IV

Pero vamos a particularizar hechos. Detrás de Olivorio había, como hemos dicho, una pandilla de criminales y fugitivos de la justicia, de los cuales recordamos uno nombrado Benjamín García, también del lugar y de sus alrededores, se le unieron Martín Moreta, Blas Reyes, Colén Cuevas, José Margot, Abraham Alcántara, Lalín Romero, Juan Agustina, sus hijos

Cecilio y Eleutorio Mateo, Toñito Valenzuela, Domingo Montes de Ocoa, Enerio Romero, Magdalena Arias, Valentín Boni, Rafael Perdomo, Máquina, Pañero, León Tolé, Santos Díaz, Maximiliano Tolé, León Moreta, Liborio el Prieto, Rafael Romero, Tobay Romero, Pancho Contreras y otros cuyos nombres no recordamos ni hemos podido recoger con los informantes.¹⁷ Todos estos sujetos, que formaban su estado mayor y que en el argot olivoriano tenían, jerarquías definidas, lo ayudaban en la dirección y organización de lo que ellos llamaban la Hermandad. Muchos de los nombrados eran cibaños.

Como curandero tenía una extraña manera de ejercer la medicina. Armado de un palo de piñón, golpeaba al paciente pronunciando las que él suponía mágicas palabras de «salga el mal y entre el bien». Algunos de los sometidos a esas diabólicas curaciones morían de la tunda; pero cuando esta fatalidad ocurría decía sentenciosamente: «Este ya está curado».

Con las manos extendidas en estudiada actitud de mago, trataba de sugestionar los pacientes con miradas penetrantes y gestos de histrión. Les hablaba reposadamente o en forma atropellada, revistiendo sus palabras de signos cabalísticos, haciendo del acto un rito. Caminaba, daba vueltas, revolvía cordones y escapularios, hacía rayas en el suelo con el palo que le servía de báculo, terminando siempre estas prácticas supersticiosas con la consabida expresión de «salga el mal y entre el bien» que utilizaba en todas sus poses de médico inspirado por poderes divinos. Naturalmente, estos absurdos métodos no tenían ningún valor curativo, pero infundían confianza en los que corrían tras sus huellas, ilusionados y creídos en que estaban en presencia de un ser sobrenatural con virtudes para poner en pie a los caídos y levantar los muertos.

A la nueva de haber surgido en San Juan de la Maguana un dios que curaba todas las enfermedades, acudieron pacientes de Haití, del Cibao, del Este y de distintas regiones del país. No fueron exclusivamente personas ignorantes las contagiadas por las falsas novedades

17 Por falta de datos, algunos de los acólitos de Olivorio figuran con sus apodos.

circulantes; también se apresuraron a unirse a la incipiente religión algunas que tenían preparación intelectual, no sabemos si atraídas por el vicio o porque su credulidad simplona era propicia a contaminarse con el ambiente creyendo en brujos y aparecidos.

Hubo una circunstancia favorable a los designios de Olivorio y que impresionó grandemente a su comunidad: predijo una oscuridad. Sin lugar a dudas, alguien armado de un almanaque de Bristol le habló del eclipse que debía tener lugar en un día determinado y le indujo a aprovecharse de ese suceso para afirmar en el ánimo de sus seguidores sus poderes divinos. Entre sus adeptos los habían capaces de hacer estas aparatosas sugerencias.

Ciegos, parálíticos, cojos, mancos, dementes, cancerosos, tuberculosos; todos los que padecían de algún mal y que la ciencia no había podido ofrecerles consuelo para sus penas, hicieron de El Palmar su residencia. A la voz de «salga el mal y entre el bien» o del furtivo bebedizo, compuesto algunas veces de orines y otras de yerbajos, uno que otro se curó y esta ilusoria coincidencia se abonó a la fama de Olivorio. La grotesca ceremonia no tenía otro fin que impresionar a los espectadores y sugestionar a los enfermos. En realidad no sucedían tales curas. Personas nerviosas que podían caminar y que no lo hacían por miedo, o porque su sistema nervioso los engañaba, sugestionados por la voz de Olivorio y la paliza, recuperaron esa facultad dormida por la inacción de años o porque sólo eran enfermos imaginativos. Otros mejoraron sus quebrantos con bebedizos, lo cual no tenía nada de sobrenatural. Las medicinas provienen de los reinos mineral y vegetal y no hay entre los humanos quien no sepa administrar una infusión curativa. De ahí proviene la expresión de médico y loco todos tenemos un poco. Una verdad de a fondo en cuanto a los dominicanos. Todos sabemos dar una receta curativa, indicar una infusión maravillosa de cuyos resultados aseguramos se obtiene un éxito absoluto.¹⁸ Pero para la ignorancia estas curaciones esporádicas

18 Sobre esta afirmación, voy a narrar una interesante anécdota. Estando en New York, un extranjero casado con una dama dominicana me preguntó sorpresivamente: Sr. Garrido, ¿todos los dominicanos son médicos?

No, respondí. En mi país hay buenos médicos y también buenas clínicas.

eran milagrosas y ayudaron a formar alrededor de Olivorio un inconsútil manto de divinidad.

Los sábados y los domingos eran días de fiesta para la Hermandad. La reunión se celebraba con bailes y cantos. Se formaban en rueda conservando la línea y entonces el Maestro (así llamaban a Olivorio sus cofrades) desde un ángulo decía: «manto arriba y cayuco en mano». Con estas libidinosas palabras, señaladas como preámbulo para entregarse los concurrentes al amor libre, se iniciaba la ceremonia. Las mujeres caían en una especie de paroxismo, los hombres elegían su compañera ocasional y la bacanal duraba hasta bien entrada la noche.

Como es de suponer, estas fiestas para que revistieran la brillantez que exigían las circunstancias, se amenizaban con música, se exaltaban con abundante alcohol y para reforzar la resistencia física se comía opíparamente. Era una vida de placeres fáciles, baratos, que propiciaban a olvidar el rudo trabajo de cada día. El comerás el pan con el sudor de tu frente, de la Biblia, estaba excluido de los principios religiosos de Olivorio. El trabajo honesto, que ennoblece, y la lucha por la vida, que la embellece, eran sólo palabras vacías de sentido para esa gente enfrascada en la perversión moral.

Todos los días, en la madrugada, había que ponerse de pie y comenzar los ejercicios matinales diciendo: «Viva Santo Olivorio con toda su jerarquía. Ave María que ya amaneció». El coro contestaba: «Qué viva», repitiendo esta expresión varias veces. Después decían: «Olivorio fue al cielo en compañía de Dios para buscar remedios para nosotros todos». El coro contestaba: «Amén». «Justo y bendito dijo Dios para el hombre fiel». «Justo», contestaban. Cuando despuntaba el alba se formaba lo que ellos denominaban una conrueda, una especie de círculo en el cual se practicaba cierto rito

¿Por qué?, pregunte.

En presencia de mi mujer nadie puede hablar de quebrantos de salud, sin que ella dé una receta. Todos sus familiares y amigos dominicanos que conozco proceden en la misma forma. Por eso llegué a pensar que todos los dominicanos eran médicos graduados o nacían con ese don, [me dijo].

dirigido por el Maestro. Puestos todos de rodillas, besaban la tierra. Eso lo calificaban descender al arenal. Cantaban:

*Reunid mi conrueda
En esta comarca.
En esta comarca.
Y en este arenal.*

El ceremonial terminaba con un viva la Providencia y una invitación del Maestro al amor libre, diciendo: «Manto arriba y cayuco en mano».

Se llamaba comarca cualquier sitio aledaño adonde ocasionalmente residía Olivorio. La conrueda se formaba con los vividores de la comarca.

Olivorio cambiaba de residencia con frecuencia. Se mantenía en frecuente movimiento entre lugares previamente elegidos. En todos estos lugares se tenían casitas preparadas para ser ocupadas por sus parciales. Probablemente pasaban de sesenta. Entre estas casitas habían dos reservadas para Santa Clara y la Núm. 1,¹⁹ cuyas caricias se ofrecían entre ron y vino, a los visitantes de calidad.

Olivorio se movía en un escenario lleno de encantos y bellezas. Todo el norte del municipio de San Juan de la Maguana lo privilegió la mano sabia de la naturaleza. Abundantes ríos, fascinantes declives de las montañas circundantes, pequeños valles de vegetación lujuriosa, bosques de madera preciosa, agricultura pródiga y pujante, ganadería y otros dones que hacen de esta parte del municipio un emporio.

El lugarejo de El Palmar, a la sombra de la infantil credulidad de la gente, se convirtió en foco de corrupción y en peligro inminente para la paz de la región. El pacífico vecindario fue sacudido y metamorfoseado por la nueva religión. Criminales,

19 El nombre verdadero de Santa Clara era Rafaela Vargas. El de la Núm. 1, Matilde Contreras. Esta última era oficialmente mujer de Olivorio, lo que no impedía la compartiera con algún visitante.

vagos, delincuentes y fugitivos de la justicia, llegados de distintas partes de la República, se movieron bajo la protección de Olivorio. Era un refugio seguro y sin costo tras el cual acudían todos los que tenían cuentas pendientes con la justicia. Estos sujetos formaron, conjuntamente con otros creyentes o aprovechados, un pequeño ejército bien armado de revólveres y carabinas que, al tratar de salvaguardar los intereses de Olivorio, pecaba, de espaldas a la ley, contra las instituciones nacionales y se constituía en permanente amenaza para la tranquilidad de la región y quizás de la República.

La lenidad de las autoridades de la provincia, no atribuyendo importancia a lo que ocurría, contribuyó al incremento del «olivorismo» y a que algunos desalmados trataran de convertirlo en centro de bandidaje y de perturbaciones políticas; pero Olivorio, en honor a la verdad, trató en la iniciación de su movimiento religioso, de vivir en pacífica convivencia con el gobierno. Cuando un grupo de su gente asaltó y pilló al señor Nicolás Bautista, ganadero ubicado en una de las secciones vecinas, repudió el acto y castigó a los ejecutantes. Los alguaciles que en virtud de las funciones de su cargo visitaban la región, no encontraban oposición de su parte para que fueran cumplimentadas sus obligaciones judiciales.

Era regla general que tanto los visitantes como los adeptos debían portar un cordón y llegar a la presencia de Olivorio adornados con piedras en la cabeza. Estas piedras, santificadas por la mano de Olivorio, debían ser depositadas en el Calvario²⁰ que existió cerca del lugar donde se celebraban los ritos, como un acto de fe y como la espontánea contribución de los creyentes a la conservación de dicho calvario, el cual está ubicado en el Cerro de San Juan. Al despedirse los visitantes, Olivorio les hacía la señal de la cruz en la frente.

20 El Calvario existe todavía. También una ermita construida con anterioridad al movimiento de Olivorio y a cuyas ceremonias concurren gran cantidad de fieles.

V

En los primeros meses del 1910, el jefe comunal de San Juan de la Maguana, que lo era a la sazón el general Juan de Dios Ramírez, presionado por la opinión pública o por órdenes superiores, ordenó la prisión de Olivorio. Un pelotón de la Policía Gubernativa fue encargada de la misión. La orden fue ejecutada con éxito; pero en el camino, al regresar el pelotón con su prisionero, éste se fugó. Sea complicidad o descuido de los custodios, este suceso insignificante dio pábulo a toda clase de conjeturas, entre las que no faltaron atribuir la fuga a la posibilidad del don de despersonalizarse que su gente le atribuía a Olivorio. Frente a estos rumores, tan cándidos como absurdos, el general José del C. Ramírez, hermano del jefe de la común, se brindó para ejecutar la captura personalmente, expresando: «Si se me fuga a mí creeré en la divinidad de Olivorio». Naturalmente esta expresión del general Ramírez fue dicha en sorna, pues conocedor como nadie de la región, bien sabía que Olivorio no era más que un patán.

La nueva captura de Olivorio fue fácil y ejecutada pacíficamente. Todavía los olivoristas no se sentían con suficiente fuerza para desafiar las autoridades constituidas. El «olivorismo» era sólo un embrión prometedor. De San Juan de la Maguana fue remitido a la cabecera de la provincia, que para la época de nuestra historia era Azua, donde fue internado en la cárcel pública rodeado de estimaciones y respetos. La defensa de Olivorio ante el tribunal estuvo a cargo del Sr. Manuel de Js. Bidó, abogado autorizado, quien obtuvo fácilmente la absolución del reo.

La prisión de Olivorio duró pocos días. Su absolución robusteció su postura de hombre influyente y líder religioso. A su regreso, una caballería compuesta por más de mil personas entre hombres, mujeres y niños le dieron la bienvenida en las afueras de la población de San Juan de la Maguana y le escoltó hasta su residencia, donde se le tributó espléndido recibimiento.

La absolución de Azua fue el sello que rubricó la posición de Olivorio frente a la sociedad y la moral. El cantón de El Palmar volvió a convertirse, desde ese instante, en asiento de extraños

ritos y de costumbres reñidas con la decencia y la salud pública. La afluencia de gente, cada día más numerosa, favoreció el comercio del lugar y el establecimiento de un mercado con gallera aneja en La Sigua, Hato Nuevo, de la misma jurisdicción. El contrabando de clerén²¹ con Haití proporcionaba dinero y diversiones.

Entre los líderes del «olivorismo» había una amazona: Rafaela Pérez. Esta pintoresca fémina encabezaba las correrías de la caballería olivoriana, cuchillo al cinto y engalanada con cordones y escapularios. Era una caricatura burlesca de las grandes mujeres de la historia.

VI

Durante algún tiempo, Olivorio y el «olivorismo» dominaron pacíficamente la región. Vivieron y convivieron con el vecindario bajo la tácita aprobación de las autoridades. Celebraban sus saturnales, sometían a curas los enfermos y hacían días especiales para el amor libre, homenaje especial a Olivorio, que lo aprovechaba para regodearse con la mejor y más apetitosa ovejita del rebaño.

La prostitución, relajamiento de las sanas costumbres, ha figurado en la historia del mundo desde los tiempos más remotos. Es un sacudimiento profundo de la familia y de la sociedad, convertido en problema moral insoluble, que Olivorio la hizo dogma de su religión.

El flujo y reflujo de personas de Haití y de todo el país, transformó El Palmar, convirtiéndolo en centro de una población movable sujeta a sus instintivos apetitos, a la vez que canal de enfermedades de todas clases. Tanto estas circunstancias como la permanente amenaza que parecía provenir de gente bien armada, cuyas intenciones eran siempre desconocidas, hizo al fin que el gobierno tomara una actitud formal contra el desorden

21 Clerén: ron haitiano fabricado directamente de la caña.

moral y social que representaba el «olivorismo», que ya se había hecho una bandera y casi un partido, escudado tras una secta religiosa en elaboración. Para esta época ya Olivorio, velando por la seguridad de su persona y de su gente, se había trasladado a El Naranjo, sección de La Jagua, lugar más protegido dentro de las estribaciones de la Cordillera Central. Sus prosélitos se habían organizado militarmente.

En el 1911 el gobierno de Cáceres ordenó la destrucción del «olivorismo» y la detención de sus seguidores. El movimiento de fuerzas puso alerta a Olivorio. Buscando seguridad para su persona y sus seguidores, se retiró al Cerrito de San Juan, un lugar abrupto vecino a la Cordillera Central. Allí fue atacado por fuerzas comandadas por los generales Santiago Oviedo, gobernador de Azua; E. de Vargas, jefe Sur y Este de la Guardia Republicana; Juan de Dios Ramírez, jefe comunal, y los tenientes Feliz, Sánchez y Comas, de la Guardia Republicana, el 21 de enero de ese mismo año.

Después de una desmayada defensa, Olivorio fue derrotado y su gente desbandada. Durante la refriega Olivorio galvanizaba su gente con vivas a la providencia, como grito de guerra o incitación a la lucha y a la resistencia. Olivorio, tratando de conseguir seguridad en sus piernas, se descolgó por un despeñadero, herido leve en el pescuezo, internándose con algunos compañeros cordillera adentro, buscando asilo en sus escarpadas serranías, contando para permanecer allí con la ayuda de sus simpatizantes, los cuales se movieron de inmediato para llevarle provisiones de boca y noticias, burlando la vigilancia de las autoridades.

En el Cerrito de San Juan, según una tradición bastante difundida, fue el lugar donde apareció la imagen de San Juan Bautista. En el mismo sitio hay un calvario. Olivorio colaboró en su conservación. San Juan Bautista es el patrón del municipio de San Juan de la Maguana.

Las fuerzas del gobierno quemaron y arrasaron los ranchos y barracas que le servían de cuarteles y abrigo, creyendo llevar al ánimo del vecindario –con esas drásticas medidas– la convicción de que no se permitiría la reanudación de las prácticas del «olivorismo». La creencia fue ilusoria.

La persecución acalló un momento, pero no destruyó la esencia del «olivorismo». La caída del gobierno de Cáceres y los desórdenes internos que esta caída produjeron, hizo renacer el «olivorismo» con más fuerza y empuje.

Reingresado a El Naranjo, Olivorio reorganizó su gente e impulsó la «Hermandad» con más vigor. Nuevamente acudieron cofrades de toda la Isla a engrosar sus filas y a participar de las delicias de la nueva religión. Los enfermos tampoco se hicieron esperar. El lugar volvió a ser, como enantes, la Meca de los fugitivos de la justicia, de los enfermos desahuciados, de los creyentes en brujerías y sortilegios y de los buscadores de placeres fáciles.

El gobierno de Victoria lo toleró y le pidió fuerzas para garantizar y defender la plaza de San Juan de la Maguana cuando el Sur se rebeló en armas contra su dictadura. Cuando esta plaza fue atacada por las fuerzas revolucionarias acaudilladas por el general José del Carmen Ramírez, huyeron sin estrenar sus carabinas, pero bien provistos de armamentos.

Los jefes de la Revolución del Sur, generales Luis Felipe Vidal y José del Carmen Ramírez, tratando de eliminar conflictos a retaguardia de sus tropas, también transigieron y utilizaron el «olivorismo». Por distintas oportunidades Olivorio, acompañado de un flamante estado mayor, visitó a los generales Vidal y Ramírez en el campamento general revolucionario de San Juan de la Maguana.

Los «olivoristas» usaban vistosos pañuelos, sucios escapularios y un cordón sobre el cuello o amarrado en la frente. Este cordón tenía tantos nudos como meses al año. Para ellos habían tres meses al año que eran peligrosos para las balas. ¿Cuales? El misterio se los tragó. Los meses pares eran de mala suerte. Para dar y recibir dinero lo hacían siempre en cifras nones. Sobre esta interpretación cabalística recordamos esta anécdota:

En la primera visita que le hizo Olivorio a los generales Vidal y Ramírez en su cuartel general de San Juan de la Maguana, se entretuvo dictándoles, en su lenguaje vulgar y misterioso, normas para salir siempre victorioso. Habló de meses pares e impares, toques de escapularios, amuletos y otras simplezas, entre las cuales

no faltó mencionar el dinero. Como el general Vidal le iba hacer un presente de \$100.00, devolviéndole sus propias palabras y poniendo en sus manos el dinero, le dijo con malicia: «La ayuda de \$100.00 que tenía dispuesta para Ud., la he rebajado a \$99.00 para que no le den mala suerte los números pares».

Olivorio asintió y nosotros nos reímos de la ocurrencia, que representaba la economía de un peso. Más tarde Olivorio puso a las órdenes de los generales Vidal y Ramírez una lucida caballería, que maniobró y vivió en los campamentos, pero que nunca sus componentes le vieron la cara al enemigo. Siempre se fingían enfermos en las horas decisivas.

Durante el gobierno de Bordas y los sucesivos, Olivorio fue tolerado. Las prácticas de su fetichismo siguieron con toda la corrupción con que se había iniciado. Entronizado en su región, virtualmente era el jefe político y moral de ella. Era un gobierno sujeto a su capricho y a la voluntad de sus cofrades. Todo obedecía a su directriz con paciencia y dejadez de las autoridades que, considerando a Olivorio una fuerza, no deseaban enredarse en conflictos con él. También influían en este estado de cosas la anarquía política que primaba en el país en la época a que hacemos referencia. Tal concepto prueba la penuria psicológica en que se vivía. El concepto de fuerza se derrumbó estrepitosamente tan pronto como hubo el propósito de exterminar el foco de podredumbre social que representaba el «olivorismo», quedando a las claras que la farsa que estaba en el tinglado no tenía consistencia para sobrevivir a una representación. Mal ajustada y peor representada se disolvió al tornar contacto con la realidad.

Durante los años transcurridos entre la caída de Cáceres y el establecimiento del gobierno militar Yankee, el «olivorismo» gozó de impunidad absoluta. Olivorio pudo tranquilamente continuar, sin molestias ni sorpresas, la organización de su hermandad y curar y celebrar sus saturnales. De cuando en vez, aunque con desgana, dedicaban una temporada al trabajo. En el Naranjo, en las posesiones de Martín Moreta, fomentaron conucos bajo el sistema de convite, lo que les permitía adquirir

productos de la tierra sin gran fatiga muscular. Las mujeres y los niños participaban en estos trabajos.

Ese lapso fue fecundo para el «olivorismo». Las romerías de toda la isla se hicieron más frecuentes y numerosas. Muchas señoras casadas abandonaron sus maridos para prostituirse en compañías de hijas y parientas. Fueron unos penosos años que pesarán siempre en la historia de San Juan de la Maguana como espinas clavadas en el corazón.

A la caída del presidente Jimenes, el país vivió un interregno crítico y doloroso. Mientras se creaba un gobierno, se pasaron algunos meses sin ninguno. El «olivorismo» había crecido como ortiga en campo fértil. Tenía una respetable fuerza armada, la cual probablemente pasaba de mil hombres. Sus movimientos y correrías se hicieron sospechosos, sobre todo porque se ejecutaron algunos hechos vandálicos. Frente a estos actos la población de San Juan de la Maguana se sintió intranquila y alarmada por la amenaza que para la propiedad y la familia representaba en ese momento histórico la existencia de Olivorio y sus secuaces. Grupos bien armados se reunían en los campos, se emborrachaban, disparaban al aire e infundían temor a las familias con sus equivocadas actitudes. Las correrías llegaron hasta el Mamey, a un kilómetro de la población. El desarrollo de estos acontecimientos hizo que algunos comerciantes se dirigieran al gobierno militar yankee pidiendo protección. El silencio de los interventores y la actitud cada vez amenazante de los «olivoristas», propició una reunión integrada por comerciantes y personas respetables de la población con el fin de tratar en ella los medios de poner en práctica algún plan defensivo de los intereses de la comunidad amenazada frente a los desmanes del «olivorismo». A iniciativa del general Wenceslao Ramírez se resolvió enviarle una comisión para inquirir sus propósitos, sondear sus intenciones y aconsejarle devolver la tranquilidad a las familias, depositando las armas en poder de las autoridades constituidas. Esa comisión la compusieron el general José del C. Ramírez, Carlos Marranzini, en representación de Marranzini Hnos., José A. Lagrange, José Paniagua, en representación de Paniagua Hnos., Martiano

Cabral y M. de J. Rodríguez B. La comisión no logró convencer a Olivorio, mal aconsejado por sus secuaces, de que debía depone su actitud sospechosa y volver a la pacífica convivencia con su vecindario. Lejos de eso, trataron con insolencia a la comisión e hicieron lujo de aparato militar, tratando a los distinguidos caballeros integrantes como espías indeseables. La montonera olivariana se mantuvo amenazante hasta que la ocupación yankee puso cese a sus insólitas actividades.

VII

Varios meses después de iniciada la ocupación del país por las fuerzas norteamericanas, el gobierno militar surgido de este hecho desventurado y cruel para el orgullo dominicano, trató de solucionar el problema que planteaba la montonera olivariana por medios pacíficos y normales, intimándola a entregar las armas y avenirse a desenvolver sus actividades dentro del orden y la ley. A estos enérgicos requerimientos, Olivorio, mal aconsejado por sus parciales, contestó con arrogancia, asumiendo de inmediato pose de franca rebeldía y de engreído caudillo militar. Tal actitud no podía ser tolerada por el gobierno militar, que respondió a ella enviando tropas para liquidar la insurrección.

La persecución de Olivorio y sus secuaces no tenía nada que ver con la doctrina religiosa por ellos sustentada. A los yankees les importaba un comino que Olivorio ejerciera de médico inspirado por poderes divinos, fungiera de Dios y se hiciera adorar por sus prosélitos fanatizados. Lo que no admitían era el grupo armado, quizás suponiendo que podía convertirse en un peligro para las miras ulteriores del gobierno militar. Olivorio como doctrina religiosa dejaba frío e insensible a los militares yankees, acostumbrados a considerar con tolerancia humorística las inquietudes confesionales de su inmenso país. La actitud del gobierno militar, que no tenía otra mira que destruir la rebelión armada, reflejaba la resolución de dejar liquidada la postura obstinada y perturbadora del orden asumida por Olivorio.

En el mes de marzo de 1917 el gobierno militar movilizó fuerzas para controlar la insurrección y triturar el movimiento olivorista comandadas por el mayor Bears, del ejército norteamericano y el coronel Buenaventura Cabral, jefe de la Guardia Republicana. Estas tropas estaban integradas por compañías del ejército de ocupación y de la Guardia Republicana, teniendo como centro de operaciones la ciudad de San Juan de la Maguana. El mayor Bears se hizo acompañar de los generales Wenceslao y José del Carmen Ramírez, los cuales más bien figuraban en la partida como rehenes que como combatientes, ya que los jefes norteamericanos se mantuvieron siempre recelosos y precavidos, creídos en que la sumisión e indiferencia del pueblo dominicano frente a los infortunados pretextos de la intervención podían ser aparentes o fingidos y que en cualquier momento la tea revolucionaría, encendida por manos patriotas, tendría la potestad de inflamar el país y el pueblo empuñar las armas en defensa de sus conculcados derechos y libertades.

Esta vez también Olivorio tomó precauciones. Sabedor de que había el propósito de atacarlo, nuevamente se movió hacia la cordillera, tomando posiciones defensivas en lugares estratégicos.

El sábado santo del mismo año, por la mañana, las fuerzas destacadas en su persecución hicieron alto en Cercadillo, al pie de los cerros donde acampaban las tropas de Olivorio, que se suponían pasaban de mil hombres, aunque no todos armados.

El teniente José Pimentel, de la Guardia Republicana, inició el asalto poco después, trabando reñidos combates de cerro en cerro con el enemigo hasta desalojarlo de sus posiciones. El pleito duró hasta el crepúsculo. Las tropas atacantes perdieron al cabo Cuevas, muerto, y muchos norteamericanos heridos. Las fuerzas de choque del gobierno fueron las dominicanas, compuestas en su mayoría de sanjuaneros y azuanos, entre los cuales figuraban el cabo Felipe Ciprián, de la P. N. D.²² Los «olivoristas» pelearon con coraje, pero no pudieron resistir el empuje de los atacantes, tropas disciplinadas y bien armadas. Tuvieron muertos, heridos

22 El cabo Ciprián ascendió en el Ejército Nacional hasta general de brigada.

y prisioneros, contándose entre estos últimos Benjamín García y Martín Moreta.

Olivorio, desbandado y perseguido se refugió en el corazón de la Cordillera Central, seguido de gran número de partidarios y contando nuevamente con la ayuda de los simpatizantes tibios que podían darle noticias y municiones de boca, aunque no asistencia militar. Los campamentos fueron una vez más quemados y arrasados; pero a la postre, como en la otra ocasión, sólo se logró destruir el asiento material. Olivorio, en el corazón de la cordillera, seguía dando vida a su religión, siempre, visitado por prosélitos fanáticos que no querían rendirse a la evidencia: que el «olivorismo» era ya una cosa caduca.

Todas las ideas y doctrinas tiene su zenit y su ocaso. El vulgar materialismo que representaba el «olivorismo» tuvo su zenit cuando la inercia de los gobiernos le permitió libremente el ejercicio de su grosero culto. Su ocaso lo marcó la persecución activa del gobierno militar.

Los repetidos jefes militares que sirvieron en la plaza de San Juan de la Maguana no le dieron respiro a Olivorio. Tenía que mantenerse en errante peregrinaje buscando seguridad y protección para su persona y sus seguidores en las escarpadas serranías de la Cordillera Central. Continuamente salían destacamentos de la Policía Nacional Dominicana en su persecución, lo que le obligaba a frecuentes abandonos de sus refugios.

El 19 de mayo de 1922, fuerzas al mando del capitán Morse (P. N. D.), hicieron contacto con las de Olivorio en la Loma de la Cotorra, las cuales, acorraladas, pelearon con vigor, pereciendo Benjamín García, uno de los cabecillas principales, y otros entre los que se pudieron identificar a Marcelino Arias, José Adames, Ángel María y Feliciano Valenzuela. En este pleito murieron 23 mujeres, la mayoría beatas rezadores.

Olivorio se escapó una vez más con un grupito de fanáticos. Los menos comprometidos o conservadores, se desbandaron entre riscos y hondonadas en busca de seguridad personal.

El 27 de junio siguiente, un destacamento de la Policía Nacional Dominicana, al mando del capitán Williams y el teniente



Cadáver de Olivorio Mateo expuesto en la plaza pública de San Juan de la Maguana, el 28 de junio de 1922, por el ejército de ocupación norteamericano, para que el pueblo se convenciera de que era mortal.

Olivorio al verlos partir, dijo a uno de sus hijos: «Somos perdidos». El vaticinio se cumplió. Su hijo Cecilio, con quien depar-tamos en su residencia de San Juan de la Maguana, nos informó que pocas horas antes de su muerte Olivorio le expresó: «Ya llegó la hora». Midió siete pies diciendo: «Eso es lo que se necesita para

Luna, lo asaltó nuevamente en su campamento de La Hoya del Infierno, cordillera adentro por los lados de Bánica. El asalto tuvo lugar en el momento en que se hacían los oficios del culto y se disponían a abandonar la guarida, presumiblemente para internarse en las montañas de Haití o en las de Manabao, del otro lado de la cordillera. En el cambio de disparos resultaron muertos Olivorio, su hijo Eleuterio Mateo, los veganos Máquina y Pañero, así como otros más de la misma cofradía. Matilde Contreras, una de las barraganas de Olivorio, había muerto en el pleito de La Cotorra. Muy pocos lograron salvarse. Tanto en este como en el otro asalto, las fuerzas del gobierno ocuparon dinero, carabinas, revólveres, sables y el espadín que usaba Olivorio.

La desertión de Lalín y Ene-rio Romero llenó de aprensión a Olivorio. Estos sujetos, bajo pretexto de buscar tabaco, le abandonaron en momentos conflictivos y cuando más necesitaba defensores.

Muerte de Dios Olivorio en un encuentro con las fuerzas de la Policía Nacional Dominicana

(NOTA PARA LA PRENSA.)

←====→

<p>El siguiente telegrama suscrito por el oficial Comandante de la 9a. Compañía, San Juan, R. D. dirigido al Director del Departamento Sur, Policía Nacional Dominicana, ha sido recibido ayer 28 de Junio, 1922:</p> <p style="padding-left: 40px;">"Director Depto. Sur, P. N. D. Santo Domingo.</p> <p>He tenido un encuentro con el grupo de Olivorio compuesto de 12 hombres</p>	<p>en el campo de "Arroyo Diablo" aproximadamente 35 millas al Norte de San Juan, á las 7: A. M. del martes 27. Resultaron, identificados 4 bandidos muertos, incluyendo al Dios Olivorio, Jefe de los Bandidos en este Distrito. El cadáver del Dios Olivorio ha sido traído á San Juan, hoy habiendo sido identificado, capturamos 8 revólveres, 3 carabinas y 150 cápsulas. Ninguna baja de la P. N. D. Firmado Williams".</p> <p style="text-align: right;">P. M. RIXEY, Jr. Coronel, Comandante, P. N. D.</p>
---	--

El *Listín Diario*, en su primera plana del 29 de junio de 1922, Núm. 9936, informa la muerte de Olivorio Mateo.

un muerto». Luego le agregó: «No dejes camino real por vereda; no preguntes lo que no te importa que cuando la noticia sea vieja la sabrás; no compres espejo que en el espejo de otro te mirarás».

El cuerpo de Olivorio fue envuelto en yaguas, amarrado con sogas huecas. En macabra procesión fue trasladado a la ciudad de San Juan de la Maguana y, depositado en el parque de recreo, donde se convirtió en ruín espectáculo para muchedumbre de curiosos. La diversión, tonta y zafia, fue vulgar y barata. El cadáver se hizo identificar por personas calificadas y se retrató para conservar las pruebas documentales del deceso. La identificación destruyó la leyenda de su inmortalidad. Los periódicos de la época, entre ellos *El Cable* de San Juan de la Maguana, publicaron amplias informaciones sobre este importante acontecimiento. La muerte de Olivorio erradicó de una manera definitiva las perturbaciones morales y la intranquilidad pública que por varios años minaron la paz y el orden de una rica porción del municipio de San Juan de la Maguana. Fue enterrado en el cementerio de esta ciudad.

Por mucho tiempo la fanatizada hermandad olivorista aguardó resignadamente la resurrección de su dios. «El Señor lo resucitará como Jesús a Lázaro», decían. Por mucho tiempo no sólo creyó con fe y esperanza en ese improbable hecho, sino que de tiempo en tiempo, sugestionando crédulos, fijaban fecha para la esperada resurrección. Los años amortiguaron la fe y las esperanzas las cuales, como nieblas de otoño, se esfumaron ante la realidad: el ansiado despertar de Olivorio no se efectuó. La carroña se lo comió y lo convirtió en un montón de huesos.

Aunque no lo podemos afirmar de manera definitiva, siempre se dijo que los sujetos Enerio y Lalín Romero, del personal íntimo de Olivorio, fueron los judas que actuaron y ayudaron a victimarlo, sirviendo de guía al teniente Luna, atraídos por una jugosa recompensa. Lalín Romero, que se había presentado voluntariamente al capitán Williams, para el momento en que ocurre la muerte de Olivorio, servía como alcalde pedáneo de la sección de La Maguana. Siempre la venalidad ha sido un pecado de la fragilidad humana.

VIII

¿Cuál era la religión de Olivorio? ¿Cuáles sus doctrinas y enseñanzas? ¿Por qué conmovió un sector de la opinión pública? ¿Qué contagio mental hizo posible el «olivorismo»? ¿Qué condiciones propiciaron ese contagio? Nadie podría contestar estas preguntas con imparcialidad y a la luz de una sana filosofía. Olivorio era un patán sin aparentes condiciones para impresionar multitudes. La cultura, que es siempre la motora en todos los errores del juicio, no entró por ninguna puerta en su mente. Era demasiado rudimentaria para que Olivorio pudiera entender el papel que se quería atribuir en el medio social donde actuaba. Carecía de la instrucción y el magnetismo innato en determinadas personas, que aprovechados con inteligencia moldean un estado e influyen en la creación de un partido político o una secta religiosa.

No sabía leer ni escribir. Jamás había pisado otro terreno que el suyo propio; por lo tanto no tenía la visión de centros civilizados. Sus contactos con la civilización no habían pasado de servir como peón al curandero y cocolo Juan Samuel.

La familia lo consideró siempre un místico y aunque dudamos que ella o él supieran interpretar lo que significaba la palabra, su actitud hacía sospechar que era un «tocado», término usado por los campesinos para indicar que no se anda muy bien de la cabeza. Probablemente en su mentalidad rudimentaria debió influir las prácticas y maneras de Juan Samuel, al que se debe considerar como su verdadero maestro.

No encontramos, por más que cavilamos sobre la materia, en qué fundar ideas precisas sobre el «olivorismo». Siempre nos hemos preguntado: ¿cómo ha podido ser esto? ¿Cómo ha sido posible que atraídos por un rumor se haya movido tanta gente hacia un lugar determinado? ¿Qué encontraron en ese lugar para crear una hermandad o cofradía y persistir en ese infundio hasta el fanatismo? ¿Superstición? ¿Fe? El «olivorismo» no fue una religión. No podía serlo. Le faltaban los elementos esenciales tanto espirituales como civilizadores que hacen posible la formación de una religión y su adentramiento en el corazón de las masas. En nuestro concepto el «olivorismo» no fue más que una explotación de la gente sencilla e ignorante dirigida por personas habilidosas e irresponsables, amparadas en la mente desequilibrada de Olivorio y el estado político-social imperante. Formado el mito vivió, arraigó y perduró por la atracción que ejercen sobre las masas las cosas rodeadas de misterios con halos de superstición.

A pesar de lo inexplicable, el «olivorismo» fue una realidad que alborotó y trastornó un momento de la vida dominicana.

En el «olivorismo» no había misticismo ni profunda fe. Sólo un grosero y vulgar materialismo. En esa híbrida combinación de superstición, fetichismo y amor libre, no podía haber religión ni nada que no fuera repudiable y hondamente criticable. Sólo la anarquía política que agitaba la conciencia nacional en la época de estos sucesos y la indolencia de nuestros gobiernos para encarar los problemas de orden social, siempre temerosos de las

asonadas, pudieron ver con indiferencia ese brote de oscurantismo medieval que minaba la vida de una región con toda su secuela de corrupción, amenaza a su salud y empobrecimiento de las buenas costumbres.

Hemos hecho una exposición histórica del «olivorismo» con un somero análisis de sus causas y propósitos. Nos falta aclarar de una manera definitiva la posición de San Juan de la Maguana en este feo asunto.

Olivorio era, indiscutiblemente, natural de San Juan de la Maguana, pero muy pocos de la común fueron sus adláteres. Aun entre sus propios familiares hubo muchos negados a creer en su divinidad. El peor de los creyentes es el de nuestra intimidad. El que nos ha visto en zapatillas no cree en nuestra grandeza. Se burla de ella. El «olivorismo» lo elaboraron vagos, delincuentes y refugiados en la región y personas que de toda la isla concurrieron allí tras la nueva del seudo Mesías. Esa es la verdad histórica que consignamos en desagravio de nuestro pueblo.

Aunque duela confesarlo, nuestros gobiernos se preocuparon muy poco por resolver el problema social, político, cultural y de sanidad moral que representó Olivorio por más de 10 años. Ese período pertenece a una oscura noche de dejadez, indiferencia y caudillismo que vivió el país durante varias centurias, primero como colonia y luego como república. Fue preciso la ocupación militar yankee para que alguien se interesara en curar la llaga purulenta que brotando en forma de religión, amenazaba con destruir los cimientos de nuestro orden social.

Olivorio pudo haber sido un episodio intrascendente, una ráfaga aciclonada que pasa, un momento de locura en la vida accidentada de un pueblo; pero la ignorancia y la incuria le dieron vivencia, lo transformaron en realidad y le hicieron una historia que aunque sucia y fea, pesará siempre sobre San Juan de la Maguana como una montaña.

La muerte de Olivorio y de muchos de sus partidarios no erradicó el ««olivorismo»», como se presumía, de una manera definitiva. Por algún tiempo, del árbol ruinoso renacieron

retoños. Esporádicamente, durante algunos años, la prensa habló de las apariciones de sujetos que en algún lejano rincón del país se hacían llamar Olivorio, queriendo por ese medio impresionar la sencillez campesina con la presunción de que el viejo farsante había resucitado. La burda falsificación nunca prosperó y los embaucadores fueron a la cárcel o se eliminaron por su incapacidad para mantener sus cómicas posturas. No podía ser de otro modo. El engaño, como todas las situaciones dudosas, se disuelve bajo la presión de su propia endeblez.

En el 1930 José Popa, antiguo cofrade, trató de revivir las prácticas de Olivorio en el viejo fundo de éste. Murió ese mismo año trágicamente.

IX

Olivorio, influido por su creciente popularidad, se creyó un predestinado. Las ideas se embrollaron en su mente vacía y donde pretendió crear, parió un infundio. Para crear es necesario pensar, reflexionar, concebir ideas, sentir el coraje de sus concepciones e impulsarlas; pero para impulsar, sentir y vivir los pensamientos creados, se necesita personalidad consciente. Olivorio no tuvo personalidad consciente ni concibió ideas, sencillamente porque no podía producirlas. Su instrucción rudimentaria no le permitía el lujo de tener ideas ni de crear un movimiento ideológico con base para subsistir a través de los vientos huracanados de la vida.

La belleza y pasión que debe haber en los sentimientos, la claridad de pensamiento y la amplitud de intuiciones de toda religión, no existieron en la mezcla de catolicismo y ritos paganos en deleznable confusión que forjaron el «olivorismo». Del catolicismo tomaron la adoración de santos y el hábito del rezo, profanando con sus herejías la santidad y belleza de nuestra religión. Paganismo, sin sospecharlo, eran las saturnales, la conrueda, el arenal y toda esa serie de actos que formaban la esencia del «olivorismo» y que dio margen para

que la superstición y la ignorancia, hermanadas alrededor de un poseso, galvanizaran un sector de la opinión pública y forjaran un mito. Por más de dos lustros ese mito, agachado en los emocionales momentos del alma popular, zarandeó la opinión pública y perturbó la tranquilidad de un pacífico vecindario.

La muerte, asiendo por el pescuezo el mito, lo trituró y enterró²³; pero por años quedó latente entre las cenizas del recuerdo una sutil y pequeña chispa, que manos de burdos vividores trataron por varias ocasiones de soplar y provocar incendio. El tiempo apagó definitivamente la chispa y con su rueda implacable ha ido tejiendo olvido y lejanía y, donde hubo vida, sólo queda la vaguedad de una leyenda.

X

Mientras el «olivorismo» nacía y se desarrollaba el cielo de su proceso histórico, el país se hundía en profunda anarquía, agitado y sacudido por la marea de las discordias intestinas. Insurrecciones, cuartelazos y asonadas brotaban de ciudades, poblados y colinas, provocando continuos cambios de gobierno y sumiendo la República en el más cruel marasmo económico. Las exportaciones paralizadas, los brazos que debían fecundar la tierra usados para matar hermanos, los servicios administrativos en bancarrota. Ese era el estado miserable y ruinoso del país. Entre la muerte de Cáceres y la ocupación yankee uno tras otro se sucedían los gobiernos, arrollados por la corriente revolucionaria, cada día más explosiva y más destructora de la riqueza nacional. El servicio de instrucción pública completamente descuidado. Apenas habían escuelas en las ciudades, mal pagadas, con asistencia pobre y deficiente funcionamiento. La

23 Inspirados en Olivorio Mateo, los mellizos de Palma Sola demostraron la vigencia del mito. La matanza del 28 de diciembre de 1962 escribió con sangre otra página de la historia del mesías del sur dominicano.

sanidad andaba peor: era desconocida como servicio del Estado. Caminos, las viejas trillas indígenas. En El Cibao funcionaban dos trasnochadas líneas ferroviarias; pero en el Sur, que era y es la región cenicienta de la República, el transporte se hacía a lomo de animales o en carretas de bueyes cuando lo permitía el tiempo. La falta de carreteras estancaba el progreso y hacía más inconsistente y difícil la vida ciudadana. Siendo nuestra economía principalmente agrícola y ganadera, la carencia de buenos caminos y las continuas asonadas impedían que se desarrollaran esas vitales fuentes de la prosperidad nacional. Maltrecha, anárquica y arruinada la sorprendió la intervención yankee. La confusión política, desbordada en egoísmos malsanos y ambiciones desapoderadas fue tal, que nadie pensó en defender el suelo sagrado de la Patria. Los políticos quisieron aprovecharse del momento para sus maquiavélicas combinaciones, las cuales abortaron cuando comprendieron que los yankees no habían ocupado el país para defender intereses de banderías, sino para favorecer los suyos que suponían amenazados por el caos que imperaba en la República.

El cuadro aflitivo y desolador que hemos bosquejado encuadra bien en el momento y la hora en que Olivorio, un producto del ambiente, empujado por extraños e inexplicables designios de lo imposible, proclama ser portador de un mensaje divino y se hace adorar como Dios por una cantidad de adeptos fanatizados por sus palabras y sus actitudes misteriosas y sin sentido espiritual, llevando, no sabemos por qué complejo atávico, hasta el paroxismo y la tragedia, su fe en un hombre vulgar y analfabeto.

Historia de un periódico²⁴

Capítulo IV

Para llegar al fin que me propongo al narrar la historia de *El Cable*, me ha sido forzoso hacer un análisis esquemático del medio donde se va a mover mi acción periodística. El panorama había cambiado. La vieja aldea, soñolienta y amodorrada, despertaba a la civilización. El pequeño pueblo se iba poco a poco convirtiendo en ciudad, empujado por el tiempo, por el progreso y por el desdoblamiento de su riqueza latente, puesta en circulación por el trabajo y la iniciativa del capital. Poco a poco se caminaba hacia lo que es hoy San Juan de la Maguana.

Mis inquietudes civilistas, agravadas por la intervención militar norteamericana, me hicieron pensar que el mejor medio de servir al país era fundando un periódico, ya que no se podía hacer oposición armada al poder intervencionista. Sin medios adecuados para la acción militar, rota la espada de Santomé, caída ignominiosamente la gloriosa enseña de Estrelleta, había que salvar el honor combatiendo con la pluma. Se corrían riesgos, pero mi espíritu estaba templado para la lucha y el peligro no me arredraba. Lo había corrido en situaciones menos dignas.

24 E. O. Garrido Puello, *Historia de un periódico*, Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, 1973, pp. 29-52.

EL CABLE

AÑO II — SAN JUAN DE LA MAGUANA, R.D. MARZO 11 DE 1922—

Proclama

disponiendo la continuación de la Ocupación Militar hasta aproximadamente el 1º. de Julio de 1924.

POR CUANTO, en la Proclama del 27 de Julio de 1921, el Gobierno de los Estados Unidos expresó su propósito de adherirse a los términos de la propuesta Convención de Desocupación expresados en la Proclama del 14 de Junio de 1921, y además se hizo saber la intención de suspender la reunión de las Asambleas Primarias convocadas por Decreto de Convocatoria del 14 de Julio de 1921, hasta tanto existiera la seguridad del éxito de las elecciones; y

POR CUANTO, el Pueblo Dominicano ya ha tenido tiempo suficiente para considerar la Proclama de Junio 14 de 1921 sin haber manifestado su deseo de aceptar los términos de dicha Proclama; y

POR CUANTO, el permitir la continuación del estado actual de duda e incertidumbre en los asuntos de Gobierno sería en perjuicio del bienestar del Pueblo Dominicano.

POR TANTO. Yo. S. S. ROBISON, Contra-Almirante de la Armada de los Estados Unidos, Gobernador Militar de Santo Domingo, en virtud de las facultades que me concede el Gobierno de los Estados Unidos, retiro y anulo por la presente la Proclama del 14 de Junio de 1921, y además retiro y anulo la Proclama del 23 de Diciembre de 1920; y por la presente doy a conocer que el Gobierno Militar continuará funcionando de acuerdo con la Proclama del 29 de Noviembre de 1916, continuará su programa de Obras Públicas y de Instrucción Pública, y la organización y adiestramiento de una fuerza militar dominicana suficiente para mantener el orden en la República sin la ayuda de las Fuerzas Militares de los Estados Unidos, y para estos fines negociará un empréstito que será garantizado por las Rentas Aduaneras Dominicanas, en una forma que no aumente las presentes obligaciones anuales. Y además doy a conocer que cuando se haya terminado el presente programa de Obras Públicas, y haya sido alistada y adiestrada una fuerza militar dominicana adecuada, el Gobierno de los Estados Unidos, considerará la completa retirada del Gobierno Militar y todas sus fuerzas militares, quedando dicha retirada sujeta a las condiciones de que antes será elegido un Gobierno Dominicano debidamente constituido, y de la previa negociación y ratificación de una Convención disponiendo de una ampliación de los deberes del Receptor General de las Aduanas Dominicanas, según fué nombrado de acuerdo con la Convención de 1907, hasta que se haya pagado el empréstito arriba mencionado; y además contendrá todas aquellas disposiciones que sean igualmente ventajosas, tanto a los Estados Unidos como a la República Dominicana.

S. S. ROBISON,
Contra-Almirante de la Armada de los Estados Unidos
Gobernador Militar de Santo Domingo.
Santo Dgo R.D. Marzo 6 de 1922

Fragmento de la portada de *El Cable*, del 11 de marzo de 1922, número 56.

Cuando meditaba en la mejor forma de llevar a la práctica mi proyecto, leí en la prensa un anuncio indicando que el gobierno militar vendía en Azua, bajo concurso, un taller tipográfico: era el viejo taller del gobierno que por muchos decenios había estado en poder del Sr. Silvano Noble y el cual el gobierno militar yankee había reivindicado innoblemente.

Sin detenerme a considerar mi impulso, ni madurar mi proyecto, escribí una oferta y la envié bajo sobre lacrado. Algún tiempo después recibí la contestación con la aceptación de mi oferta. Aquí comenzaron mis tribulaciones. Yo no sabía ni papa de imprenta. El taller que había comprado era un trasto viejo, bastante gastado y mutilado por el uso, el tiempo y el abandono. Fiel al compromiso contraído me marché a Azua con dos mulos, regresando dos días después con mi flamante taller convertido en un sustancioso pastel. En el argot tipográfico se llama pastel a los tipos mezclados. Mi ignorancia en la materia hizo el desaguisado que más tarde me proporcionó trabajo y dolores de cabeza: ensaqué tipos, viñetas, interlíneas y todo el material reburujado, como en un sancocho.

Como de momento no pude conseguir un local apropiado donde instalar mi preciosa impedimenta, usé mi propio apartamento dormitorio. Entre cama, armario y sillas, armé prensa y chibaletes. Desde ese momento no tuve un rato tranquilo. Todas las horas que me dejaban libres mis deberes como maestro de escuela las ocupaba desatando el lío que mi imprevisión e ignorancia habían armado por mis propias manos. Por intuición entendía que los tipos debían clasificarse según su forma, letra y uso, pero la manera de hacer esa distribución la desconocía. Como no sabía ninguna, inventé una y de profano en la materia pasé a maestro. Con dos muchachos, uno de los cuales es hoy un artista en la composición tipográfica, Ramón de los Santos P., empecé mi odisea. En componer y descomponer perdí mucho tiempo; pero al fin con paciencia y constancia terminé mi obra maestra, poniéndola a disposición del público.

Mis improvisados conocimientos no eran suficientes para editar un periódico. Eso era un trabajo más serio que imprimir cabecillas y recibos. En vista de que el taller constituía para mí un ideal y no un negocio y que para ponerlo a funcionar necesitaba un tipógrafo competente, lo contraté en Azua. Mis tribulaciones no habían terminado; apenas comenzaban. El nuevo tipógrafo encontró malo todo lo hecho por mí y hubo que rehacerlo todo. Al editar el primer número del periódico nos dimos cuenta de que había una dificultad desesperante; pero ni el experto ni mí presumida maestría tenían nociones de

cómo podría solucionarse el problema: las impresiones salían de la prensa, sucias y borrosas. Todos nuestros esfuerzos por remediar el mal resultaban fallidos.

Frente a esa tragedia no me descorazoné. Evidentemente algo funcionaba con deficiencia y ese algo había que investigarlo de algún modo. Comprendiendo que el único remedio a la mano era un viaje a la capital, me trasladé allí y más tarde al taller tipográfico de los Montalvo, donde inicié mis investigaciones. Observando el funcionamiento de las prensas y conversando con verdaderos expertos, advertí que la falla de la mía estaba en los rolos, que endurecidos por el tiempo, la suciedad y el desuso, necesitaban reposición. Compré a los Montalvo tipos, tinta, papel, pasta para rolos y otros materiales que me hacían falta, y con todo esto y el caudal de experiencia y conocimientos que había adquirido viendo el funcionamiento de un taller grande y bien organizado, regresé a San Juan de la Maguana listo para la batalla. Hice rolos, lavé planchas y organicé cajas, trasladando mi pequeño taller a un local más apropiado, disponiéndolo todo y preparándome para la ingente labor –quizás superior a mis fuerzas– que me proponía echar sobre mis frágiles hombros: la publicación de un periódico. Con estas reformas pudo el periódico salir limpio y decente con cara de combatiente honrado y viril.

Capítulo V

Después de una preparación meticulosa, vio la luz pública el primer número de mi periódico, al cual le puse por nombre *El Cable*. La nominación pareció curiosa y quizás extraña al medio; pero a mí siempre me ha gustado hacer las cosas saliéndome de lo común. El 5 de febrero del 1921, fecha que lleva el primer número, representa para mí un gran acontecimiento, de repercusión en el futuro destino de mi vida. Mi propósito original al fundar *El Cable* no tenía otra mira que combatir con coraje la ocupación militar norteamericana que pesaba demasiado sobre

la conciencia y la economía dominicana; pero al echar mi barco al agua para remar en el mar del periodismo comprendí que el ideario era estrecho y que debía darle mayor amplitud. Por eso *El Cable* fue, además de un combatiente sin desmayo ni sosiego contra la ocupación, un luchador incansable por el progreso y el bienestar de la Patria, siendo de inmediato el mejor paladín defensor de nuestra olvidada y desvalida frontera.

Yo fui su editor-director-redactor-administrador. Mí hermano, el Lic. Víctor Garrido, durante algún tiempo ocupó la columna editorial. Más tarde también asumí esas funciones. Además prestaba ayuda en la composición y tiraje, sirviendo como cajista y prensista cuantas veces había necesidad de mi cooperación.

Colaboradores de *El Cable* fueron los distinguidos intelectuales doctor Pedro P. Sanabia, A. Portillo Gómez [venezolano], P. G. Guffain [puertorriqueño], Otilio Méndez A., Armando Aybar H., Tomás I. Castillo, Max Uribe, Pedro Canó Soñé, Martínez Bosch y otros que silenciamos por no alargar la lista (...).²⁵

El Cable se inició como semanario; pero en mayo 3 de 1924 se convirtió en bisemanario con el Núm. 169. En el 1929 modernicé el taller y lo mudé a un local más amplio construido especialmente para la empresa. Un contrato que suscribí con la National Paper Co., de New York, por valor de varios miles de pesos, me permitió adquirir gran cantidad de tipos, una prensa grande, cortadora de papel, numeradores, perforadora, motor para mover la prensa, chibaletes de lujo y otros artefactos indispensables para la modernización del taller. Ya, con anterioridad a este contrato, yo había hecho una pequeña importación de materiales de composición que fueron muy útiles para el periódico.

Con los materiales adquiridos, mi taller quedó a la altura de los mejores del país. También importé papel de distintas clases y sobres. Bien preparado pude poner orgullosamente mi taller tipográfico a la disposición del público, en la seguridad de que

25 Me refiero a los colaboradores habituales. Los ocasionales no hay por qué nombrarlos.

nuestros trabajos serían ejecutados con nitidez y con presentación artística. Mi taller imprimió libros, folletos y toda clase de trabajos de remiendo, inclusive en colores.

El Cable inició su vida periodística con un formato pequeño, 6 páginas. Un tiempo después al mismo formato se le agregaron 2 páginas más. Cuando el taller fue modernizado se vistió de largo conservando en su nuevo tamaño las 8 páginas originales. Este suceso, que fue de gran trascendencia para la vida del periódico y de la región, se inició con el Núm. 685 del 30 de abril de 1929.

Como negocio editorial *El Cable* fue un fracaso. Las entradas no cubrían el valor del papel que se gastaba en su impresión; pero era un ideal de mi juventud soñadora y no un negocio; por lo tanto me fue indiferente la pérdida, que la absorbía el taller. Gran cantidad de ejemplares se repartía gratis entre instituciones y personalidades del país y del extranjero. Esa política publicitaria, que efectué sin omitir sacrificios, tuvo resultados óptimos. *El Cable* y nuestra región tuvieron un lugar en el mundo. Antes de la publicación de *El Cable* el Sur era una región ignorada hasta en la misma capital. Era una desconocida circunscripción geográfica que solo se mencionaba para relacionarla con Haití y con la aridez de sus tierras, en una absoluta indiferencia hacia el conocimiento del país. Ahora se sabía donde estaba San Juan de la Maguana, su valor económico, su posición, su progreso agrícola e industrial, sus necesidades, lo mismo que de las otras regiones del Sur.

Siempre pensando en el porvenir, con mi aspiración levantada hacia la superación, y deseando imprimirle al periódico un carácter más general, contraté con una casa editorial extranjera sus servicios de publicidad, recibiendo de ella crónicas de París, Madrid, New York, Buenos Aires y otras capitales, suscritas por escritores de renombre y tratando siempre temas de actualidad. Estas crónicas le daban interés y amenidad a las columnas de *El Cable*.

En canje *El Cable* fue muy solicitado. Recibía periódicos y revistas de México, Cuba, Colombia, España, Chile, Haití y otros países hispano-americanos.²⁶

26 Aquí me voy a permitir consignar un anécdota muy significativa de la época.

La labor periodística de *El Cable* fue continuamente comentada y elogiada por eminentes intelectuales dominicanos y por casi todos los periódicos que se publicaban en la época. Américo Lugo lo llamó «pequeño gran periódico». Entre los intelectuales que se ocuparon de *El Cable* en forma enaltecida recuerdo a F. García Godoy, Américo Lugo, Canónigo Rafael C. Castellanos, J. Furcy Pichardo, Fray Cipriano de Utrera, Rafael Vidal, César Tolentino, Rodrigo Cervantes y otros que sería prolijo enumerar. El éxito fue tan extraordinario que periodistas de Cuba, Puerto Rico y otros países hispanoamericanos me ofrecían su colaboración gratuita, remitiéndome crónicas y artículos sobre temas diversos. También recibía de los mismos países libros y folletos con honrosas dedicatorias. Gran parte del material que se publicaba en *El Cable*, desde el editorial, después del segundo año, hasta la más ligera crónica, era escrito por mí. Los trabajos sin firma o los que calzaban los seudónimos Waldo de Silva, Víctor del Valle, Luis del Mármol y Observador, pertenecían a mi cosecha. Para cada género literario empleaba un seudónimo distinto. Cuando trataba asuntos doctrinarios o de interés público, utilizaba Waldo de Silva; para crónicas del mundo elegante, Víctor del Valle; para trabajos literarios, Luis del Mármol; y para los comentarios políticos de carácter humorístico, Observador. El encubrir mi identidad no tenía otro fin que dar a los lectores la sensación de muchos colaboradores locales, en una época en que eran escasos y los pocos que podían escribir resultaban alérgicos al periodismo, por desgana o falta de costumbre o de entusiasmo.

La vida de *El Cable* fue bastante larga, si se considera el medio donde actuó y las dificultades ambientales: algo más de nueve

Al inaugurarse la Era de Trujillo, la prensa fue amordazada. No congeniando mi conciencia con esa situación, *El Cable* dejó de ver la luz pública:

Un día el coronel Blanco, que era mi amigo, me dijo:

—A ti no te conviene recibir periódicos de Haití.

—¿Cuáles periódicos?, contesté. Yo no recibo ninguno.

—Tú no lo recibes, porque nosotros los secuestramos.

—Entonces, respondí sonriendo. ¿Cuál es mi culpa en este asunto?

Así fue que me enteré de que los canjes de *El Cable* eran secuestrados por el Gobierno.

años. La política primero, luego mis orientaciones comerciales me hicieron poner cese a una obra en la cual había puesto amor patrio y nobles ideales de juventud. Me retiré con la conciencia tranquila, pero el corazón amargado.

Como director recibí muchas invitaciones y distinciones de sociedades culturales, comités y otras instituciones en expresivas cartas demostrativas de la admiración y respeto con que se enjuicia la labor patriótica y doctrinaria de *El Caribe*.

Capítulo IX

El Cable fue el periódico más reproducido de su época. Cada edición era saqueada por los periódicos nacionales. El saqueo era completo: artículos, sueltos, informaciones e ideas. Muchos de sus editoriales y sueltos eran presentados con un ropaje disfrazado, como originales del periódico que hacía el hurto. *El Listín Diario* abusó mucho de ese privilegio de hermano mayor.

Sobre esta materia voy a referir una anécdota. En uno de mis frecuentes viajes a la capital, al pasar frente a la oficina y talleres de *Nuevo Diario*, su director, el chispeante periodista Francisco Sanabria hijo, que hacía grupo en la puerta con algunos amigos, después de los saludos de cortesía, me invitó muy gentilmente a entrar en la redacción del periódico. Me mostró los talleres y oficina y tomando luego unas tijeras, con una irónica sonrisa a flor de labios, me dijo:

—Con esta pluma (me mostraba las tijeras) escribo a *Nuevo Diario*. Recorto de aquí y de allá, pongo algo mío y con un poquito de paciencia completo la edición. Sin embargo tengo que confesarte que *El Cable* es el preferido de mis tijeras. Algunas veces lo recorto casi entero. Espero que eso a ti no te preocupe. Te autorizo hacer lo propio con *Nuevo Diario*. Entre amigos y compañeros debe haber reciprocidad y mutua ayuda.

Reí de buena gana de las excusas del querido amigo, amistad que me venía por herencia: Panchito había sido amigo de infancia y compañero de escuela de mi padre. Le respondí:

—Panchito, toma tu bien donde lo encuentres.

La verdad es que raras veces protesté de los saqueos que me le hacían a *El Cable*, aunque muchos podían ser calificados de plagios. Reproducir un artículo o un suelto sin indicar la procedencia puede ser descuido o indiferencia; pero descomponerlo y tomar su esencia y hasta sus palabras para vestirlo con otro ropaje y pasarlo como de su propia inteligencia, ya eso no es descuido, hay otra palabra para calificarlo: plagio. Muchos periódicos nacionales cometieron este abuso con *El Cable*, parece que creídos en que su pequeñez y poca circulación les daba derecho a la impunidad; pero se llevaron tamaño chasco: *El Cable* circulaba profusamente.

Al publicar *El Cable* no me circunscribí exclusivamente a convertirlo en un órgano de oposición al poder interventor que envilecía la conciencia nacional. Tuve una visión más amplia de mis deberes y responsabilidades frente a la sociedad donde me movía y soñaba. De ahí que el periódico fuera, desde el primer número, un vigilante alerta de nuestras fronteras y un representante autorizado de los intereses del Sur. *El Cable*, como un inquisidor, se intrometió en todos los asuntos pertinentes a las fronteras con Haití, tratando donosa y ampliamente todos los problemas derivados de ellas sin dejar de aconsejar las soluciones convenientes, así como las medidas que salvaguardaran ese patrimonio dominicano heredado de nuestros mayores. La indolencia de los gobiernos fue sorda a los patrióticos reclamos de *El Cable*, pero mi conciencia me dice que cumplí con energía y fe mis deberes con la Patria. Los planes elaborados por mí sobre las fronteras pueden leerse en la colección de *El Cable*.

La visión de la frontera, abandonada a los apetitos haitianos, fue siempre una angustiada inquietud de mi espíritu, que no se resignaba a ser un espectador pasivo del cercenamiento de nuestro territorio por los negros de Occidente. Nuestros gobiernos veían el problema con la tranquilidad de una conciencia limpia de pecado, acallando escrúpulos con alguna tímida y esporádica protesta. Faltó ambiente de presión de la opinión pública, que aquí solo se mueve por motivos espurios.

También combatí la inmigración haitiana por considerarla perjudicial social y etimológicamente para el país. La misma criminal indiferencia para este desconcertante problema.

Tanto en la sección editorial como en los sueltos y artículos, *El Cable* se ocupó de tratar con interés todo lo que tuviera relación con el progreso social y económico tanto del Sur como del país. Hizo campaña sobre construcción de carreteras, de canales de riego, de embalse de agua, mejoramiento de la enseñanza, construcción de edificios escolares, modernización de la agricultura y la ganadería, mejoramiento de los servicios sanitarios, creación de hospitales, en fin, trató y se ocupó de todo cuanto podía representar progreso y bienestar para el país.

Asimismo, *El Cable* le dio cabida en sus páginas a todos los documentos importantes que se publicaron sobre actos y hechos de la ocupación yankee. Entre estos documentos se destacan varias exposiciones dirigidas al gobernador militar por un grupo prominente de personalidades sanjuaneras relacionadas con las aguas y las tierras del Sur.

Los hombres del Sur, sobre todo los de la frontera, por falta de ambiente emigraban hacia el Este, contribuyendo esa despoblación a las depredaciones haitianas. Mi campaña para abrir trabajo y fuente de producción en la frontera se destinaba a crear bienes que impidieran el éxodo de sus pobladores. Por eso se dio énfasis, en una intensa campaña, a la construcción de canales de regadío y a la modernización de la agricultura en toda esa extensa circunscripción.

El Cable era el periódico mejor informado sobre Haití. Las vastas relaciones de mi padre con senadores, diputados, secretarios de Estado y prohombres del vecino país, le permitían mantenerse al corriente y bien informado de todas las palpitaciones políticas, sociales, internacionales y de progreso de dicho país. Del material que mi padre me enviaba, seleccionaba lo que consideraba más interesante para el público y se le daba cabida en el periódico. Generalmente todo el material era interesante. También me servía de los canjes que recibía de Haití.

Por la redacción de *El Cable* pasaban todas las personas importantes que visitaban a San Juan de la Maguana y muchas que no lo eran: políticos, diplomáticos, escritores, poetas, artistas, comerciantes, etc. Algunos los saludó *El Cable* con respeto: se lo merecían. A otros con cortesía, por obligación de publicidad; pero a los más se le ponía encima un piadoso olvido como

respuesta a su audacia. Naturalmente se ganaban enemigos, se veía el periódico con enojo; pero el respeto a mi obra me obligaba a comportarme de esa manera. Tenía mi línea de conducta trazada y a ella me sujetaba, pese a los rayos desatados y a las murmuraciones de los engreídos, de los pequeños entronizados y de los fastidiosos que rondan a caza de gacetillas importantizantes.

Me cuidé en todo momento de que las informaciones insertadas en el periódico tuvieran revestidas de seriedad y decoro. Jamás sus informaciones fueron desmentidas. Un periódico para tener autoridad moral debe ser verídico y responsable. Servir pasiones e intereses espurios es adocenarse y desconceptuarse ante la opinión pública.

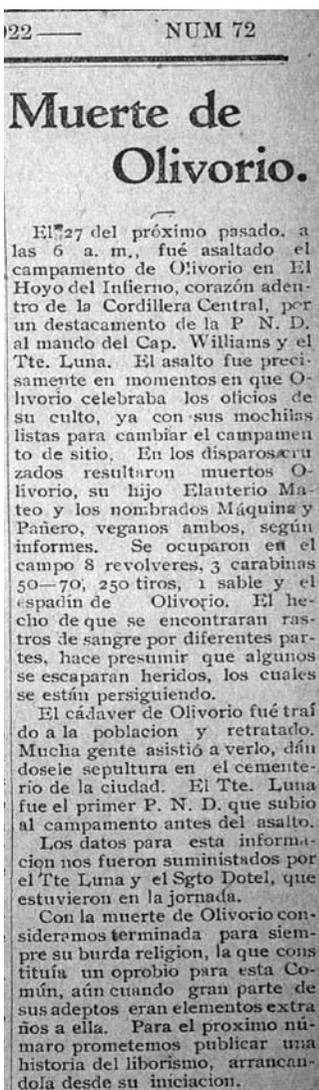
Poniendo en acción actividad y buena voluntad, absorbiendo todo el material a mano, buscando la noticia e inquiriendo los problemas nacionales para tratarlos con responsabilidad, pude hacer un periódico del cual me enorgullezco: *El Cable* hizo historia.

Capítulo X

El Cable tuvo frecuentes dificultades con los interventores; pero el tropezón más serio fue con el capitán Williams, de la P. N. D., un mastodonte disfrazado de militar. Este oficial de la P. N. D., que debía ser cabo del ejército yankee, tenía pocas nociones de la cortesía y el respeto que se le deben a las personas civiles. Creía que trataba siempre con soldados.

Personalmente fui una figura desagradable para la ocupación. Mi independencia y mi actitud siempre dispuesta a la protesta contra sus desafueros e impudicias me hizo ser un adorno de su lista negra. Nunca me preocupó saber que no les era grato.

El conflicto de *El Cable* con el capitán Williams se originó porque miembros de la P. N. D. de recorrido por el norte del municipio amarraron a un campesino del tronco de un árbol, en el patio de su propia casa, le estupraron la mujer y la hija en su aterrorizada presencia, robándole unas cuantas onzas que guardaba en el fondo de un baúl. El alcalde pedáneo del



Parte de la portada de *El Cable*, el 1 de julio de 1922. No. 72.

Tiene hasta la próxima edición para desmentirla. De lo contrario, tomaré las medidas que el grave caso aconsejen.

Hablaba en su chapurreado castellano. Traté de hablar justificando la veracidad de mis informaciones; pero no lo consintió. Con gesto frío me mandó silencio, agregando:

lugar, Sr. Anacleto Pinales, que vivió hasta hace poco, se indignó tanto con la perversidad de la escena, que después de dar el parte oficial de lo ocurrido se apersonó a mi oficina, haciéndome una detallada relación de la tragedia. Ante lo que oí, sentí cólera y bajo la emoción del momento escribí una información del suceso mojando mi pluma en hiel. No solo informé; hice consideraciones sobre el suceso tan tajantes y viriles, que el capitán Williams consideró injuriada la Policía. Al día siguiente de salir la edición, por la mañana, el sargento Dotel, de la P. N. D., se apersonó a mi oficina solicitando mi presencia ante el capitán Williams.

Le interrogué:

—Preso?

—No tengo esa orden, respondió.

Comparecí escoltado por dicho sargento a la oficina del capitán. Me recibió con cara hosca, urbanidad entre los bolsillos y ningún caso a mi saludo de persona educada. Cuando le pareció oportuno me dijo:

—Su Periodiquito (había desprecio en el tono de su voz) publicó ayer una información mentirosa y tergiversadora de los hechos, injuriando la Policía.

–Usted ha difamado la Policía. Si no desmiente los embustes publicados, les ordenaré a los policías maltratados por usted que se cobren la injuria en la forma que les plazca.

Mientras hablaba, los miembros de la P. N. D. que el capitán Williams decía que mi información ultrajaba, presenciaban nuestra conversación, de pie en una puerta vecina.²⁷

Me encogí de hombros y le contesté con una sonrisa provocativa. Un rato después dijo:

–Puede retirarse.

Los amigos que conocieron del incidente se consternaron. Me dieron buenos consejos, entre ellos, abandonar la ciudad y trasladarme a la capital; pero me negué a claudicar. Debía resistir con firmeza la amenaza.

Como no tenía intenciones de amainar en mi actitud, no importara las consecuencias, me preparé para obrar en defensa de mi persona. Puse un revólver en la gaveta de mi escritorio y preparé mi caballo para lo que pudiera ocurrir. Mi propósito era tan pronto como notara visajes de los policías que se consideraban agraviados, matar al capitán e internarme en las montañas, donde estaba seguro que encontraría abrigo y protección en los campesinos. Con mis buenas relaciones, mi fuerte constitución, buena arma defensiva y un espíritu resuelto y dispuesto a todo, me parecía que podía triunfar o si caía, por lo menos caería con dignidad, defendiendo mi decoro de dominicano libre.

El mismo día por la tarde me visitó el teniente Luna, interesado en buscarle una solución al conflicto, temeroso, conociendo mi carácter, de las consecuencias. Me mantuve firme en mi negativa de desmentir la información. El teniente Luna me visitó varias veces tratando de conseguir una solución al incidente y ante su insistencia amistosa y sus súplicas de avenencia, convenimos, como única transigencia de mi parte, que el periódico publicara una carta del capitán desmintiendo la veracidad de mi información. La carta se recibió y publicó; pero con una nota al

27 Uno de los policías era sanjuanero. Se conocía por el apodo de Veneé.

pie certificando la autenticidad de mi información. Esta nota era suficiente para restarle fuerza a la carta del capitán.

Mientras sostenía estas conversaciones con el teniente Luna ocurrió un suceso, trascendental para la vida institucional del país: el Tratado de Evacuación. Entre lunes y miércoles tenían lugar mis conversaciones con el teniente Luna. El jueves por la mañana recibía una nueva llamada del capitán Williams, poco rato después de la llegada de un avión militar. Como era natural pensé lo peor y me dispuse a afrontar con dignidad lo que viniera. Afortunadamente mi pesimismo quedó defraudado. La llamada era para poner en mis manos una copia del Tratado de Evacuación y una carta en la cual se me solicitaba la publicación de dicho Tratado en *El Cable* en una fecha determinada, en razón de que se deseaba su circulación el mismo día en todo el país. El capitán me trató nuevamente con hostilidad y urbanidad militar yankee, descortesía a la cual respondí con sonrisa burlona y despreciativa.

Por el motivo señalado, la edición del periódico se retrasó. El capitán se marchó en el mismo avión, entregando el mando al teniente Luna, quien echó tierra sobre el asunto. Sabía que la información publicada era verídica. Así quedó cerrado para mí un espinoso incidente sin mayores trastornos para mi persona.

El episodio relatado fue el más importante de los que vivió *El Cable* en sus nueve años de lucha sin cuartel, siempre fanatizado por un ideal excelso y llevando muy alto el pabellón de la dignidad nacional. Sus páginas, que la forman nueve libros, son un monumento que habla, y adonde deberán recurrir los historiadores si anhelan decir la verdad sobre una etapa de la vida dominicana. Atormentada y difícil fue su vida, pero gloriosa y valiente.



Explicación del Programa de Obras Públicas.

Al Señor Director de EL SIGLO

Muy señor mío:

El Gobernador Militar desea hacer conocer al pueblo dominicano, por órgano de la prensa, que el programa de obras públicas a que se hace referencia en la Proclama del 6 de Marzo de 1922, consiste en la terminación de la carretera principal del norte al sur; es decir, de la ciudad de Santo Domingo a Monte Cristy y en la de la carretera principal del este al oeste, de la ciudad de Santo Domingo hacia el este a San Pedro de Macoris, Hato Mayor, Seybo e Higüey, y hacia el oeste a Baní, Azua, San Juan de la Maguana y Comendador, y que los trabajos relacionados con otras obras públicas de menor importancia dependerán enteramente de las rentas que se apereciban en la República.

El Gobernador Militar le agradecerá mucho sea publicada esta información en las columnas de su acreditado periódico.

Muy atentamente suyo,
S. S. ROBISON,
 Contra-Almirante, Armada de los Estados Unidos, Gobernador Militar de Santo Domingo.
 (De EL SIGLO)

Portada del periódico tabloide *El Cable*, del 18 de marzo de 1922, número 57. En el recuadro el gobierno militar de los Estados Unidos informa la terminación de las tres principales carreteras del país: al Norte, al Suroeste y al Este. Anteriormente, el transporte interregional de mercancías y pasajeros se realizaba por barcos e internamente en caballos y asnos.

MEMORIAS

En el camino de la historia²⁸

Capítulo XIV



Horacio Vásquez.

Eliminado don Horacio y Alfonseca²⁹ de la escena política, la situación para el Partido Nacional se hizo confusa y crítica. Muchos de sus líderes corrieron apresuradamente a la Fortaleza para entenderse con el hombre del momento. De todos los partidos hubo desprendimientos sensibles que el arribismo y el medro, cáncer de la política criolla, capitalizaron en favor

28 E. O. Garrido, *En el camino de la historia*, Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, C por A, pp. 122-127.

29 (N. del E.) El autor se refiere al presidente de la República, general Horacio Vásquez, 1924-1930, y al doctor José Dolores Alfonseca, su vicepresidente desde 1928. Aunque fue electo por 4 años en 1924, el mandato de Vásquez fue prolongado hasta 1930; y lo mismo hicieron sus legisladores bajo el alegato de que habían sido electos por la Constitución de 1908. Los aprestos para continuar en el poder sirvieron de caldo de cultivo para el golpe de estado del general Rafael Leonidas Trujillo Molina. Véase Frank Moya Pons, *Manuel de historia dominicana*, Santo Domingo, 2000 13ª edición, pp. 501-511.

de la traición. Nosotros respaldamos, por amor a la paz, el gobierno de Estrella Ureña; pero sin abandonar nuestra posición. El general Ramírez, que formó parte del nuevo gabinete como secretario de Estado de Obras Públicas, renunció al darse cuenta de que en las elecciones que se avecinaban los candidatos serían impuestos a sangre y fuego.³⁰ La renuncia del general Ramírez del gabinete implicó también por su espontánea y libre voluntad, su eliminación de



Rafael Leonidas Trujillo.

la arena política. Ante tan grave contingencia, me hice cargo con el general Juan de D. Ramírez de la dirección de los asuntos de la provincia. Celebramos reuniones con los distintos líderes comunales y todos de común acuerdo estuvieron conteste en que debíamos mantenernos firmes en nuestro partido y solidarizarnos con la actitud que éste asumiera frente a los acontecimientos que se avecinaban.

Desde el primer momento juzgué que mi actitud personal no podía ser sumarme al desorden y a la dictadura que se veía venir, sino oponerme a ella. Yo nunca he sido hombre de seguir la corriente. Cuando ha sido indispensable me he opuesto a ella, aun a riesgo de que me arrastre. Sabía que desafiaba riesgos que podían ser trágicos; pero un agudo sentimiento del deber y de mis responsabilidades históricas me hicieron enfrentarme a la situación y respaldar todas las decisiones de nuestro Partido sin debilidad ni temores. En ese camino favorecí, a pesar de mi antipatía contra Velásquez, la nueva alianza con éste y su nominación como candidato a la Presidencia con el Lic. Ángel Morales

30 Trujillo había declarado al general Ramírez que él sería presidente aunque fuera pasando sobre un río de sangre.

en la Vice Presidencia. Hechas las nominaciones, se comenzaron los trabajos preeleccionarios. La alianza se vio estorbada por el gobierno. Los candidatos fueron amenazados de muerte y tiroteados en sus giras políticas. La presión en todas las provincias crecía y hacía imposible todo trabajo eleccionario. Cuando los candidatos estuvieron visitando a San Juan de la Maguana les hice una espléndida recepción. En el parque les ofrecí un mitin con una concurrencia extraordinariamente imponente, a pesar de improvisada. Pronuncié una inflamada arenga contra las tiranías y el atropello de que éramos víctimas los defensores de la libertad y la democracia. Fui muy aplaudido. A mi juicio ha sido mi mejor discurso político. Hablé con el corazón, brotándome las palabras con la espontaneidad de mis heridos sentimientos de dominicano amante de la paz y la legalidad, principios en que se funda la libertad civil de los pueblos.

Yo siempre he creído, y sigo creyendo, que la libertad no es una licencia concedida por los gobiernos, sino un derecho natural del hombre. Por lo tanto, los beneficios de la libertad no deben ser asegurados por ley, que es obra de los hombres, sino reconocidos como atributo inherente a la personalidad humana. Dentro de esa doctrina he caminado por el lodazal de la política sin ensuciar mis zapatos.

La Alianza comprendió la imposibilidad de su esfuerzo ante el propósito firme de los opositores de alcanzar el poder pasando por sobre todos los obstáculos, incluso llegando al crimen, y para evitar mayores males suspendió su campaña electoral, retirándose del plano político. Yo figuraba como candidato a senador por la provincia de Azua.

No habiendo garantías para luchar cívicamente, se trató de organizar un movimiento de oposición armada. Con ese motivo me moví activamente. Celebrando conferencias con distintos líderes de todo el país. De esas entrevistas salió un acuerdo que resultó el parto de los montes: muy pocos hicieron honor a la palabra emperitada. El miedo los aterró.

Las elecciones se celebraron el 16 de mayo del 1930 con una sola candidatura: la oficial. En mi provincia el electorado

se abstuvo siguiendo mis instrucciones; pero no obstante eso, las votaciones se hicieron por listas, apareciendo en el cómputo como sufragantes todos los hombres inscritos. La mentira fue colosal. Volvimos a los añejos métodos de simular votantes, muchas veces sacados del cementerio, cuando la verdad era otra muy distinta: ni un 10% del electorado concurrió a los comicios. Las elecciones fueron una burda farsa y una burla sangrienta a las aspiraciones nacionales de paz y ejercicio de la democracia.

Cumpliendo nuestros compromisos, el día señalado nos fuimos a la manigua en San Juan de la Maguana el general Juan de Dios Ramírez y yo, acompañados de un crecido número de amigos. En pocas horas reunimos más de 300 hombres dispuestos a todo. El plan era revolucionar todo el país de manera de encarar al gobierno a un problema insoluble por falta de medios para garantizar el orden. Armas no teníamos ni pudimos conseguirlas. De ellas se carecía en todas partes, pero se contaba con que el gobierno no podría sofocar la maniobra por falta de medios y de opinión. De haberse ejecutado el convenio, el gobierno no habría podido sofocar el movimiento. No tenía más base que la fuerza y se habría ahogado en su impopularidad. Pero siempre hay una falla: sólo respondieron a lo convenido San Juan, La Romana, Moca y Santiago. El resto de los comprometidos se aplastaron llenos de pavor y malograron un movimiento cívico que hubiera evitado al país muchas lágrimas y decenios de años de implacable tiranía.

Nuestro propósito era tomar la plaza de San Juan de la Maguana y hacerla el centro de operaciones; pero antes de ensangrentar las familias quisimos saber si el plan se había logrado felizmente. Al otro día vimos que había abortado, al llegar fuerzas de la capital para fortalecer la plaza. En vista de eso nos retiramos a algunos kilómetros de la población para orientarnos. Llegaron más tropas y con ellas el general José del C. Ramírez autorizado para darnos garantías, las cuales no hubo otro camino que aceptar. El general Ramírez nos informó la verdadera situación del país y comprendimos que el movimiento se había frustrado por falta de correspondencia de los comprometidos. Faltos de fe o llenos

de pánico por las amenazas y crímenes cometidos por elementos apoyados por la fuerza pública, unos se comprometieron con Trujillo y otros atracaron la puerta de su conciencia para que no protestara de la traición que cometían faltando a sus convenios. Ante la deslealtad de los comprometidos no nos quedó otra alternativa que deponer nuestra actitud. Hay momentos dramáticos en los cuales se puede medir la estatura moral de los hombres. Aquí desafortunadamente en esos momentos sólo se encuentran liliputienses. Tal es la pequeñez de esos hombres.

Mientras Trujillo nos supuso armados nos respetó y nos trató con miramientos, pero tan pronto se percató de que estábamos desarmados nos perdió el miedo. Fui hecho preso junto con otros compañeros e internado en la Fortaleza Ozama. También fue hecho preso mi hermano Víctor. Yo fui hospedado en la Burra junto con 17 más en un espacio hábil sólo para dos personas. No teníamos servicio sanitario. Nuestras necesidades se hacían en una lata que todos los días un preso desocupaba. A esa lata, en el lenguaje pintoresco de la cárcel, se le llamaba «baché». Por espacio de 12 días no tuve el honor de conocer el baño, a pesar del calor sofocante de agosto. A los 19 días de detenidos fuimos puestos en libertad por gestiones de nuestro hermano Joaquín, a quien yo le había indicado en vista de su difícil posición en la Hacienda Zenobí, San Francisco de Macorís, que debía usar su cabeza y ver sus conveniencias. Él creyó que debía apoyar el orden imperante y así lo hizo. Prestó servicios importantes, que luego utilizó para abrirnos la puerta de la prisión.

Retorné a San Juan de la Maguana, mi hogar. En la provincia imperaba Miguel A. Roca, que era el gobernador y un sujeto que, a pesar de haber pasado por la universidad, su ética política era el machete, la cárcel y el asesinato. Tan pronto llegué me di cuenta que el ambiente era pesado y que corría peligro. Se me acechaba. Un militar que me agradecía servicios me citó a un sitio público para no inspirar sospechas, y allí me pidió, con mucha insistencia, que ese mismo día, de inmediato, abandonara la ciudad. Mi vida corría peligro si no lo hacía. Esta información combinada con cabos que había atado y la asechanza que había

comprobado, me hizo abandonar mi hogar y marcharme a la Hacienda Zenobí, San Francisco de Macorís, adonde mi hermano Joaquín, refugiándome allí en busca de garantías para mi vida amenazada. No había cometido otro crimen que aspirar para mi país vida ordenada, ejercicio de la democracia y que todos nuestros conflictos ideológicos se resolvieran por medios legales y cívicos, como en todos los países civilizados.

Desde el 1921 yo publicada en San Juan de la Maguana un periódico bisemanario: *El Cable*. Mi periódico fue desde el primer número completamente ajeno a la política partidista. Su bandera, izada al tope, era de completa independencia. Todos los problemas nacionales o sureños, los trataba con criterio libre de influencias de partido o de persona. Esa norma fue una línea recta que no admitió desviaciones. Yo tenía un credo político; pero *El Cable*, no. *El Cable* sólo vibraba con el corazón de la Patria, que no era otra cosa que un juguete en manos de políticos sin conciencia y con absoluta falta de escrúpulos. *El Cable* se caracterizó por su implacable campaña contra la ocupación yankee.



La profesora Ana Josefa Puello, hija del general Eusebio Puello, segundo al mando en la batalla de Santomé, en 1855, junto a sus hijos E.O. Garrido Puello, Víctor y Joaquín Garrido Puello, al cumplir 90 años.

Con el derrumbamiento del general Vásquez la libertad cayó bajo el puño del sable. El nuevo orden de cosas sólo deseaba genuflexos y yo, que ni siquiera con la experiencia de los años he aprendido a doblar mi espíritu, me erguí en mi dignidad maltratada y preferí destruir mi obra a enlodarla. Por lo tanto frente a la presión oficial y las amenazas militares, le dije adiós al periodismo, vestí de luto mi pluma y enterré *El Cable*. Con mi periódico murió no sólo un órgano caracterizado y honesto de la opinión pública, sino el único esfuerzo serio que se había hecho en favor del periodismo sureño. Preferí eliminarlo a transigir con la dictadura y convertirlo en historión al servicio del mal.

Capítulo XV

Permanecí en San Fco. de Macorís alrededor de un año: de agosto del 1930 a junio del 1931. Allí hice buenas amistades y relaciones no sólo con elementos de mi partido, sino con todos los miembros de aquella culta sociedad. Visité sus campos y cultivos, conociendo a fondo la vida de esa dinámica y progresista provincia.

Para no estar ocioso contrariando mi disposición a la acción, hice una contrata con la Hacienda Zenobí, de desmonte, la que me permitió entretener mi tiempo en algo útil y provechoso para mi economía.

La temporada que pasé allí no careció de sorpresas. Una noche, a mediados de diciembre, nuestro hogar fue inesperadamente sorprendido, en horas muy avanzadas, por insistentes llamadas. El ama de llaves abrió y se encontró en presencia del capitán Gómez, del E. N. y el comisario de la Policía. Los invitó a entrar y nos llamó. Los militares fingieron motivos baladíes, pueriles, para la visita extemporánea que nos hacían, aduciendo que regresaban de una misión y al pasar por nuestra casa y teniendo necesidades estomacales, resolvieron, sabiendo que Joaquín siempre tenía su nevera bien provista, molestarlo perturbando el sueño del buen

amigo pidiéndole hospitalidad y pertrechos alimenticios. Comieron y bebieron a su satisfacción; pero tanto Joaquín como yo no tragamos la píldora. El aparente pretexto nos pareció imaginativo. La actitud era equívoca y llamativa. Durante el tiempo que permanecieron entre nosotros me miraban con fijeza impertinente y sospechosa, como tratando de fotografiarme en la mente. Pero nuestra sorpresa subió de punto cuando los despedíamos. En formación, frente a nuestra residencia había, entre miembros del ejército y la policía no menos de 50 hombres. Ese alarde de fuerza era usual en la época como medio de intimidación a los dudosos de fe en la causa trujillista. La formación militar acabó de convencernos de que debajo del sayo había un chivo muerto.

Mi hermano acostumbraba todos los años pasar las vacaciones navideñas en San Juan de la Maguana, al calor de familiares y amigos. Él quiso, y, a mí me pareció razonable, que yo lo acompañara, suponiendo que dadas sus relaciones oficiales su presencia era una garantía para mí.

El 20 de diciembre hicimos rumbo Santo Domingo. Nos detuvimos en el hogar del Ing. Enrique A. Curiel, un buen amigo de nosotros. El opinó, y así se hizo, que antes de continuar viaje visitáramos el general Díaz en la Fortaleza Ozama por razones de seguridad. El general Díaz era el jefe del Ejército. Nos acompañó. Joaquín era antiguo amigo de [él]; pero yo sólo lo conocía de nombre. Después del saludo y mi presentación (el general Díaz pareció extrañado de verme) pidió permiso e hizo una llamada telefónica. Por el tenor de la conversación, deduje que hablaba con Trujillo. Decía:

—«Sí, aquí mismo. Está sentado frente a mí». Luego, cerrando el teléfono, me pasó un telegrama fechado en Bánica, cuyo texto informaba que yo era de los acompañantes del general José del C. Ramírez en su fuga hacia Haití. El telegrama describía hasta el traje que yo vestía. Era una intriga perversa elucubrada por un sujeto que su especialidad fue siempre hilvanar maldades.

Mientras yo dormía tranquilamente en mi voluntario confinamiento de San Francisco de Macorís, había mendaces y mezuquinos cuya pequeñez moral las incitaba a crearme problemas. El general Díaz consideró no oportuna mi visita a San Juan de

la Maguana, no porque el gobierno tuviera nada contra mí sino porque podía dar origen a nuevas intrigas. Desistimos del viaje y regresamos ese mismo día a nuestro punto de partida. Parece razonable suponer que entre el telegrama de marras y la visita del capitán Gómez debió haber alguna relación muy estrecha.

Aquí hay que introducir una explicación. El 18 de diciembre del 1930, en la noche, el general Ramírez acompañado de su hermano Juan de Dios, se habían pasado para Haití, de incógnito, en busca de seguridad para sus personas. Trujillo estaba afianzando su régimen con sangre y para sobrevivir era necesario buscar garantías en el ostracismo. Yo estaba inocente de esa evasión del general Ramírez, mi suegro.

En los primeros meses del año 1931, no puedo precisar cual, un mediodía, nos sorprendió la noticia de que un escuadrón del ejército y otro de la policía estaban allanando los campos de la Hacienda Zenobí, de la cual mi hermano Joaquín era el administrador general de Campo. Al investigar el móvil de los allanamientos nos enteramos, algo perplejos, ya que el motivo movía a risa, que se buscaba un grupo de sanjuaneros llegados en mi busca por encargo del general Ramírez. Según la denuncia en el Sur se gestaba un movimiento revolucionario y mi presencia hacía falta allí. Haber creído en esta estúpida simpleza, es el colmo de la insensatez. El general Ramírez residía en Haití.

Políticamente yo no estaba ocioso. Desde mi llegada a San Francisco de Macorís me había puesto en contacto con los líderes horacistas de la región y con otros muchos del Cibao. De esos contactos surgió la posibilidad de organizar un movimiento revolucionario contra el régimen dictatorial de Trujillo, que se iniciaba ahogando en sangre el país. Con el general Francisco Rodríguez celebré varias entrevistas, teniendo como escenario los cacaotales de su finca.³¹ El general Rodríguez hablaba en representación de otros líderes de la localidad. De las entrevistas surgió un acuerdo que era el único que parecía viable en el desconcierto político que sacudía el ambiente del país: dar la

31 Algunos de los hijos del general Rodríguez deben recordar este episodio.

dirección del movimiento al general José C. Ramírez. Para aunar más voluntades nos dispersamos por otras ciudades cibañas buscando solidaridad y comprometer otros líderes; pero tengo que confesar que había demasiado miedo y que poco hicimos en ese camino. Sin embargo, logramos levantar contribuciones por valor de \$100,000.00.

El Sur era nuestro en cuerpo y alma. Con armas había material humano para una epopeya.

Todo acordado y dispuesto, enviamos a mi sobrino Ney Enrique Garrido a Puerto Príncipe a conferenciar con el general Ramírez y ofrecerle la dirección del movimiento y \$100,000.00 para la compra de pertrechos de guerra. Para esa época el ejército de Trujillo era pobre y mal armado. Se sostenía por el terror y el maquiavelismo. El general Ramírez declinó el ofrecimiento, fundando sus razones en la dificultad de conseguir el material de guerra indispensable. Sin armamento el movimiento se habría convertido en una asonada infructuosa condenada al fracaso. La declinación del general Ramírez frustró los planes que habíamos elaborado pacientemente. Se volvió paja y humo.

Sin embargo, con armas, la revolución hubiera triunfado y el país se había ahorrado mucha sangre y lágrimas.

Las actividades descritas fueron mi canto de cisne en la política. El panorama político se volvió turbio y feo para los hombres dignos. En la confusión de la hora los compañeros corrían presurosos a prosternarse a los pies del amo improvisado. Nadie quería quedarse fuera del presupuesto. La conciencia ciudadana se retorció y eliminaba los gestos nobles de las épocas pasadas. No había lealtad al partido ni a su ideal. Sólo habían estómagos en busca de la pitanza. Me consideré una isla azotada por tempestades de inmoralidades políticas y como no me sentía en disposición de claudicar, me aislé en la fortaleza de mis convicciones dedicando mis actividades al trabajo. Dije adiós a la política sin pena ni gloria, convencido de que ese era un buche demasiado amargo para mi formación moral. Al abandonar la política implícitamente renunciaba a mi prestigio regional, el cual, a pesar de todo, se mantuvo por largo tiempo intacto.

Desde tiempo atrás me ligaba buena amistad con el coronel Blanco, [del] E. N. Cuando fue nombrado jefe de toda la zona Sur con asiento en San Juan de la Maguana, me hizo saber su interés por mi regreso, no encontrando justificada mi ausencia estando él al frente del comando de la región. Retorné a mi hogar encontrando en Blanco el amigo de siempre. Nunca me habló de política, aunque frecuentemente nos reuníamos y platicábamos cordialmente sobre diferentes asuntos. Blanco no merecía la cruel muerte que le deparara Trujillo. Fue empujado por las intrigas y celos que se movían alrededor del tirano.

Reorganicé mis negocios. Me hice cargo de la distribución de los camiones Diamond T y de periodista y político se formó el comerciante, actividades en las cuales he tenido relativo éxito. Como no me sentía en disposición de claudicar de mis principios éticos ni retorcer mi conciencia para doblar la cerviz al látigo de la dictadura, preferí destruir mi porvenir político permaneciendo extraño a los sucesos que se desarrollaban en el país, puesto que oponerse al amo, aunque fuera cívicamente, era una sentencia de muerte.

Me aislé en mi negocio; pero con el alma torturada por las desdichas que abrumaban al país. Nada podía hacer y como incidir en oponerme a la corriente era un suicidio, resolví flotar; pero flotar con dignidad. No tenía derecho a sacrificar mi familia.

En el 1935 la situación política para mí se puso muy espesa. No podía eludir las llamadas a colaborar y tuve que hacerlo muchas veces en misiones honoríficas y aun pronunciar discursos. En los medios pequeños se está muy a la vista y siempre hay interesados en dañar reputaciones por envidia o por capitalizar méritos. Medité sobre las consecuencias de las marañas que me estaban envolviendo y resolví trasladar mis negocios y mi residencia a la ciudad de Santo Domingo. Esa fue la principal razón que me movió a abandonar mis viejos lares, tan amados, y fijar mi hogar y mis actividades comerciales en la capital. No sin pena abandoné el centro de mi prestigio político y social para ser uno en el montón, un casi anónimo en la cabecera del país.

Como no escribo para importantizarme debo pasar por alto muchos detalles que no tienen interés para el lector, tales como que siempre estuve sujeto a vigilancia y molestias, a las cuales nunca di importancia.

A mediados del año 1946 viajé a New York. En el hogar de doña Cristiana Ramírez, sorpresivamente, encontré al Lic. Ángel Morales, a quien me ligaba estrecha y fraternal amistad. A ambos nos fue muy grato el encuentro. Pasamos todo el medio día juntos.

Nuestra conversación giró, especialmente, sobre la situación del país, agarrado por la férrea dictadura de Trujillo. Ángel me expuso los planes que se gestaban para un movimiento revolucionario que se iniciara con una invasión por el Norte. No estuve de acuerdo en todas sus partes con el planteamiento que me esbozó; pero ofrecí mi concurso y el de mis amigos y compañeros si el plan era modificado según la estrategia que yo le expuse. El gobierno de Trujillo estaba casi indefenso en esa época. Carecía de equipo bélico para enfrentarse a un movimiento bien organizado y bien armado. Ángel me prometió noticias posteriores sobre los alineamientos expuestos por mí. Mi conocimiento del país, de su psicología y de la situación del momento me hizo creer en el éxito de la invasión si el factor sorpresa, el buen equipo, y otras consideraciones se tomaban en cuenta para la realización de la proyectada invasión.

En Cuba, públicamente, en avisos de prensa, se pidió voluntarios para la invasión. Se hizo escarceo y bulla como para una parranda. Esa propaganda indiscreta y chapucera anulaba el factor sorpresa indispensable para el éxito de la invasión. A mí me pareció el proceder una charlatanería. Por eso cuando vino a verme el Sr. Ramón Iriarte, enviado para la elaboración de los acuerdos finales, negué mi concurso y el de las otras personas que yo había vinculado a mi oferta. La publicidad dio por resultado que Trujillo se asustara, reforzara y armara el ejército, equipándolo con cañones, tanques, aviones y todos los recursos modernos de guerra. Aún hizo más: compró las influencias que desbarataron el plan invasor. Para comprar conciencias a Trujillo le sobraba malicia y oro. Cayo Confites es el eco de ese fracaso.

Desde el año del 1935 Trujillo había tenido empeño en ganarme a su política. Primero utilizando los conductos del doctor Luis A. Méndez y del general Quirico Feliú y luego los de los Sres. Lic. Ml. A. Peña Batlle, Modesto Díaz y general Fausto Caamaño. Siempre me mantuve renuente a sus reclamos, encontrando pretextos razonables para eludir las insinuaciones a colaborar con su gobierno. Ningún alto cargo picó mi vanidad. Desde que me inicié en política fui consecuente con mi conciencia y ésta me decía que no debía mancillar mi reputación montando el carro de Trujillo. Para sobrevivir en un ambiente tan tenso como el que se respiraba había que tener mucha suerte. Y parece que la tuve. Yo creo, y las circunstancias así lo confirman, que mi suerte se debió a dos cosas: la colaboración de mis hermanos, de cuya actitud no tengo nada que comentar, ni reprochar, y que siempre tuve un motivo justificado para defender mi retraimiento, aunque según expresaré más tarde, Trujillo no le daba mucho crédito a mis justificaciones.

Yo había escrito, cuando dirigía *El Cable* de San Juan de la Maguana, una serie de artículos sobre las fronteras con Haití, problema que fue siempre mi preocupación como dominicano y periodista. Parece que Trujillo obtuvo por conducto de don Reynaldo Valdés que le mostró los referidos artículos, conocimiento de mi plan de dominicanización fronteriza y quiso ponerlo en acción. Una mañana me llamó Chilo [Manuel Arturo Peña Batlle], entonces secretario de Estado, y me dijo, después de algunas bromas que no tienen nada que buscar en estas notas, que Trujillo había leído mis artículos publicados en *El Cable* sobre la dominicanización de las fronteras, que le habían gustado mis ideas y que tenía interés en su aplicación y, en que yo me pusiera al frente del organismo sugerido por mí para su mayor éxito, pudiendo contar con todo el apoyo del gobierno y con la jerarquía que yo creyera conveniente para mis actividades oficiales. Mi reacción fue sonreírme y como le tenía plena confianza a Chilo, le dije sin ambages:

—Tú sabes que Trujillo no es santo de mi devoción; que ni mi temperamento ni mis ideas se avienen al régimen imperante. Como tú conoces bien a tu jefe no te faltarán razones para libramme de ese



El joven E. O. Garrido Puello en 1909.

San Benito. Además, esa posición me traería conflictos con el Ejército, que hace en la frontera lo que le da la gana. Chilo se rió y me riposto:

—El Jefe cambia mucho de ideas. Yo me voy a hacer el olvidadizo; pero si él insiste no tienes otro camino que aceptar.

Parece que no insistió, puesto que Chilo no volvió a hablarme de ese asunto.

En otra oportunidad Chilo me ofreció una secretaría de Estado a nombre de Trujillo,

oferta que como otras tantas, decliné. Nunca me faltaron motivos para inventar una excusa.

El general Fausto Caamaño había sido mi discípulo muy apreciado, en los años mozos en que la ejerjé de maestro. Me parece que fue en los primeros días de febrero de 1953 que una noche, previo aviso recibí su visita. Después de hablar largamente conmigo sobre distintas cosas que no tienen importancia para esta relación, me dijo que Trujillo tenía la impresión de que yo no era su amigo; que éste había hablado con mucho calor de mi persona, pintándome como un hombre serio, muy responsable, muy inteligente y culto y que le gustaría mi colaboración en su gobierno, sugiriendo que yo podía indicar la forma en que podría ofrecer esa colaboración.

Las palabras de Fausto me llenaron de perplejidad. Me sentí perdido en un mar de confusiones; pero agarrando la ocasión por los cabellos me defendí como pude. Al otro día vi a Modesto Díaz y más luego a Juan Tomás contándoles la visita de Fausto y el motivo. Ambos me respondieron: lo que es esta vez no hay quien te salve.

Pasaron 4 ó 5 días. Modesto, que era el presidente del Partido, me llamó y me cuestionó así.

—¿Tú le ofreciste al general Caamaño dar una conferencia en el Partido?

—No —contesté. Mi conversación con Fausto fue tal como te la relaté. Yo no hice ninguna oferta ni a mí se me pidió esa conferencia,

—Esta mañana me llamó el Jefe y me dijo que tú le habías ofrecido a Fausto dar una conferencia en el Palacio del Partido. Si tú no la ofreciste, esa es una indicación de su deseo. Mi consejo es que la des.

Salí de la entrevista un poco contrariado y amargado por el medio indecoroso que se había empleado para presionarme y comprometerme; pero resuelto a dar la conferencia usando un tema poco comprometedor. Elegí «Trujillo y el Comercio». Este tema no había sido explotado y me ofrecía un vasto campo para espigar en él sin descender al terreno de la ramplonería adulatoria; además no carecía de originalidad. Preparé mi conferencia y la dicté, me parece que en marzo del mismo año. En el salón había un público extraordinario. Fui muy aplaudido y felicitado, aun por personas que yo no conocía. Mi conferencia fue agradable e interesante a todos, pues me salí del tema usual.

Pasados tres días, volvió a visitarme el general Caamaño para expresarme que el jefe había quedado muy bien impresionado de mi conferencia y que había expresado que por fin había oído algo que se salía de lo común y dejándome entrever que Trujillo pensaba utilizar mis servicios.



E. O. Garrido en los años 30.

Pasaron muchos meses. Me había olvidado de la amenaza que pendía sobre mi cabeza cuando una noche, sorpresivamente, recibí un telefonema de Trujillo diciendo que me había recomendado para ocupar una diputación por San Juan de la Maguana y que debía juramentarme al otro día. Me sentí cogido en la red y sin recurso para safarme de ella. Pero pensé: menos mal. Es una posición



E. O. Garrido en los años 40.

inocua. Estando en el salón de sesiones de la Cámara para juramentarme, me llamó Modesto por teléfono para decirme que Trujillo había ordenado hacer un decreto nombrándome secretario de Agricultura y que esperara un poco para juramentarme como diputado. La noticia me trastornó. Esa era una secretaría que Trujillo manejaba a su capricho y en la cual se cometían muchos desaguisados inspirados por él.

Yo no me iba a prestar a ser juguete de sus intereses personales. Por lo tanto mi posición sería muy delicada. Hice algunas objeciones; pero afortunadamente para mí no cuajó el nombramiento. Me juramenté como diputado, permaneciendo en esa posición unos tres años, siendo en ella, como todos, un número anónimo, un clavo perdido en un montón de desperdicios.

De mi participación en la conjura que culminó con la muerte del tirano no hablo aquí porque en otra obra escrita por mí está historizada mi participación en ella. La repetición redundaría.

A la caída de Trujillo algunos viejos líderes del horacismo de la capital y del interior del país me invitaron a que tomara la iniciativa en la reorganización del Partido. La insinuación parecía tentadora, pero la rehusé, agradeciendo la prueba de confianza que se me dispensaba.

El panorama político se presentaba confuso y poco atractivo por la cantidad de intereses espurios de apetencias desorbitadas y de sacrificados detrás de compensaciones que estaban en juego. Analizando todo esto y el estado de descomposición social y moral que había dejado Trujillo, no

quise responsabilizarme en una aventura para la cual no estaba preparada mi formación moral. Lo que veía repugnaba a mi conciencia y le sigue repugnando.



E. O. Garrido y su esposa en New York, 1942.



E. O. Garrido Puella en el otoño de su vida.

Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia como miembro correspondiente³²

Antes de entrar en el tema de mi discurso, ustedes me permitirán que mis primeras palabras sean, después de un efusivo saludo, darles las gracias más sinceras y expresivas por la señalada distinción que han hecho de mi humilde persona, honrándola y enaltecéndola, eligiéndola como Miembro Correspondiente de esta docta Academia Dominicana de la Historia.

Pecaría de inmodestia si no declarara con toda franqueza que tan elevado honor ha halagado mi amor propio y puesto sobre mi corazón una rosa de fe en el futuro de nuestra patria.

Pecaría de petulante si ocultara la sorpresa que me produjo el inesperado mensaje del destacado historiador, Lic. Rodríguez Demorizi, presidente de la Academia, informándome de mi elección.

Mi modestia fue fuertemente sacudida por el inesperado anuncio que no sólo puso a vibrar de emoción mi pensamiento sino que también es un fuerte aliento para incitar mi vocación en los estudios históricos. Agradezco, pues, la elección, y trataré de merecerla.

La historia y sobre todo la de mi país, ha sido atracción constante de mi intelecto. Desde mi adolescencia la leía con atención y la estudiaba buscando en ella la verdad, no siempre hallada, en mi ansia por conocer hombres y sucesos al través de sus páginas,

32 E. O. Garrido Puello, *El sur en la historia, las ciencias y la literatura*, Santo Domingo, UNPHU, 1981, pp. 13-26.

como medio directo de sentir amor por mi país, lo mismo que por los de allende los mares.

La intranquilidad en que se movía mi juventud a causa de los tiempos tormentosos en los cuales ella actuaba y soñaba, a pesar de ese amor no me permitieron aprovechar las ricas canteras de informaciones que estuvieron a mi alcance y por las cuales pasé de largo indiferente, ignorándolas desparpajadamente. De esas canteras pude haber extraído material inédito y positivo; pero una inexplicable negligencia de mi inquietud y mocedad, me hizo desperdiciar datos con los cuales podría hoy pisar más firme en mis empeños por fijar la verdadera postura del Sur en la historia del país y en la cual encuentro un perfecto y singular vacío hacia la región, que podría calificarse de despreciativo e infortunado.

Corrientemente se le llama «Sur» a las viejas provincias de Azua y Barahona, fraccionadas caprichosamente por vehemencias regionalistas y complacencias a políticos, ignorantes de la geopolítica dominicana. Hago esta aclaración para que cuando yo me refiera al Sur, se comprenda que mi pensamiento está centrado en la demarcación que abarca esas dos provincias.

Deseo me permitan, antes de entrar en el tema de mi discurso, hacer un somero análisis de las vicisitudes que, material, económica, social y educacionalmente, ha atravesado esa importante circunscripción geográfica a través de su historia.

Estudiando el pasado del Sur de la República, mi región, me sorprende comprobar el imperdonable olvido en que ha estado sumergida desde la colonia hasta el 1972. Víctima de piratas, de invasiones y de guerras intestinas, vegetó largos años sin que ningún gobierno le extendiera su manto protector infundiéndole vida y rescatándola del marasmo en que se hundía a consecuencia de las devastaciones de Osorio, de la pasividad colonial española, de las invasiones haitianas, de la anexión a España y de las guerras civiles que ensangrentaron su suelo, destruyeron sus riquezas, convirtiéndolo de pueblo feliz en la alborada de la colonización en tristes recuerdos.

La historia debe ser recuerdos de vivencias y escribirse despojado de todo sentimiento, para sólo ser verdades comprobadas;

pero nunca siembra de pasiones ni amañamiento de intereses de familias; entonces su contenido y su pensamiento, se convierten en novela. La historia es escuela, enseñanza y depuración de la tabla de los valores humanos que intervienen en ella. Desgraciadamente, la nuestra no ha sido depurada y caminan por ella muchos personajes con la máscara de decencia, cuando deberían estar enterrados en el cementerio del olvido. En el pasado la plagaron de inexactitudes y en los nuevos tiempos la están convirtiendo en novela. Novela son, producto de fanatismos políticos, muchos de los relatos sobre personas tan desvaídas o de trayectorias tan dolorosas, que no merecen figurar en una obra escrita.

Los personajes del Sur que han gravitado sobre los destinos del país desde la Separación a nuestros días, transitan por la historia dominicana con la rapidez con que un meteoro ilumina el espacio celeste.

¿Qué estudios desapasionados se han hecho sobre las vidas y las ejecutorias de Bobadilla, Mella, Sánchez, Luperón, Espaillet, González, Gaspar Polanco, Pimentel, José M. Cabral, Bonó, Benigno F. Rojas, Horacio Vásquez, Ramón Cáceres, Velásquez, etc. que no sean entusiastas ditirambos o irritantes dicterios preferidos sin ningún discernimiento?

¿Qué análisis serio, responsable y veraz se ha hecho sobre Santana, Báez, Lilís y Trujillo, cuatro hombres que cruzan por nuestra historia entre sombras y tragedias?

Sin embargo, las vidas y las obras de estos personajes que tan tremendamente pesaron sobre la sociedad dominicana, son acreedoras a que ya hayan sido estudiadas y revisadas, extrayendo de ellas las influencias que hayan podido ejercer sobre la sociología dominicana.

Sobre estos personajes todavía hay suficientes referencias, relatos y tradiciones con las cuales formar juicios analizadores de sus vidas y sus obras antes que este interesante material se disuelva en la lejanía. Nuestra historia escrita se limita a compendios, biografías sintéticas o siluetas amañadas a las simpatías o aversiones del autor.

Sobre las personalidades más arriba citadas se ha escrito muy poca cosa útil que permita aquilatar la posición real que ocupan en la historia, y lo poco que se ha escrito carece de valor moral por revelar ignorancia en el juicio o fanatismo en el examen de sus vidas.

Hay que rectificar conceptos equivocados que se sirven como verdades en nuestra historia, purificarla y colocar cada personaje en el lugar adecuado para que no circulen en ella, vestidos de lujosos trajes de nacionalismo, tantas mediocridades y falsos patriotas que las emociones familiares o las circunstancias del momento o los insubstanciales regionalismos han elaborado con perjuicio de la verdad histórica. Llevan la patria en los labios; pero no en el corazón.

Estudiando el asunto con criterio realístico, he llegado a la conclusión, es penoso confesarlo, de que carecemos de una obra histórica fundamental donde se enfoque imparcial y justicieramente todo lo sucedido en el país desde el descubrimiento, a la mal llamada Era de Trujillo, abarcando costumbres, tradiciones, religión, cultura, movimiento educacional, así como todo lo que haya contribuido a la formación de nuestra alma nacional y a fortalecer nuestro orgullo de ser dominicanos.

Hasta ahora, que yo conozca, sólo se han publicado compendios para el uso del estudiantado, biografías de algunos próceres y algunos juicios críticos aclarando conceptos o errores de la historia escrita. Pero eso no es suficiente para llevar a la mente de nuestros compatriotas y del mundo ávido de incursionar en la vida de los pueblos, los conocimientos que les hagan apreciar los sacrificios, esfuerzos, dolores y heroísmos con que nuestros antepasados forjaron nuestra nacionalidad, la cual estuvo siempre de cara a la adversidad; pero buscando con bravura, reptando la cruz de la esperanza, su equilibrio emocional en la paz que se escondía detrás de tenebrosas sombras de pasiones infecundas.

La labor del historiador José Gabriel García fue meritísima. Elaboró pacientemente los materiales, extrayéndolos casi de la nada, que están sirviendo hoy como fuente pródiga para otros espigadores de la historia. Esa misma labor, pero mucho más

amplia y con mejores elementos, la está haciendo el notable escritor e historiador, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, construyendo con perseverancia y consagración patriótica un monumento de datos y fechas que tendrán a su disposición y podrán aprovechar los futuros escudriñadores de la historia.

Fray Utrera y Moya Pons también han hecho muy provechosa labor en este campo; pero quiero destacar aquí, la laboriosidad con que el distinguido escritor e historiador, doctor Pedro Troncoso Sánchez, ha estudiado profundamente la vida, ideales y doctrinas del Padre de la Patria, revelándola en toda su pura e inmarcesible grandeza; estudios que le han dado la estatura continental que ya reconocen los pueblos de América.

Los conceptos que he emitido tienen por objeto resaltar ante la conciencia de ustedes, la necesidad ardiente y apremiante de que se escriba esa historia y de que la responsabilidad, a mi juicio, deberá asumirla, sin desmayo y con entusiasmo, esta docta Academia, como supremo tribunal de la historia. Con el concurso del gobierno, de bancos y tantas empresas que extraen grandes beneficios de las riquezas del país, no dudo que esta obra pueda ser una hermosa y bella realidad. En manos de ustedes, señores académicos, pongo la patriótica iniciativa. Esto es así, porque



Ulises Heureaux hijo, primer narrador y dramaturgo sanjuajero.

considero razonable y lógico que las generaciones actuales y las venideras, querrán conocer y saber exactamente, sin benévolo o amañados análisis, la historia verdadera de nuestros antepasados y el ambiente en que ellos se movieron y actuaron. ¿Qué contestaríamos nosotros a esas acuciantes preguntas si no tenemos la fuente a donde recurrir para saciar su emotiva curiosidad? Parece caso de conciencia adelantarnos a proporcionar los medios de poder satisfacer a

esas generaciones su curiosidad por conocer las complejidades de nuestra dramática historia.

La literatura histórica dominicana es tan pobre en análisis concienzudos y además, tan convencional, que quizá mi sugerencia pueda servir de estímulo para incentivar vocaciones y mover voluntades dormidas en el nirvana de proyectos pensados, pero diferidos en su ejecución. Nuestros intelectuales desperdician su precioso tiempo en temas políticos o de ficción, descuidando penetrar en la historia, que es un filón rico y jugoso para hacer obra perdurable y de verdadero interés nacional.

He escogido como tema para este discurso, hondamente preocupado por lo poco que se conoce de los hombres del Sur, una personalidad extraordinaria, un corajudo actor de nuestras guerras contra Haití, la Anexión a España y los funestos Seis Años de Báez, que con fuego de energía en su corazón batalló por la soberanía de su pueblo. Voy a hablar del general Andrés Ogando, el más insigne lugarteniente del general José M. cabral, rindiéndole de esta manera un caluroso homenaje a su gloriosa memoria, que sirva a la vez para valorizar su personalidad en los fastos de la historia patria.

A más de 100 años de su aleve asesinato, se encuentran muy pocos informes que sirvan para estudiar su vida desde su infancia; pero sí los suficientes para el hombre, abrevando en la fuente, muy pródiga, del distinguido historiador y escritor, don Sócrates Nolasco, quien para sus escritos utilizó informaciones veraces suministradas por personas que vivieron y actuaron en los tormentosos y trágicos Seis Años de Báez, interesado en conocer, las actuaciones de su padre, que fue secretario del general Ogando. Este ensayo tiene, además, la pretensión de llamar la atención de los historiadores y de los dominicanos sobre los hombres del Sur, tan olvidados y preteridos, a pesar de que hicieron historia derrochando sangre y vida en holocausto de la patria, y esa historia, tan postergada, debe ser conocida y estudiada.

Presentes esos hombres desde los tiempos coloniales defendiendo el país de los piratas, de las excursiones de la colonia

francesa, de los haitianos, de España y de los designios proditorios de Báez, sus eminentes servicios pasan por la historia con ominoso silencio y peyorativa indiferencia. Las poblaciones y campos de la región Sur fueron devastados y su economía arruinada, durante los sucesos más arriba relatados.

¿Cuál ha sido el precio de tanto sacrificio? La desestimación y la cruel omisión en los proyectos de bien social programados para otras regiones.

Mientras los gobiernos impulsaban el progreso de otras regiones desarrollando la agricultura, abriendo escuelas, y aunque de manera tímida y pobre, atendiendo otras necesidades prioritarias, del Sur no se preocupaban, salvo para extraer reclutas, ni siquiera en defender su frontera del apetito haitiano. Nuestros gobiernos, moviéndose en un círculo de rebatña del poder, creían tener una obligación más acuciante: retener ese poder. De ahí el criminal descuido en ejercer sus deberes de gobernantes. Políticos ignorantes, más ambiciosos que inteligentes y careciendo de visión orientadora hacia el bien común, se extraviaban en la selva del poder.

La miseria fue la consecuencia de esas guerras y que el Sur, abatido y paupérrimo, vegetara por centurias sin que la esperanza, que es radiante luz en la espera de un destino mejor, se convirtiera jamás en realidad. De ahí que a los hombres de la región no les quedara para vivir otro recurso que explotar bosques, arrear carretas, criar ganado o emigrar a lugares más felices donde pudieran encontrar el pan de cada día. No parece que haya pueblo que pueda progresar con una economía tan limitada.

Paladín de nuestras jornadas gloriosas por la independencia, lo fue el general Andrés Ogando, natural de Pedro Corto, municipio de San Juan de la Maguana, hijo de Juan Ogando y Catalina Encarnación, ésta última de El Cercado. Esta merítisima familia procreó 14 hijos, 12 varones y 2 hembras. De éstos murieron en acción de guerra, sirviendo a la patria Andrés, Pedro, Domingo, Fermín, Manuel María, Benito y Enemencio.

De esta ilustre familia conocí, ya ancianos, al general Timoteo Ogando, que fue, conjuntamente con Andrés, brazo y espada

del general Cabral, y a Juana Ogando, amante de Lilís, con quien engendró tres hijos. El varón, Ulises Heureaux hijo, periodista, novelista y autor dramático, se educó en París, y las hembras, Rosa y Teresa, en Curaçao.

El general Andrés Ogando, indio claro de color lavado, de estatura baja y complexión robusta, de pelo lacio y valor extraordinario, inteligente y de espíritu sagaz, inició su brillante carrera militar combatiendo contra las invasiones haitianas.

Preso en Baní, acusado de conspiración al realizarse la Anexión a España, se fugó de la cárcel sumándose a las filas de los restauradores a las órdenes del general Florentino, más tarde a los generales Castillo y Salcedo y posteriormente, al general Cabral, siendo de los vencedores de La Canela. Nacionalista fervoroso, llevaba la patria en su corazón como un relicario. Familia y patria simbolizaban una sagrada unidad tan estrecha y enraizada en su alma que sólo el reclamo de ésta podía influir en su ánimo para deshacer lo que el amor enlaza. Por eso, cuando la esposa inquieta, presintiendo graves peligros, lo alertaba y le expresaba sus ansias, llenas de ternura y preocupación, de verlo en el hogar al cuidado de sus hijas, él, desoyendo la voz del amor y del dolor, seguía impertérrito, decidido y firme en el camino, arriesgado y digno, que se había trazado, no obstante saberlo erizado de acechanzas; pero él consideraba que su deber y su conciencia de dominicano le aconsejaban no doblegar su espíritu a los ardientes reclamos de la familia, mientras su patria estuviera a las puertas de perder su soberanía. Combatir por ella era su honor y su vergüenza.

Nolasco, refiriéndose a él, lo describe: «Mediana estatura, musculoso, despierto, sufrido en la adversidad, tesonero y sereno en el combate, respetuoso y suave en el trato con la gente y con un don de jovial simpatía que conquistaba. Más que un amante de la libertad, fue un fanático de la independencia de los dominicanos».

El general Cabral, regresando del exilio para combatir los proditorios designios de Báez de anexar la República a los Estados Unidos de Norte América, lo encontró jefe comunal de Las

Matas de Farfán. Le explicó los peligros a que estaba abocado el país y sin pensar ni medir las consecuencias de su acto, renunció el cargo y se le unió en la gloriosa aventura que se iniciaba para salvar la dignidad y la libertad del pueblo dominicano. Desde aquel momento su vida fue un continuo batallar. Su espíritu indomable y temerario, endurecido en las luchas contra Haití y España, lidiando a las órdenes de los generales Duvergé, Puello, Florentino y del mismo general Cabral, volvió a la manigua con el mismo coraje y el mismo empuje con que había actuado en otras ocasiones y en plena juventud.

Con esta guerra tan cruel como sanguinaria comienza un período de nuestra historia repleta de heroísmos y de tragedias tan monstruosas que desfallece el ánimo al hablar de ella. Báez, empeñado en retener el poder a toda costa, lo mismo que en sus malévolas maquinaciones contra la patria, no vacilaba en asesinar, fusilar y destruir. Sus generales, inspirados en esa mística, devastaban sin espíritu de justicia ni sentimientos de caridad.

El gobierno mueve todos los resortes a su alcance para debelar la insurrección. Los generales Gómez, Cáceres y Salcedo, en distintas oportunidades, acuden a la región indomable con tropas y, siguiendo la consigna oficial, sembrando luto y dolor en las familias. Ya retornados, creyendo la región pacificada, en algún punto surgen el general Cabral o el general Andrés Ogando tomando poblaciones y levantando la moral regional.

Ogando ha tomado Las Salinas, Las Damas y derrotado en Neiba al general Lamarche, noticias que parecían increíbles.

Hacen guerra de guerrilla, la única posible dada la precariedad de sus recursos. Las Matas de Farfán, Túbano, San Juan de la Maguana, Neiba y Rincón los ven entrar y salir; pero siempre combatiendo con infatigable espíritu de vencedores.

El general Cabral, para darle personalidad jurídica y unidad a la revolución, cuyo credo era esencialmente nacionalista, constituyó en Comendador, hoy Elías Piña, una junta de gobierno, de la que tomó parte el general Andrés Ogando como ministro de Guerra, conjuntamente con el general Francisco Moreno, encargado a la vez de la zona de Neiba. Ocupada esta población,

empujó el gobierno hacia El Rincón y luego tomó el poblado de Barahona, donde recibió el general Luperón, propiciándole su entrevista con el general Cabral.

Cuando tenían lugar estos sucesos, el general Salnave, después presidente de Haití, al frente de numerosa tropa trató de forzar las líneas del general Benito Ogando, que estaba posesionado de El Rincón, para unirse a su aliado Báez. En el pleito, que tuvo lugar entre dominicanos y haitianos, fue masacrado Salnave, cayendo herido y prisionero conjuntamente con otros miembros de su escolta. Entregados a la junta de gobierno, en una reunión de los jefes principales determinaron devolverlos al gobierno haitiano. Un gobierno nómada como el de Cabral, no tenía medios para retener prisioneros de esa categoría; no podían ser liberados ni tampoco permitir que se reunieran con Báez. Ante esas alternativas la comisión de generales resolvió la entrega de los prisioneros. Salnave y Báez estaban en connivencia con los yankees en los manejos sucios de éstos para apoderarse de la isla.

El compendio del historiador García, quizás influido por mendaces partes oficiales, dice en su *Historia Patria* que en la entrega de Salnave hubo soborno y acusa a los Ogando de beneficiarios, echando sombras de oprobio injustificadamente sobre vidas consagradas y sacrificadas al ideal de patria libre y soberana. Tal versión, seguramente recogida en partes oficiales amañadas a las conveniencias del intrigante régimen imperante, que tendrá que ser rechazada por una crítica razonada y lógica de la historia, la desmiente el brillante y veraz historiador Sócrates Nolasco, bien documentado por informaciones recogidas en personas que actuaron activamente en esos heroicos acontecimientos.

Si la cuantiosa suma ofrecida por Salnave para comprar su libertad fue desechada con altivez, no cabe duda que falsean la verdad quienes, al manejar el suceso, aseguran que el presidente de Haití gratificó con \$5,000 a los generales Ogando. Sobre esta familia ilustre, la literatura oficial de Báez ha echado mucho lodo por inquina y odio contra sus patrióticas acciones en pro de la soberanía nacional.

La insurrección del Sur era invencible y para dominarla se tejió, como hábil hilandera, el cañamazo donde debía ejecutarse un crimen. He aquí como Nolasco, escritor insospechable, describe la trama:

un día de la segunda semana del mes de marzo del año 1872, en Consejo de Gobierno, estudiaban en Santo Domingo cómo detener o en parte disimular el desprestigio económico de la Administración Pública. Aunque la miseria del país era consecuencia de la devastadora guerra de la restauración de la Independencia de la República, el ministro, menos respetuoso del qué dirán o más realista, repitió un lugar común:

Sin género de dudas, dijo, los que están impidiendo que los capitalistas extranjeros establezcan negocios en la nación, ni dejan que el gobierno ahorre siquiera un real, son los malvados del Sur, (los insurrectos). ¿Lugar común? La malicia no es tontería, sino inteligencia dañada. Con dos balas, añadió, disparadas con buena puntería, termina eso. Una contra la cabeza de José María y otra contra Ogando. El Luperón y el Pimentel no cuentan; ya están vencidos.

De este Consejo emergieron las maquinaciones para el asesinato de los generales Cabral y Andrés Ogando, las dos cabezas de la indomable insurrección como solución para el problema que creaba la tozudez y el patriotismo de dichos generales, entorpeciendo los designios de Báez. Para el crimen al baecismo le sobraba material de la más inmundada calidad: Llinito, Mandé, Baúl, Ventana, Solito y otros forajidos del mismo espécimen, eran puñales ensangrentados siempre dispuestos a todo en favor de su divisa roja. Los Seis Años de Báez fueron pródigos en fusilamientos y asesinatos. Aquello parecía un deporte. Por fuentes ignoradas Cabral se enteró de la trama y alertó a Ogando, sugiriéndole trasladar el campamento de Neiba a lugar más seguro. Ogando lo mudó a Cambronal, aldea más fácil para prevenir la

acechanza. Cabral escapó a varias celadas; pero la misma suerte no sonrió al infortunado Ogando. La caza de Andrés se hacía difícil. Su hermano, el general Benito Ogando, su brazo derecho, había muerto asesinado a la pica en el camino de Rincón a Neiba. Pero como para la maldad la mente, sin que haya necesidad de exprimirla, produce grandes expedientes, hubo uno que originó beneficios. Por medios desconocidos compraron por una onza de oro al hombre de confianza del general Ogando, su perro fiel, encargado de su seguridad personal, llamado Eluterio Reyes, alias La Chiva.³³

Y este canalla, una noche tenebrosa y cómplice, guió sigilosamente al coronel Joaquín Campos, a Solito y su comparsa de facinerosos al rancho donde dormía el general Ogando, en el duro suelo, y lo degollaron conjuntamente con el general Anselmo González. El general Manuel Henríquez y Carvajal, que despertó al ruido, forcejeó con los malhechores, recibió dos balazos y se salvó derriscándose por un barranco.

El general Fidel Rodríguez Urdaneta salió en persecución de los asesinos; pero éstos, protegidos por la oscuridad de la noche y guiados por el traidor, se habían desvanecido entre bosques y matorrales. Este hecho tan criminal como ruin tuvo lugar en la noche del 7 de octubre de 1872. Su hermano Benito había sido asesinado en el mes de abril del mismo año.

Al publicar el gobierno el parte oficial sobre este horrendo crimen, lo disfrazó cínica y desvergonzadamente, haciendo aparecer al general Andrés Ogando muerto en combate. Así como he relatado, fue que murió el benemérito general Ogando, víctima de la traición y del odio de los que no pudieron vencerlo en buena lid. Así cayó envuelto en su sangre noble y generosa, quien fue un ilustre paladín de la libertades de su patria.

Las generaciones presentes tienen muy poca información sobre sus antepasados. Sobre la fecha de nacimiento del general

³³ Este ruin y despreciable traidor fue más tarde perseguido y preso por el general Cajo y, después de someterlo a horribles torturas, ahorcado. Así vengó el general Cajo la muerte de su jefe.

Andrés Ogando hay vaguedades. Si fue hermano mayor de Timoteo, debió haber nacido en el año 1817 y si menor, en 1819. Sin embargo, todas las evidencias hacen suponer que Andrés era el mayor. Sobre su descendencia hay pocas noticias. Parece que solo tuvo dos hijas y que a su esposa le decían Petrona. En la época en que los Ogando eran niños, las invasiones haitianas hacían móviles las familias y se educaban en forma precaria; se presume que Andrés frecuentó en Neiba la escuela que regenteaba en esa población la puertorriqueña doña Frasquita, esposa de Eduardo Sánchez. También hay tradición de que pudo haber ampliado sus conocimientos en Santo Domingo, ya que su instrucción era superior al medio. Pudo ser. Eso era lo usual en la época.

Patriota egregio, de valor indoblegable, tenaz luchador y espíritu invencible, el general Andrés Ogando actuó en todas las situaciones conflictivas del país como hombre de responsabilidad histórica y de fe en la soberanía de su país. Su memoria amerita ser objeto de recordación y su vida de un estudio más profundo que este que acabo de bosquejar. El injustificado olvido, casi anonimato en que está sumergido su recuerdo, debe ser rectificado, situándolo justicieramente entre los grandes servidores de la patria. En la capilla de los inmortales hay muchos nombres que sobran. Ahí falta el general Andrés Ogando, que sí merece ese homenaje.

El parte oficial a que me refiero más arriba, y el cual he tenido a mi vista, me hace desconfiar de la historia. ¿Qué crédito se puede dar a relatos contruidos con tan deleznable materiales? De informaciones mendaces están repletos los partes oficiales con el único fin de distorsionar la verdad y justificar ante la opinión pública y la historia, actos reñidos con la ética y empapados en sangre. Puñales amparados por las sombras de la noche inmolaron al bravo general Ogando y descargas de fusiles que improvisados consejos de guerra sentenciaban para complacer la vesania del tirano, ultimaron muchas vidas útiles y de nacionalismo medular.

La sangre y el incendio no doblegaron el espíritu que latía viril y altivo en los hombres que mantenían enhiesto el pabellón

nacional. Cuando el baecismo se fatigó de una guerra que parecía no tener fin, derribó a su líder, emergiendo otro orden que el historiador Nolasco llama la Tercera República.

La corajuda actitud de Cabral y Ogando hizo posible la caída de Báez y aunque el país siguió atornillado a los caprichos de jefezuelos sin escrúpulos, en aquel momento se creyó que de esos acontecimientos habría de surgir estabilizada la soberanía del país. Pero la apreciación resultó una profecía frustrada. La patria siguió postrada y juguete de una política turbia, quebrada y corrupta de ambiciones de poder.

Los generales Cabral y Andrés Ogando fueron los nervios y motores de la Guerra de los Seis Años, guerra donde hubo bizarría y abnegados sacrificios de una parte, los que luchaban por sostener nuestro glorioso pabellón cruzado arriba, más arriba como cantara el gran poeta Deligne; de la otra, sólo traición, sangre y crímenes. Cabral y los Ogando, con su patriotismo y sus actitudes indomables salvaron la República del abismo hacia donde la empujaba Báez con su desorbitada ambición de poder y dinero. Frente a esta gran verdad, la historia debe ser menos discriminatoria y cicatera y darle a estos meritísimos dominicanos el puesto relevante que merecen en ella, y el gobierno, cual que sea, un homenaje recordatorio de sus grandes hechos.

Un estudio profundo y desapasionado del período de los Seis Años de Báez me hace llegar a la conclusión lógica de que la actitud firme, decidida y temeraria de los hombres del Sur, fue la que realmente impidió la anexión del país al imperialismo yankee.

SEMBLANZAS

General José del Carmen Ramírez³⁴



José del Carmen Ramírez
(Carmito), 1920.

Pocos hombres han pasado por la política dominicana con más altura moral y sencillez cristiana que el general José del Carmen Ramírez, «Carmito» para sus amigos. Valiente, dotado de esa simpatía natural y espontánea que ahora llaman carisma, cortés, gentil, educado, cosa extraña en nuestro medio asalvajado por mesturiñas ideológicas, accesible, insensible al halago y al exhibicionismo, brilló con luz propia en el panorama político dominicano por esas cualidades que fueron innatas de su carácter de caballero.

Atildado en el vestir, luciendo siempre sombrero de Panamá y bastón, apuesto, de constitución robusta, de buena estatura, sobrio y blanco, fue un sembrador de afectos y captador de amistades.

Adolescente, sus padres lo enviaron a Santo Domingo, donde se hizo bachiller y agrimensor. Su vocación era la ingeniería;

34 E. O. Garrido Puello, *El sur en la historia*, pp. 45-53. Ver también *En el camino de la historia* y *Reflejos de ayer*.

pero esa facultad no existía en el viejo Instituto Profesional. Su educación hostosiana contribuyó a formar su juventud y su conciencia iluminándola con principios y doctrinas orientadas cívicamente hacia el bien común y la salud de la patria.

El ambiente intelectual que se respiraba en Santo Domingo, lo hizo figurar, conjuntamente con los jóvenes Porfirio Herrera y Max Henríquez Ureña, al frente de una revista literaria. Es propio de la juventud sentir inquietudes espirituales y propiciar los medios de expresarlos por la palabra escrita. Por esa misma época fue profesor en el colegio Santo Tomás de Aquino. Regresado a su hogar de San Juan de la Maguana, ya graduado, distribuyó su tiempo entre el ejercicio de su profesión y la dirección de la Escuela Primaria de la localidad, cargo que sirvió por algún tiempo, interesado en levantar el nivel cultural de su región. Fue un niño travieso y revoltoso. Antes de ser enviado a Santo Domingo a cursar estudios, planeó fugarse para Cuba a enrolarse en las filas revolucionarias, enamorado del ideal de Cuba libre. En la madrugada de la evasión, concertada con un peón, que le serviría de edecán, el padre, que estaba enterado del proyecto y lo dejaba hacer, lo sorprendió y le desbarató los planes.

El joven Ramírez en Santo Domingo tenía por residencia la del general Heureaux. Por cuestiones de faldas, en las que era fácil a la seducción, el tirano sentenció a muerte a su protegido. El general Teófilo Cordero Bidó, a quien Lilís enteró de su proyecto y que por amistad al padre, el general Wenceslao Ramírez, velaba por la seguridad del hijo, se puso de acuerdo con el doctor Urraca, médico del tirano, y aprovechando una fuerte gripe que afectaba al destinado a la inmolación, le informaron que el muchacho estaba tuberculoso y que su fin estaba muy próximo; que les parecía mejor solución enviarlo a morir a su casa, librándose él de la responsabilidad de una muerte innecesaria. Lilís aceptó el consejo. Algunas semanas después el tirano caía ajusticiado en Moca; pero dicen que él expresó, antes de emprender el fatídico viaje, que al regresar, que lo haría por el Sur, tumbaría un árbol que las ramazones llegarían a la frontera. Se supuso que el marcado para el próximo sacrificio sería el general Wenceslao

Ramírez, hombre de bien que molestaba a otro general taimado, envidioso y cruel que parecía que lo había envuelto en alguna malévolamente intriga.

El general Ramírez se perfiló como político dirigente en el 1912. Antes había tenido algunas actuaciones; pero le había dado más atención a su profesión que a inmiscuirse en los torbellinos del ambiente político criollo. Joven, de carácter y de elevada moral, no sentía atracción por lo que entre nosotros se llama política.

Los gobiernos hacían y deshacían legisladores desde Santo Domingo, e intervenían de manera impertinente sobre todos los poderes del Estado. Ramírez y un grupo de jóvenes auspiciados por la opinión regional, presentó en el Colegio Electoral reunido en Azua, la candidatura para diputado del doctor Alejandro Cabral, médico nativo de San Juan de la Maguana, de excelentes condiciones para representar dignamente la provincia. El gobernador, obedeciendo órdenes superiores, no la admitió e impuso la oficial, presionando la libre elección del Colegio Electoral, con un pelotón de fuerzas armadas. Algunos de los electores, entre ellos el general Ramírez, protestaron enérgicamente; pero el desafuero fue consumado. Este desacierto gubernamental dio por resultado que el joven Ramírez, convertido en jefe, se fuera a la manigua y, usando sus propios y heredados prestigios, muy vastos, levantara en la frontera la revolución que se llamó legalista. El general Luis F. Vidal, que había participado en la muerte del presidente Céciles, se le unió y juntos impulsaron el movimiento que contribuyó a la caída del régimen de los Victoria.

El general Ramírez, comandando tropas, combatió en el Naranjo, en Bánica, en los campos de El Cercado y en San Juan, donde fue herido. El general Ramírez en estos empeños revolucionarios, recibió el respaldo de lo más granado de la juventud sureña, y de todo el campesinado, lo mismo que de los generales Oreste y Charles Zamor, gobernadores departamentales y personajes influyentes en la política haitiana. Estas ayudas fueron recíprocas cuando los Zamor estuvieron en dificultades en su país. Triunfante la revolución, fue designado gobernador civil y militar

de la provincia de Azua, cargo que sirvió con toda inteligencia y desplegando grandes actividades en beneficio de la región.

Terminada la revolución, se organizó el Partido Legalista comandado por el general Ramírez, el general Vidal y el doctor Aybar. Este Partido aglutinó todas las fuerzas vivas de la provincia, con ramificaciones en Santo Domingo y Barahona, siendo un moderador entre el general Desiderio Arias y los demás partidos que contribuyeron a la caída de los Victoria. En el 1914, al romperse las relaciones entre el partido Legalista y el gobierno de Bordas, el general Ramírez, comandando más de 1,000 hombres como jefe superior, partió de Azua sobre la capital, luchando en Sombrero, Baní y Boca Canasta, contra el general Ovando y después de algunas otras acciones, puso cerco a la vieja ciudad, ya en unión del general Vidal.

Caído el gobierno y concertado el armisticio, el presidente designado, cuya única atribución era la celebración de elecciones libres, lo nombró gobernador civil y militar de la provincia de Santo Domingo. El partido Legalista fue solo a las elecciones, ocupando todos los cargos legislativos y municipales. Triunfante Jimenes, el general Ramírez regresó a su hogar de San Juan de la Maguana. Intrigas fraguadas por envidiosos de su preponderancia política fructificaron en el ánimo del gobierno. Fue llamado al hervidero político que era la capital y le dieron la ciudad por cárcel. La intriga fue más lejos y se ordenó la detención del diputado Víctor Garrido, del general Juan de Dios Ramírez, su hermano, y del que escribe esta biografía. Los últimos lograron la manigua y con un número considerable de amigos, iniciaron un movimiento revolucionario. El gobierno de Jimenes estaba atravesando una difícil crisis política. Para aplacar este movimiento, que podía tener desagradables consecuencias, levantó el confinamiento del general Ramírez y le dio amplias facultades para debelar la insurrección. Todas nuestras exigencias fueron: levantamiento de su confinamiento, retención de nuestras armas, y que todas las autoridades de la provincia fueran nombradas por recomendación del mismo general Ramírez. Estas condiciones fueron aprobadas por el gobierno.

La crisis que se temía estalló y produjo como consecuencia la intervención de los yankees, quienes, como en todas las oportunidades en que surgían conflictos políticos en el país, con su estrecha comprensión de los problemas o su marcado interés en hacerlos más hondos con fines muy conocidos, ocuparon militarmente la República. En el primer momento el general Ramírez tomó la actitud que aconsejaba su espíritu rebelde y nacionalista; pero los continuos requerimientos llegados de Santo Domingo, de los cuales yo participé, contribuyeron a moderar su postura. Le hicieron creer que agravaría la incógnita que atravesaba el país, si él insistía en la resistencia. No deseando responsabilizarse si por su culpa el país era envuelto en una catástrofe, desistió de su protesta armada contra la intervención; pero llevando un clavo atravesado en el corazón.

Meses más tarde, un alma taimada y cobarde, cambiando la fecha a una de las cartas que escribió a sus amigos alertándolos sobre el gesto que asumiría frente a la intervención, le costó varios meses de internación, siendo durante esos meses su ración alimenticia pan y agua.

Cuando a los yankees les pareció, lo pusieron en libertad. San Juan y las regiones aledañas le hicieron una recepción tan extraordinariamente espléndida, que el jefe militar de la plaza se asustó y la puso en estado de defensa. Durante varios años el general Ramírez se dedicó al ejercicio de su profesión y a sus labores agrícolas y ganaderas; pero siempre dándole respaldo a las actividades nacionalistas, en pro de la desocupación del país, que asumió la región.

El general Ramírez jamás humilló a sus amigos y adeptos, demostrándoles superioridad con la arrogancia característica de la mediocridad engréida. En campaña dormía en el suelo entre los soldados y comía lo que ellos le proporcionaban; pero esta actitud no empañaba su rectitud, su autoridad, ni la disciplina de los campamentos. A la hora de combatir iba al frente de sus tropas corriendo con ellas toda clase de peligros nunca rezagado; siempre delante, encarándose a los riesgos a que se exponían sus amigos por seguirlo espontáneamente en prueba de amistad

y fe en su liderazgo. En su hogar o en la calle, sus amigos eran atendidos con gentileza sin importarle su condición social ni su humildad. Eran sus amigos y eso era suficiente para cordializar con ellos.

Cuando se firmó el tratado de evacuación y se reorganizaron los viejos partidos bajo la bandera de sus antiguos jefes, el general Ramírez vaciló mucho para reincidir en mezclarse en la política criolla que iba tomando rasgos que repugnaban a su conciencia. Volvió por la presión que sobre su ánimo ejercieron sus amigos, los cuales no quisieron aceptar que el renunciara a su liderato. Fuera de los jefes de partido, en el panorama político del país no ha habido otra personalidad del arrastre y la influencia en las masas comparable a las que tuvo el general Ramírez. Ante las naturales, y al parecer justas exigencias del ambiente y sus amigos, los reorganizó y por decisión unánime de todos, reingresó al Partido Nacional (horacista) que había sido el viejo estandarte de la mayoría.

Ganadas las elecciones, el general Ramírez no se preocupó por posiciones para su persona; pero sí para sus amigos. Para él, como Alejandro El Grande, dejaba la esperanza. Las simpatías que despertó, muy valiosas, dentro del Partido Nacional y las influencias que ejercía sobre las antiguas provincias de Azua y Barahona lo perfilaron como figura presidenciable. Su ascendiente dentro del partido fue muy poderoso y bien capitalizado.

En el 1929, con adhesiones de distintas regiones del país, el Sur le rindió a su máximo líder un grandioso homenaje que quizá haya sido el más extraordinario ofrecido en el país espontáneamente a un personaje político, sin presión, miedo, ni necesidad de defender un salario.

En las postrimerías del gobierno del presidente Vásquez fue nombrado secretario de Defensa, posición que renunció pocos días después de nominado, ya que, ante la actitud del presidente Vásquez, la situación era precaria e indeseable. El gobierno estaba caído, el jefe del Ejército traicionando, los amigos desorientados y recelosos y don Horacio, crédulo y sin ánimo para hacerle frente al ciclón que amenazaba arrasarlo. ¿Qué se podía

hacer? Caído Vásquez y surgido Estrella Ureña como presidente, lo designa secretario de Estado de Fomento y Obras Públicas, cargo que renunció también pocos días después de nombrado, porque no deseaba verse envuelto en las turbias maquinaciones que giraban en torno de la recién instalada situación política. Tomada la decisión de desligarse de toda actuación política, declara su abstención de toda intervención en ella.

La determinación inspiró recelos y el general Ramírez, sintiéndose amenazado, cruzó la frontera y se fue a residir a Port-Au-Prince, ciudad donde tenía magníficas relaciones de amistad. Allí, junto con su hermano el general Juan de Dios Ramírez, arrendaron una finca y se dedicó a explotar el ramo de ganadería. Para Trujillo este paso del general Ramírez fue muy sensible y preocupante. Utilizando amigos del general y ofreciendo toda clase de garantías y respeto para él y sus familiares, consiguió el retorno de ambos generales al seno de sus hogares de San Juan de la Maguana.

Para el general Ramírez su postura era muy compleja y el exilio muy duro. No había medrado en la política. Todo lo contrario, había derrochado su fortuna personal, ya que era generoso y jamás había hecho reclamaciones económicas al Partido por los gastos en que incurría en favor del auge del mismo. En las revoluciones que acaudilló, todos los gastos brotaban de su bolsillo, los compromisos los hacía a su nombre, cancelándolos tan pronto como terminaba el conflicto. Trujillo era un gobernante sin escrúpulos, sin moral y con instintos de salvaje que practicaba la teoría de García Moreno: «El que no está conmigo, está con mis enemigos». Con una familia numerosa compuesta de hijos, hermanos, sobrinos, primos y amigos muy ligados a su persona, no tuvo otra alternativa que aceptar las garantías ofrecidas y regresar al país. Trujillo hubiera sido muy capaz, como después hizo con otros, de masacrarle la familia si se hubiera negado al retorno. El alma de Trujillo, demasiado negra, no sentía repugnancia en hacer el mal y era vengativo.

Como el general Ramírez, muchos hombres de honor y vergüenza, tuvieron que navegar con el corazón estrujado de angustia,

en el huracanado mar de la política de terror y absolutismo que había implantado el tirano. No había otro camino para él. La conciencia le inspiraba asco de colaborar con Trujillo; pero no quería exponer su familia a las represalias de un régimen implacable y sanguinario.

Con Trujillo la política dejó de ser romántica para convertirse en posiciones económicas. ¿Ideales? ¿Para qué? ¿Los permitiría la dictadura? Luego se volvió estómago. El selvático régimen que dominaba el país viciado de totalitarismo salvaje no era fácil para pensar con libertad, ni obrar con sujeción a los dictados de una conciencia sana, sensata, inspirada en principios de bien y libérrimos ideales. El general Ramírez, a pesar de sus deseos de vivir al margen de la política, tuvo que aceptar cargos públicos. Así fue comisionado de las provincias del Sur, más tarde de las del Este y por último, senador; pero en todas las regiones donde el destino lo situó, obró con su amplio espíritu de convivencia, de sociabilidad y de protección a sus semejantes, sentimientos que fueron parte del objeto de su vida. En todas las regiones donde ejerció las funciones de comisionado dejó recuerdos imborrables.

Nació en Cara Linda, jurisdicción de Las Matas de Farfán el 2 de noviembre de 1878; pero su residencia, móvil en su niñez por las inquietudes políticas de esos tiempos, se hizo definitiva en San Juan de la Maguana.

Fueron sus padres el general Wenceslao Ramírez y doña María Olegaria Carrasco de Ramírez. Murió en busca de salud en la ciudad de New York, el 2 de junio del 1956 y fue enterrado en el Cementerio Nacional Católico de la avenida Máximo Gómez, en la ciudad capital.

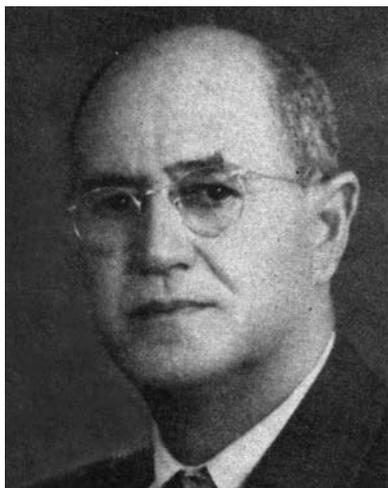
Dejó numerosa descendencia. Los hijos procreados con su esposa, doña Nelia Fernández de Ramírez fueron: Dulce María Ramírez de Garrido Puello, José del Carmen, Alcibíades, Wenceslao Santiago, Ramón Ernesto, Danilo, Alcedo Arturo, Filda y Nidia. De un segundo matrimonio tuvo otra hija: Rosalía. También tuvo otros hijos fuera de los cánones legales.

Pasó por la hirviente política dominicana, tan corrupta como erizada de pasiones ruines y sucios egoísmos, sin manchar su

sayo, dando un ejemplo de la pureza de su alma. Pudo haber sido presidente de la República, pero le faltaron garras. Era demasiado desinteresado. No medró ni discutió posiciones. Su altura moral y su desinterés material estaban por sobre las bajezas de la política dominicana, de clima ardiente, de ambiente cargado de pesadumbre y de tristeza, cuando se tiene un corazón sensible a los sufrimientos de la patria y un amor entrañable a su terruño.

Una calle de San Juan de la Maguana lleva su ilustre nombre, lo mismo que una vasta región montañosa al norte de San Juan de la Maguana, declarada por ley Parque Nacional General José del Carmen Ramírez.

Dr. Alejandro Cabral³⁵



Dr. Alejandro Cabral.
(1883-1945).

Al asomarme al interior de esta vida, que fue cristiana y humana, desinteresada y modesta, pretendo revelar facetas muy significativas de su sentir y su obrar que pongan de relieve la estatura moral y científica de un hombre de excepcionales condiciones en un medio como el nuestro, tan cargado de malandrines calificados como personas decentes. Ser hombre de bien, de alma sana propicia a sufrir y consolar el dolor humano, no es una filosofía grata a nuestro ambiente seco e ingrato.

El doctor Alejandro Cabral, nativo de San Juan de la Maguana, nació el 8 de abril del 1883, siendo sus padres el general José María Cabral, presidente que fue de la República, héroe de Santomé y La Canela y personaje de gran influencia en nuestro pasado político y convulsivo, y de doña Altagracia Palmira de León.

Su infancia transcurrió en su ciudad natal, donde la hermosura y la fecundidad de la naturaleza despertó temprano su espíritu

35 E. O. Garrido Puello, *El sur en la historia*, pp. 63-68.

infantil a las inquietudes que orientaron su futuro. Allí aprendió las primeras lecturas, demostrando desde la niñez una inteligencia clara y positivas disposiciones para el estudio, precocidad que exteriorizó a todo lo largo de su vida de estudiante. Todavía un infante se trasladó con su padre, que se preocupaba por su porvenir, a Santo Domingo, donde cursó estudios, primero en el Seminario Conciliar y luego en el Colegio Santo Tomás de Aquino. A los 16 años se graduó de Bachiller y Maestro Normal y a los 19 de Licenciado en Medicina, triunfos de mocedad que demostraban la brillantez de su inteligencia y su consagración al estudio. Hizo sus prácticas en el Hospital Militar, el cual era dirigido en esa época por el sabio doctor Fernando Defilló, teniendo como compañeros a los estudiantes, luego destacados profesionales, doctores Heriberto Pieter y Abel González. Mientras estudiaba, Alejandro ejercía el magisterio como medio seguro de aliviar su economía.

En el año 1905, a los 21 años, regresó a su ciudad natal, donde probó con gran distinción y acierto su calidad profesional, sobresaliendo como clínico, cirujano, ginecólogo y pediatra. En los pueblos la especialidad es un lujo ya que por lo reducido del medio y la poca capacidad económica es imposible que pueda ejercerse. Por esa razón el médico de pueblo tiene que cultivar todas las gamas de la medicina.

La medicina ha sufrido una evolución fantástica desde Hipócrates a nuestra época. De la sangría, el purgante y lavativa al antibiótico, la sulfa, y la penicilina ha habido un salto tan extraordinario que a nuestra generación le parecerá absurdo y hasta increíble que pudieran usarse métodos curativos tan estúpidos como los que se empleaban hace varios siglos. Para toda clase de enfermedades, purgantes y sangrías. No podía haber mejor sistema para enviar clientes al otro mundo.

Los adelantos de la ciencia médica disponen en la actualidad de los recursos de la cirugía, los análisis de laboratorio, el electrocardiograma, la radiografía y otros métodos más concordantes con la verdad de la ciencia y el organismo humano. Tenemos que dar gracias a Dios por haber nacido en una época en que el tifus no se cura con sangría.

Alejandro ejercía su profesión con espíritu cristiano y generosidad franciscana. Su ética, que no es la de estos tiempos, le hacía servir a la humanidad doliente despojado de toda conciencia mercurial. Yo presencié muchos actos que ponen en evidencia su gran corazón y su capacidad para hacer el bien.

Una noche que yo lo había visitado y encontrado aquejado de una fuerte gripe y fiebre de 40 grados, tuve luego, como a la una de la madrugada de esa misma noche, la sorpresa de encontrarme con él en plena calle, embozado, desafiando la temperatura invernal sanjuanera, siempre muy inclemente. Lo cuestiono:

—Pero Alejandro, ¿estás loco? Como médico tú sabes que estás arriesgando tu vida imprudentemente.

—¿Qué tú quieres?, me respondió. Me llaman para atender a un enfermo grave. Es pobre. Mi deber es acudir a la llamada. Yo no importo como persona. Importo como médico y como tal mi conciencia me dice claramente que debo acudir a ese requerimiento aunque peligre mi vida.

En otra ocasión, yo lo visitaba para tratar asuntos políticos. Mientras conversábamos se hizo presente una campesina que solicitaba sus servicios médicos. Me pidió permiso y la recibió en su consultorio. El examen dio por resultado la necesidad urgente de una operación.

—Doctor ¿Con qué pago yo una operación? Yo soy muy pobre.

—¿Tú no tienes dinero para comprar algodón y otras cosas?

—Yo no tengo nada que ofrecer, doctor.

Llama una enfermera y la hospitaliza. Al otro día la opera. Algunos de los favorecidos con esas intervenciones de caridad luego le llevaban un pollo, un racimo de plátanos o frutas. Pero eso no le importaba a Alejandro. Lo satisfacía haber hecho un bien grato a su corazón.

Alejandro nunca se arrojó a la cama de un enfermo pensando en los posibles honorarios devengables, sino en que había un alma doliente que había que rescatar de los laberintos de lo desconocido. Cuando recibía un paciente en su clínica lo amparaba con su reconocido espíritu de desinterés y amor a la ciencia, consagrando con devoción sus vastos conocimientos científicos

a devolver la salud a los aquejados de alguna dolencia. Pobres o ricos, para él no eran más que enfermos en busca de restaurar su salud.

El doctor Cabral, como el doctor Armando Aybar, desaparecieron del mundo de los vivos sin dejar fortuna, después de más de 40 años de ejercicio profesional en un medio pródigo de esperanzas y de realidades económicas. Sus profesiones no las cultivaban para acaparar riquezas, sino para servir a la humanidad doliente con el mismo espíritu divino y generoso, caritativo y humilde con que el dulce Jesús extendía su mano limpia, milagrosa y pura a los que sufrían y ansiaban lenitivos a sus dolores. Ambos repartieron sus grandes conocimientos científicos con conciencia clara y positiva de que sus deberes les imponían consagración a un apostolado digno y respetable: la medicina. La medicina es un sacrificio sacerdotal. Por lo menos, eso debe ser el espíritu y la esencia de esa profesión. El que no sienta en su corazón el soplo divino que lo empuje, por amor y por deber, a sembrar el bien y poner sus manos piadosas sobre el dolor humano, no debe ser médico. Para eso hay otras profesiones. Médico significa: abnegación, generosidad y amor.

En un medio pequeño y en una época en que no se disponían de los grandes adelantos actuales de la ciencia médica, Alejandro hizo maravillas con su bisturí y con su ojo clínico diagnosticando enfermedades cuando sólo podía utilizarse la intuición, sin los aparatos que hoy permiten con suma facilidad esos diagnósticos.

Extraño al figureo, nunca dio publicidad a sus trabajos científicos, algunos citados en boletines médicos de París y otro presentado en Montevideo con motivo del congreso mundial sobre el cáncer. Su trabajo versaba sobre los rápidos diagnósticos del cáncer y en el cual señalaba estadísticamente los casos en que esa enfermedad se prestaba a confusión. Todavía no se conocía la biopsia. En La Habana representó al país con gran lucimiento en el Congreso Mundial de Eugenesia.

Era amigo personal del general Horacio Vásquez y como tal figuró como miembro destacado del Partido Nacional. Fue

senador por la provincia de Azua durante los seis años del mandato constitucional del presidente Vásquez.

Por algunos años ocupó una cátedra en la Universidad de Santo Domingo, profesorado que desempeñó con capacidad y conciencia científica. Fue profesor del Colegio Santo Tomás de Aquino y regresado a su pueblo natal sirvió gratuitamente la Dirección de la Escuela Primaria por un año, la cual organizó en forma racional y pedagógica.

Nunca buscó reclamos de la opinión pública. Tenía talento, capacidad y bagaje intelectual como para brillar a la altura de los mejores médicos del país; pero su modestia opacaba sus grandes virtudes, haciéndole eludir falsos tributos de admiraciones adocenadas. Para él la satisfacción de su conciencia era el mejor premio a su vivir consagrado a una profesión honorable y noble.

Inteligente, amigo cordial, de humor ingenuo y algunas veces bromista, Alejandro tenía condiciones eminentes para ser un astro de primera magnitud en nuestro cielo científico. Su despego y su falta de interés por el aplauso lo hizo pasar casi desconocido en un medio donde ha brillado y brilla tanta mediocridad. Sus entretenimientos favoritos fueron la fotografía y la música. Tocaba la flauta en los ratos en que su sensibilidad espiritual ansiaba reposo y olvido.

Sintiéndose mal del corazón, viajó a Santo Domingo para consultar con un especialista. Contra los consejos de este facultativo, de familiares y amigos, tozudamente empeñado en un deber de humanidad, regresó a San Juan aduciendo tener un compromiso moral con una paciente que consideraba en peligro si le faltaba su intervención. Pocos días después falleció. Su apego al deber lo mató.

Alejandro vivió rodeado de respeto y cariño, siendo su temprana desaparición una tragedia moral para su región, que vio siempre en él al hombre desprendido y caritativo atento a ser útil y servir a la humanidad doliente.

En la época mercurial que vivimos, la medicina ha dejado de ser un apostolado para convertirse en un negocio. Médicos como Alejandro y Armando hay que buscarlos con la linterna

de Diógenes y quizá se pueda encontrar uno que otro ejemplar como el doctor Juan José Batlle Morel con algunos pocos más.

Blanco, cuerpo musculoso sin ser grueso, estatura alta y bien proporcionada. Alejandro mostraba en su faz y en su sonrisa su alma caritativa y bondadosa pronta a derramar la semilla del bien como hojas desprendidas de un árbol sacudido por vientos aciclonados.

Al escribir estas páginas impregnadas de afecto al gran desaparecido, y que son más que una palida visión de su personalidad, rindo tributo a quien supo hacer del bien un apostolado y de la caridad, una religión.

Leovigildo Cuello³⁶

Otro de los valores sureños cubierto por un denso y doloroso manto de olvido e indiferencia es el licenciado Leovigildo Cuello, nativo de San Juan de la Maguana.

La juventud del licenciado Cuello fue producto del medio. Aldea sin horizontes ni perspectivas futuras, San Juan de la Maguana no tenía otra cosa que ofrecer a la mocedad que una traba de gallos, un vaso de ron o las diversiones que brindan las entretenidas y los suburbios repiqueteando el balsié. Aplastado por un ambiente tan deprimente, el joven Cuello



Leovigildo Cuello.

fue quisquilloso, pendenciero y dado a las delicias de Baco. Sin embargo, soñaba con ser alguien, ver otro mundo y tener conciencia de un destino bien dirigido. Ansiaba superar su vida que se destruía inútil y frustrada sin descubrir la estrella que lo guiara a un porvenir mejor. Inteligente, la lectura era la distracción de sus ocios. ¿En qué escuela aprendió a leer? Es un secreto para mí. Quizá en alguna de esas escuelas que de cuando

36 E. O. Garrido Puello, *El Sur en la historia*, pp 83-85.

en cuando fundaban profesores improvisados y aventureros; o como dice la tradición, con un libro en la mano preguntando a todo el que podía enseñar algo; pero lo seguro es que cuando abandonó su lar nativo llevaba un caudal de conocimientos que le allanaron el camino para su meta profesional.

En uno de los frecuentes viajes de Lilís a San Juan de la Maguana preguntó al jefe comunal si algo perturbaba la tranquilidad de la región a su mando. El general W. Ramírez respondió a esta interrogante diciendo:

–Para que la común goce de perfecta tranquilidad, llévese al general Comas y al joven Leovijildo Cuello para la capital. Ambos se divierten los sábados en la noche desbaratando los bailes y fiestas de los humildes con tiroteos en zafarrancho de reyertas, saturados de alcohol. Estos bochinches no tienen carácter político; son simplemente distracciones de personas achispadas. El joven Cuello es inteligente y estudioso. Podría tener mejor porvenir donde tenga amplios y claros cielos para sus inquietudes juveniles.

El general Lilís regresó a Santo Domingo con dos miembros más de su flamante estado mayor.

El general Comas sintió nostalgias de su pasado y de su aldea y regresó a San Juan de la Maguana, siendo asesinado algún tiempo después.

El joven Cuello, por lo contrario, aprovechó el caramelo que se le ofrecía y poniendo a prueba su voluntad y su deseo de ser alguien, se aplicó con extraordinario entusiasmo a los estudios, obteniendo como premio a sus laudables esfuerzos el título de bachiller y luego el de abogado.

Para juzgar concienzudamente a la juventud hay que estudiar el ambiente de su nacimiento y sus primeras andanzas por la vida. El San Juan de la época de Cuello era una humilde aldea que no proporcionaba a sus moradores más que una reunión de amigos alrededor de una botella de ron y una guitarra para interrumpir el sueño de las muchachas con románticas canciones de amor o los sábados en la noche los bailes de negocio en los suburbios. Después, tedio y aburrimiento. En un medio tan

poco espiritual y tan infecundo para despertar ambiciones, no era raro que un joven inquieto y que siente latir en su conciencia o en su corazón un deseo impetuoso de volar, subir y realizar sus ensueños, desahogue sus frustraciones en el alcohol, las mujeres y la pendencia. Vencida esa etapa de su vida, el joven travieso de ayer se transformó en el ciudadano útil y el abogado talentoso y culto que fue orgullo de nuestros estrados.

Ocupó muchos cargos públicos. Fue gobernador de Azua, secretario de Estado, y en la judicatura, pasando desde los de menor jerarquía, llegó hasta la Suprema Corte de justicia.

El Lic. Cuello casó dos veces, formando una familia numerosa y distinguida, cuyos miembros brillaron en el foro como el Lic. Julio Cuello, que además era poeta y escritor, y el doctor Leovijildo Cuello (hijo), médico especialista, que ocupó un lugar prestigioso en la medicina puertorriqueña.

El recuerdo personal de su físico que tengo es muy borroso. Yo era un mozalbete cuando lo conocí de vista. Me parece que era indio quemado, rostro de expresión agradable y receptible. Mientras vivió efectuó periódicas visitas a su lar nativo, donde se le estimaba y apreciaba por sus bellas cualidades de hombre culto y correcto, que pasó por la vida haciendo el bien y sirviendo su profesión con honradez y civismo. En todos los cargos que ocupó dio pruebas de su capacidad de trabajo, su patriotismo y su decencia.

Bibliografía

Garrido Puello, E. O.

Escudriñando en mi escritorio, UNPHU, 1984.

El Sur en la historia, las ciencias y la literatura, UNPHU, 1981.

Reflejos de Ayer, UNPHU, 1978.

En el camino de la historia, 1911-1967, Impresora Arte y Cine, 1977.

Nieblas de Otoño, Arte y Cine, 1976.

Historia de un periódico, Arte y Cine, Impresora Arte y Cine, 1973.

Espejo del Pasado, Impresora Arte y Cine, 1972.

Olivorio, Ensayo histórico. Nuevas narraciones. Impresora Arte y Cine, 1963.

Narraciones y tradiciones sureñas, Librería Dominicana. 1960.

Otros autores

Balaguer, Joaquín. *Los Carpinteros*. Edición de 1997.

Bergés Bordas, Gustavo. *Más cosas de Lilís*, Librería La Trinitaria, 2000.

Moya Pons, Frank. *Manual de historia dominicana*, 13^a. Edición. Editora Corripio, 2002.

M. de Castro, Víctor. *Cosas de Lilís*, Librería La Trinitaria, 2000.

Piña Contreras, Guillermo. *Los intelectuales y el poder*, Amigo del Hogar, 2005.

Periódicos

Colección de *El Cable*, 1921-1930. Nueve tomos.

Listín Diario, junio de 1922.

Oleg Efremov, «Isla Abierta», suplemento del periódico *Hoy*, 13 de diciembre de 1986.

Revistas

Blanco y Negro, 4 de julio de 1909, No. 72.

Renovación, 30 de agosto de 1973.



VÍCTOR GARRIDO

VÍCTOR GARRIDO PUELLO (1886-1972)

Educador, abogado, poeta, ensayista, orador, político y diplomático. Nació en Santo Domingo el 2 de marzo de 1886; se crió y formó familia en San Juan de la Maguana, fruto de su matrimonio con Tijídez Ramírez, hija del general Wenceslado Ramírez. Ejerció en su juventud como maestro en Azua y en San Juan. Fue director del Distrito Escolar Num. 5. Desempeñó casi todos los cargos en la administración pública. Fue Secretario de Estado de Educación, en varias ocasiones. Como poeta escribió apegado a las normas tradicionales del verso, especialmente el soneto, donde se distinguió por su elegancia. Sus ensayos de carácter histórico han contribuido a reconstruir importantes etapas de la historia dominicana. Fue miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia y de la Academia Dominicana de la Lengua.

OBRAS PUBLICADAS:

Espigas históricas (1971); *En la ruta de mi vida* (1970); *Poesía completas, 1904-1963* (1965); *La política de Francia en Santo Domingo* (1962); *Los Puello* (1ª edición 1959); *Poesías completas 1910-1954* (1954); *Trujillo restaurador de la independencia financiera de la República Dominicana* (1943); *La conquista de la gloria* (1940).

LA DIPLOMACIA DE LOS CAÑONES

Saint Denys y el 27 de Febrero¹

Saint Denys, el cónsul deseado, arribó al puerto de Santo Domingo, en la corbeta *Náyade*, acompañado de su secretario monsieur Paul Terny, el 13 de enero de 1844. Se ha escrito por historiadores dominicanos que venía destinado a Cabo Haitiano y que a causa del terremoto de 1842 que dificultaba la vida en aquella ciudad, se dispuso fijarle como sede la ciudad de Santo Domingo; pero el cónsul general Levasseur, en su carta del 14 de diciembre del 1843 al ministro Guizot, se limitaba a informar que

Monsieur Jouchereau de Sain Denys, cónsul del Rey en Santo Domingo, ha llegado aquí con Monsieur Barrot. Le he ofrecido que tan pronto como desembarque venga a establecerse en la casa consular de Francia en donde esperará que la presencia del señor Almirante me suministre la ocasión de hacerle conducir a su puesto en uno de los buques de guerra de nuestra estación naval.

Saint Denys se aconsejó con el comisario Barrot y con el contralmirante de Moges, dice en su carta del 15 del mismo mes

1 Víctor Garrido, *Política de Francia en Santo Domingo 1844-1846*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, Editora del Caribe, 1962, pp. 25-33.

al ministro Guizot, respecto de la conducta que debía observar «en las circunstancias delicadas en que venían a colocarlo las comunicaciones importantes que Vuestra Excelencia ha debido recibir de Puerto Príncipe por la fragata Calipso». Saint Denys desembarcó en la mañana del 14 y fue recibido por las autoridades civiles y militares con pompa extraordinaria de acuerdo con el ceremonial previamente convenido con su canciller interino. El gobierno provisional, con fecha 28 de diciembre de 1843, había recomendado a la Municipalidad de Santo Domingo recibirlo «con todos los miramientos a que le hace acreedor el rango que ocupa» como «Agente de una potencia que está en buena inteligencia con la República». El creyó ver en las turbas agrupadas en la ribera del río el deseo de la población de saludar «al cónsul de una nación en que ella parecía tener puestas hoy en día todas sus esperanzas para lo porvenir». Le impresionaron vivamente las palabras llenas «de dignidad y simpatía» con que le cumplimentó el representante del Consejo Municipal, a las cuales respondió en forma que pudiera «conocer que le había comprendido perfectamente», y la acogida cordial que le brindó el general Desgrottes, comandante de la plaza, quien había servido en Nápoles bajo las órdenes de algunos de sus parientes maternos. El aire festivo de la ciudad y las espontáneas y amables demostraciones de sus habitantes dieron a su visita a las autoridades locales las apariencias de «una verdadera ovación». La vanidad del cónsul Saint Denys quedó complacida y tan largamente satisfecha, que no se atrevió a izar la bandera del consulado, temeroso de que este acto originase «demostraciones muy vivas de simpatía de parte de la población española» que le causaran embarazos con los no españoles.

En su carta del 5 de febrero, Saint Denys examina la situación política y encuentra que las poblaciones del este de Haití, cansadas de la dominación tiránica que las subyuga, están decididas a cambiarla a cualquier precio. Se advierte que su opinión está influida por las de monsieur Levasseur y por la de los constituyentes dominicanos con quienes estuvo en conversaciones en Puerto Príncipe. Como Levasseur, halla que los dominicanos

«muy débiles y muy diseminados para poder prometerse algún suceso de una tentativa desesperada, sienten la necesidad de asegurarse el apoyo de una nación extranjera; y con ese fin han vuelto sucesivamente sus ojos y sus simpatías hacia Colombia, hacia España y hacia Francia». Encuentra que Inglaterra no inspira confianza a causa principalmente de la diferencia de religión. Colombia «es débil, sin marina y sin recursos»; España, después de varios años de crisis revolucionaria, está agotada. Colombia y España no están en condiciones de proteger a los dominicanos. Solamente Francia, «nación generosa, fuerte y protectora, nacida del catolicismo, puede dar la protección que se desea». «Es cediendo a esta convicción (agrega Saint Denys), que los jefes del partido antihaitiano tienden los brazos hacia nosotros y ponen a nuestra discreción el porvenir y la felicidad de su país». «Algunos miembros del partido francés», con la esperanza de obtener más tarde la aprobación de sus comitentes del Este, «llamados momentáneamente a Puerto Príncipe para los trabajos de la constituyente, buscaron ponerse en relación conmigo desde mi llegada a esa ciudad». Saint Denys, a su vez, les puso en relación con Levasseur quien recibió y tramitó la propuesta dominicana a la cual se ha llamado indebidamente Plan Levasseur. Un hecho se ve claro. Los representantes dominicanos a la asamblea constituyente reunida en Puerto Príncipe, antes de asumir su representación, ya estaban afiliados a un partido francés existente en la parte española con el designio de interponerse en el camino del movimiento revolucionario, radicalmente nacionalista, acaudillado por Duarte. Los hombres prácticos enfrentados, desde antes de nacer la República, a los que desdeñosamente llamaban jóvenes soñadores.

Saint Denys, no obstante su optimismo, fundado en su creencia de que contaba con el concurso de todos los jefes antihaitianos y de que la llegada de agentes franceses era esperada con inquietud pues a «su sola presencia parecían ligados el porvenir y la felicidad del país entero», no consideraba fácil su misión. Él teme que la ardorosa impaciencia «de una juventud difícil de contener, así como las tendencias y conversaciones indiscretas

de algunas personas cuya devoción me parece tener por móvil el interés privado, puedan comprometer en cualquier instante nuestros intereses y hacer mi posición de día en día más difícil y embarazosa». Saint Denys no habla de los intereses dominicanos, que en la ocasión no podrían ser otros que su independencia, sino de nuestros intereses, es decir, de los intereses franceses susceptibles de ser perjudicados por las actividades de una juventud ansiosa de sacudir el yugo opresor del haitiano. Es obvio que Saint Denys, desde antes de pisar en Santo Domingo, había adoptado la actitud de favorecer a aquellos que a su vez favorecían el interés de su país. Al llegar a Santo Domingo se encuentra con que hay tendencias distintas de las que sustentan sus amigos y considera que podría verse entorpecido en la ejecución del plan confiado a su pericia y habilidad a causa de las indiscreciones de algunos de sus asociados. La deducción lógica es que se deseaba mantener en secreto, sin duda hasta que fueran aprobadas por el gobierno de Francia, las negociaciones efectuadas en Puerto Príncipe. Otra deducción lógica sería, que los amigos de Levasseur y Saint Denys querían hacer por sorpresa una independencia a su acomodo con fines personales. Sus negociaciones serían conocidas cuando, aprobadas por el rey de Francia, «las fuerzas navales francesas apareciesen en las costas de Haití». Los afrancesados estaban comprometiendo el porvenir de su patria, cercenando su territorio y entregando su administración a una nación extranjera, a espaldas de los habitantes del país, para oponer el hecho cumplido a quienes buscaban su independencia por caminos más concordes con el supremo interés nacional que era el de una independencia absoluta. Saint Denys no se equivocaba. La juventud revolucionaria, cansada de sufrir el yugo haitiano, se decidió a actuar. «Una revolución que era fácil de prever (dice en su carta del 3 de marzo de 1844 al ministro Guizot), pero que sólo la exasperación siempre creciente ha activado, acaba de estallar casi inopinadamente en Santo Domingo en la noche del 27 al 28 de febrero». Los esfuerzos del vicario general monseñor Portes e Infante y de muchas personas influyentes, encaminados a disuadir de sus designios redentores a los jóvenes

revolucionarios, fueron inútiles. Saint Denys escribe, con no disimulado entusiasmo, acerca del coraje de estos jóvenes que no vacilaron en jugarse la vida en aquella noche memorable; pero en su opinión no tomaron en cuenta «las consecuencias que podía entrañar una demostración intempestiva», sino que el momento les era favorable «alentados por la gran confianza de las autoridades haitianas y también quizás por las pocas fuerzas de que ellas disponían en ese momento»... Es evidente que Saint Denys ignoraba que iba a ocurrir este acontecimiento que califica de «inopinado». A las 7 de la mañana del 28 el general Desgrotte, comandante de la Plaza, desconociendo el número de los rebeldes y sus proyectos, resolvió parlamentar con ellos. Los insurrectos retardaron la respuesta. Este retardo, que no auguraba nada bueno, y la inutilidad de una defensa de la plaza con pocos soldados, inclinó al general Desgrotte a participar al cónsul Saint Denys «su posición crítica y a colocarse eventualmente, él y todos los suyos, bajo la protección del pabellón francés». El general Desgrotte, en su carta del 28 de febrero, solicitaba, además, «el mismo favor para las familias de los funcionarios y de otros ciudadanos haitianos quedados en la ciudad sin defensa y sin apoyo». Saint Denys ofreció al general Desgrotte, por órgano de su canciller provisional, hacerse digno de la confianza que ponía en él y le pedía que le indicara quiénes eran los jefes de la insurrección «a fin de ponerme en comunicación con ellos» y «para hacer esta protección más eficaz y más pronta». En posesión de los nombres de los jefes del movimiento, que le envió el general Desgrotte, monsieur Saint Denys entró en actividad con el propósito de complacer al general Desgrotte. Hasta aquí no se ve que Saint Denys fuera movido por el interés dominicano de que era portavoz el comité insurreccional que ya había hecho conocer oficialmente al general Desgrotte «los agravios de la población dominicana, su voluntad de separarse de la República y de declarar libre e independiente toda la antigua parte española de Santo Domingo». El interés que le anima es el de obtener la seguridad del general Desgrotte y sus compañeros de armas y de otros nacionales haitianos.

La Junta Gubernativa, que acababa de constituirse, recibió aviso de Saint Denys, de que tenía «algunas comunicaciones importantes que hacerle y suplicándole el envío de alguno de ellos para recibirlas». Entre tanto una segunda carta del general Desgrotte es recibida por Saint Denys.

«Yo he demandado la protección de vuestro pabellón (escribe el general Desgrotte), pues con un puñado de bravos que yo contemplo en torno mío, nosotros podemos parecer honorablemente, con todas las consecuencias que pueda tener esta desgraciada catástrofe que se inaugura; nosotros deseamos también salir con honor; esta será la base de toda estipulación». Se advierte claramente que el propósito del general Desgrotte es negociar una rendición honrosa a través del cónsul francés Saint Denys, es que tenía que transmitirle el intermediario del general Desgrotte. «Autorizado para hacerle oferta para una capitulación honorable, lo he informado a los miembros de la Junta, que he encontrado plenos de miramiento y de respetuosa deferencia para el representante de la Francia». La Junta aceptó la mediación de monsieur Saint Denys quien aprovechó esta circunstancia favorable «para poner las bases de una capitulación provechosa para las dos partes». Los representantes de la Junta decidieron aceptar la propuesta del mediador. El general Desgrotte las aceptó también «con algunos ligeros cambios». Reunidos en el consulado de Francia los representantes de la Junta Gubernativa y del general Desgrotte, con la asistencia del mediador, se pusieron prontamente de acuerdo. La capitulación fue resuelta, redactada y firmada por todos los presentes. Se convino que la entrega de la Plaza sería hecha en la mañana del 29, en presencia del cónsul Saint Denys, y la Plaza fuera recibida por el coronel José Joaquín Puello, designado por la Junta comandante de la misma, quien la recibió con las formalidades convenidas. El general Desgrotte careció desde el primer instante de espíritu de resistencia. De él partió la iniciativa de una capitulación honrosa. La Junta Gubernativa aprovechó esta disposición favorable para tender puente de plata a su desanimado enemigo y aceptó la capitulación que se le proponía. La intervención de Saint Denys

se limitó a poner de acuerdo las partes en la forma y detalles del documento cuyo contenido era la rendición honorable solicitada por el general Desgrotte.

Saint Denys se siente satisfecho del papel que ha jugado, en la proclamación de la independencia de la República. El ha venido a ser el «árbitro entre los dos partidos». «La Junta, dice en la carta mencionada, parece tener en mí una confianza ciega; ella toma mi parecer acerca de todas las cuestiones que son discutidas en su seno y que interesan al mantenimiento del orden y al suceso de la causa que defiende». Saint Denys, sin instrucciones y sin noticias directas de su gobierno, considera, sin embargo, que debe utilizar la influencia que ha adquirido en la esfera oficial, para obtener ventajas en favor de los intereses de su país como él los entiende. «Es de las circunstancias que yo tomaré consejo para hacer tornar en provecho de nuestros intereses los acontecimientos que se preparan», por lo que es necesario convenir en que el cónsul de Francia al actuar en los sucesos en que el azar le dio participación prominente, no lo hizo con la noble finalidad de dar ayuda generosa a los dominicanos en la lucha por adquirir su independencia, sino con el de beneficiar el plan proyectado en Puerto Príncipe, con miras a un protectorado francés para Santo Domingo.

En su carta del 6 de marzo al ministro Guizot, el perspicaz Saint Denys examina la situación creada por el grito del Conde. Los dominicanos han acogido con grande alborozo el movimiento separatista. Los hombres, decididos y entusiastas, acuden a la Junta a ofrecer sus servicios; las poblaciones del interior, comenzando por La Vega, se adhieren rápidamente al movimiento. Los políticos en Haití fomentan serios embarazos al presidente Ribiere. Todo el mundo está dispuesto a defender y mantener la República proclamada. Se carece de armas; pero la Junta Gubernativa trata de obtenerlas en Curazao en donde diligencia la compra de dos mil fusiles. Podrá salirse adelante en la arrojada empresa. Saint Denys advierte que los dominicanos «cuentan mucho con la providencia»; pero que él cree que «cuentan mucho más con el apoyo material de Francia». «Aunque se hayan

constituido en estado independiente y soberano, es casi cierto para mí que ellos no tardarán en reclamar nuestra intervención y quizás aún el protectorado». Algunos de los negociadores del Plan Levasseur en Puerto Príncipe se habían adherido a última hora al movimiento separatista y participaban como vocales en la Junta Gubernativa. A estos mimetizas se refiere sin duda Saint Denys cuando escribe, en la misma carta, que cuenta con el concurso de miembros influyentes de la Junta. Él hace elogio del comportamiento de ésta para con él, la cual le comunica «todas las medidas que adopta» y no hace nada «sin pedirle oficiosamente consejo». Él considera que tiene una posición excelente de la cual «podrá sacar partido si es necesario».

No obstante esta situación privilegiada, que le permite contemplar con alguna confianza el futuro inmediato, Saint Denys se lamenta de que las negociaciones secretas de Puerto Príncipe se hubiesen traslucido e informa a su ministro que las circunstancias son tales que después de las imprudencias e indiscreciones cometidas «por personas en que él puso confianza, las medidas de precaución pueden ser útiles todavía, mas no remediarán el mal pues todo, o casi todo, es conocido y casi público».

Es evidente que Saint Denys hubiese preferido que las negociaciones de Puerto Príncipe se mantuvieron secretas y haberse-las con personas distintas de los autores del golpe del Conde a quienes por adelantado califica de «nuestros adversarios». Sin embargo, es el señor Bobadilla, presidente de la Junta Gubernativa, quien, valiéndose de los rumores circulantes, irá a ofrecer a Saint Denys, en bandeja de oro, el manjar deseado por el cauteloso cónsul de Francia según puede verse en la carta de Saint Denys, del 10 de marzo, al ministro Guizot. No se advierte que hiciese nada Saint Denys por propia iniciativa en provecho de la causa dominicana. ¿Qué pudo aconsejar al general Desgrotte que no se rindiese? No podía hacerlo. El general Desgrotte no quería pelear y el interés de Francia, como lo entendían Saint Denys, Levasseur, el almirante de Moges y otros oficiales franceses, era que Francia obtuviese a Samaná como precio de la protección de nuestra independencia según había sido negociada

con los constituyentes dominicanos con la esperanza de que sus comitentes aprobasen la negociación. ¿Por qué, entonces, decir que a la actitud favorable de Saint Denys se debió la capitulación del general Desgrotte? El estudio desinteresado de la carta de Saint Denys, del 3 de marzo de 1844, en la cual informa al ministro Guizot los acontecimientos ocurridos en Santo Domingo en la noche del 27 al 28 de febrero, no justifica, porque se aparta de la verdad histórica, tal como la narra el mismo Saint Denys, que se escriba que «es sabido que debido a los buenos oficios de este buen francés, cuanto generoso caballero, se precipitaron los acontecimientos de los días 28 y 29 de febrero del 44, pues que no aún decidido a capitular el General Desgrotte, Juchereau, empleando toda la persuasión posible, casi en tono de amenaza, como anunciando al jefe haitiano la presencia extramuros de fuerzas seibanas en apoyo de la revolución del Conde –y lo cual no era cierto–, obligó a Desgrotte a efectuar la capitulación, que por otra parte, también contribuía a lograr la aptitud de los levantados»,² ni que el autor de *Enriquillo* dijese, a su vez, en su escrito «Ramón Mella» «que aún no se ha hecho la debida justicia a la memoria del cónsul francés en Port-au-Prince, Mr. Levasseur; ni se ha hecho a la influencia de otros agentes oficiales franceses en los acontecimientos de la separación»,³ para agregar más adelante que ha leído «con viva satisfacción las primeras alabanzas, muy merecidas, por cierto, que se tributan al nombre de Mr. Juchereau de Saint Denys, que era cónsul de Francia en Santo Domingo cuando se proclamó la independencia y cooperó eficazmente con su autoridad moral a la capitulación de las autoridades haitianas», porque nada que se escriba acerca de estos personajes podrá ser más convincente que las versiones que ellos mismos dan de los hechos en que actuaron ni nada podría estar más alejado de las normas morales que rigen las sociedades humanas civilizadas, que tratar de hacer a Levasseur y a Saint

2 Hungría, *El Eco del Pueblo*, Santiago, 9 de marzo de 1884, edición 101.

3 Manuel de Jesús Galván, «Ramón Mella» *Analetas*, Santo Domingo, Núm. 5, 1934.

Denys merecedores de la gratitud de nuestro pueblo cuando el primero aspiró siempre a que Francia se cobrase su deuda contra Haití con la garantía hipotecaria o la cesión a perpetuidad de la península de Samaná y luego negoció el Plan Lavasseur a cambio de esa misma península y de un protectorado de nuestra República por nacer, y el segundo, en Santo Domingo, no fue otra cosa que el instrumento del primero para llevar a ejecución ese plan antinacional que tenía por objeto cercenar la soberanía y la independencia de nuestra patria.



Víctor Garrido, en visita de inspección a la Escuela Oscar Brito en 1938. De izquierda a derecha Charles González (Charles), inspector de escuela; Oscar Bustos, de la Misión Chilena para reformar la educación dominicana, especialista en la educación primaria; Colón Henríquez, funcionario del Ministerio de Educación; se desconoce el nombre del otro maestro de escuela.

Las negociaciones de la Junta Central Gubernativa con Saint Denys⁴

1

Las conversaciones de la Junta Central Gubernativa con el cónsul francés Eustache Juchereau de Saint Denys fueron una derivación de las iniciadas en Puerto Príncipe por el constituyente Buenaventura Báez y consortes que dieron forma al Plan Levasseur, destinado a auspiciar la Constitución de la República Dominicana con el auxilio y la protección de Francia.

En 6 de marzo de 1844, ocho días después del grito de El Conde, Saint Denys se lamentaba, en carta al ministro Guizot, de que «las imprudencias e indiscreciones cometidas en la pequeña villa de Baní por personas indignas de la confianza puesta en ellas..., hábilmente explotadas por nuestros adversarios», habían precipitado «la explosión del movimiento revolucionario». Bobadilla, presidente de la Junta, le había informado que la consumación del movimiento se hizo necesaria para evitar que la población negra, agitada por la propaganda de que los blancos europeos que se esperaban restablecerían la esclavitud, tomase en cualquier momento «la iniciativa de un movimiento contra los blancos de las isla». Él consideraba casi seguro que los dominicanos, aunque se hayan «constituido por su manifiesto en estado independiente y soberano, no tardarán en reclamar nuestra

4 Víctor Garrido, *Política de Francia*, Cap. IV, p. 35.

intervención, quizás nuestro protectorado». Los miembros más caracterizados de la Junta se lo dejaron entender llegando hasta decirle que si no habían iniciado ya arreglos en ese sentido era porque necesitaron darle preferencia a la «organización militar y administrativa y a los preparativos de la defensa exigidos por las circunstancias».

Bobadilla desató la ofensiva con un ataque exploratorio. En la mañana del 8 visitó a Saint Denys para «darle pruebas de la simpatía de la Junta por la Francia». Saint Denys, aunque en posesión del ovillo del asunto, adoptó actitud reservada e indiferente. No tenía calidad para tratar cuestiones como las de que le hablaba Bobadilla. Solamente su gobierno podía aceptar o rehusar las propuestas que se hacían a sus agentes; pero Bobadilla no fue a ver a Saint Denys para regresar con las manos vacías. Le enteró de los rumores circulantes acerca de las proposiciones hechas a funcionarios franceses por personas sin calidad para hacerlas y «abordando francamente la cuestión (informa el ladino cónsul), me suplicó decirle en confianza lo que en mi opinión la Francia podría exigir de los dominicanos en retomo del apoyo y los socorros que estos se proponían solicitarle». Saint Denys habló de la cesión en propiedad de la península de Samaná y de ventajas comerciales. Su verdadera finalidad era plantear la cuestión del protectorado; pero la insinuó apenas porque «sabía por adelantado que semejante concesión, opuesta a los puntos de vista de una parte de la Junta, sería infaliblemente rechazada por ella como inaceptable después de la publicación de un manifiesto que declara la República Dominicana independiente y soberana y sobre todo en momentos en que se hacía una revolución con ese fin». Bobadilla se retiró satisfecho de haber sentado los preliminares del importante asunto que le impulsó a entrevistarse con Saint Denys, prometiéndole volver a verlo después de consultar con los otros miembros de la Junta. El mismo día a las 8 de la noche, Saint Denys recibió de Bobadilla una carta con la cual le remitía una nota firmada por todos los miembros de la Junta, suplicándole que la «examinara a placer» y anunciándole que le visitaría de nuevo el día siguiente en la mañana.

La visita anunciada se verificó a las 7 horas. Bobadilla llegó acompañado «del joven Sánchez, el jefe del partido revolucionario hoy día miembro de la Junta Gubernativa». Bobadilla representaba frente a Saint Denys a los miembros de la Junta que compartían sus ideas. Sánchez, a elementos cuyo apoyo se deseaba adquirir. Es obvio que la Junta estaba compuesta de elementos heteróclitos y que la unidad existente en ella hasta ese momento desaparecería con la fricción de sus ideas disímiles. Saint Denys hizo a Bobadilla y a Sánchez las observaciones de fondo que le había sugerido la nota examinada y les planteó francamente la cuestión del protectorado, «esta medida siendo en mi opinión el sólo medio a justificar su intervención (la de Francia) frente a las potencias que conservaren todavía algunas pretensiones sobre su territorio» (el de la República Dominicana). Saint Denys manejó el asunto con extrema habilidad. Él procuró eliminar los escrúpulos que podrían despertarse en la Junta, la cual tendría que violentar los compromisos contraídos con el pueblo, «sublevado en nombre de la libertad y la independencia de conformidad con el manifiesto del 16 de enero». Para orillar esta dificultad, él aconsejó maliciosamente que se «podría por un acto secreto o aun por una carta firmada por los miembros de la Junta contraer el compromiso de tratar la cuestión del protectorado francés, ora en la constitución por votar, ya en una convención especial que se hiciera más tarde». Esta sugerición «fue encontrada sabia y aprobada» por Bobadilla y por Sánchez. «Ellos se comprometieron a someterla a las luces de la Junta obligándose a apoyarla con toda su influencia» y se retiraron con la nota discutida, asegurando a Saint Denys «que no tardaría en recibir las tres copias auténticas que les había pedido después de aprobadas por la Junta las modificaciones propuestas».

Las diligencias de Bobadilla y de Sánchez marcharon tan de prisa que pocas horas después de la entrevista una comisión de la Junta se presentaba en casa de Saint Denys para entregarle «estas piezas en buena y debida forma con una carta igualmente firmada por todos sus miembros, relativa a la cuestión del protectorado». «Estas piezas» eran la resolución de la Junta, del 8

de marzo, que sirvió de base para las negociaciones, con las propuestas de Saint Denys que la modificaban, y la carta de fecha 9 que la acompañaba en la cual los miembros de la Junta dicen que «sólo añadiremos que por nuestro pacto fundamental o por los tratados que hayan de intervenir, no estaremos lejos de elegir a la nación francesa por protectora de nuestra causa y territorio en caso de alguna agresión extranjera». Esa carta, que escrita en vísperas de una inminente invasión haitiana hace vislumbrar la posibilidad de un pronto protectorado de Francia por lo «de en caso de alguna agresión extranjera», y esa resolución están firmadas, la carta, por Bobadilla, Jimenes, Echevarría, Caminero, Fco. Sánchez, Valverde, C. Moreno y Félix Mercenario, y la resolución, certificada por el secretario de la Junta, Pujol, por las mismas personas con excepción de Jimenes que no era miembro de la Junta cuando fue votada.

Es notorio que Bobadilla, presidente de la Junta, buscó reforzarse de un momento a otro con el apoyo de Jimenes, uno de los principales cabecillas del movimiento separatista triunfante. La Junta Central Gubernativa, tras de oír «muchas personas respetables de la parte antes española etc...» declaró «que la República de Santo Domingo consentía en un tratado con la nación francesa». En este segundo proyecto de convenio con Francia con el cual Bobadilla y sus amigos tomaban oficialmente la delantera al ex-constituyente Buenaventura Báez y consortes, se estipulaban la integridad de nuestro territorio y la estabilidad de la República Dominicana» fundados en los principios que ella ha adaptado y proclamado» la libertad personal e individual de los que fueron esclavos sin que pudiesen ser objeto de ataque los principios de igualdad proclamados; la redacción de un tratado de amistad y alianza tan pronto como se presentaren emisarios del gobierno francés debidamente acreditados; prestación de concurso por nuestro gobierno en caso de que el de Francia lo creyese apropiado si resolviese dirigir fuerzas contra la República de Haití; donación por Francia al gobierno dominicano de fusiles, municiones de guerra, navíos y el dinero necesario para organizar y sostener la defensa

y las tropas de que pudiese tener necesidad; y la concertación de un tratado de comercio dispensándose ventajas recíprocas en las cuales ninguna otra nación sería más favorecida que la francesa. Para pagar estos fusiles, municiones, navíos y dinero, el gobierno dominicano daba a Francia a perpetuidad la península de Samaná con la promesa de un protectorado «por nuestro pacto fundamental o por los tratados que hayan de intervenir», dádiva y promesa que cercenaban la integridad territorial y la soberanía absoluta. La resolución del 8 de marzo mejoraba al Plan Levasseur en el sentido de que eliminaba un gobernador francés por 10 años que podían extenderse si el Senado lo disponía. Con el recibo de estos documentos Saint Denys consideró concluida esta «importante negociación». Sin comprometerse a nada, pues no estaba investido de calidad para negociar, se le había ofrecido todo. Tenía razón para estar satisfecho; pero como negociaba sin conocimiento de su gobierno, procuró resguardarse ante el ministro Guizot señalándole que él se había limitado «a comunicaciones y observaciones verbales; la Junta solamente ha contraído compromisos escritos y, además, todo se ha hecho en mi casa, en mi gabinete, sin que haya tenido que trasladarme ni una sola vez». Más no podía desearse. Sin embargo, él tuvo algo que reprochar al «joven Báez». Aunque le reconoce en las circunstancias «pureza y nobleza de sentimientos», halla que su conducta «pudo tener también los más odiosos resultados para nuestros intereses, para él mismo y para su país». Él consideró que «la exasperación del señor Báez se debía a medidas desafortunadas que agentes de la Junta, interpretando mal sus órdenes, tornaron contra él». Báez, orgulloso y obstinado, demostraba mala voluntad hacia la Junta porque estaba en conocimiento de que ésta «había hecho por la Francia, en virtud de un mandato regular y válido, lo que él hizo por sí mismo en Puerto Príncipe sin misión especial y sin otra garantía que su palabra». No perdonaba a Bobadilla que se le hubiese adelantado.

2

En su carta del 13 de marzo al ministro Guizot, el cónsul Saint Denys hace el elogio de Santana, «verdadero señor feudal del Seibo». «Desde su llegada a Santo Domingo (dice) ha venido a visitarme y a ponerse a la disposición de Francia así como todos aquellos que obedecen sus órdenes. Él me ha hablado con el más vivo entusiasmo de su devoción, de su adhesión y de su admiración por nosotros». El 17 de marzo, antes de la batalla de Azua, Santana daba seguridades a Saint Denys, a través del comerciante Abraham Coén, de «que sus proposiciones convenidas entre nosotros de protección y unión las garantizo yo en todas sus partes y a satisfacción». Él exploraba por esa misma carta la posibilidad de que Saint Denys pusiera a su disposición «las tropas francesas que necesitamos para contrarrestar los enemigos»... En 14 de abril pedía a Bobadilla que agitara «las negociaciones» si estaban «paralizadas». En carta del 24 de marzo Saint Denys llevaba la atención del ministro Guizot al párrafo de una carta que había dirigido al almirante de Moges en la cual aseguraba no temer comprometerse «yendo hasta decir que si, lo exigimos con un poco de insistencia, los colores franceses reemplazarían bien pronto los colores dominicanos en Santo Domingo y demás», para comunicarle ahora que «hoy en día lejos de exigir con un poco de insistencia», estaba por el contrario «reducido a usar toda mi influencia, a hacer todos mis esfuerzos para impedir a la Junta hacer enarbolar los colores franceses muy activamente». Él afirma que los elementos antes opositores a un entendido con Francia son ahora «los más ardientes promotores de esta demostración pública de simpatía por ella». Sin «consultarle oficialmente» la Junta le ha hecho confidencias de que a la menor insinuación «los dominicanos estarían firmemente decididos a enarbolar nuestro pabellón» y, agrega señaladamente: «estos son también las intenciones del general en jefe Pedro Santana». Saint Denys, sin noticias de su gobierno, estima que «debe poner alguna medida en sus palabras», sin descuidar combatir y rechazar «toda demostración

intempestiva» por parecerle que el resultado sería «comprometer a la vez sus intereses y los nuestros».

El silencio del gobierno francés impacienta a la Junta que asedia a Saint Denys urgiéndole una respuesta, mediante oficios del 29 del mismo mes y del 17 de abril, a sus ofertas del 8 de marzo. Saint Denys se decide a solicitarla en carta del 23 de abril en la cual comunica al ministro Guizot que

después de una conversación con el señor Bobadilla, presidente de la Junta, quien habla al mismo tiempo en nombre del general Santana, comandante en jefe de las fuerzas dominicanas del Sur, es de toda necesidad, señor Ministro, para el triunfo completo de los españoles, como para nuestros propios intereses, que la Francia muestre sus simpatías por las poblaciones del Este de otro modo que por una intervención puramente moral.

Santana juzga «que un crédito razonable, algunos oficiales franceses, algunas centenas de soldados que podrían sacarse de nuestras Antillas», serían suficientes para hacer «invencibles y confiantes en sí misma sus tropas». Saint Denys no se limita a esta diligencia. Él escribe al almirante de Moges que para garantizar a los dominicanos la «intervención prometida» no ve por el momento otra solución que la de que él se apodere de Samaná. Este «golpe de mano que les probará que estamos dispuestos a actuar de cualquier manera, podrá devolverles la confianza que pierden cada día y que es tan importante conservar por todos los medios posibles». Saint Denys considera que el crédito y los elementos indicados pueden suministrarse con la garantía de Samaná y hace resaltar «que toda la antigua parte española de Santo Domingo está hoy día por así decir a la merced y discreción de la Francia. Algunos débiles sacrificios pueden asegurarle esta bella adquisición» que él piensa que no debe ser rehusada. Él busca excitar la codicia del ministro Guizot y le añade intencionalmente que sabe de fuente digna de confianza que a los dominicanos

«ofrecimientos de socorro y de dinero le han sido hechos por el gobierno de Puerto Rico si se deciden a enarbolar el pabellón español; mas la Junta fiel a sus compromisos con nosotros los ha rechazado, se dice, sin discutirlos siquiera». «No tenemos nada que temer por este lado (agrega confiadamente), porque un gobierno que se apoya en la esclavitud no tendrá nunca las simpatías de una población que la rechaza con horror».

Como es fácil ver, Bobadilla no actúa solamente en nombre de la Junta. La carta de Santana del 14 de abril le sirve de acicate; pero él tiene, además, otros motivos para apresurarse. Todo anduvo a pedir de boca hasta que el verdadero caudillo de la revolución independentista pisó de nuevo en su patria. Duarte retornó del ostracismo el 15 de marzo entre el regocijo general de su pueblo. La recién nacida República era su obra. Por ella había luchado y padecido. En su ara ofrendó los más altos sueños de su juventud. Su excelsa esperanza de una patria libre, independiente y soberana era una realidad luminosa. Cercenar su territorio, someterla a un protectorado extranjero a cambio de medios de combate que podían obtenerse de otro modo, no era la patria que él soñara, y como vocal de la Junta, a la cual fue incorporado a su regreso, reemprendió la lucha por la patria que nació en La Trinitaria. La unanimidad de la Junta a favor de un tratado protector con Francia había desaparecido. Saint Denys empieza a lamentarse de que la Junta «no muestra bastante independencia y firmeza, en carta del 14 de marzo al ministro Guizot, y hace los primeros disparos de una ofensiva contra Duarte que solamente acabará con el destierro perpetuo a que es condenado el fundador de la República. «Dos o tres alborotadores en el número de los cuales señalaré en primera línea un joven sin mérito, comprometido en la revolución de enero de 1843 y que recientemente vino de Curazao en donde estaba refugiado desde hace un año, para investirlo del grado elevado de general de división (el joven Duarte), dos o tres alborotadores, dije, con sus declamaciones y sus amenazas indirectas hacen algunas veces desviar sus colegas de los sabios principios que se impusieron y que han seguido religiosamente en los comienzos de su revolución», escribe Saint

Denys con cierta inquietud, aunque la mayoría de la Junta le agradece que «en dos o tres circunstancias por la energía de mis reclamaciones haberla sacado de la vía falsa y peligrosa en la cual se quería entrarla». El imputa a Duarte el propósito de «crear en el país un partido en favor de Colombia» y el de «sublevar contra nosotros las pasiones instintivamente odiosas de la clase negra», imputación que descubre hasta donde estaba zabullido en las maquinaciones malévolas que se urdían para perder a Duarte y lo cual confirman estas palabras suyas:

yo tengo los ojos abiertos sobre su conducta. Santana le vigila de cerca; la Junta le maneja sin temerle. No dudo que si sus manejos vienen a ser peligrosos, sea para el mantenimiento del orden, sea para los intereses franceses, se decida tomar a su respecto medidas de vigilancia o de represión que la prudencia hicieren necesarias.

En el transcurso del mes de mayo la efervescencia política y la pugna de ideas e intereses discrepantes fueron acentuándose en el seno de la Junta y en el ánimo público. Saint Denys, en carta del 24 de este mes, informa a su ministro que «de acuerdo y reunidos por el temor del peligro, en presencia del enemigo común, los dominicanos tenían una sola manera de ver, formaban un solo partido; pero que desaparecido el enemigo no son los mismos hombres». Considera que la ambición, los odios personales, el egoísmo y la concupiscencia han sucedido a sus nobles sentimientos y a su ardiente patriotismo y que la Junta «no podrá imponerse a las ambiciones desordenadas, al espíritu de insubordinación, a los alborotadores políticos». Él cree que el remedio estriba en el auxilio inmediato de la Francia y exhorta a su ministro a no perder tiempo pues la vacilación y las lentitudes en la ejecución harían quizás difícil más tarde separar el mal. Él ha cuidado de vincular las simpatías a la Francia «por acuerdos auténticos, por firmas dadas primeramente, quizás, bajo la influencia de un sentimiento más honorable». No teme a los

partidos en que se reparte la opinión porque «la mayoría de la Junta le secunda» y «cuenta mucho más con el apoyo material de la armada y de sus jefes que los más influyentes son mis amigos y devotos a nuestros intereses». «Cuento sobre todo (agrega) con la palabra sagrada de los bravos generales Pedro y Ramón Santana y con las lanzas de sus bravos seibanos, sus adictos, los verdaderos salvadores de la Revolución Dominicana. Ellos están por nosotros y se han comprometido por su honor a tendernos la mano noblemente si llegamos muy tarde para prevenir la anarquía y se hace indispensable combatirla por las armas». Santana, después de la evacuación de Azua por el presidente Riviere, se trasladó desde Baní a conferenciar con Saint Denys. Conversaron largamente acerca «de la situación del país, de sus intereses, de sus verdaderas necesidades y de la necesidad de apoyarse en la Francia para asegurar su bienestar y tranquilidad». Santana finalmente le prometió «enviar próximamente a Santo Domingo 400 o 500 de sus fieles seibanos para imponer a los intrigantes y vigilar sus manejos». Ramón Santana quedó en la ciudad y «nosotros actuamos de concierto para todo lo que atañe a los intereses franceses y al bien de su país». Es notorio que para esta fecha Santana, con una Junta en que la mayoría es afecta a sus intenciones y a su persona, jefe de las fuerzas armadas del Sur y caudillo en crisálida, es realmente el dueño de la situación. Es notorio también que Saint Denys quería llegar al protectorado hasta apelando a la violencia, si ello era necesario, para vencer a sus opositores. Los vencedores del Cibao no eran tomados en cuenta para nada. Santana y sus seibanos eran los «salvadores de la revolución dominicana».

3

En 27 de mayo, Saint Denys informa al ministro Guizot que está en conocimiento por personas influyentes de que se trataba de modificar, «en condiciones poco favorables para los dominicanos», las proposiciones hechas a la Francia por la Junta, y que

se empeñaba en combatir esa idea y en «demostrar con razones perentorias que no tienen ya ese derecho si la Francia les daba su adhesión». El tuvo una nueva entrevista con Santana y, entre otras cosas, le dijo que «se creía en el derecho de revenir sobre las primeras proposiciones en lo que concierne al protectorado del país y a la cesión de Samaná». El general en jefe de las tropas del Sur le respondió sin vacilar «que si una tal pretensión pudiese venir a la idea de los gobernantes, su hermano, sus tropas y él sabrían constreñirles, en todo estado de causa y aun por las armas, a ejecutar estrictamente sus promesas si la Francia se dignaba aceptarlas». De regreso a Baní, Santana y su hermano Ramón ratificaron por escrito, con fecha 20 de mayo, sus ofrecimientos verbales a Saint Denys. Santana termina su carta dándole estas seguridades: «como Jefe del Ejército, y de acuerdo con mi hermano, que dichas proposiciones (las de la Junta) serán efectivas y cumplidas religiosamente por el bien recíproco y general que debe resultar: cuya certeza puede usted interponer como una mayor garantía de la que ha brindado a Ud. mi gobierno». Se va perfilando el amo. Su palabra es más valiosa que la de la Junta que gobierna el país. Docientos seibanos a las órdenes de Ramón Santana fueron puestos a disposición de Saint Denys por su comandante el coronel Familia.

No obstante estos aprestos de fuerza para sostener el proyecto de tratado originalmente aprobado por la Junta, la oposición de Duarte al protectorado y al derrotismo progresaba. Ya no había en la Junta la primitiva unidad y la situación, cada día más tensa, se avecinaba a la crisis. Esta se produjo el 26 de mayo. La Junta convocó a sesión e invitó a ella al arzobispo, a los comerciantes y a las personas notables de la ciudad. En esta sesión, Bobadilla leyó un comentado y combatido discurso con el cual pretendió inducir a sus oyentes a aceptar como conveniencia para la República el protectorado de Francia. Impugnado por Duarte, quien logró apoyo entre los asistentes, la propuesta de Bobadilla fue rechazada. «Mas el 28, el cónsul francés a hora de discutir los tratados que hayan de seguirse», y se ofrece también la ocupación provisionalmente de la bahía de Samaná, «mientras

que por un tratado amplio y explicativo se afianzan definitivamente los respectivos derechos», siempre que las circunstancias exigiesen que los navíos de guerra franceses intervengan en la defensa de nuestra independencia, por lo que tanto el reconocimiento como la ocupación de Samaná devienen condicionales. Por esta propuesta del 1º de junio se busca un reconocimiento provisional como condición indispensable para poder contratar más luego, o lo que es lo mismo, se busca crear previamente una situación de igualdad entre las futuras partes contratantes, y una protección política también provisional, así como una ocupación provisional de la bahía de Samaná, no de la península. Nótese también que protección política y protectorado no son términos equivalentes. La primera puede dispensarse sin que exista el segundo que implica cesión parcial de la soberanía del estado protegido. Por el contrario, por las proposiciones del 8 de marzo, a cambio de un crédito en dinero, fusiles, municiones de guerra y navíos, se ofrecen a Francia toda la ayuda que juzgare necesaria en caso de que quisiere dirigir fuerzas contra Haití y «ceder a perpetuidad la península de Samaná dentro de los límites fijados por la naturaleza y que la hacen península», por lo que es ostensible que los nuevos componentes de la Junta, a pesar de las premiosas circunstancias que gravitaban sobre ellos, mostraron mejor espíritu de previsión que los anteriores.

Es evidente que Saint Denys no trató de cooperar con el nuevo personal de la Junta. En su carta del 10 de julio él se deleita con la esperanza del «contragolpe» que preparan el general Santana y sus asociados, a los cuales él pertenece, y en pintar con extraños y engañosos colores al general Duarte, «joven que poniéndose a la cabeza del partido anti-francés no ha tenido otro fin que hacerse base para llegar a la dirección del país» y que «hoy día que lo es se muestra menos hostil para nosotros». Él lo cree poco temible por carecer de influencia, de carácter, de alcance de espíritu; pero que «sin embargo, es bastante intrigante para que sea deseable tenerlo por amigo mejor que como enemigo». Para él, Duarte se lanzó al partido hostil a los franceses «envidioso de la popularidad y los sucesos militares del general Santana». Al

coronel Puello, «autor de la especie de 18 Brumario» del 9 de junio le apedrea con calificativos peores. Él es un dictador, la Junta está «desbordada por sus exigencias», «su audacia creciente ha colocado el país sobre un verdadero volcán», ha sido «en todo tiempo enemigo de los blancos y hostil a Francia por prejuicios de casta, es «peligroso para la tranquilidad y el mantenimiento del orden», es «capaz de todos los excesos para obtener sus fines y es indispensable alejarle de los negocios y aun del país». Saint Denys quiere dar a Guizot una impresión falsa acerca de los sucesos del 9 de junio que estima más «una lucha de personas e intereses privados que un viraje de las simpatías contra nosotros» y agrega, insistente, que todos aquí como en el Norte desean el protectorado y la intervención de la Francia. «Aún nuestros enemigos (reconoce que los hay contradiciéndose) participarán de este modo de ver si tuviesen la certidumbre de que esto no perjudicaría en nada sus miras secretas y sus proyectos para lo porvenir y de posición personal. El interés sólo es el móvil de estas disidencias».

La nueva fórmula de la Junta no ofrecía nada en concreto. Todo lo subordinaba a los tratados que intervinieren y la integridad del territorio quedaba incólume. Hasta la protección política que se propone es tan provisional como el reconocimiento que se solicita. Acaso esto explique porque Duarte, principal oponente a las proposiciones del 8 de marzo, no se abstuviese de firmar esta nueva proposición, si es que realmente la firmó. No es para sorprender que Saint Denys no se entusiasmase con una fórmula que le dejaba con las manos vacías y que se complaciera en estimular que retornasen a la dirección de los asuntos gubernamentales los fugitivos que patrocinaban con el general Santana su proyecto de protectorado.

4

Ya es hora de preguntarse: ¿Por qué Saint Denys en sus cartas al ministro Guizot no menciona la reunión del 26 de mayo en la

cual se tomó acuerdo tan significativo como el rechazo de la moción de Bobadilla encaminada a que se aceptase el protectorado de Francia? ¿Por qué se complace en disminuir la estatura de los jefes antiproteccionistas generales Duarte y Joaquín Puello? ¿Por qué atribuye solamente a las tropas negras de servicio en la ciudad de Santo Domingo la oposición al protectorado de Francia, cuando en la reunión dicha sufragaron contra él, según consigna el historiador García, «los generales Duarte y Sánchez, el coronel José Joaquín Puello y sus hermanos, el teniente coronel Pedro Alejandrino Pina, el capitán Pedro Valverde y Lara, Juan Isidro Pérez, Jacinto de la Concha, el licenciado Manuel María Valverde y todos los demás próceres civiles y militares que habían acudido al imprudente llamamiento, los cuales protestaron a una sola voz, en nombre del pueblo, contra la proposición hecha, jurando con la benéfica intención de patriotas verdaderos, sostener a todo trance la autonomía de la República, libre de innecesarios compromisos con las naciones extranjeras, con las cuales creían que no debían celebrarse sino simples tratados de paz, amistad y comercio?» ¿Hubo una segunda reunión el 28, como dijo la *Feuille de Commerce* de Puerto Príncipe, en la cual habiendo remitido el cónsul Saint Denys un otro escrito que contenía los términos en los cuales debía ser concebido el tratado de protección, amenazando con retirarse del país con sus compatriotas y los buques de guerra estacionados en Santo Domingo, este último documento fue aceptado por la Junta y firmado por sus miembros, a excepción del general Duarte que en esta ocasión da su renuncia como miembro de la Junta y de comandante de la provincia de Santo Domingo»? La interpretación más lógica que se me ocurre acerca de las tres primeras preguntas es que Saint Denys quería arrastrar al ministro Guizot a que recomendase a su gobierno el protectorado, dándole la impresión inexacta de que sólo unos pocos negros por hostilidad contra los blancos, seducidos por los generales Duarte y Puello, ambos sin valor político alguno, se oponían a su proyecto que gozaba de una aprobación poco menos que unánime. Respecto de la última pregunta, me inclino a creer que no hubo una segunda reunión

el 28 de Mayo. Saint Denys calla al respecto. García tampoco dice nada. R. G., corresponsal del *Courrier des Etats Unis* en Santo Domingo, en carta escrita en 12 de julio, 1844, refiriéndose a la reunión del 26, escribe que «una oposición, dirigida por M. Duarte y algunos otros exclusivistas (que quieren la exclusión de los extranjeros) se manifiesta inmediatamente en la asamblea. Se quiere un simple reconocimiento de parte del gobierno francés. La doctrina sostenida por los exclusivistas hizo algún progreso; sin embargo, la demanda de protectorado fue firmada por todos los miembros de la Junta». Solamente la *Feuille du Commerce*, el *Journal des Débats*, que reproduce *El Times* de Londres, que a su vez se hace eco con reserva de las noticias de la prensa haitiana, y Rodríguez Demorizi en su obra *Juan Isidro Pérez*, que yo sepa, hablan de la reunión del 28 de mayo y del «otro escrito» de Saint Denys. Pienso que Demorizi tal vez se fundara en la información de los periódicos nombrados. Saint Denys, en carta del 27 de mayo al ministro Guizot, dice que

habiendo creído entrever por las conversaciones de algunos hombres influyentes una tendencia a modificar las proposiciones hechas a la Francia en circunstancias poco favorables a los dominicanos, me he dedicado a combatir y demostrar con razones perentorias que ellos no tendrían más el derecho si la Francia les daba su aceptación.

La información adelantada por Saint Denys era correcta. El recibió más tarde las proposiciones del 19 de junio que modificaban las del 8 de marzo. La deducción más apropiada, a juzgar por la discrepancia de opiniones existentes entre proteccionistas y nacionalistas de la Junta, es que la fórmula del 10 de junio fuera concebida con el propósito de conciliar los puntos extremos en conflicto. Pero hay otra pregunta que hacerse. Si esta última fórmula fue aprobada por Duarte, ¿cómo se explica que acaudillara con el general Puello «el motín militar» del 9 de junio? O Duarte no firmó, no obstante las aseveraciones de

algunos investigadores, o no estaba convencido de que esta fórmula transaccional reflejaba sus verdaderos principios acerca del asunto, o actuó presionado por el radicalismo del general Joaquín Puello a quien Saint Denys considera realmente como autor de los sucesos del 9 de junio e «imbuido en prejuicios de casta». «Forzado por su aislamiento a apoyarse en el partido de este hombre, que él teme sin poder dominarle, el General Duarte, dice Saint Denys, se encuentra hoy en día desbordado por él y no ve sin ninguna inquietud el abismo que esta asociación interesada ha abierto bajo sus pies». ¿Pero es que todos los compañeros de Duarte eran tan sinceros en su oposición al protectorado como el general Puello y como lo demostraron en momentos críticos Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez? Los generales Sánchez y Jimenes firmaron las proposiciones del 8 de marzo. Cuando el 9 de junio se decidió expulsar de la Junta a sus miembros Bobadilla y Caminero y encarcelarlos con sus compinches y proscribirlos del país, el general Sánchez, dice el historiador García, «no habría deseado ir tan lejos, según cuenta la tradición»..., y según el autor de la *Viña de Naboth*, «los designados en la orden de arresto lograron escapar debido, se supone, a un aviso dádoles por el general Francisco del Rosario Sánchez, electo presidente de la Junta Central en sustitución de Bobadilla. Ya vacilaba Sánchez en su adhesión a los ideales de Duarte». Saint Denys en carta del 29 de julio informa que la Junta fue reorganizada el 16 y que tan pronto como entró en funciones

se declaró en permanencia hasta el momento en que el orden haya sido completamente restablecido. Algunos arrestos han sido hechos; los partidarios del general Duarte han sido aprisionados; el general Sánchez mismo, ex-Presidente de la Junta del 9 de junio, que se le ha supuesto, erróneamente, yo creo, ser hostil al nuevo orden de cosas, ha sido puesto en estado de arresto preventivo. Él ha reclamado mi intervención oficiosa cerca de Santana quien me ha

prometido ponerlo próximamente en libertad y ha dispuesto atendiendo a mi recomendación, tratarle con todos los miramientos y cortesías debidos a la alta posición que ha ocupado.

¿Cómo interpretar la actitud del general Sánchez, con apariencias de versatilidad, en estos agitados días del nacer de la República? El examen profundo de los hechos, que las disidencias internas complicaban incesantemente, lleva a colegir que si «el joven Sánchez» se dejó engatusar en el primer momento por la habilidad diplomática de Saint Denys y el interés político del astuto Bobadilla, al retorno de Duarte al país él se reintegró a la fila y a las ideas del Maestro, fundador de La Trinitaria. Solamente esta interpretación parece justificar que los generales Duarte y Puello confiaran a Sánchez la presidencia de la Junta que surgió del golpe militar del 9 de junio; pero es muy posible también que, además de esto, influyera en la elección sus conocidas vinculaciones con Bobadilla y Saint Denys, las cuales podían situarle en la posición de elemento moderador y conciliador entrambos grupos. El hecho de que Saint Denys hasta en el momento en que Santana aprisiona al general Sánchez estime injusto suponerle enemigo del estado de cosas creado por Santana el 13 de julio, autoriza a pensar que Sánchez no era tan radical en su oposición al protectorado francés, como el caudillo de la revolución de febrero y el jefe militar del 9 de junio. El ritmo cada vez más impetuoso de los acontecimientos en marcha nos hará presenciar un desenlace de los mismos, no por esperado menos sorprendente y en él Sánchez corrió igual suerte azarosa que Duarte.

5

En la segunda quincena de junio el general Duarte fue enviado al Cibao por la Junta en misión armonizadora que malogró la imprudencia del general Mella haciéndole proclamar por sorpresa presidente de la República. El 3 de julio, el general

Santana rebela en Azua el Ejército del Sur en desacato a una orden de la Junta que disponía, a petición suya, su reemplazo por quebrantos de salud. Es obvio que la orden de la Junta sirvió de pretexto para ejecutar un plan preconcebido. Esta actitud del general Santana la anunciaban sin rebozo sus adictos. En 10 de julio Saint Denys, en carta al ministro Guizot, refiriéndose a lo ocurrido el 9 de junio, escribe que

un contramovimiento se prepara. Pedro Santana, general en jefe de la armada del Sur, es esperado de un momento a otro de la frontera de Las Matas en donde se encontraba a la muerte de su hermano. El no tardará en mostrarse aquí; y bien que Puello y Duarte parecen dispuestos a cerrarle las puertas de la villa, no se duda que apoyado por sus seibanos y por la población entera, esté en medida de restablecer el orden.

Luego agrega, haciendo parsimonioso alarde de una influencia y seguridad que da la medida de hasta donde estaba metido en las combinaciones políticas que se desarrollaban a su sombra, «no se espera sino una palabra mía para reinvertir, a cualquier precio, un gobierno dirigido por tales hombres. Yo les exhorto a la paciencia y a la resignación hasta el retorno de Santana en quien todos los verdaderos amigos del país ponen hoy en día su esperanza». Esos «tales hombres» eran nada menos que los autores del 27 de febrero. Las puertas de la ciudad no fueron cerradas al general Santana. Saint Denys se encargó de abrírse las atemorizando a la Junta. Él escribe en 10 de julio que la Junta

actuando bajo la influencia del general Puello y herida, sin duda, en su amor propio y en su dignidad de cuerpo, porque amigos imprudentes de Santana habían dicho públicamente que él venía a darles una lección, la Junta, dije ya, había decidido que este general fuese recibido si se presentaba solo, mas que

fuera rechazado a cañonazos si pretendía entrar en la villa con sus tropas.

Saint Denys, ante la posibilidad de un conflicto sangriento, no vacila

en intervenir cerca de la Junta para aconsejarle la concordia, la unión y el mantenimiento del orden; yo hasta amenacé de retirarme con mis nacionales si se persistía en recurrir a la fuerza para rechazar a Santana. Esta actitud de mi parte ha hecho una viva sensación en la villa y ha contribuido no poco a mover la Junta y aún al General Puello a sentimientos más moderados y conciliantes. El General Sánchez, presidente de la Junta, después de haber tenido conmigo una larga conferencia al respecto se ha trasladado inmediatamente a Baní cerca de Santana, para presentarle sus cumplimientos y convenir con él los preparativos de su entrada a Santo Domingo. Todo se ha arreglado felizmente a satisfacción general.

Santana entró a la ciudad el 12 «a la cabeza de cerca de dos mil hombres de tropas devotas» con el consentimiento, por lo menos mayoritario, de la Junta. Su primera visita, después de presentarse a la Junta, «ha sido para mí (informa Saint Denys.) Le he recibido muy bien, así como al numeroso estado mayor que le seguía», añade. Fue convenido que Santana le visitaría a la mañana siguiente. El 13 Santana ocupó militarmente la ciudad y el 14 revistó las tropas. Después de la revista leyó un discurso «pleno de noble patriotismo y de verdadero desinterés». Habló de retirarse a la vida privada; ofreció su dinero y su brazo si la defensa exterior del país reclamase «por segunda vez sus sacrificios y servicios» y terminó invitando «los ciudadanos a la concordia y a la unión». Lo de retirarse eran solamente palabras, pues la Junta fue reorganizada bajo la presidencia de Santana con el título de Jefe Supremo. Saint Denys le había aconsejado, en contra del

parecer de otros amigos, que guardase las apariencias legales asumiendo las funciones de presidente, en vez de las de dictador, con el fin de que los pueblos que habían reconocido la autoridad de la Junta acatasen la suya que vendría a ejercerse en nombre de ella, lo cual podría no suceder si aceptaba la dictadura que implicaba un nuevo gobierno. Saint Denys buscaba con su consejo quitar al movimiento de Santana todo colorido de rebelión y presentarlo a los ojos del país como de apoyo al gobierno que se había dado antes del 9 de junio. Santana llegaba a restablecer el orden. Tan pronto como la Junta reformada entró en funciones, «los partidarios del General Duarte fueron aprisionados» y el mismo Duarte lo fue más tarde en Puerto Plata y condenado a destierro perpetuo, por resolución del 24 de agosto, en unión de Sánchez, Mella, Pina, Pérez y otros próceres febreristas, a pesar del llamamiento a «la concordia y a la unión» formulado por el general Santana.

En 12 de julio una vez más la Junta, aún presidida por el general Sánchez, se dirigió a Saint Denys «para asegurarle que ratificamos nuestras pretensiones con respecto al reconocimiento y protección de la Francia, lo que deseamos concluir definitivamente tan pronto como se presenten agentes de su Majestad el Rey de los franceses con poderes suficientes al efecto». Para esta fecha ya Duarte estaba en el Cibao. Debe suponerse que no supo de este paso de la Junta. Esta ratificación de pretensiones por parte de la Junta, a la cual se adhirieron en la misma fecha

Nos General y Estado Mayor del Ejército del Sur, Pedro Santana, Lucas Díaz, Fernando Tavera, Juan Fco. Guerrero, Antonio Duvergé, Abad Alfau, Merced Marcano y Pedro Linares, fue acordada por la Junta porque «un artículo impreso en la capital de Puerto Príncipe y algunas noticias particulares, nos han hecho conocer que el gobierno haitiano se cree que los Dominicanos tienen ideales de unirse bajo su antigua dominación y repugna la protección de Francia» y esta noticia podía perjudicar nuestra solicitud con el gobierno francés.

En 11 de agosto Saint Denys insiste cerca del ministro Guizot, diciéndole que el gobierno dominicano se esfuerza por la organización política y administrativa del país y que «sus votos y sus simpatías son siempre por la Francia. Él cuenta con la filantropía y el generoso apoyo de nuestro gobierno para constituirse prontamente una nacionalidad. La aceptación del protectorado político ofrecido por los dominicanos a la Francia, es su voto de todos los días, de todos los instantes». En 28 del mismo mes, refiriéndose a una oferta de dinero procedente de Londres, recibida por Santana a través del doctor Caminero y desestimada por él, Saint Denys hace resaltar que «la confianza ciega que el presidente Santana ha puesto en mí me permite esperar, señor ministro, que en tanto que él esté en el poder nosotros no tendremos que temer nada» y que «no tiene necesidad de añadir que se cuenta siempre con nosotros para la aceptación próxima del protectorado ofrecido espontáneamente a la Francia por el Gobierno Dominicano». Hablando de las elecciones verificadas para elegir treinta y dos constituyentes cuyo resultado completo no se conocía a esa fecha, aludiendo a los candidatos de Santo Domingo, Azua y Baní (Ml, María Valencia, Buenaventura Báez y Juan Nepomuceno Tejera, respectivamente), expresa que «no podían ser mejores para el país y para nosotros mismos. Los candidatos elegidos en estas tres villas son los más celosos amigos de la Francia y los hombres más influyentes del país». En carta del 5 de octubre, Saint Denys se lamentaba del silencio del ministro a sus «diversos despachos» después de su llegada a Santo Domingo y le hace notar que su «posición viene a ser cada día más delicada y embarazosa; y para el 30 de noviembre le escribía nuevamente: «Bien que el orgullo nacional crea poder pasarse hoy día sin la protección solicitada espontáneamente con tantas instancias en los momentos más críticos, el Presidente (Santana) conserva la esperanza de ver realizarse temprano o tarde su sueño favorito de todos los días, el protectorado francés a Santo Domingo», agregando, que «el principio de soberanía nacional, si solemnemente proclamado en la Constitución nueva, no le parece (a Santana) un obstáculo a la realización de sus votos; él se siente

bastante fuerte para plegar a todos delante su voluntad hoy día todopoderosa». Había jurado respetar y cumplir la Constitución el 12 de noviembre; pero pocos días después él consideraba que podía apartarse de ella para imponer su voluntad ya omnipotente, y también ya para esa fecha, en nombre del orden y la tranquilidad pública, habían sido extrañados los cabezas del movimiento contrario a sus designios proteccionistas y a su despotismo naciente, que no eran otros que los fundadores de la nacionalidad.

Por fin el ministro Guizot, por oficio del 20 de noviembre, contesta los recibidos de Saint Denys fechados hasta el 30 de agosto. Guizot manifiesta su «asombro» «de que se cuente siempre con nosotros para la aceptación próxima del protectorado ofrecido a la Francia por el gobierno dominicano» y le recuerda que por despacho del 30 de mayo le comunicó que «nuestra intención firme era respetar y hacer respetar la integridad del territorio haitiano y de no intervenir en esas fatales querellas sino para cumplir nuestra misión habitual de conciliación y humanidad». El deseo de su gobierno es que la República Dominicana «triunfe de las dificultades que rodean su nacimiento» y tendría placer en ayudarla a fortalecerse, pero «creemos inútil, aún en su interés, constituirnos oficialmente sus protectores». Guizot considera que el protectorado podría suscitar rivalidades y desconfianzas y que Francia sería más útil a la nueva República «por ejemplo interponiendo sus buenos oficios para hacerla reconocer de la antigua parte francesa». Considera igualmente que la nueva República podría ligarse «a nosotros por un lazo casi tan estrecho como aquel del protectorado», si tomase a «su cargo su parte proporcional en la deuda de Haití hacia nosotros». Cree Guizot que «por no ser público y confesado nuestro patronato no será menos efectivo». En 19 de marzo Guizot había comunicado al cónsul general Levasseur la posición política que su gobierno decidió adoptar en sus relaciones con el de Haití. Francia quería conservar y desenvolver su influencia en ese país, pero sin buscarse complicaciones con la ocupación de ninguna parte de su territorio para garantizarse el pago de la deuda que

le fue reconocida por el tratado de 1838, como sugería el cónsul Levasseur. «Dispuestos a reconocer los diversos estados que pudieren formarse allí, lo estamos igualmente a emplear todos nuestros cuidados, sea para estimular entre ellos la paz, sea para secundar en cada estado el establecimiento del orden y las garantías propias a fundar la prosperidad interior y el desarrollo de las relaciones comerciales», escribe Guizot, añadiendo que «en el ejercicio de ese patronato amistoso dispensaremos naturalmente una benevolencia particular a la parte española que nos testimonia tanta simpatía y que ha demostrado en la lucha que sostiene por conquistar su independencia, una moderación, y una firmeza que hacen augurar bien de su civilización y su porvenir». En 22 de junio Levasseur propone a Guizot aprovecharse de la difícil situación financiera en que se halla el gobierno haitiano para negociar el aplazamiento de la ejecución del Tratado de 1838 a cambio del reconocimiento de la República Dominicana «bajo nuestra garantía y para obtener su adhesión al ejercicio de nuestro protectorado sobre ella así como la ocupación por Francia de la península de Samaná». Guizot, en despacho del 25 de julio, aprueba el plan en su aspecto financiero y en cuanto al reconocimiento de la independencia dominicana «por nuestra mediación y nuestra garantía»; pero con esta restricción «que deberéis descartar toda cuestión relacionada con la toma de posesión de Samaná». Es constante y notorio que el gobierno francés, juzgando con admirable penetración los acontecimientos que se desenvolvían en nuestra patria y en el vecino estado, en ningún momento aprobó la política de ventajas territoriales y de protectorado político que sus representantes en esta isla aconsejaban, sino que por el contrario les recomendó siempre una correcta y desinteresada colaboración conforme a las normas establecidas y propugnadas por su gobierno con la mayor cordura. ¿Cómo explicar el comportamiento de Saint Denys y principalmente de Levasseur, recibió encargo de llevar a conocimiento del primero la política que su gobierno deseaba promover? ¿Parecer ser que Saint Denys, a juzgar por su oficio del 5 de octubre, no recibió el despacho que en 30 de mayo le dirigió Guizot; pero

podríamos pensar que el cónsul Levasseur, quien tenía más directa y frecuente comunicación con su ministro, no recibiera la correspondencia que en marzo y en julio le había dirigido acerca de tan importante asunto? ¿Callaba adrede Levasseur con el fin de hacer progresar sus planes de ocupación de La Mole de San Nicolás y de la península de Samaná y de protectorado de nuestra República? Lo cierto es que en ese silencio naufragó la unidad nacional. La pugna entre los partidarios del protectorado y sus opositores se intensificó de tal suerte en el breve tiempo transcurrido de marzo a julio, que la República fue teatro de los más infortunados sucesos. Tal vez nada de esto sucediera, si los empeñados en obtener el apoyo de Francia hubiesen perdido oportunamente sus esperanzas al respecto. Finalmente, estos se quedaron sin Francia y la República sin su fundador.

6

En 16 de marzo de 1845 Saint Denys comunicaba al ministro Guizot que si su posición «frente al gobierno dominicano era embarazosa y delicada, la del gobierno frente al país lo era más todavía y ello a causa de un ministerio de expediente y sin consistencia». Este ministerio en su opinión compuesto de «hombres de reputación y principios equívocos, sin ideas definidas y sin alcances de espíritu», que envuelto en una atmósfera de «impopularidad que aumenta cada día, compromete sin ventaja para él la del débil Santana». La desconfianza crecía y la audacia de los descontentos hacía logros hasta en las filas «de los fieles seibanos que sí bien eran devotos al jefe del Estado, son poco admiradores de sus ministros actuales». Este descontento se condensó en la conspiración que costó la vida a María Trinidad Sánchez y a otras personas más, aunque la severidad de Santana, escribe su admirador Saint Denys, «desgraciadamente no alcanzó a los verdaderos culpables». Santana para esos días, dice, «agotado por preocupaciones morales y bajo la influencia de una enfermedad grave que le mina lentamente, está sin energía, sin voluntad, y

a merced de hombres que no estima y que no osa, sin embargo, separarse de ellos abiertamente». En medio de esta situación del país que Saint Denys considera «triste y poca tranquilizadora para su porvenir político», se veía en la necesidad de comunicar a nuestro gobierno «el rehusó motivado del protectorado ofrecido a la Francia» e iniciar las conversaciones encaminadas a conseguir que la nueva República «en su interés político tome una parte proporcional en la deuda de Haiti». Saint Denys reconoce que esto era tocar «una cuerda sensible y peligrosa con hombres desconfiados y susceptibles en su amor propio; pero como en oportunidades anteriores había preparado el terreno en ese sentido, tengo de mi parte al jefe del Estado y dos ministros sobre cuatro». Para ese entonces los ministros eran Bobadilla, Cabral Bernal, Miura y Jimenes. Bobadilla ya no gozaba de la estimación del general Santana quien buscaba el medio de echarlo del gabinete. El conocimiento del despacho del ministro Guizot por el presidente Santana y sus ministros «produjo primeramente una penosa impresión en esos hombres esclavos del amor propio, dice Saint Denys en carta del 3 de mayo, pero no tardaron en comprender cuánto la conducta del gabinete francés era leal, generosa y previsor. Ellos se tranquilizaron y parecieron satisfechos», menos «el Señor Bobadilla, ministro de Negocios Extranjeros, hombre poco franco cuya astucia hace sólo su mérito, quien pareció recibir con una desconfianza mal disimulada los testimonios de simpatía y de solicitud de la Francia por su país» y a quien Saint Denys buscó en vano, con la opinión favorable de Santana y de otros ministros, «tranquilizar y disipar sus preveniones». No obstante las objeciones de Bobadilla, fue convenido preliminarmente con Saint Denys en que se negociaría, a base de las rentas del país dominicano, «con la cláusula expresa de que esta concesión sería la condición de la negociación de su independencia que le será garantizada por la Francia y que se constituirían directamente en nuestros deudores y nunca de los haitianos». Se ofreció a Saint Denys ratificar por escrito esta promesa de convenio futuro. Santana, antes de comprometerse en firme, deseó consultar sus oficiales más caracterizados y a

algunos miembros del congreso, y todo parecía marchar sobre rieles cuando los acontecimientos de febrero, la ausencia del ministro Cabral Bernal en la frontera y los quebrantos de salud más agravados del presidente Santana dejaron el campo libre a Bobadilla quien utilizó las circunstancias para entorpecer que llegara a manos de Saint Denys la respuesta escrita. Este decidió en 21 de abril solicitarla por nota dirigida al presidente Santana, y el ministro Miura recibió instrucciones de ponerse de acuerdo con él. Miura se despidió de Saint Denys «asegurándome que en la respuesta que me iba a ser hecha se dejaría todo enteramente a la lealtad y generosidad de Francia»; mas Bobadilla «aprovecha hábilmente la indolencia de sus colegas, redacta la pieza a su manera y la presenta casi clandestinamente a la firma de Santana» quien por su estado de quebranto «no pudo tomar conocimiento, o al menos, no comprendió todo su alcance». Saint Denys, «disgustado y sorprendido» con una contestación distinta de la que esperaba, pidió al presidente una audiencia que le fue concedida a pesar de la enfermedad que lo retenía en cama. Saint Denys leyó a Santana dicha respuesta «con lentitud y por los comentarios que le añadía buscaba, sin afectación, hacer resaltar el ridículo y la inconveniencia», y la escena que se desarrolló luego la describe objetivamente así:

El pobre Presidente pareció salir de un sueño; no parecía creer a sus ojos y sus oídos, El hizo llamar inmediatamente a los señores Bobadilla y Miura quienes se encontraban en el salón vecino y les demanda algunas explicaciones que quiso que yo presenciase no obstante mis vivas instancias por retirarme. Las respuestas y la manera embarazada de Don Bobadilla me hicieron ver que él estaba lejos de esperar este golpe. El Señor Miura, aprovechando su descontrol, retomó coraje y combatió, delante del Presidente, las frases vacías y los razonamientos tortuosos de su colega de los negocios extranjeros. Yo pude convencerme como consecuencia de esta discusión, que el Señor Bobadilla había

querido engañar la religión del Presidente e indisponerle contra mí presentándole las expresiones de mi nota del 21 de abril como imperativas y coercitivas. Me quejé en términos bastantes vivos y el Señor Bobadilla debió convenir, de muy mala gana, sin embargo, que se había equivocado. Después de estas explicaciones, el Presidente manifiesta el deseo de retirar su respuesta e invitó al Señor Bobadilla en su calidad de ministro de negocios extranjeros a redactar una más conveniente y más conforme con sus miras. El Ministro, sin rehusar formalmente, busca suscitar nuevas dificultades. Yo me retiré entonces acompañado del Presidente, quien a pesar de su estado de sufrimiento, quiso reconducirme hasta la puerta exterior de su salón.

La nota del 25 que produjo la queja del cónsul de Francia fue retirada y sustituida con otra, de la misma fecha, que le entregó personalmente el ministro Miura, en la cual «el Gobierno de la República», aunque

no se considera en derecho obligado a satisfacer en proporción la deuda que los haitianos consintieron en favor de Francia, deseando estrechar relaciones de utilidad y conveniencia con toda las naciones, confiando en la generosidad y simpatías de la Francia, estaría pronto a entrar en otras proposiciones que puedan ser útiles y a hacer cualquier sacrificio pecuniario por nuestra estabilidad y cuyas bases se establecerían por medio de agentes plenipotenciarios revestidos de poderes necesarios.

Esta nota no daba una contestación categórica a la propuesta del gabinete francés de que el gobierno dominicano se obligara por una parte proporcional de la deuda contraída por Haití con Francia y, como era natural, no podía satisfacer a Saint Denys, quien así lo hizo saber a nuestro gobierno por nota de la misma fecha en la cual expresa que «bien que esta última no me parece

responder enteramente a las miras que os proponéis, para justificar la benévola solicitud de la Francia a vuestro respecto, veo con placer que no habéis vacilado en retirar aquella cuya forma no me parecía realmente admisible»; y al limitarse a acusarle recibo prometía ponerla «lo más pronto posible bajo los ojos de los ministros del Rey». Con la juiciosa nota del gabinete francés, del 20 de noviembre de 1844, y la evasiva contestación del presidente Santana, del 25 de abril de 1845, concluyeron las diligencias iniciadas por don Tomás Bobadilla, presidente de la Junta Central Gubernativa, con sus proposiciones del 8 de marzo de 1844, encaminadas a obtener el protectorado francés con cesión a perpetuidad de la península de Samaná; pero los aspirantes al protectorado francés no se dieron por vencidos.

7

Con las notas cruzadas entre el cónsul Saint Denys y el presidente Santana a propósito de la nota de Guizot del 20 de noviembre del 1844, han debido extinguirse las esperanzas del gobierno dominicano de inclinar el gabinete francés a auxiliarse y a aceptar el protectorado que le ofrecía. Sin embargo, no ocurrió así. Los firmantes del Plan Levasseur en Puerto Príncipe continuaron comunicándose directamente con el cónsul general de Francia, quien los alentaba en su empresa, creando a Saint Denys una situación delicada pues «no tardó en ser visto con malos ojos y aún mirado como enemigo de la independencia dominicana». En carta del 27 de diciembre de 1845 comunicaba Saint Denys al ministro Guizot que «fiel a la línea de conducta que me ha trazado Vuestra Excelencia en sus instrucciones del 20 de noviembre de 1844, he creído deber limitarme, después de las negociaciones de abril último (ver mi despacho político No. 37), a esperar vuestras órdenes y a observar los acontecimientos y los hombres, habiéndome descartado, sin descuidar, sin embargo, cuando las circunstancias lo han exigido, defender enérgicamente los intereses de nuestro comercio y las personas

de nuestros nacionales», y que se complacía en haberla adoptado y seguido «en la ignorancia de los motivos que hacen actuar diferentemente a nuestro Cónsul General en Puerto Príncipe y, en presencia de las intrigas incesantes de aquellos que pasan aquí por sus confidentes y agentes secretos».

Saint Denys supone que el señor Levasseur no ha debido recibir instrucciones distintas de las que fueron trasmitidas a él en lo atinente a que se aspiraba a que el gobierno dominicano tomase una parte proporcional en la deuda de Haití y sin embargo, dice

correspondencias seguidas y secretas con el doctor Chancú, quien desempeñaba aquí las funciones de agente consular de Francia antes de mi llegada, así como con algunos de los antiguos signatarios de las proposiciones de Puerto Príncipe (los señores Abreu, Ventura Báez, etc.), correspondencias amparadas con el sello oficial del Consulado General y comunicadas clandestinamente al jefe del Estado, no han cesado de dar y mantener aquí esperanzas contrarias a las miras del gobierno del Rey, a la fe de promesas sin duda mal comprendidas o exageradas, y se contempla reemprender las negociaciones de abril según se me ha manifestado ya la intención; se asegura lo contrario y se felicitan públicamente de ver en el mes de octubre a más tardar, la República Dominicana reconocida por la Francia sin sacrificios y sin condición.

Que los informes de Saint Denys eran fundados lo confirma la comunicación del presidente Santana, del 10 de octubre de 1845, dirigida al señor Levasseur en la cual apelando a las «benévolas intenciones y proceder generosos que V. S. ha usado constantemente con el pueblo dominicano y calculando que acaso abrir negociaciones con otra nación podría contrariar los legítimos intereses que la Francia tiene sobre la parte antes francesa de la isla», le expone que

antes de adelantar ningún otro paso, creo que V. S. no llevará a mal que yo indique mis deseos de abrir si fuere posible proposiciones de un tratado con persona legítimamente representada para concluir lo más conveniente o poder obrar con libertad absoluta con cualquiera otra nación sin que quede comprometida nuestra delicadeza en manera alguna.

Tal vez estas maniobras subrepticias, mantenidas desde largo tiempo por el cónsul general Levasseur con sus viejos amigos dominicanos de la constituyente del 1843, esclarezcan por qué él se abstuvo de trasmitir al cónsul Saint Denys las instrucciones que con fecha del 19 de marzo del 1844 le había dado el ministro Guizot en relación con la oferta de protectorado de la Junta Central Gubernativa, dando lugar con su silencio a que ahondara la división entre proteccionistas y nacionalistas.

El ministro Bobadilla, contrario a la propuesta formulada por el gabinete francés, emprendió campaña contra ella presentándose ante el público como «el solo defensor de los intereses y derechos del país contra lo que llamaba pretensiones injustas e incalificables de la Francia», manifiesta Saint Denys, agregando que

no contento con desnaturalizar los hechos y alterar la verdad, ha buscado con sus ridículas declamaciones excitar contra nosotros las pasiones odiosas de una población naturalmente desconfiada. Mas la verdad toda entera se ha hecho luz y la conducta poco leal de este ministro ha producido un efecto muy contrario a lo que él esperaba. No han faltado quienes consideren que Bobadilla prestó en esa ocasión un gran servicio al país y se ha escrito que sus dificultades con el General Santana comenzaron por entonces y con tal motivo. Si hemos de creer a Saint Denys, esa no era la opinión de los hombres esclarecidos e imparciales habituados a ver en todos los actos y en todas las actitudes de Bobadilla un lado personal e interesado.

Ellos «están asombrados de verle constituirse hoy en día en campeón de España después de haberlo visto mostrarse tan ardiente partidario de la Francia». Esos «hombres esclarecidos e Imparciales» explicaban de esta suerte su

brusco viraje: Bobadilla, cuya impopularidad aumenta todos los días, prevé una caída próxima. Tomando la defensa de los derechos e intereses de España, espera poder darse por víctima de su devoción y su fidelidad a la antigua metrópoli y granjearse la buena voluntad y el favor del gobernador de Puerto Rico en donde ya una parte de su familia está ventajosamente establecida. Se hace notar en efecto que ese cambio coincide con la llegada a Santo Domingo del Padre Bobadilla, su hermano, quien desde muchos años reside en San Juan de Puerto Rico.

No parece que fuera realmente perjudicial al interés de la República ni ofensivo al decoro patrio, que después de nuestras victorias militares se aceptase negociar nuestra independencia «por mediación y con la garantía, de Francia», a base de una compensación monetaria a esta potencia, pues este sacrificio económico era preferible a la inestabilidad, miseria general, desequilibrio económico y financiero, paralización de los negocios, gastos de la guerra, menoscabo de la población a causa de la misma, intrigas proteccionistas y anexionistas provocadas por la dudosa seguridad externa y a toda esa avalancha de desventuras que cayeron sobre el país como consecuencia de los once años de incesante batalla a que nos forzaron las sistemáticas invasiones haitianas dirigidas a doblegar nuestra firmeza con el propósito de restablecer su dominio sobre el pueblo dominicano.

Es digno de observar que mientras los apologistas del general Santana hablan de su gran fuerza de voluntad para tomar decisiones y hacerse obedecer, Saint Denys, quien vivió en la intimidad del mundo político y oficial en que Santana era el sol resplandeciente y que disfrutó de la amistad de éste al extremo de ser muy

a menudo su consejero más oído, hable con frecuencia de su falta de energía, principalmente para tomar decisiones políticas y para alejar de su lado a los hombres que no merecían su confianza. Saint Denys le señala, a poco de comenzar su gobierno, como un hombre cansado, enfermo, a merced de un ministerio impopular y dividido por sus aspiraciones e intereses personales, y sin energía para desembarazarse de él no obstante saber que algunos de sus componentes tergiversaban sus designios y le engañaban. Saint Denys, no sólo trató de cerca al general Santana y tuvo oportunidad de verlo manejarse en situaciones conflictivas, sino que fue siempre un bondadoso admirador de quien unos días después del 27 de Febrero no vaciló en llamar «verdadero señor feudal del Seibo» y en hacer su elogio «como de carácter noble, de coraje y de proezas caballerescas»... Su opinión es valiosa por ser la de un amigo. Los consejeros de Bobadilla habían dejado de ser gratos a Santana; Santana le había ridiculizado ante los ojos de Saint Denys poniéndole en el caso de retirar una nota, que sin contener sus puntos de vista, le hiciera firmar maliciosamente; Bobadilla no ignoraba que entre las causas que decidieron el nombramiento del general José Joaquín Puello, quien lo echó de la presidencia de la Junta Gubernativa el 9 de junio, era forzarlo a dimitir, y no renunció. Lo hizo cuando le vino en gana sin que Santana, no obstante sus constantes divergencias con él, se decidiera a apartarlo de su gabinete. Santana veía conveniencia en negociar con el gobierno francés el reconocimiento de nuestra independencia por Haití a base de sus proposiciones del 20 de noviembre, contaba con el apoyo de sus ministros, excepción hecha de Bobadilla, de los congresistas y de los oficiales del Ejército y tenía influencia suficiente para lograr el apoyo del país. Sin embargo se abstuvo de negociar por falta de firmeza. Santana tenía que saber, porque todo el mundo lo sabía, que la conspiración que costó la vida a María Trinidad Sánchez y a otras personas, era obra de elementos que maquinaban en la sombra y, no obstante, se privó de buscar y castigar a los verdaderos conspiradores. Santana fusiló a los Puello sabiendo que eran inocentes por no echárselos de enemigos

después de juzgados y condenados a muerte. Careció de carácter para clarificar la intriga y castigar a los envidiosos que lo llevaron a cometer tan grande injusticia. ¿Estos hechos no parecen sacar verdadera la opinión de Saint Denys? Sin embargo, es necesario admitir que Santana no careció de energía para actuar con celeridad cuántas veces la salud de la patria estuvo amenazada por las invasiones haitianas o subversiones del orden público, y que muchas otras opiniones de personajes que le conocieron, entre ellas la del general Luperón, le reconocen integridad de carácter y gran firmeza de voluntad.

Con la remoción del cónsul general Levasseur, de puerto Príncipe, quedaron interrumpidas las relaciones secretas a que alude Saint Denys. Las nuevas gestiones francófilas reaparecieron, aunque también sin buen éxito, en 1849, ahora a través del nuevo cónsul francés Víctor Place.

Tanto en 1844, como en 1849, el gobierno francés no estuvo interesado en negociar un protectorado o la anexión de Santo Domingo. Por un lado la independencia de la parte oriental de la isla reducía las posibilidades de que Haití pudiese cumplir las obligaciones financieras que había contraído con Francia por el tratado de 1825, modificado por el de 1838, y por el otro, su interés principal para esos días era conservar e intensificar las cordiales relaciones existentes con la Gran Bretaña, las cuales no deseaba perturbar con inoportunas actividades políticas en el Caribe en donde la influencia británica estaba siempre en guardia.

Fueron M. Levasseur, cónsul general de Francia en Puerto Príncipe, quien sumó a su proyecto al comisionado especial M. Barrot y al contralmirante de Moges, y M. Saint Denys, cónsul en Santo Domingo, los que pensaron que con la adquisición de la parte del Este, favorecida por Buenaventura Báez y algunos otros dominicanos, podían compensar a su país del incumplimiento del tratado de 1838 a causa de la situación económica haitiana que empeoraba más cada día. «En época tan temprana como el año 1841, Pierre Emile Levasseur, cónsul general en Port-au-Prince –dice Dexter Perkins–, le recomendó a su gobierno

incautarse la bahía de Samaná en recompensa del incumplimiento, por parte de Haití, de los términos de sus obligaciones; y desde los comienzos él metió la mano en las conspiraciones de los dominicanos y los alentó a creer que podía asegurarse la protección de Francia»; y luego agrega:

La Junta revolucionaria a cargo entonces de los negocios del país, en marzo de 1844 le propuso a Juchereau de Saint Denys un formal tratado de amistad y alianza —solicitando ayuda moral, militar y financiera— a cambio de la cesión de la bahía de Samaná y de la concesión de ventajas comerciales, Juchereau informó, al mismo tiempo, que había un fuerte deseo de enarbolar la bandera francesa sin esperar la actuación del gobierno francés. Hay poca razón a dudar que la fruta dominicana estaba madura para ser cosechada si tan sólo el gobierno francés decidía cosecharla. Pero el ministerio de Guizot no tenía en mente semejante política. Sabía muy bien que la aceptación de un protectorado le enajenaría la buena voluntad de la Gran Bretaña; por otra parte, que Francia no tendría nada que hacer con la idea de un protectorado. Esta actitud fue consistentemente mantenida durante los años que siguieron. No obstante, la idea de un protectorado francés evidenció poseer una vitalidad del todo extraordinaria. De ningún modo expiró con la hostil recepción que le dio el gobierno francés. Lo cierto es que en 1845 y a través de M. Levasseur se hicieron nuevos sondeos en París.

Perkins atribuye estos turbios manejos e intrigas a los agentes de Francia quienes actuaban sin apoyo oficial ninguno. «Justo es distinguir, desde el comienzo (escribe), que en ningún momento las autoridades responsables de la política del *Quai d'Orsay* estuvieron ansiosas de agregar la República Dominicana a las responsabilidades coloniales de Francia; pero también se debe advertir que los agentes franceses que se hallaban sobre el terreno pensaban de

manera muy diferente y que existen signos interesantes de que en la misma Francia hubo una propaganda anexionista», la cual no sería ilógico achacar, agregamos nosotros, a los relacionados y asociados de M. Levasseur, el mayor interesado en hacerle ambiente a su proyecto de protectorado que felizmente no prosperó.



Víctor Garrido, en la década del 40.

EL JUICIO DE LA HISTORIA

Duarte y Santana⁵

No creo que pueda sostenerse con buen éxito la tesis de que Duarte y Santana forman el binomio de nuestra independencia, como no creo tampoco en la llamada «trilogía gloriosa nacional», creada por el oficialismo del pasado, en interés de sentar junto a Duarte a dos de sus seguidores. La función de engendrar es que da la paternidad. La idea de independencia fue un engendro de la mente privilegiada de Duarte. De su cabeza saltó La Trinitaria armada para la conquista de la libertad, como Palas Athenea de la frente de Zeus. ¿Por qué darle tres padres a la Patria?

El binomio es una expresión algebraica que implica suma o resta de dos términos. Es de la naturaleza de estas operaciones la homogeneidad de las cantidades que entran en ellas. Duarte, inventor de la independencia, y Santana, espada de la misma, según lo consideran sus panegiristas, son los elementos más heteróclitos en el drama político de nuestra historia. Duarte representa el principio de la independencia pura y simple y muere abrazado a ese principio que consagra en el artículo 6 de su proyecto de Constitución, diciendo que «la Ley Suprema del Pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron

5 Víctor Garrido, *Los Puello*, Santo Domingo, D.N., Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes, 1974, pp. 173-178.

los fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838) Dios, Patria y Libertad, República Dominicana, y fue proclamada el 27 de febrero de 1844» y que reafirma en el 17 cuando expresa que «debiendo ser la Nación dominicana siempre libre e independiente, no es ni podrá ser jamás parte integrante de ninguna otra nación, ni patrimonio de familia ni de persona alguna propia y mucho menos extranjera». A principios de 1865, cuando todavía los españoles no habían abandonado el territorio nacional, se imputaba a Buenaventura Báez haber dicho en Curazao que en el Cibao se trataba de una nueva anexión, ahora a los Estados Unidos. Se hablaba igualmente por ese entonces en la prensa extranjera de existir en Santo Domingo un partido haitiano y un partido afrancesado. El Padre de la Patria, en comunicación oficial del 7 de marzo de dicho año dirigida al ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisorio de Santiago, escribe, con la autoridad propia de su doble investidura de autor de la independencia nacional y de representante diplomático del gobierno, que

en Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano, de un modo distinto a como es en realidad, fracción, o mejor dicho, facción, agrega el fundador de La Trinitaria, que ha sido, es y será todo menos dominicana.

Que no lo era, lo demostraron sus errores y veleidades con todos los que detentaron el poder desde España hasta Boyer, en la antigua colonia española. Contra esos rumores o intentos de anexión fulmina el Padre de la Patria este rayó que es una admonición y un repudio: «no es de esperarse que yo deje de



Víctor Garrido.

protestar (y conmigo todo buen dominicano), cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra; y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional y a cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano»; y para edificación irrevocable de todas las generaciones de dominicanos, refiriéndose a la posibilidad de que la pugna de intereses de las cuatro potencias que se repartían el dominio del mundo tuviese como escenario nuestra isla, escribió con sangre y fuego de su corazón esta sentencia: «entonces podrá haber necios que por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, correrán a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella extraña bandera; y como llegado el caso no habrá un solo dominicano que pueda decir yo soy neutral, sino que tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la Patria, es bien que yo diga desde ahora (mas que sea repitiéndome), que por desesperada que sea la causa de

mi patria siempre será la causa del honor y que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre,» sentencia que resume las enseñanzas del maestro, el evangelio del apóstol y el testamento del patriota.

El general Santana fue el reverso de esta medalla heroica. No fue hombre de principios. No fue político de doctrina. No fue patriota con visión de futuro. Fue hombre de impulsos primarios. Actuaba, como buen campesino, de conformidad con su interés y sus conveniencias. Mandaba en el gobierno como en su hato. Dispuso de los dominicanos como de una punta de su rebaño. Le bastó como amo, para desnacionalizarlos, ponerse de acuerdo con sus mayores. Estos siervos con presillas y galones, se denominaban ministros, senadores, diputados, gobernadores, generales, coroneles, capitanes, magistrados, etc. Cuando se pronunció en El Seibo, ya estaba entendido en Santo Domingo con los que manejaban la intriga antinacional del protectorado francés. Cuando se presentó en Santo Domingo, lo primero que hizo fue visitar a Saint Denys para rendirle parias. Cuando se le improvisó general y salió para las fronteras a la cabeza de sus parciales, ya iba contando con el concurso francés que se le había prometido. Antes de oler el humo de la pólvora, desde Baní, lo reclamaba. Combatió en Azua sin fe en sí mismo ni en la patria y después de ganar la acción, la perdió técnicamente abandonando el campo de batalla al enemigo, pretextando una estrategia que no podría aprobarle la crítica militar. Ningún pueblo más adecuado para la defensa de Ciudad Trujillo que Azua, lugar de convergencia de todos los caminos de la invasión procedentes del Oeste, con un puerto de aprovisionamiento a 5 kilómetros y la serranía del Número a su espalda donde hacer pie firme en caso de una retirada. Ninguno más apropiado que Sabana Buey para huir hacia la misma ciudad. Santana, sin confianza en la victoria optó el último. Su retirada a Sabana Buey propició a Charles Hèrald que ocupara a Azua y que luego la incendiase. En vez de pasársele por un consejo de guerra por esta retirada sin justificación, fue aclamado como héroe. Cuando se quiso despojarle del mando, no fue posible porque el núcleo principal del Ejército del Sur lo

formaban sus adictos personales que le acompañaban desde El Seibo. El apoyaba a sus amigos de la Junta Gubernativa con sus hordas de seibanos. El gobierno de la República propiamente no tenía ejército al cual darle órdenes. Santana tenía mesnada con que imponerse al gobierno de la República. Y se impuso rebelándose, encarcelando y desterrando a los que encarnaban la majestad de los principios, desconocida para su docencia de conductor rural. Durante los años de su primera administración suplicó y esperó en vano la ayuda francesa. Cuando volvió al escenario militar activo en el 1849, todavía confiaba en obtener el auxilio de Francia. Saint Denys le hizo general en 1844. Víctor Place le hará Libertador en 1849. «El gobierno no se ha decidido a tomar medidas enérgicas (escribe en 12 de abril de este año el cónsul Place al ministro de Negocios Extranjeros de su país); abandona casi todo al azar; intimado por el Congreso a actuar, ha respondido que le abandona completamente la dirección de la salud pública. Una comisión compuesta del Presidente del Congreso y de dos de sus miembros más influyentes, se ha presentado a mi casa para pedirme que consienta dejarles enarbolar el pabellón francés».⁶

El Cónsul Place desalentó a la Comisión diciéndole que «le era imposible aceptar» personalmente porque no estaba autorizado por su gobierno, para ello; pero como tampoco lo estaba para rehusar, les «suplicó esperar». Había que ganar tiempo antes que todo se perdiese si los haitianos mantenían sus ventajas. Place aconsejó que «era urgente poner al General Santana a la cabeza de las tropas para que tratase de retener los haitianos durante este espacio de tiempo y no mirar esta entrevista como oficial porque si el resultado negativo venía a ser público, acabaría de consternar a la población».⁷ Santana fue llamado. El 17 del mismo mes el cónsul Place escribía de nuevo a su Ministro:

6 E. Rodríguez Demorizi, *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Editora Montalvo, 1947, Vol. II, p. 131.

7 Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, p. 133.

De su lado el General Santana, hombre todo francés de corazón, mas que quiere ante todo la salud de su país, me declaró el día que tomó el comando de las tropas, que iba a las fronteras para esperar la decisión de Francia, mas que si los acontecimientos de la guerra eran más fuertes que él y yo rehusaba la ventaja de dejarle izar nuestro pabellón, se lanzaría en los brazos de Inglaterra.⁸

«Finalmente los dominicanos han enviado un buque a Puerto Rico para implorar la protección de su antigua Metrópoli, a falta de todo otro socorro». El 19, el ministro de Relaciones Exteriores de la República, doctor José Caminero, comunicaba al cónsul Place que el Congreso en sesión de ese día, a la cual asistieron el presidente y sus ministros, había «resuelto por pronta y primera medida reclamar y poner la República Dominicana bajo la protección de la República Francesa, de cuyas simpatías tiene pruebas, dejando para otro momento la convención de las condiciones del protectorado»;⁹ y Buenaventura Báez, presidente del Congreso, que «el Congreso Nacional ha decidido en la sesión de este día invocar el protectorado francés en favor de la República Dominicana, cuya acta le será remitida al señor cónsul inmediatamente esté concluida la redacción».¹⁰ El cónsul Place, con fecha 29, comunicaba a su ministro este importante acontecimiento. Para explicar verbalmente la situación envió a Francia a su canciller Chedeville. El 3 de mayo ampliaba su informe anterior. En él consta que Santana «iba a ensayar detener los haitianos (según le dijo), hasta que la Francia venga en nuestra ayuda». Santana, vencidos los haitianos en Las Carreras, insurreccionó el Ejército contra el presidente Jimenes. «En la mañana del 29 de mayo (escribe el 10 de junio el Cónsul Place), el General Jimenes, viendo que no obtenía del apoyo de Cónsul inglés toda la ventaja que había esperado, me propuso

8 Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, p. 182.

9 *Ibidem*, pp. 139-140.

10 *Ibid.* p. 140.

cumplir el negocio del protectorado enarbolando el pabellón francés y le respondí con un rehúso perentorio. De su lado el general Santana, cuando llegué a su cuartel general, me mostró tres banderas francesas y me dijo: «es con estas banderas que yo atacaría la ciudad o que entraría después de la capitulación». Me ha costado una verdadera lucha impedirle que lo hiciera probándole que aunque ese fuera mi deseo, me convenía atender a las órdenes de mi gobierno; y entonces me dijo con acento penoso: «yo acabo de salvar mi patria, mas ella sucumbirá a la anarquía si la Francia no se decide a gobernarla».¹¹ Santana no creía en la República independiente. Es inútil querer negar un hecho que él no ocultó nunca, que proclamó en todos sus actos. La República en sus manos anduvo en perenne subasta desde que nació. ¿Por qué invocar las invasiones haitianas y la pobreza nacional para justificarlo?

11 Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, p. 153.

Santana no tuvo conciencia de la nacionalidad¹²
(Contestación a una encuesta de *El Caribe*)

6 de Octubre de 1956.

Señor Rafael Herrera,
Jefe de Redacción de El Caribe
Ciudad.

Señor Redactor:

Complázcome en darle mi opinión, por usted solicitada, acerca del tema propuesto por «El Caribe», sobre el General Pedro Santana.

En los días anteriores a la noche de El Conde la actividad revolucionaria contra la dominación haitiana se dividió en dos corrientes bien definidas: una dirigida por Duarte, que aspiraba a una república independiente sin restricciones ni intervención extranjera; otra, sustentada por los arquitectos del Plan Levasseur, que no concebía la existencia de la República, sino con la protección y el auxilio exteriores. El 27 de febrero fue un maratón por adelantarse a los patrocinadores de esta última tendencia. El 15 de noviembre del 1843 Vicente Celestino Duarte y Francisco Sánchez escribían a Duarte que era «necesario temer a la audacia de un tercer partido estando el pueblo tan inflamado».

12 Víctor Garrido, *Espigas*, pp. 207-219.

Socorro de ultramar

Pedro Santana, rico y prestigioso hatero del Seibo, se incorporó a la segunda corriente, o lo que es lo mismo, hizo causa común con los que eran reconocidos como «afrancesados». Proclamada la República, la Junta Central Gubernativa, presidida a la sazón por don Tomás Bobadilla, le improvisó general y lo nombró jefe de las tropas que partían para el Sur a enfrentarse a la primera invasión haitiana. Santana emprendió el camino con la esperanza de recibir el auxilio francés que se le había ofrecido y sintiéndose ya amo de la situación. Esto se colige de su carta del 17 de marzo de 1844 a Abraham Cohén en la cual expresa, refiriéndose al cónsul de Francia, Saint Denys, «que sus proposiciones convenidas entre nosotros de protección y unión las garantizo yo en todas sus partes y a satisfacción». En 14 de abril, después del combate de Azua, escribía a Bobadilla que «mientras más dure la lucha, más incierta tenemos la victoria, y agregaba: «Si como hemos convenido y hablado tantas veces, no nos proporcionamos un socorro de Ultramar... U. tiene la capacidad necesaria para juzgar todo lo que yo le puedo decir, y para no hacerse ilusiones y conocer que debemos agitar esas negociaciones con que al juicio de todo hombre sensato sólo podremos asegurar la victoria, para terminar pidiéndole «una noticia positiva del estado de estos asuntos; y si acaso están paralizados agítelos U. por cuantos medios estén a su alcance».... Estas maniobras entre Santana y Bobadilla, con mucho de política sectaria y poco de amor a una independencia no mediatizada, explican la retirada de Azua, injustificable estratégicamente, y la subsiguiente rebelión del 3 de julio que, convirtió a Santana en jefe de un partido y en caudillo militar en momentos en que mereció ser fusilado por abandono de sus deberes frente al enemigo.

En 25 de septiembre de 1849 las provincias del Cibao, opuestas al llevado y traído protectorado francés, se dirigieron al general Santana pidiéndole que recomendara al presidente Báez que negociara el protectorado o la anexión con los Estados Unidos.

Desesperanzado de obtener la protección de Francia y presionado por el clamor de los pueblos del Cibao y por la influencia del general Santana, en 3 de octubre de 1849, el presidente Báez por órgano de su ministro Del Monte, «interrogó oficialmente al señor Green para informarse si el gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto, a tomar la República Dominicana bajo su protección, o lo que sería preferible, anexar la República Dominicana a la Grande Unión Panamericana». El Departamento de Estado de Washington acordó conceder el reconocimiento de la independencia y unirse a las potencias mediadoras. «El apoyo dado por el General Santana a las instancias del Cibao a favor del proyecto de un protectorado americano le supo al Presidente francófilo a hiel y cicuta, y no titubeó en advertir al Comisionado americano que las actividades del General Santana en ese sentido le eran sumamente desagradables».

En 1853 el presidente Santana, obsesionado por la idea del protectorado que se le había metido en la cabeza desde los días pfebreristas, resolvió hacer una nueva gestión cerca de España y envió a Madrid la Misión Mella con el fin de que diligenciase el protectorado y de no conseguirlo, que se esforzase por obtener el reconocimiento. La misión del que más tarde compartiría inmerecidamente con Duarte los honores de Padre de la Patria culminó en rotundo fracaso.

Ante la negativa de Francia y España a asumir las responsabilidades de un protectorado o de una anexión a la cual se sumó declaración de la Gran Bretaña, que también había sido explorada a través de su cónsul Sir Robert Schomburgk, de que su gobierno no estaba interesado en el asunto, el presidente Santana quedó con las manos libres para negociar, en el transcurso del año 1854, con el general William L. Cazneau, agente especial de los Estados Unidos, quien en 23 de enero escribía al secretario de Estado Marcey que «mientras la creencia popular tal vez sea que la misión del general Mella tiene por objeto la negociación de la vuelta de la República Dominicana a la sumisión de la monarquía española, la idea predominante en la política del general Santana es, sin duda,

la erección de la República Dominicana preferiblemente bajo la protección de los Estados Unidos».

Oposición de los cónsules

La oposición de los cónsules francés e inglés que amenazaron, robustecidos con la presencia de algunos buques de guerra en el puerto de Santo Domingo, con que las potencias mediadoras suspenderían sus actividades en favor de la República, hizo que el presidente Santana reulara de su propósito de lograr la protección de los Estados Unidos a cambio de «la bahía de Samaná y de una porción de terreno en punto estratégico para una estación carbonera» y que nuestro Congreso se abstuviera de conocer del proyecto de tratado a pesar de que estaba comprometido a aceptarlo.

Este otro fracaso no desalentó al presidente Santana en su designio de atar la suerte de la República al protectorado o la anexión americanos. En 1856 reanudó las negociaciones con Mir. Elliott, nuevo agente de Washington, y el proyecto de tratado anteriormente convenido recibió la aprobación de nuestro Congreso con la promesa del presidente Santana a Mr. Elliott de que por tratado aparte se convendría lo relativo a Samaná y la carbonera; pero el Senado norteamericano lo rechazó sin que el Departamento de Estado, falto de interés en un convenio puramente comercial, hiciera nada en el sentido de que se aprobara. Este rechazo y el asedio que le estableció impunemente el cónsul de Segovia, matriculando español trochemoche, desanimaron al presidente Santana a tal extremo que renunció y se retiró al Prado a esperar una nueva oportunidad. Ésta se la deparó la revolución del 1857 contra el gobierno de Buenaventura Báez.

Se decide por España

El general Santana derrocó a Báez en nombre del Gobierno Provisional de Santiago y a éste por cuenta propia, y se hizo

nombrar presidente por tercera vez. Pensó nuevamente en buscarse el protectorado o la anexión que deseaba y se decidió por España, convencido de que no podría conseguir nada con Francia ni Gran Bretaña que a su vez entorpecían toda negociación con los Estados Unidos. «La decadencia progresiva de sus propias fuerzas aumentaba sus anhelos de obtener por medio de un protectorado el sosiego y la confortante seguridad de conservar el predominio en la cosa pública». En mayo de 1859, el general Felipe Alfau fue designado Enviado Especial ante la Corte de España con amplias facultades para llegar a un entendido con su gobierno. Sus largas y laboriosas negociaciones respaldadas por las gestiones del general Serrano, capitán general de Cuba, y por la apelación personal del presidente Santana a la magnanimidad de la Reina Doña Isabel II garantizándole que «yo y la gran mayoría de nuestra nación estamos dispuestos a tomar cualquiera medida que sea adecuada para asegurar el bienestar del pueblo dominicano y los intereses de España en sus posesiones americanas», inclinaron el gabinete del general O'Donnell, después de muchas vacilaciones, a aceptar la anexión, que Santana prefería al protectorado, mediante el cumplimiento de ciertos requisitos previos «para así salvaguardar la responsabilidad moral de España». El 18 de marzo de 1861 el general Pedro Santana, presidente de la República, tras un simulacro de consulta popular y con el apoyo aparente de su partido, derribó su propio gobierno y anunció aparatosamente la anexión a España. El general W. L. Cazneau, en carta del 11 de enero de ese año al secretario de Estado Black, comentaba que «cuatro quintas partes de los dominicanos sin distinción de clase o de color están aturcidas ante la perspectiva de volver bajo el yugo español».

Se ha dicho recientemente que España impuso la anexión a Santana, quien limitaba sus aspiraciones al protectorado. No hemos visto ningún documento que nos permita aceptar sin reservas esta aseveración. Por el contrario, en octubre del 1859 el ministro de Hacienda don Pedro Ricart y Torres fue enviado a la Habana, en compañía del cónsul español don Mariano Álvarez,

para informar al general Serrano que el presidente Santana y el vicepresidente Alfau, con el apoyo del pueblo, habían decidido definitivamente reincorporar la República a la antigua Metrópoli «con la esperanza que durante el reinado de Isabel II, por la libre y espontánea voluntad del pueblo dominicano, la isla predilecta de Isabel I tornara a ser núcleo de los dominios de España», y aunque el gabinete de Madrid vacilaba «autorizó a Serrano –y esto con toda la latitud necesaria para Santana y los que le apoyaban– a aceptar la anexión, si llegaba a convencerse de que el aplazamiento de la decisión de España pudiera permitir a los Estados Unidos la realización de sus propias ambiciones respecto a la República.

En este caso debía Serrano obrar sin demora pero con el requisito indispensable de que la «anexión sea y parezca ser un acto completamente espontáneo de parte del gobierno y el pueblo de la República Dominicana, para así salvaguardar la responsabilidad moral de España».

Su falta de fe

Los hechos citados ponen en claridad de evidencia que el general Santana no tuvo jamás la conciencia de la nacionalidad puesto que peregrinó durante 17 años por las cancillerías francesa, española, inglesa y norteamericana ofreciendo la independencia de la República a cambio de una ayuda exterior que solamente su falta de fe en el patriotismo y en la capacidad de resistencia del pueblo dominicano creía necesaria. Estos hechos prueban igualmente que los alegatos de que el general Santana se vio compelido a efectuar la anexión por miedo a que nuestro país cayera nuevamente en manos de Haití y con el propósito de «preservar las esencias hispánicas y católicas heredadas» o por «un ideal de estirpe», son simple invención de los que a la sombra de una nueva revisión histórica de manga ancha quieren excusar al Marqués de las Carreras su trágica aventura anexionista. ¿Cómo la excusarían si en vez de hacer la anexión a España hubiere logrado hacerla con Francia o los Estados Unidos?

Si es cierto que la revolución del 1857 había empobrecido grandemente la República, también lo es que con la caída del Emperador Faustino I y con la obtención de la tregua de cinco años que implicaba un viraje promisorio de la política haitiana hacia nuestro país, el peligro inmediato de nuevas invasiones no existía, que Haití no estaba en mejores condiciones económicas que nosotros y en opinión del prócer Sánchez «gobernado por un gabinete republicano sabio y justo «que se conformaba con molestarnos en la frontera». Tampoco era la República un pueblo desarmado. En 12 de febrero de 1854 el general Cazneau informaba al secretario Marcy, a propósito de las negociaciones con nuestro gobierno, que los Estados Unidos no tendrían que enviar ninguna fuerza militar a nuestro país porque

están siempre sobre las armas ocho mil dominicanos, listos para el servicio inmediato.... y una vez por semana toda la población masculina disponible se presenta a ejercicios y cierta proporción queda en servicio mientras los que lo habían prestado son licenciados.... La República tiene 30 mil carabinas, todas, compradas en los Estados Unidos desde 1844 acá.

Esta situación la confirma el ministro de Guerra y Marina, general Miguel Lavastida, cuando en su memoria del año 1860 dice «que el ejército estaba en buen pie de guerra» y «que los arsenales estaban provistos de armas y de pertrechos para poder hacer frente a cualquier peligro que se presentara». Los que ahora se dedican a buscar antecedentes explicativos de la anexión consideran este asunto aisladamente como si Santana hubiese llegado a ello en el año 1861 obligado por circunstancias actuales, poniendo de lado que la idea de obtener el protectorado o la anexión fue objetivo que él se propuso desde que nació la República y que no omitió medios para alcanzarlo tan pronto como los acontecimientos le erigieron en amo del país. No creo que la Restauración «fue una lucha entre dos generaciones» porque los restauradores participaron contemporáneamente

con los anexionistas en las luchas políticas que culminaron en el desventurado suceso de la anexión, ni en la «sobre vivencia y preeminencia de una generación con alma colonial», porque creo como el Padre de la Patria, quién hablaba con conocimiento de causa, que

en Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto a como es en realidad; esa fracción o mejor diremos esa facción ha sido, es y será siempre todo menos dominicana; así se le ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones; y así vésele ministeriales en tiempo de Boyer, y luego riveristas, aún no había sido el 27 de febrero cuando se le vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y después, españoles y hoy mismo ya pretenden ponerse al abrigo de la vindicta pública con otra nueva anexión, mintiendo así a todas las naciones la fe política que no tienen y esto en nombre de la Patria. Y el General Santana fue el caudillo y el ídolo de esa facción sin regla de conducta política, nostálgica del ocio burocrático colonial en sosiego irresponsable, hasta que Buenaventura Báez le arrebató mucha parte de esa jerarquía suprema. Si una de las finalidades de la historia es edificar las generaciones que se suceden en el tiempo señalándoles las virtudes y las acciones descollantes o heroicas que hacen a los hombres dignos del amor, la alabanza y la gratitud de sus semejantes y aquellos vicios y actos que les condenan a la reprobación general, no podemos

tergiversar los hechos con interpretaciones acomodaticias para perdonarle al Presidente Santana su infidelidad a la patria, cualquiera que sea la razón que le moviera a ello, porque eso equivaldría a convertir la infidencia en virtud y al traidor en héroe con olvido de las normas morales que rigen el comportamiento de los hombres civilizados.

Ambición de mando

Por otra parte, la lealtad no fue diosa a la cual rindiera culto la demagogia impenitente del general Santana. Su desapoderada ambición de mando hizo del formidable hatero del Prado un felón habitual y un déspota cruel. La Junta Gubernativa le confió el mando del Ejército del Sur, recién nacida la República, y lo volvió contra ella. En 1849, se le confió de nuevo y derrocó al presidente Jimenes. En 1857 el Gobierno Provisional de Santiago le designó para el comando de las tropas que sitiaban a Santo Domingo, las azuzó contra él y le derribó. Finalmente desnucó a la República. Fue esa ansia sin freno de predominio permanente en la dirección de los asuntos públicos, asociada a su carencia de fe en la patria, lo que arrastraron al general Santana al antro de la reincorporación a la menoscabada monarquía española, sin detenerse a oír la voz de su pueblo, porque creyó siempre, ensoberbecido por su eventual omnipotencia, que podía disponer del patrimonio de todos como de cosa propia. Quiero aclarar, que cuando imputo a Santana ausencia de fe en la patria, me parece que no incurro en exageración, porque es notorio que muchos de nuestros más caracterizados revolucionarios o combatientes contra la dominación haitiana no rehusaron solicitar la protección extraña con merma de la soberanía nacional, y así vemos a Sánchez, en unión de Bobadilla, pidiendo a Francia esa protección; a Mella, en Madrid, mendigando en nombre de Santana el protectorado español, a Eusebio Puello, Juan Suero, Juan Contreras y

otros hazañosos, militares apoyando la anexión, y a Cabral y Buenaventura Báez negociando con los Estados Unidos a base de desprendimientos territoriales, por lo que es forzoso concluir que la integridad nacionalista, la conciencia patriótica de todos los que anduvieron en esos afanes o se beneficiaron de ellos, solamente adquiriría vigencia frente a nuestro enemigo tradicional del Oeste. Otro aspecto de la actuación política del general Santana que corre pareja con su arteria, es la crueldad patológica de que dio pruebas numerosas condenando a muerte por causa política o venganza partidaria, mediante consejos de guerra formados adrede, a personajes que por sus servicios eminentes a la república habían conquistado el respeto y la gratitud de sus compatriotas. La conciencia pública le reprobará siempre que mancillase el primer aniversario de la independencia con la sangre de María Trinidad Sánchez y que llevase a inmerecido patíbulo, con espanto de sus propios corifeos, al héroe de Estrelleta, y al valeroso capitán de El Memiso y El Número.

Quitar fronda

En cuanto a Santana, «famoso paladín», «cid campeador» «espada de la República», «genio de la guerra», etc..., creo que hay que quitar bastante fronda al árbol para que luzca realmente como es y que es necesario discriminar entre Santana presidente de la República y comandante en jefe del Ejército, obligado a organizar y mantener activa la defensa nacional, y Santana como comandante en operaciones planeando y ejecutando funciones armadas. En su primera calidad cumplió sus deberes con eficiencia y energía, tarea que fue para él menos ardua que lo que hubiera sido para cualquier otro que lo hubiese intentado, porque para efectuarla contó sin hiato con el respaldo unánime del partido que acaudillaba y además con el concurso de todos los dominicanos que nunca vacilaron en ofrecerlo para defender la independencia que se habían dado.

Como comandante en operaciones Santana tiene solamente en su haber en las guerras de la independencia, que yo sepa, los combates de Azua y Las Carreras y el primero no hace honor a su «genio» de guerrero. En esta jornada el bisoño general después de rechazar al enemigo, en vez de perseguirlo, que era lo procedente, se retiró en precipitada huida a Sabana Buey, abandonando el terreno a los invasores hasta que acontecimientos ocurridos en Haití obligaron al presidente Charles Rivière Hèrard a desistir de su propósito de recuperar nuestro territorio. Se olvidó de que para considerar a un ejército vencedor en una batalla debe dormir en el campo donde se verificó, por lo que su laurel de Azua no es tan brillante como para provocar el elogio exagerado. Sin la batalla de Santiago y los sucesos que determinaron que Hèrard regresase a Haití, probablemente no habríamos cantado victoria. El obtuvo en Las Carreras un triunfo más nítido y su importancia estriba en que deshizo el oleaje invasor que había comenzado a perder fuerza en El Número. Sus partidarios que deseaban rehabilitarlo del profundo desprestigio que le impulsó a renunciar la Presidencia de la República, se encargaron de darle una singular resonancia y de auspiciar que se dispensaran a su jefe los más altos honores que podía conceder la nación. Sin embargo, la batalla de Las Carreras no fue plantada y ejecutada por el general Santana, sino un ataque del enemigo que él rechazó y una consecuencia del desalojo de El Número a que se vio forzado el general Duvergé al no recibir los pertrechos que le solicitó, los cuales le hubiesen permitido mantenerse victorioso en esa posición mucho más ventajosa para la defensa que el hato de Las Carreras; pero en esta acción, como en las de Azua y Santomé, el general Santana busco subordinar la decisión militar a su conveniencia política. Con sólo estas dos acciones de guerra a su favor, no comparto la opinión de los que aplican al general Santana los más hermosos adjetivos por las que llaman sus proezas militares. Las grandes victorias en las batallas de la independencia, juzgadas conforme al arte de la guerra, son lauros que corresponden a otras espadas. Santana fue antihaitiano, pero no dominicano independiente. Su influencia

fue perniciosa en la formación de la República porque entronizó como sistema el despotismo y la destrucción de los principios que sirvieron de fundamento a su proclamación.

Santana y Báez¹³

Para octubre de 1856 era Presidente de la República, por segunda vez, el coronel Buenaventura Báez. El general Santana, acorralado por las actividades antigubernamentales impunes del cónsul español Segovia y otros acontecimientos políticos y económicos, renunció a la Primera Magistratura y se fue al Prado a esperar la hora de su rehabilitación. Le sucedió el general Manuel de Regla Mota, vice-presidente. Para cubrir la vacante de éste fue elegido el general Abad Alfau, ministro de Guerra y Marina, quien renunció pocos meses después por desacuerdo con las orientaciones del gobierno. Báez, señalado por la opinión pública como el único capacitado para realizar la conciliación nacional y para instaurar una política nueva, divorciadas de las arbitrariedades del santanismo, fue llamado a ocupar la vice-presidencia por el sufragio de los colegios electorales. El presidente Mota, influido por la gravedad de los sucesos en marcha, depuso la carga presidencial ante el Congreso. Báez surgió, conducido por las circunstancias imperantes, como el hombre deseado. Los acontecimientos le arrastraron pronto contra Santana y sus prosélitos y se produjo la escisión entre estos dos jefes del conservadorismo que desde el alborar de la República habían disfrutado del poder público. Santana era el caudillo militar. Fue el primer jefe del ejército del Sur cuando a raíz del golpe del 27 de

13 Víctor Garrido, *Los Puello*, p. 136-142.

febrero se hizo necesario improvisar un comandante que saliera corriendo sobre la frontera a atajar la primera invasión haitiana. Santana la contuvo en Azua. El ejército le aupó a la Presidencia. Fue proclamado la espada de la República por sus parciales y desde entonces señoreó los acontecimientos y el poder.

Se convirtió en el amo. Un amo cruel; pero endiosado por sus adictos y temido por los haitianos. Nunca entró en compendias con ellos. Era antihaitiano total. Sin duda no olvidaba que en un pasado no muy remoto, su padre y su familia fueron arrojados de su hogar de Hinchá por los negros rebeldes. Por ellos su adolescencia fue mísera e incierta. Ahora, él podía castigarlos en sus descendientes. Era hijo del teniente coronel español Pedro Santana, ayudante del brigadier Juan Sánchez Ramírez en la batalla de Palo Hincado que dio sepulcro a la dominación francesa en Santo Domingo. Más tarde se atravesó en el camino de Santana, como consecuencia de la imprevista desvinculación de España por el Dr. Núñez de Cáceres, la ocupación haitiana de 22 años. Su juventud maduró debajo del rigor de la dictadura occidental. Había acaso pensado en que era necesario sacudir el yugo haitiano. Duarte quiso solicitar su adhesión a la causa separatista; pero no logró verle. Se sumó a los afrancesados que juzgaban soñadores a los trinitarios. Creía que Santo Domingo era débil para mantener sin apoyo exterior la separación de Haití, idea que sustentaba el grupo a que se incorporó, y cuando iba hacia el Sur en busca del enemigo, como flamante general de la República, a la cabeza de sus dos mil seibanos, ya confabulaba con otros descreídos como él, para que se negociase un protectorado de Francia que implicaba la restricción de la recién proclamada independencia y la merma del territorio nacional. La independencia le ocasionó constante afanar por sostenerla y le impuso sacrificios, pues no se hallaba a gusto sino en la Presidencia de la República. No creía en una cosa que sólo daba inquietudes y tormentos y que obligaba a los dominicanos a vivir con el arma al brazo. Necesitaba cuidar de su ható en paz. Vivía quejándose de la pérdida de sus bienes en la lucha contra el haitiano aunque la República fue dadivosa para

con él en dinero y honores. Quería que esa paz no le costara sin-sabores; que otro se impusiera la tarea enojosa de mantenerla; que sus enemigos no le perturbaran su tranquilidad de El Prado con el grito de su encono, con sus propósitos de venganza. Pensó en España, la madre patria, después de inútiles esfuerzos por obtener el protectorado de Francia o de los Estados Unidos, e hizo la anexión. España, temerosa de los planes expansionistas de los Estados Unidos, cometió esa torpeza que le costó dos años de guerra sin causa justa. Decir que Santana concibió la incorporación a España con un profundo sentido de preservación de nuestras esencias hispánicas, amenazadas por Haití, es pura fantasía, simple elucubración. Campesino indocto, no tenía capacidad intelectual ni clarividencia de estadista para pensar en estos problemas trascendentales de filosofía política. Por otra parte, Santana buscó el apoyo de España cuando desesperó de amarrar a Francia a sus designios y cuando los cónsules francés e inglés le forzaron a desistir de las negociaciones con el general Cazneau, agente especial de los Estados Unidos. Los primeros días de la República están llenos de ofertas y reclamos de Santana a Saint Denis y a Place pordioseando el protectorado francés. También apoyó a los cibaños cuando en 1849 se dirigieron al Presidente Báez pidiéndole que gestionase el protectorado de los Estados Unidos, actitud que desagradó grandemente a este mandatario que ya buscaba independizarse del amo. «El apoyo dado por el General Santana a las instancias del Cibao a favor del proyecto del protectorado americano, dice el autor de *La Viña de Naboth*, le supo al Presidente francófilo a hiel y cicuta y no titubeó en advertir al Comisionado americano que las actividades del General Santana en ese sentido le eran sumamente desagradables». Su deseo de predominio le convirtió» déspota y en enemigo de todo aquel que se oponía a su desbordado autoritarismo. Cuando se votó la primera constitución de la República, imbuida en los principios liberales de la época, su soberbia encolerizada pronta a disparar los fusiles de su tropa, arrancó por el miedo a los constituyentes el nefasto artículo 210 que sirvió de peana a su absolutismo sin trabas. Sin pizca de

moderación ni de templanza, echó al destierro a los fundadores de la nacionalidad y por su decreto del 8 de enero del 1845 selló en arca de silencio las libertades políticas y suspendió guadaña mortal sobre las cabezas de todos los dominicanos. La organización legal de las funciones y servicios públicos reflejó el pensamiento despótico de su inspirador. Acosado por las discordias y los odios que sus excesos habían engendrado desde el instante mismo en que asumió la presidencia de la Junta Central Gubernativa y por la miseria del pueblo, que sus pugnas con Báez volvían irremediable, no sabiendo qué hacer ya con un mando que no quería soltar a su competidor y que le ocasionaba solamente desasosiego y amargura, lo entregó a España, acto vergonzoso que anuló su título de libertador y sumió a la patria en las desventuras que originó la guerra de la Restauración.

Buenaventura Báez se había educado en París y amaba a Francia. Era un intelectual. Tenía condiciones de estadista. Era rico y tenía influencia en su pueblo, Azua. Cuando la revolución de la Reforma, fue elegido diputado a la asamblea constituyente que se reunió en Puerto Príncipe el 15 de septiembre del año 1843. Para esos días ya los dominicanos, acaudillados por Duarte, preparaban el pronunciamiento separatista. Báez, como Santana, no creía en la independencia absoluta. El buscó entenderse con representantes de Francia en Puerto Príncipe, y nació el Plan Levasseur de una independencia dominicana protegida por Francia. Las maquinaciones en torno de este plan precipitaron los acontecimientos que culminaron en el 27 de febrero de 1844. La conducta de Báez, corregidor de Azua, cuando se proclamó la independencia, careció de diafanidad patriótica y fue perseguido por los exaltados del primer momento. Saint Denys le protegió e hizo que se le devolviera la libertad. Cuando deslindaron los campos y los representantes de las ideas liberales, Duarte y sus adictos, fueron desterrados Báez quedó en el grupo de los vencedores, capitaneado por el general Santana. Tenía riqueza, prestigio y cultura, condiciones que no abundaban en el personal político de la época, y sobresalió en su grupo. Tenía escepticismo y cinismo suficientes para decir sin embozo que

no creía en la República sin protección extranjera y no vaciló en gestionarla cada vez que tuvo oportunidades para hacerlo. El completaba a Santana. Fue constituyente cuando se votó la primera constitución de la República. Fue legislador repetidas veces. Fue la figura principal en la Comisión que fue a Europa en el 1846 a gestionar cerca de los gobiernos de España, Francia e Inglaterra el reconocimiento de nuestra independencia. En el 1849 fue elegido Presidente de la República por primera vez. Hizo la guerra ofensiva, con significativos resultados, contra Haití. Su administración fue calificada de brillante. Le sucedió Santana, por segunda vez Presidente. Se acentuaron las rivalidades entre ambos. En octubre de 1856, a través de la renuncia del presidente Mota, él sucedía a Santana, quien había dimitido en mayo del mismo año. La segunda administración de Báez fue ominosa para el general Santana, blanco de las más atroces imputaciones. Hostigado por el encono de sus adversarios y acusado por el Congreso por los actos de su administración recién pasada, tuvo que acogerse al destierro que se le concedió, por benevolencia, a solicitud de los cónsules extranjeros. El rompimiento entre Báez y Santana dividió al pueblo dominicano entre santanistas y baecistas. Buenaventura Báez fue cinco veces Presidente. Exaltado y orgulloso en su mocedad, llevó a las Cámaras Legislativas, de las cuales fue varias veces Presidente, la elocuencia exacerbada de sus pasiones. Ganó estatura política y supo aprovecharla. Fue el más encarnizado adalid parlamentario contra el presidente Jimenes durante los graves sucesos acaecidos en el año 1849. Su hostilidad agresiva contra el inepto mandatario, sacó a Santana del prado para convertirlo en vencedor de Las Carreras y en dueño del título de Libertador y de General en Jefe de los Ejércitos de la República. Santana le pagó el servicio consintiendo en su primera elección a la presidencia. Como Presidente obró con la frialdad de un escéptico. Sus últimas presidencias fueron para el uso de sus parciales. Se sirvió de la República para su engrandecimiento personal. La puso en almoneda cuantas veces pudo. En noviembre del 1869 la negoció con los americanos en una venta que se malogró. Se solidarizó con la Anexión aceptando

el mariscalato de campo español. Lo renunció cuando la vio fracasada. No supo de la tragedia que fue para la patria la guerra de la Restauración; pero al otro día del abandono del territorio patrio por el último soldado español, el fanatismo de sus partidarios le encumbró de nuevo a la Presidencia de la República. Fue el primer presidente de la República restaurada sin haber levantado un dedo para auxiliarla en su infortunio. Tiene en su débito, entre otras luchas internas, la guerra civil de los seis años la más sangrienta que azotó el país en aquella época luctuosa. Las prisiones, los destierros y los patíbulos colgaron crespones funerarios en el ámbito nacional. Buenaventura Báez es acaso el prestigio más grande que ya hubo en la República en el pasado. Sus partidarios cometían las mayores barbaridades para sostenerlo en el poder. Presente, lo exaltaban hasta el delirio. Ausente, lo añoraban; intrigaban, revolucionaban para devolvérselo. El folklore patrio está lleno de cantares y décimas en honor del viejo Báez. Muchos años después de su muerte, en las horas de alcoholizado alborozo de sus antiguos partidarios, no era raro oír vítores al caudillo que siempre abandonó el Palacio del Ejecutivo para el destierro y retorno del ostracismo para el Palacio. Jamás tomó el sable en la mano para dirigir un combate por el triunfo de su patria o de su causa política; pero sus parciales se daban el lujo trágico de morir para que él regresara del exilio a sentarse en la silla presidencial.

Carta réplica a nieto de Sánchez¹⁴

Santo Domingo, D.N., 29 de Enero, 1970.

Señor
Licenciado Carlos Sánchez y Sánchez
Ciudad.

Mi querido amigo:

He leído tu carta del 23 de este mes dirigida a nuestro mutuo amigo Licenciado Pedro Troncoso Sánchez en la cual nos emplazas para que te revelemos «el origen documental», de nuestra aseveración de que fue Duarte quien hizo elegir a Sánchez Presidente de la Junta Central Gubernativa con motivo del golpe del 9 de junio de 1844. Para hacer tal afirmación no es necesaria prueba documental ninguna porque siendo Duarte y Puello los cabezas de dicho golpe, es obvio que ellos solamente podían nombrarle Presidente de la Junta, a menos que no se caiga en la absurdidad de pensar que él mismo se eligió, y el examen de los acontecimientos que ocurrieron ese día permite establecer esa afirmación sin necesidad de prueba documental.

Veamos:

1- Duarte con el respaldo del General José Joaquín Puello, Comandante de la Fortaleza, fue el autor de los acontecimientos ocurridos en ella el día 9 de junio del 1844;

14 Víctor Garrido, *Espigas*.

2- Esos acontecimientos se llevaron al cabo para expulsar de la Junta Central Gubernativa a todos los elementos comprometidos con el Cónsul de Francia, E. Juchereau de Saint Denys a poner la recién nacida República bajo el protectorado de Francia;

3- Los acontecimientos del 9 de junio fueron corolario de «la Asamblea del 26 de mayo presidida por don Tomás Bobadilla y en ella Duarte, Jefe del partido liberal que pugnaba por una independencia sin subordinación a ninguna potencia extranjera, tomó la ofensiva contra los patrocinadores del protectorado;

4- A partir de ese día en que Duarte le aguó la fiesta del protectorado, Saint-Denys se convirtió en su acérrimo adversario al extremo que muchas veces le aplicó calificativos tan injustos como deprimentes;

5- Al reemplazar en el seno de la Junta a los elementos expulsados, Duarte, promotor de esa expulsión como Jefe del grupo que promovió los sucesos del 9 de junio, se abstuvo de asumir la Presidencia de la Junta porque de hacerlo hubiera dado la impresión de que lo hacía por ambición de poder y no en defensa de los intereses superiores de la Patria, y, por otra parte, la gravedad del momento reclamaba moderación para no inspirar desconfianza;

6- La moderación entre los compañeros de Duarte la representaba, en esos instantes tan difíciles, Francisco Sánchez «quien no hubiera querido ir tan lejos» según escribe historiador José Gabriel García y quien por sus relaciones personales con Saint-Denys podía amortiguar su desconfianza en momentos en que perdía los amigos y asociados con quienes contaba en la Junta Central Gubernativa para la realización de sus planes proteccionistas;

7- Es claro además que Duarte no buscaba para él la Presidencia de la Junta porque de haberla deseado tenía para conseguirla estas facilidades:

- a) Era Jefe del grupo que se oponía a los afrancesados existentes en la Junta;
- b) Era la cabeza dirigente de los sucesos desatados ese día;
- c) Contaba con el apoyo del Comandante de la Plaza General Joaquín Puello.

No deseando Duarte la Presidencia de la Junta por las razones políticas mencionadas, es de suponerse que se eligió como elemento de transacción al General Francisco Sánchez quien no compartía las ideas radicales de sus compañeros, decididos a expulsar de la Junta a los favorecedores del protectorado; pero Duarte se equivocó al auspiciar su candidatura porque Sánchez no sólo era un disidente de la actitud de los autores del 9 de junio, sino que había desertado de las ideas trinitarias y liberales desde que asociado con Don Tomás Bobadilla visitó el Consulado de Francia para entregarle a Saint-Denys la Resolución del 8 de marzo que pedía a esa nación el protectorado de nuestra República, dándole como recompensa ese rico pedazo de nuestro territorio que se llama Samaná; y como lo demostró a poco de ser nombrado al apartarse de las ideas, principios e intereses del grupo que representaba y escribir a Saint-Denys la carta del 12 de julio, como Presidente de la Junta, dándole seguridades, en unión de Félix Mercenario, Delorve, J. M. Ramírez, C. Moreno, Jiménez y S. Pujol, Secretario, de «que ratificamos nuestras pretensiones con respecto al reconocimiento y protección de la Francia, lo que deseamos concluir definitivamente tan pronto como se presenten agentes de Su Majestad el Rey de los Franceses con poderes suficientes al efecto», oficio que fue robustecido por Pedro Santana con esta posdata: «Nos General y Estado Mayor de la Armada Dominicana del Sur, habiendo sido informados a nuestra entrada en esta Ciudad de la presente carta dirigida al Sr. Cónsul, nos asociamos de corazón a los sentimientos en ella expresados [y] ofrecemos defenderlos contra todos aquellos que fuesen de opinión contraria». Esta posdata firmada en Santo Domingo el 12 de julio de 1844, 1° de la Patria, por Pedro Santana, Lucas Díaz, Fernando Tavera, Juan Fco. Guerrero, Antonio Duvergé, Abad Alfau, Merced Marcano y Pedro Linares, constituye una amenaza implícita para todos los «que fuesen de opinión contraria», que no eran otros que Duarte y sus seguidores, señalados ya para la persecución despiadada del incipiente amo de los destinos nacionales.

Es de sentirse que un intelectual de relevante categoría, como lo eres tú, olvide que Sánchez, tu abuelo paterno, es un personaje histórico sujeto al enjuiciamiento crítico de los estudiosos de la historia y que te lances con frecuencia a la arena polémica en su defensa por hechos, alusiones u omisiones que en nada disminuyen su heroica proceridad.

Quedo como siempre, tu cordial y sincero amigo,

VÍCTOR GARRIDO

RAÍCES DEL ESCRITOR Y DEL POLÍTICO

El valle de la Maguana¹⁵

I

Maguana es palabra indígena que significa vega pequeña, así como el significado de Maguá es vega grande. Maguana, en consecuencia, es diminutivo de Maguá. En el valle de la Maguana nació el cacicazgo de su nombre, desprendimiento territorial del cacicazgo de Jaragua cuando Anacaona, hermana del cacique Behechío Anacaúchoa, casó con Caonabó quien, «siendo un caribe principal se vino a esta isla como capitán aventurero y por el ser de su persona se casó con la susodicha e hizo su principal asiento donde agora está la villa de San Juan de la Maguana e señoreó toda aquella provincia».¹⁶ El cacicazgo de la Maguana, regalo nupcial de Behechío a su gentil hermana Anacaona, por el Sur se extendía desde la desembocadura del río Jaina hasta la punta Martín García, por el Levante y el Norte confinaba con las montañas que lo dividían del Cibao y por el Poniente con parte de los cacicazgos de Jaragua y Marién. De Caonabó dice Las Casas que fue «señor y rey muy esforzado de la Maguana, muy más esforzado que otro alguno de esta isla».¹⁷ Canoabo, temido por los españoles por su valor e influencia en la isla, de los cuales

15 Víctor Garrido, *Espigas*, pp. 329-339.

16 Según Oviedo, citado por Emiliano Tejera, *Palabras Indígenas*, p. 111.

17 Emiliano Tejera, *Palabras Indígenas*, p. 106.

había dado pruebas con la destrucción de la Navidad y en la batalla del Santo Cerro, fue capturado por el capitán Alonso de Ojeda mediante ardid traicionero que sorprendió la sencillez de su ignorancia y murió en cautiverio; y Anacaona, «mujer de gran prudencia y autoridad, muy palanciana y graciosa en el hablar y en sus meneos, y que fue muy devota e amiga de los cristianos desde que los comenzó a ver y a comunicarse con ellos»,¹⁸ reina de Jaragua a la muerte de su hermano Behechío, fue ahorcada por la crueldad de Fray Nicolás de Ovando después que ordenó la célebre matanza de Jaragua que la historia ha hecho inolvidable por el engaño que victimó a tantos seres inocentes y amistosos. Con la desaparición de Caonabo y Anacaona se extinguieron los cacicazgos en donde habían ejercido su autoridad. Caonabó murió, si engañado, como un bravo. Anacaona, «la prudente y discreta», como un mártir.

En la Maguana, en 1503, fundó el capitán Diego de Velázquez «una villa de españoles que llamaron San Juan de la Maguana». El padre de las Casas en alabanza de valle de la Maguana escribe:

Esta provincia, en sierras, en ríos o sabanas y campiñas, aunque no son muy grandes, es tierra bien aventurada: es muy fértil, es muy templada, que casi ningún calor ni frío es menester en ella se halle, sino es en las sierras muy altas que confinan con Cibao donde hay harto fresco que ropas enforradas no harían mucho daño.¹⁹

Agrega Las Casas que siendo esta «tierra más enjuta que otras vegas» que ha mencionado, «es muy sana y granan aquí muchas cosas y semillas sembradas», entre ellas trigo, que lo ha «visto mucho bueno granado» y también ha visto «ingenios de azúcar, la cual a todas las de esta isla hace en blancor y en dureza y en otras cualidades mucha ventaja». Refiriéndose a los

18 Emiliano Tejera, *Palabras indígenas*, p. 12.

19 *Ibidem*, p. 349.

ríos que bañan esta tierra escribe que «pasa después; del río Yaqui dicho por esta provincia otro mayor y más caudaloso que se llama Neiba, la primera sílaba luenga, el cual queda con su nombre aunque este estotro Yaqui se junta con él y pierde el suyo» etc...

El licenciado Luis Jerónimo Alcocer, canónigo de la Catedral de Santo Domingo, en el año 1650 en el cual escribía, encomiando las excelencias del valle de San Juan de la Maguana, en su *Redacción sumaria del estado de la isla*, dice «que el valle de San Juan es de lindo temple, fresco y sano y que algunas veces hace muy gran frío. Críase en él mucho ganado mayor y pudiera criar mucho menor porque se cría muy bueno. Alguno hay y se pudiera criar mucho si la falta de caudal no lo escusara». Hablando de la crianza de caballos agrega que «ay en este valle muchos caballos cerreros o como acá dicen, cimarrones, que todos los que quieren los cogen y se aprovechan de ellos. Es tanto el número de ellos que ponen admiración y es una de las maravillas del mundo» y aludiendo a su cantidad, expresa que son tantos

que dicen ay más de treinta mil caballos y los que se moderan algo dicen que más de veinte mil. Lo que admira más a los que no le an visto es que citando van a espantar los caballos, para que entren en los corrales empiezan a correr de una parte a otra y unos espantan a los otros de manera que puesta tina persona en un lugar alto ve pasar un día entero caballos corriendo que son tantos que hacen temblar la tierra. Críanse en este valle muy buenas mulas y no digo más del por no ser prolixo.

Era costumbre aprovechar los caballos de dos o tres años y matar los viejos. *En la Relación de la Isla Española* enviada al rey D. Felipe II por el licenciado Echegoian, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, escrita en Madrid en 1568, a propósito del valle Maguana dice: «Corgerseia mucho trigo si se sembrase, porque de un almud de trigo que yo sembré y planté, junto de la Maguana,

treinta leguas de la dicha ciudad, se cogieron más de cuatro fanegas de trigo, y el pan es muy bueno».

El mismo Echegoian en la mencionada *Relación*, cita entre los «pueblos despoblados» para el año en que escribía, «la villa de San Juan de la Maguana, en el medio de la isla, entre la ciudad de Santo Domingo y la Yaguana cuarenta leguas del tino y del otro pueblo; ha quedado en él la iglesia y la gente de dos ingenios de azúcar que hay allí juntos; fundándola el comendador mayor Ovando».

Es obvio que si en el año 1568 Echegoian menciona a San Juan de la Maguana entre los «pueblos despoblados», fue restablecido posteriormente puesto que el 19 de mayo de 1606 el gobernador Antonio Osorio decretó su despoblación y el traslado de sus habitantes con sus propiedades muebles al lugar de la Buenaventura a orillas del arroyo Hicaco. En el decreto de despoblación se lee que

para que de todo punto cesen los dichos rescates y la ocasión dellos, mandé a dar y di el presente, por el cual mando a vos el corregidor de la dicha villa de San Juan de la Maguana, y a los vecinos y moradores della, que dentro del tercero día de como este mi mandamiento os fuere notificado, o se pregonare en esa dicha villa y su término, salgáis de ella con vuestra familias y haciendas, e vengáis a vivir al nuevo sitio que os está señalado, donde dizque dicen la Buenaventura, junto al arrollo Hicaco, en la parte y lugar que se ha levantado tina cruz que hizo poner y levantar el alguacil mayor Francisco Rodríguez Franco, persona que por orden mía fue a ver al dicho sitio y otros para la fundación de dicha villa, en el cual dicho sitio de la dicha Buenaventura quiero e mando se funde y sitúe dicha villa e corregimiento de San Juan de la Maguana según y en la forma e manera que estaba fundada e situada en el valle de San Juan, riberas del río Neiba»,... etc.

Cuando se ejecutó el decreto del 19 de mayo de 1606 en el término de San Juan de la Maguana existían once hatos de que eran propietarios Antonio de Ovalles, Amador Ovalle, Juan Romero, los padres de los monasterios, Diego Caballero, Bárbara Román, Álvaro Agüero Campuzano, Álvaro González y Antonio Díaz, por lo que es fácil comprender el descalabro económico que significó la mudanza para la región afectada por ella. La brutalidad de este decreto, así como la de otros que ordenaron despoblar el valle de Neiba y otras poblaciones, no sólo arruinaron la economía interna del país, sino que ocasionaron la resistencia de algunos a cumplir lo mandado, prisiones, subversiones, penas de muerte, y el abandono de un tercio de la isla a la codicia de bucaneros y piratas, fundadores más tarde del pueblo haitiano, a causa de una disposición estúpida del rey gobernante y de una despiadada ejecución de la misma.

II

Don Antonio Sánchez Valverde, en su obra *Idea del valor de la Española*, editada en Madrid en el siglo XVIII, y reimpressa en Santo Domingo en 1947, con anotaciones de Fray Cipriano de Utrera, en el capítulo II que trata de las serranías que cortan la isla, sus llanuras 3, temples, p. 31, se lee: «A este valle (el de Baní) sigue el de Azua, el de San Juan, o antiguo Maguana, dividido por el de Santo Tomé por las aguas del río Neiba etc.»; y en la misma página, líneas abajo, que

los llanos de Bánica confinan con los de San Juan y Santo Tomé: unos y otros están situados al pie de Serranías; por consiguiente bien regados de ríos y arroyos. Con todo, los de Bánica son más ardientes que los de San Juan y los naturales de aquellos más robustos y de mejor talla que los de San Juan en donde el fresco es tal, que casi todo el año se necesita de mucho abrigo, principalmente en la noche.

En la misma obra, p. 46, leemos:

Entre el río Yaque que limita a Azua, por la parte occidental y el de Neiba, está el valle San Juan y fue el asiento del gran Reyno de la Maguana que acabó en la infeliz Anacaona. Estas amenas y dilatadas llanuras y la de Santo Tomé al otro lado del Neiba, tienen bellísimos pastos de ganado, única utilidad que sacamos hoy de ellas. También hay grandes y frescos bosques, que humedecen las aguas del mismo Neiba y más de 300 arroyos, quebradas y riachuelos en que, como refiere Oviedo, hubo a los principios del siglo XVI, fuera de numerosas crianzas de ganado, plantíos de todos los frutos comerciales principalmente de azúcar, cuya conducción voluminosa manifiesta que su situación es proporcionada al embarque por la costa del Sur.

Estas citas ponen de manifiesto claramente que Yaque y Neiba son dos ríos diferentes y que el río San Juan es el Neiba como dije en mi artículo «El nombre histórico del río San Juan es Neiba, y el Yaque es su afluente», publicado en el *Listín Diario* del 20 de abril de 1970, y que el autor llama de Santo Tomé a lo que es simplemente la sabana de Santomé (acaso por corrupción del nombre) en el valle de San Juan, antes Maguana. Sánchez Valverde en la página 179 de la misma obra, consigna que son innumerables los ingenios de azúcar «que podrían establecerse en los llanos de San Juan y Santo Tomé que divide el Neiba y tienen la capacidad que se ha demostrado: Los frutos de estos valles lograrían su conducción por el río hasta la mar».

M. L. Moreau de Saint Mery, en la página 256 de su obra *Descripción de la parte Española de Santo Domingo*, escribe que «después de pasar el río Neiba, se sube para llegar a San Juan de la Maguana, que muchos mapas colocan en la orilla derecha del río Neiba, aunque realmente está en la orilla izquierda». El sobrenombre de Maguana, trae a la idea el recuerdo de uno de los cinco reinos que componían la isla cuando el descubri-

miento, cuya capital estaba donde se encuentra actualmente San Juan y que desapareció con la infortunada Anacaona.²⁰ «Este Cantón fue saqueado por los ingleses hacia el 1543». Es claro que con el ahorcamiento de Anacaona y la fundación de la villa de San Juan, el nombre del valle de Maguana fue reemplazado por el de San Juan de la Maguana. Si para esa época fue cambiado también el nombre del río ningún autor lo dice. El área recorrida y descrita por Saint Mery, «desde San Rafael hasta el Yaguesillo» (Yaque) no servía sino para «criar animales destinados en su mayor parte al abastecimiento de la colonia francesa, después, desde luego, que las varias poblaciones que componen veinticinco mil almas, han sacados su subsistencia. Sin embargo, en otro tiempo existieron ingenios de azúcar en el cantón de San Juan, y el azúcar que allí se producía se estimaba como igual al de Azua. La llanura de San Juan tiene también de común con la de Azua, la ventaja de conservar una magnífica raza de caballos. La vasta extensión de las praderas, de los grandes bosques, de los ríos, de los arroyos y arroyuelos y de fuentes innumerables; la proximidad de las montañas», agrega Saint Mery, «todo concurre a dar una temperatura suave a toda la región occidental de la colonia española donde el aire está sin cesar movilizadado por las moléculas húmedas puestas en evaporación. Oviedo habla con elogios de los innumerables rebaños y de las plantaciones de todas clases de frutos comerciales que se veían al comienzo del siglo XVI en esta parte cuyo transporte se hacía por los puertos de la costa del Sur»; y después de decir que «el cantón de San Rafael es saludable y fértil» y que el suelo «es menos bueno pues está cortado, lleno de bosques y muy montañoso y por eso los animales no pueden multiplicarse mucho a causa de la mediocridad de las sabanas» consigna que en «el cantón de San Juan se crían muchos ani-

20 (N. del E.) El indio Enriquillo vivió en San Juan de la Maguana, en La Higüera, comunidad donde tenía tierras, caballos y ganado el encomendero Francisco Valenzuela, quien lo tenía bajo su tutela. Al morir, su heredero Andrés Valenzuela sedujo a Mencía, mujer de Enriquillo, lo que determinó la sublevación de éste en la sierra de Bahoruco.

males; pero este lugar está muy frecuentemente sujeto a largas sequías que arrebatan a los propietarios una gran parte de los beneficios. Ellos tienen también un gran enemigo en su propia indolencia que sólo está un poco combatida por los isleños». Esas sequías continuaban siendo frecuentes en el municipio de San Juan con abundante mortandad de animales y con hambre en ciertas secciones del mismo, especialmente en su parte occidental, y en cuanto a la indolencia de sus habitantes, no creo que ahora sea tanta porque no pudiendo vivir de la crianza libre y productiva como antes, la necesidad los ha obligado a trabajar la tierra.

Finalmente, en la página 260 de la obra citada, Saint Mery concluye lo escrito acerca de San Juan de la Maguana diciendo que «Guaba comparte con Bánica y San Juan las ventajas de contener diamantes en su territorio y de tener, como estas, jaspes de todos colores, pórvido y alabastro». Nunca hemos tenido noticias de que en San Juan y Bánica haya diamantes, alabastro, jaspe y pórvido, ni que en algún tiempo lejano estos minerales fuesen encontrados y explotados en los términos de esas villas. Tampoco hemos visto en Azua esa raza de caballos finos de que habla Saint Mery por lo que si la hubo desapareció. Lo escrito nos permite establecer estas conclusiones:

- a) El cacique Bohechío dio como regalo nupcial a su hermana Anacaona al casarse con el caribe Caonabó, una parte del cacicazgo de Jaragua con la cual fue erigido el cacicazgo de la Maguana.
- b) Con la muerte de Canoabo y finalmente con la de Anacaona desaparecieron los cacicazgos de la Maguana y Jaragua.
- c) En el año 1503 fue fundada la villa de San Juan en el valle de la Maguana y a partir de ese año la villa y el valle fueron nombrados San Juan de la Maguana.
- d) Oviedo y Las Casas citados por Tejera; Sánchez Valverde, Alcocer, Echegoian y Saint Mery, concedores de la Maguana, se hacen lenguas de la abundancia de la crianza de animales, especialmente caballos, existente en el valle, así como de la

superior calidad de su azúcar por su blancura y dureza la cual era fabricada en numerosos ingenios radicados en sus fértiles tierras.

- e) Esos mismos historiadores consideran que el valle de San Juan de la Maguana por su clima templado y su suave temperatura era apropiado para toda clase de crianza y de frutos, entre ellos el trigo que se producía muy bueno y las semillas multiplicaban lo sembrado.
- f) La villa de San Juan de la Maguana fue despoblada y establecida, y en 1006 fue nuevamente despoblada por orden del gobernador Osorio y sus moradores trasladados a orillas del arroyo Hicaco cerca de la Buenaventura, y más tarde vuelta a poblar y todavía existe en el sitio donde fue fundada, ahora como una de las más florecientes ciudades de nuestro país, no obstante haber sido quemada más de una vez por los haitianos en retirada de nuestro territorio.

III

En los Elementos de Geografía del padre Meriño, segunda edición, año 1889, páginas 65 y 66 es donde hemos visto por primera vez la denominación de valle occidental aplicada a las vastas praderías que comprenden, en su opinión, los valles «de San Juan de la Maguana, Santo Tomé (Sabana de Santomé), Matas de Farfán, Cahobas, Bánica, Hincha, Guaba, Océano, todos los cuales abraza su extensión». Si para el geógrafo licenciado Cayetano Armando Rodríguez [en] Geografía de la Isla de Santo Domingo, página 63, se llama valle «a las llanuras entre montañas y a las partes deprimidas de las montañas por donde corren las aguas; para el Diccionario Enciclopédico de Vastos, página 1450, valle es «llanura entre montes o alturas, cuenca de un río, etc.»... y para el Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A., tomo X, página 631, valle «es llanura de tierra entre montes o alturas, depresión situada entre dos montañas generalmente alargada e inclinada hacia el mar, hacia otro valle o hacia una cuenca lacustre», no comprendemos

por qué el Padre Meriño para crear su gran valle occidental apelase a denominar valles, a llanuras que forman simplemente el valle la Maguana, más tarde valle de San Juan de la Maguana, en donde estuvo radicado principalmente el cacicazgo de la Maguana. El geógrafo Rodríguez, escribiendo con más propiedad, en su obra citada, página 538, dice que «el Gran Valle occidental o de San Juan de la Maguana, limitado al E. por la Sierra del Agita, al N. por las últimas estribaciones del maciso central; al S. por las Sierras de Neiba o de la Patilla, y al O, por algunos montes que no lo separan por completo de otras llanuras que se dilatan hasta San Miguel de la Atalaya y que se encuentran en la porción de territorio cuya propiedad se discuten los dos Estados que se comparten el dominio de la isla», escribía en 1915; y en otro párrafo agrega que «este gran valle de San Juan comprende el valle del Cercado (lo es, aunque pequeño, porque está rodeado de montañas) y las sabanas de Santomé, glorioso campo de batalla en 1855,²¹ Las Matas de Farfán, Océano (debe ser Alonsiano en Haití), Bánica, Hondo Valle, Sabana Bonita, Sabana Campo, Sabana Yegua, Sabana de las Minas, Sabana Larga, Sabana Cruz, Sabana Mula, Palermo, La Rancha, el Mamón, Sabana Miguel, Sabana Reveau, Garó, Olivero, Matayaya, Estrelleta, Sabana del Llano, Sabana Grande y otras». En éste otras hay que incluir, a muchas de las que fueron las más bellas sabanas sanjuaneras como El Llano, Las Charcas de Garabito, Mogollón, San Ramón, Jínova, El Lucero, La Cabirma, Juan de Herrera, Pasatiempo. La Maguana, Hato Nuevo, Sabaneta, La jagua, Hatico de la Jagua, Punta Caña, Pedro Corto, Las Charcas de María de Nova, Barranca, Suárez, Cuenda, La Culata, etcétera, sabanas con sus caseríos respectivos que han constituido siempre las más importantes secciones rurales del municipio de San Juan

21 (N. del E.) El 22 de diciembre de 1855, el general José Cabral, al frente de una columna del ejército dominicano, derrotó en la sabana de Santomé a tropas haitianas que luego de haber invadido el territorio nacional avanzaban hacia San Juan de la Maguana, dirigidas por el general Antonio Pierre conocido por el sobrenombre de «Duque de Tiburón». La sabana de Santomé está situada en las afueras de esa ciudad en dirección oeste. En la citada batalla recibió su bautizo de fuego el entonces joven soldado Máximo Gómez, luego jefe del ejército libertador de Cuba.

y hoy en día, en algunas de ellas de gran desarrollo agrícola, los mejores potreros y arrozales que han hecho de San Juan una de las zonas productoras más ricas de nuestro país. Para el año 1901 y mucho después la crianza en San Juan era caudalosa y sus caballos y sus mulos tenían fama en el país, especialmente los de Puntacaña. El padre del valle de la Maguana, ahora San Juan de la Maguana, es el río San Juan, antiguo Neiba. Nacido en la Hilera Central, en la parte Sur de Loma Fría, no en Loma Entre los Ríos como dicen el Padre Meriño y don Cayetano Armando Rodríguez, desciende al valle, según las investigaciones del Instituto Geográfico, atraviesa majestuosamente por el centro de la isla, y engrosado por sus varios afluentes, entre los cuales sobresalen por su caudal el Maguana, el Mijo y el Yaque que recoge las aguas de los ríos En medio y Las Cuevas, desemboca en la bahía de Neiba o Juliana. No hay que seguir a ciegas al padre Meriño que no siempre se mostró amistoso hacia nuestra vieja toponimia. Él, por ejemplo, da el nombre de San Juan al río Neiba y llama Neiba al río Yaque del Sur, a la vez que dice que el San Juan, que es el verdadero Neiba, es afluente del Yaque, cuando es el Yaque el que es tributario del Neiba o San Juan, y [en] el mismo texto, página 97, llama a nuestra capital Santo Domingo de Guzmán sin fundamento histórico para ello y poniendo de lado el artículo 6 de la Constitución vigente en el año 1889. Todos los canales de riego que han servido para impulsar el florecimiento de la agricultura en el valle de San Juan de la Maguana salen del río San Juan y como es natural, la sangría de los canales, así como la devastación de las florestas entronizada en estos últimos años, ocasiona que el volumen de sus aguas aparezca disminuido a los ojos del observador actual. San Juan debe su riqueza a su río; pero este río, para que influya cabalmente en el desenvolvimiento económico de aquella vasta región donde nuestros antepasados escribieron con su sangre muchas de las más sobresalientes páginas de nuestra historia, necesita ser represado. La represa del río San Juan contribuiría en tan grande escala en la promoción de la economía de nuestro país como se espera que lo hagan las represas de Valdesia y de Tavera. El Sur reclama su puesto bajo el sol. Un «canal temporero» para «el verde», como oigo

decir a los sanjuaneros, resolvería a medias el problema del riego, a menos que forme parte de un proyecto de represa de ejecución inmediata. Es en las grandes sequías temporales de aquel valle cuando es deseable y útil el agua bienhechora de su río. El «canal temporero» debería ser rematado a breve término con la represa. Es la más notable obra que el gobierno podría dotar al sur de nuestro país, no siempre recordado como merece. Al hablar del Sur me refiero al territorio que constituyó la antigua provincia de Azua cuando se fundó la República en el 1844, o sea, a las actuales provincias de Barahona, Baoruco, Independencia, Pedernales, San Juan, Estrelleta y Azua, madre envejecida de todas, y todas apremiadas por necesidades urgentes que reclaman pronta atención por lo mismo que integran el área fronteriza centro sur de nuestra patria.

24 DE JULIO DE 1970

Común de San Juan²²

(Situación, historia, raza, carácter, religión, fiestas, costumbres, industriales, lenguaje, etc.)

Situación. Noticias históricas

La común de San Juan, una de las más vastas de la República, está enclavada en el corazón de la provincia de Azua, en las grandes llanuras del Valle Occidental, y tiene 32009 habitantes según el censo de 1920. En la región N. y N. E., que es montañosa, hay montes tan notables como Mijo y Culo de Maco y el territorio de la común está cruzado de N. a S. y de N. E. a S. O. por ríos tan caudalosos como el Yaque del Sur o Neiba, gran hoya hidrográfica del Sur, y sus afluentes San Juan, Mijo, Río en Medio y Las Cuevas. La moderna villa de San Juan, de 1817 almas, fundada por el capitán don Diego de Velásquez en la primera década de la Conquista (1504) y destruida tres veces por el fuego en los azares de las invasiones occidentales, está situada según el historiador dominicano Ubaldo Gómez, en el mismo sitio en que existió la aldea indígena, residencia del indómito Caonabo y de la hermosa, dulce y genial poetisa Anacaona, esposa del inmortal

22 Emilio Rodríguez Demorizi, *Lengua y folklore de Santo Domingo*, 1975, Edición de la Universidad Católica Madre y Maestra, Cap. XII, pp. 223-236. (N. del E.) De acuerdo a Edna Garrido de Boggs este informe sobre la común de San Juan de la Maguana fue ordenado durante la ocupación norteamericana de 1916-1924, por el superintendente de Instrucción Pública Julio Ortega Frier. Véase a Edna Garrido, *Reseña histórica del folklore dominicano*, 2006.



Vista aérea de la Plaza Ceremonial Taína, al norte de San Juan de la Maguana, en los años 70. En 1851 el consúl inglés Sir Robert Schomburgk, informó que el círculo en piedra tenía 2,270 pies. Antropólogos y escritores como Marcio Veloz Maggiolo recomiendan construir un Museo típico fuera de la circunferencia para garantizar la vigilancia y ofrecer mayores atractivos a los turistas que visitan este vestigio precolombino, el mayor de las Antillas.

Cacique de la Maguana e infortunada víctima del sombrío gobernador Nicolás de Ovando. Como a unos 4 kms. de la población, hacia el N., existen las ruinas del Corral de los Indios, destrozada página de piedra de nuestra prehistoria, circo en el cual, según la leyenda, celebraban los indios jugadas de batey o pelota, presididas por la reina Anacaona que tomaba asiento en una gran piedra sonora clavada en el centro; pero que a juzgar por la distancia a que se halla del primitivo caserío y por la configuración misma del Corral, no creo que esa leyenda resista al escalpelo de la crítica. Muchas veces nos hemos inclinado a suponer, en presencia, además, de ciertos indicios de una calzada que ponía en comunicación al Corral con el vecino río, que aquel era un campo atrincherado dentro del cual tenía sus habitaciones el receloso e intrépido jefe del Cacicato. En el recinto de la villa, cerca de las ruinas de la iglesia que derribó el llamado temblor de San Bruno, 6 de octubre de 1911, y en el frente sur de la

casa que ocupa actualmente la Escuela Primaria Graduada No. 1, así como en otras partes cercanas a dicho sitio se ven, a flor de superficie, las piedras que formaban los cimientos del templo levantado por los colonizadores y restos de paredes de otros edificios. Al S.E. de la población, en jurisdicción de la sección de La Culata por mucho tiempo se ha estado extrayendo ladrillos que han servido para nuevas construcciones. Se supone que son escombros soterrados de antiguas casas españolas. Esto ha hecho dudar, a los que nos ocupamos en investigaciones de esta naturaleza, acerca del verdadero lugar de la vieja población, duda tanto más justificada cuanto que habiendo sido destruida más de una vez, ha podido ser reedificada en distintos puntos. De un campo cercano, La Higuera, partió el insigne paladín de la epopeya primitiva, el noble y discreto Enrique Guarocuya, después de haber sido encarcelado y vejado por el gobernador Badillo y desoído en su demanda de justicia por la Real Audiencia, con la carga de su amor y de las ansias de redención de su raza, a inmortalizar las bravías sierras del Bahoruco. A pocos kilómetros de la margen oriental del San Juan, en la Sabana de Santomé, entre las lenguas de fuego de los pajonales incendiados, se libró la estupenda batalla que ha hecho célebre el 22 de diciembre de 1855 e ilustre el nombre del general José María Cabral. En el cementerio de la villa, hasta no hace muchos años, existió la guásima que sirvió de Gólgota al Padre de la Patria Francisco del Rosario Sánchez y sus egregios compañeros de martirio. Esa guásima, que debió ser para nosotros lo que la Ceiba del Ozama para Santo Domingo y el Árbol de la Noche Triste para México, se cayó, ya seca, según el decir popular, a consecuencia de haberse quemado su tronco por descuido de unos haitianos que trabajaban en el cementerio. Esto es lamentable, pero no debe extrañar que ocurriera en una localidad que dormía en la incultura, cuando en la misma Ciudad Primada aún se atreven manos impías a turbar el reposo secular de las sagradas ruinas. Todos estos sucesos, ignorados del común de la gente, y aún de una gran mayoría

de nuestra gente culta, tan ignorante de estas cosas que son esencia de civismo constructivo, dan a la villa de San Juan un prestigio histórico envidiable.

Raza

Los primeros pobladores de la común de San Juan fueron españoles peninsulares, algunos con grandes merecimientos, a quienes el rey dio extensas porciones de tierra y se dedicaron a la crianza de ganado mayor, especialmente vacuno, en los fabulosos pastos de la época. Obtuvieron privilegios, como los demás colonos importantes, en los repartimientos de indios, que les permitieron esclavizar a la infeliz raza aborigen. De aquí partió el núcleo redentor con su cacique Enriquillo cuando sonó la esperada hora de la insurrección por la libertad, sólo precedido en la historia, por el fin humano perseguido, por las legiones de esclavos de Espartaco. También disfrutaron de los privilegios establecidos por las ordenanzas reales para la introducción de africanos y cada amo, según su posición económica, disponía de mayor o menor número de negros esclavos. Mermados los indios por la muerte y reconcentrados en Boyá²³ los supervivientes por virtud del pacto celebrado entre el cacique Enriquillo y el capitán Francisco de Barrionuevo (1533), la población se redujo a los señores colonos con sus negros esclavos. Sabido es que los colonizadores españoles no se cuidaban de repartir su amor y sus caricias con sus esclavas y que aún no era extraño que la recatada doncella, flor de la casa solariega, fuese violada, en la soledad del campo, o se entregase voluntariamente a la lujuria del esclavo favorito. En época más reciente, por nuestra proximidad a la frontera de Haití, cuando la dominación de Boyer, muchos haitianos se establecieron y fundaron familias por acá. Estas contingencias históricas, influyendo en la vida social,

23 Ya es caso esclarecido que Enriquillo nada tuvo que ver con el Boyá aledaño de Santo Domingo.

determinaron un tipo nuevo en el cual fue colaborador preponderante la desaparición de la pureza de la sangre de los primeros pobladores por causa de los cruzamientos y porque la distancia de estas tierras lejanas del interior sin vías de comunicación (tén-gase en cuenta también la despoblación general de la isla) no favorecía la inmigración hacia ellas.

Hoy en día se encuentran familias de raza blanca, aunque en minoría, en la población y en las secciones rurales de Guanito, Juan Álvarez, Las Charcas de Garabito, Lavapié, Mogollón, Lemba, Hato Nuevo, Hato del Padre y Punta Caña. En la sección de Los Bancos cuyos pobladores son oriundos de Azua, en La Culata, El Batey y El Cacheo, priva el tipo negro, pero el tipo característico de la común es el mestizo en su múltiple variedad. Abundan ejemplares muy hermosos de color indio, especialmente en las mujeres, que recuerdan las descripciones etnográficas de los aborígenes: mediana estatura, cuerpo bien formado, pelo negro y lacio, ojos oscuros, grandes y expresivos, nariz perfilada, boca regular, tez acanelada, a veces casi blanca. Siendo positivo que en el cruzamiento de los colonizadores con las razas dominadas, el elemento autóctono, en el correr del tiempo, por su temprana extinción, fue de una influencia inapreciable, esta tendencia del mestizo nativo a reproducir las características raciales del indígena, acaso sea atribuible a causas ínsitas del medio, entre las cuales juegue papel preponderante el clima.

Carácter

El habitante de esta común es apacible, de índole bondadosa, hospitalario en sumo grado. En cualquiera casa urbana o rural que usted llega, salvo que la penuria sea mucha, encuentra alojamiento, comida y cama gratuitamente. Nuestros campesinos se tratan con la mayor familiaridad generalmente, están unidos por los vínculos espirituales del compadrazgo. Las estadísticas criminales arrojan datos casi nulos. Las infracciones delictuosas que se cometen son, comúnmente, por raterías, algunos racimos de plátanos o rulos o algunos pies de yuca o algún chivo o algún

cerdo etc. Nuestro campesino en cuestiones políticas, es un gran discreto. Oye y calla. Nunca se sabe su verdadera opinión, nunca se compromete abiertamente. En realidad no le interesan esas cosas y si se ve obligado a tomar carta en ellas, o lo hace siguiendo las inspiraciones de la autoridad o de aquellas personas que han fungido de sus jefes naturales por largo tiempo. Es un hábito adquirido dentro de las disciplinas clásicas del despotismo que ha imperado siempre en la República como norma de gobierno. Esta región, además, mientras el resto del país se desangraba en las guerras civiles, vivió, en completa paz, ajena a la luchas de las facciones partidaristas desde que cesaron los Seis Años hasta 1921. La participación de nuestra gente en todas las guerras nacionales no permite dudar de su patriotismo. Actualmente ve con malos ojos la Ocupación, que la considera atentatoria a sus intereses por los impuestos que le obliga a pagar, pero su espíritu es arca sellada a las exteriorizaciones verbales. Nuestro campesino es interesado. Discute y defiende encarnizadamente hasta una hilacha que considera detentada por otro. No es espléndido y su dinero, reducido a oro, lo guarda por lo regular enterrado. Siente placer en saber que tiene tantos novillos en la sabana o tantas cabezas de res o tantas onzas enterradas. Esta tendencia a guardar lo impulsa a hacer economías, ordinariamente viviendo dentro de la mayor estrechez, imponiéndose grandes privaciones. Es religioso. Acude a misa en la ermita vecina, o a la iglesia ciudadana en días de grandes solemnidades. Cuando es llegada la ocasión, da notaciones de intrepidez y pundonor. Cuando forma parte de algún cuerpo organizado, sobresale por su buena conducta y frecuentemente obtiene ascensos. Es más holgazán que trabajador, pero en esto influye [la] costumbre del pastoreo de que vivió hace poco y las condiciones climatéricas de la comarca. Casi no llueve, el riego es muy costoso y la labor agrícola muy difícil. Es moral. En esta común se desconocen prácticas viciosas que son un azote en otras regiones. Es respetuoso de la ley. Todas las prescripciones legales son acatadas y cumplidas sin rebeldía. El hombre urbano, según la clase social, admite paralelo con sus iguales de nuestras ciudades principales.

Ocupaciones e industrias

El aliciente principal de los fundadores españoles de este municipio fueron los grandes llanos con sus pastos de leyenda. La pródiga tierra los convidó a la crianza y se dedicaron, naturalmente, a ella, fomentando una riqueza no por enorme menos contingente. Esa ocupación heredada y favorecida por las condiciones circunstanciales del medio, fue la de todo el mundo.

Mientras llovió y los pastizales reverdecieron copiosamente cada primavera, San Juan fue el cuerno de la abundancia. Surtía de ganado, especialmente, a la República de Haití. Sus caballos fueron tan famosos, que el padre Meriño cita en su *Geográfica Patria* los de Punta Caña. Toda esa riqueza era de sabana, no tenía solidez básica. Hoy la común es mísera. Perdida la esperanza de reconstruir la riqueza ganadera, los habitantes se han dedicado a la agricultura y se cultiva toda clase de frutos menores. En grande escala la habichuela, que constituye un floreciente negocio de exportación; luego, arroz, maíz, guandul, garbanzo, arveja, plátano, rulo, yuca, batatas, papa, caña, tabaco, etc. ... El café se produce muy bien en la parte montañosa y constituye un buen renglón de producción en las secciones ribereñas del río Las Cuevas. Hay cultivadas miles de tareas de pasto artificial, yerba de guinea y de páez. Algunos de esos frutos, como el tabaco y el maíz, no constituyen importantes renglones de exportación por falta de caminos apropiados que abaraten el transporte de ellos a los centros consumidores. El tabaco de esta común es inmejorable. El que se produce en la sección de Yabonico es de calidad tan superior, como el mejor tabaco cibaño. Hay quien afirme que es superior. La intensidad de la industria andullera (el andullo es de difícil manipulación) se debe a la dificultad para exportar con provecho la aromática hoja. Valdría la pena hacer de esta común un centro tabacalero como Santiago. Las tierras no son apropiadas para el cultivo del cacao. Puede decirse que los hombres reparten su atención entre el pastoreo, el cultivo de la tierra y el comercio. Hay muchas pequeñas industrias. La principal la constituye

la fabricación de andullos, especialidad de la región llamada de Los Ríos, que comprende las secciones de El Coco, Arroyo Cano, Buí, Las Lagunas, La Siembra, Túbano, Ocoa, Sabana Yegua, y otros lugarejos y de las secciones de Yabonico y Río Arriba de San Juan. Se confeccionan jáquimas, lazos, hicos de hamaca, con la fibra de la cabulla, que tienen fama en el país en su excelencia. Se confeccionan, con la hoja del guano, lazos, árganas, macutos, esteras, capachos y con otras hojas o cortezas blandas, esterillas, aparejos, canastos, sillas rústicas, con el fondo de guano retorcido. Se hacen de barro cocido, tinajas, ollas, cachimbos; de madera, bateas, tinajas, barriles; de palma, roble, caracolí y otras maderas de construcción se hacen tablas; quesos y mantequilla, llamados criollos, de la leche de vaca, cabras, y ovejas; cazabe, tortillas de varias clases, almidón, producto de la yuca; sombreros de cana, raspaduras producto del jugo de la caña puesto al fuego en grandes pailas; se hacen sudaderos, monturas, pellones, cigarros aquí llamados túbanos, etc.

Religión, fiestas costumbres

La religión de los habitantes de la común es la católica, apostólica, romana. En muchos caseríos rurales hay ermitas levantadas por el fervor de los fieles. En ellas se celebran determinadas festividades religiosas y cuando el cura se traslada a hacer esas celebraciones, mientras dura su estadía en el lugar, los días toman aspecto festivo. El campesino los aprovecha para ir a misa, realizar bautizos y matrimonios concertados, responsos, funerales etc... También acuden a la iglesia del pueblo; pero generalmente en las grandes solemnidades. Estas son el día de Nuestra Señora de la Altagracia, que se ha hecho de fiesta por disposición espontánea de los espíritus creyentes; el día de San Juan, patrono de la común, vencido por la primera que se ha adueñado de la pompa y piedad que lo exultaban en fiestas memorables; el Viernes Santo, de nutridas procesiones; y el Sábado de Gloria, con sus largos rituales

sugerescentes. Pero los días felices de las opulentas primicias que hicieron famosa esta jurisdicción eclesiástica, sueño dorado de sacerdotes sin fortuna, han pasado ya por la decadencia de la piedad religiosa o por la miseria o por mezcla de ambas cosas, probablemente.

Las diversiones más socorridas de nuestros campesinos son las jugadas de gallos y el baile. Se trasportan largas distancias, con su gallo en la mano, para echar su pelea, ordinariamente con apuesta escasa. A los que meten mucho dinero a la pata de un gallo, se les llama buenos tercios. Estos no abundan; pero son citados elogiosamente como hombres que no les duele perder la plata. Invierten tiempo y ponen mucho esmero en alistar sus gallos antes de jugarlos. La pasión los lleva a la infracción de la ley, prohibidas en los campos las jugadas, se internan monte adentro a verificarlas. Sorprendidos por los agentes del orden público, se someten pacíficamente al acción represiva del juzgado policial.

No sólo el juego de gallos apasiona a nuestros campesinos. También les arrastra, al extremo de confrontar las prohibiciones legales, el juego de barajas o talla y el de dados; pero las mayorías no rinden culto a este vicio al cual se dedican más bien jugadores de oficio.

Como las casas o bohíos son de salas poco espaciosas, los bailes se celebran en enramadas preparadas para ese fin con adherencia a uno de los frentes del bohío. La música generalmente la forman un balse, un acordeón, un güiro y un pandero. Las piezas bailables son el carabiné o ron y la mangulina. Para bailar el carabiné los bailarores toman su pareja con la mano derecha y al son de la música describen un círculo caminando rítmicamente sobre la misma mano, luego ese mismo círculo se mueve hacia la izquierda. Cada bailaror suelta su pareja y baila por delante de su vecina de la derecha que hace lo mismo; le da una vuelta tomándola de la mano, y vuelve sobre su pareja a formar la cadena armoniosa del baile; luego, se deshace de ella y baila con toda las parejas hasta volver a la suya; vuelve sobre la izquierda describiendo idénticos movimientos y, cuando cada uno ha reconquistado su pareja, termina la pieza tornándose todos los bailarores de las manos circularmente. Este baile es

dirigido por un bastonero que lo organiza por número determinado de parejas. Uno de los bailarores indica, con un canto, cuando debe hacerse cada movimiento. Los hay encantadores por la gracia de sus cantos. Hay, asimismo, bailarores muy divertidos y figureros. El baile en sí es animador y excitante y si los músicos son buenos y cantan a la vez que tocan las piezas, el entusiasmo se hace delirante. La mangulina es de una música más lenta, menos excitadora, y se baila como la danza a la cual se parece. Se toca siempre después del ron como la danza sigue generalmente al valsé.

Nuestros campesinos viven en casas construidas de tablas de palma y en bohíos de tejamaní embadurnados de lodo y blanqueados luego; pero el tejamaní solamente se usa por los muy pobres o en aquellas secciones en que no hay tablas y resulta muy costosa la adquisición. Los enseres domésticos se componen de sillas criollas, mesas de madera, juegos de platos y tazas y tacitas de loza, cubiertos, calderos, ollas de barro, tinajas, güiros, bangañas, cucharas, sacadores de agua, hechos del fruto del higüero etc. Sólo los muy infelices o los muy miserables carecen de estas pequeñas comodidades. Los hombres duermen generalmente en hamacas de tela; la mujeres en catres o barbacoas con colchones de algodón o de guajaca; pero el uso de la barbacoa ha quedado reducido a cierta clase de gente inferior. Se alumbran con lámparas corrientes o con lamparitas de hojalata, llamadas jumeadoras, o con hachos de pino, que le dicen cuaba.

Adornan sus casas con láminas y retratos recortados de periódicos y puede verse en la sala (las casas generalmente son de dos divisiones) una mesa con su carpeta y encima de ella los vasos y las tacitas de café esmeradamente limpios. No es extraño que en aquellas casas de personas acomodadas que están más en contacto con la ciudad, se vean flamantes camas de hierro, sillas y mecedoras de lustre (extranjeras). Para trabajar visten de fuerte azul y de listado y calzan zoletas; pero en los días festivos, o para determinados actos, visten de dril o casimir y calzan buenos zapatos como cualquier ciudadano.

Las familias se fundan por el matrimonio. Cuando dos jóvenes se dan palabra de cariño, los padres conciertan el enlace que, por lo general, se verifica cuando el mozo ha construido casa y conuco. Las nupcias son un verdadero acontecimiento. Son invitados todos los miembros de la familia y todos los amigos en muchas lenguas a la redonda y ese día los desposados y sus acompañantes lucen sus mejores trajes y los caballos de más brío y renombre, galanamente enjaezados. Verificada la boda, en el pueblo, retoman al lugar de procedencia, y allí la noche transcurre entre libaciones, comilonas y baile. Pero predomina el amancebamiento. Es la forma de establecer familia socorrida por los que no pueden afrontar los gastos matrimoniales. En estos casos los padres y los galanes raptos se entienden familiarmente. Hay Don Juanes rurales que reparten su amor hasta en una docena de mancebas y que cuentan con descendencia ilegítima de cuarenta y más hijos. A decir verdad en el país existe de hecho la poligamia.

Para cercar sus tumbas (desmontes) y hacer la siembra y la recolección practican los principios cooperativos. El interesado invita a los vecinos y todos acuden, abandonando sus propias labores, a dar la ayuda solicitada que no tiene otra retribución que la abundante comida y el aguardiente que consumen durante el trabajo. Esas juntas toman el nombre de convite.

Los amigos se consideran obligados a asistir al velorio, enterramiento y último rezo del amigo muerto. Cuando la desgraciada noticia circula a tiempo acuden de todos los puntos cardinales al velorio. El que no ha podido asistir al velorio, va sin falta al rezo. En los velorios, que generalmente duran de un día para otro, se sacrifican reses o cerdos que se destinan a hacer comida para los concurrentes que, además, son obsequiados con ron, vino, licores, café, jengibre, cigarros y cigarrillos. La noche se pasa entre cuentos, adivinanzas y juegos de brisca y dados (este último está prohibido hoy), mientras un sordo e ininterrumpido murmullo advierte que los que rodean al cadáver rezan por el alma del difunto. A la hora de sacar el cadáver para conducirlo al cementerio, darán con él tres vueltas a la casa. Esta es la despedida del muerto. Es creencia fundada que si no se hace eso,

el muerto quedará rondando la casa y perturbando la paz de la familia. Se cuentan al respecto historias no por fúnebres menos divertidas. Esta costumbre, de origen haitiano, va desapareciendo. El último rezo se verifica el noveno día del enterramiento. Ese día termina el rincón. Para recibir a la enorme concurrencia procedente de todas partes, se hacen grandes preparativos: comidas y bebidas en abundancia. Hay ocasiones en que se liba tanto, que el acto funerario termina en una parranda. Se repiten las mismas escenas del velorio: cuentos, adivinanzas, juego, brindis, etc. ... A los velorios de los niños, que son aprovechados para diversiones (tocar, cantar, décimas, jugar, enamorarse, etc.), se les llama baquiní. Hay parrandas de estas que duran dos y tres días con el muertico en andas. Las mujeres, mientras el luto es riguroso, visten de negro y se cubren la cabeza con paños blancos. Creen nuestros campesinos en que los muertos salen y en las ánimas en pena. Estas se manifiestan en las exhalaciones que cruzan fugazmente por la atmósfera y que les hacen santiguarse exclamando: «Dios la lleve a buen lugar».

En otro tiempo (todas las sencillas costumbres tradicionales van desapareciendo) el 24 de junio, día del patrono de San Juan, aflúan a la villa jinetes y amazonas de todos los campos y por las empolvadas calles fatigaban, en carreteras tendidas, haciendo alarde de su intrepidez y pericia hípicas, los más airosos bridones de buena sangre. La costumbre perdura, principalmente en los campos, pero en decadencia. También perduran aunque sin la pomposidad de otros tiempos, las corridas de burros en honor de San Pedro. Ese día los muchachos aparejan sus burros desde el medio día y se van de juerga para festejar al llavero celeste.

Existe, con carácter religioso, la Hermandad del Espíritu Santo, la cual tiene la mayoría de sus afiliados en la sección del Batey, de habitantes de raza negra. La celebración del Espíritu Santo Comienza con siete viernes de anticipación. Cada viernes se tocan los «palos o juambeses» (especie de balsié de gran tamaño) y a su sonido y al del canto que le acompaña, parejas escogidas trenzan un baile bárbaro, provocativo y sensual, en el cual el hombre es perseguido furiosamente por la mujer, que

le hace mil contorsiones y figuras, hasta que termina cuando el perseguido es atrapado en callejón sin salida, en el círculo de espectadores previamente formado, por su ardorosa y ágil perseguidora. El día del Espíritu Santo la Hermandad concurre a misa y durante la celebración de los oficios se tocan los palos. Cuando un afiliado muere, se tocan también en la casa del muerto y en la iglesia durante los actos fúnebres.

De color religioso, asimismo, son las velaciones, noches de vela y penitencias. Tanto para las velaciones como para las noches de vela se erige un altar en el cual se coloca el santo de la devoción entre cirios encendidos, y alrededor se congregan los rezadores. La velación es de día y durante ella solamente se reza. En las noches de vela se reza y se canta. Tienen aspecto festivo. Los mozos rusticanos se desviven por estos actos que les permiten amoríos. Se celebran en cumplimiento de alguna promesa, generalmente hecha por la conservación de la vida de algún miembro de la familia o amigo, puesta en peligro por enfermedad. Las penitencias son promesas también; pero más comúnmente tendientes a recabar la misericordia de Dios a causa de algún fenómeno natural como temblores, terremotos, aparición de algún cometa, sequía prolongada. En estos casos es costumbre trasportarse a grandes distancias con piedras en la cabeza para depositarlas en sitio determinado. De ahí que en casi todos los vecindarios rurales existan cruces rodeadas de centenares de piedras, las cuales sirven de punto de congregación para la celebración de esas penitencias.

Las fiestas de cruz, en honor de la Santísima Cruz, tienen lugar durante todo el mes de mayo. Un altar con la imagen venerada y cuajado de luces y de flores, congrega a los devotos que entonan a todo pulmón salves que casi siempre rematan con este estribillo: «Santísima, Santísima Cruz de Mayo, señora eh!...»

Los festivales de cada noche tienen sus abanderados que los hacen más rumbosos obsequiando licores, dulces &. En estas fiestas se come, se bebe, se hacen conquistas amorosas y gozan del favor de todos aquellos que andan a caza de aventuras donjuanescas.

Para curar sus enfermedades los campesinos apelan generalmente a dos medios: a las botellas y bebedizos de los curanderos y curanderas rurales y las artimañas, llenas de misterio, del «bocó». El «bocó» es el curador de «guangá». Para los ignaros campesinos todas aquellas enfermedades que no pueden ser combatidas por los curanderos habituales, tienen su origen en el «guangá» y no son curables sino por quien sabe contrarrestar sus efectos. Hoy en día, sin embargo, la mayoría llama al médico y sin duda todo el mundo lo llamara si su ciencia estuviera al alcance de todos los bolsillos. Esta común es extensa, tiene pocos médicos y el transporte de ellos al campo cuesta caro. El resultado es que sólo los que tienen algo de que disponer solicitan sus servicios.

Durante los últimos quince años, en el ánimo de muchos de nuestros campesinos, y aún de muchos campesinos de esta región y de otros lugares del país, ha adquirido proporciones de taumaturgo Olivorio Mateo, habitante de la sección de La Maguana. De entonces acá, por los descreídos, que son los más, Olivorio Mateo ha sido consagrado con el mote irónico de dios Olivorio. Para sus adeptos, Olivorio Mateo es el Maestro. ¿Quién es Olivorio Mateo? ¿Qué influencia ha tenido en las sencillas costumbres de nuestros campesinos? Hasta que apareció llamando la atención de la gente, Olivorio había sido un campesino insignificante, pobre jornalero, en quien se podían notar indicios de anormalidad cerebral. Solía desaparecer algunas veces e internarse en los montes vecinos. Un día, tras larga ausencia, se apareció con un cordón anudado en la frente contando una historia curiosa, mágica: Jinete en un caballo amarillo como el oro, había estado de visita por los países celestes en los cuales el buen Dios le había recibido amablemente y armándole de las virtudes sobrenaturales de que se mostraba poseedor. A un pobre diablo se le ocurrió atragantarse con un pedazo de cuero frito. Olivorio fue llamado y con un simple masaje externo le desatoró.

Para aquellos infelices ignorantes, eso era maravilloso. La fama de Olivorio comenzó a crecer como las pompas de jabón. La curiosidad llevó mucha gente a conocerlo. Otra

mucha, generalmente de inconducta notoria y forastera, se acampó allí para gozar de las delicias de la vida desordenada que se inició. A poco Olivorio era motivo de preocupación para las autoridades locales por los individuos diversos que le rodeaban y que en un momento dado podían ser agentes de perturbación del orden público. Fue capturado y condenado a \$5.00 de multa por ejercer indebidamente la medicina. Cuando fue puesto en libertad, su crédito se hizo más extenso y sus acompañantes aumentaron a favor de la intranquilidad pública reinante que les permitió gozar de impunidad. A raíz de la Ocupación, en los días del desarme, se adelantaron a desarmar a algunos campesinos y por su parte, se negaron a entregar las armas. Perseguidos y batidos, desde entonces Olivorio anda prófugo por las lomas con un pequeño grupo de adeptos que nunca le ha desamparado. Toda persecución ha sido inútil. Es el monarca de las escarpadas lomas que le brindan seguro asilo. Olivorio en sí es nadie. Un hombre que comúnmente está borracho y que al hablar con él da la impresión de un loco. Salvo algunos agravios al pudor femenino y cierta holgazanería fomentada, por algunos duchos que explotaban aquella agrupación fanatizada, bajo la dirección del santomero Juan Samuel, hábil en prácticas espiritistas, la influencia de Olivorio Mateo en nuestras masas rurales ha sido nula. Pero es un tipo curioso de nuestro medio, interesante por la multitud de personas que le ha rodeado, creyéndole un enviado de Dios, y no podía ser eliminado de estas notas.²⁴

Lenguaje

En nuestros campesinos se advierten los defectos de lenguaje que son comunes en todo el país; pero no tan marcados como

24 Poco tiempo después, Olivorio fue traicionado por un compañero y muerto por la fuerza pública en lo que se llamó un combate. Su cadáver fue llevado a la población de San Juan y enterrado en su cementerio.

en otras regiones del Norte y del Este. Sabido es que en el Sur es donde mejor habla el campesino.

El seseo, el cambio de la *r* por *l*, la omisión de la *d* participial, el uso indebido o la omisión indebida de la *s*; en general, un caos de apócopes y síncopas, son los vicios más frecuentes de pronunciación en nuestras masas incultas. A continuación se anotan aquellas palabras que hemos podido recordar, dada la precipitación con que escribimos este trabajo.

Nombres	Equivalencias
Comía	Comida
Jambre	Hambre
Cirguela	Ciruela
Jamaca	Hamaca
Sitación	Situación
Dexámenes	Exámenes
Estilla	Astilla
Jacho	Hacho
Trompezón	Tropezón
Arrepunjón	Empujón
Mají	Maíz
Mai	Madre
Pai	Padre
Señó	Señor
Siño, siña	Señor, señora
Mujé	Mujer
Compai	Compadre
Empolla	Ampolla
Jartura	Hartura
Deo	Dedo
Verbos	Equivalencias
Cotudera	Costurera

Comonidad	Comodidad
Jondear	Tirar
Pasiar	Pasear
Ñamar	Lllamar
Molliznar	Lloviznar
Deserbar	Desyerbar
Gormar	Vomitar
Aguaitar	Mirar
Otorgar	Estorbar
Liriar	Lidiar
Pechar	Encontrarse con otra persona

Adverbios

Asina	Así
-------	-----

Preposiciones

Dende	Desde
-------	-------

Conjunciones

Manque	Aunque
--------	--------

Frases

Dar del cuerpo	Defecar
Hacer agua	Orinar
De viaje, de viajito	De una vez
Arción	Acción
Marcé (haitianismo)	Mercado
Jarina	Llovizna menuda
Correncia	Diarrea
Jervio	Brebaje
Rezao	Rezo

Adjetivos

Acabao	(todo los acabao participios)
Jarto	Harto
Mesmo	Mismo

Enyente	Idiota
Negrú	Negrudo
Lírico	Sólo único
Líquido	Sólo, único

Verbos

Juí, juye	Huí, huye
Vide	Vi
Haiga	Haya
Semos	Somos
Váyemos	Vayamos
Andé, andó	Anduve, anduvo
Tráime	Tráeme
Saliré	Saldré
Dir	Ir
Diré	Iré
Díbamos, íbanos	Íbamos

Datos generales. Estado sanitario

Aquí no existen enfermedades infecciosas, de esas que en otras partes constituyen una calamidad social. El mal de Lázaró no se conoce. Son muy raros los casos de tuberculosis. La enfermedad endémica del lugar es el paludismo. Casi todo el mundo es palúdico. Este estado palúdico influye notablemente, mermándola, en la asistencia diaria a los establecimientos escolares. Las enfermedades que anualmente dan un porcentaje a las estadísticas necrológicas son el tifus y la pulmonía, con sus complicaciones.

Instrucción

Las secciones rurales no son reacias a la divulgación de la instrucción pública. Todos aquellos barrios en que hay escuela

establecidas, tienen locales propios hechos con el peculio de los guardianes. Los niños, con excepciones contadas, concurren diariamente a las aulas. Cuando algún guardián descuida sus obligaciones escolares y es sancionado, casi nunca reincide. En aquellos vecindarios en que se nota cierta dificultad, que son raros, es generalmente ocasionada por los guardianes que no tienen con qué vestir y proveer de útiles a sus niños. Las sociedades populares de educación no han tenido el éxito a que estaban llamadas según la orden que las creara; pero es porque aquí, como en casi todo el país, el espíritu de asociación es tan débil que apenas puede decirse que existe. A esto se agrega que generalmente los campesinos no conocen en estos casos cuáles son sus derechos y deberes y todo lo esperan de las cabezas directoras. Sin embargo, a pesar de la miseria general imperante, se pudo conseguir la construcción de locales. Y muchos otros están a medio hacer desde que la situación económica, barriando a las escuelas públicas como una tempestad, llevó el pesimismo y el desencanto hasta a los ánimos más optimistas.

Esta común, según cálculos recientes hechos por esta Inspección de acuerdo con el Censo de 1920, tiene 7185 niños en edad escolar, de los cuales reciben escolaridad 1173, en una escuela urbana y 7 rurales. Para darle escolaridad a los 6012 restantes, se necesitarían 60 escuelas y 30 maestros, uno para cada 100 menores, con un gasto mensual aproximado, para el pago del personal docente solamente, de \$1200. Tales datos ponen de manifiesto lo pobremente atendida que está la instrucción pública en esta común, una de las más vastas de la República, y la necesidad en que se está de remediar esa penosa situación.

SAN JUAN, 4 DE ABRIL DE 1922.

VÍCTOR GARRIDO
Inspector de Instrucción Pública
del Distrito Escolar No. 5



Arco de Triunfo a la entrada de San Juan de la Maguana, símbolo emblemático de la ciudad cabecera de la provincia creada mediante la Ley 1521 del 20 de junio de 1938. El arco de Triunfo fue inaugurado el 1° de enero de 1939 para conmemorar este acontecimiento. A la izquierda se observa parcialmente oculto el Palacio del Ayuntamiento, construido en la década del 50 como parte de un moderno complejo arquitectónico que incluye el Hotel Maguana y el Palacio de Justicia.

El regreso²⁵
(poema a San Juan)

Por Víctor Garrido

*Retorno a ti para vivir de nuevo
pues siempre vas al corazón prendido,
y tu recuerdo por el mundo llevo
como la novia que jamás olvido.*

*En tus llanuras cultivé mis flores;
en tus florestas aprendí mi canto;
soy un pájaro más de tus alcores
que en la ciudad envejeciera un tanto.*

*¿En dónde está cuánto me fuera amado?
¿La plaza con sus próceros laureles,
el prado en flor, el jabillar del río...?
Las mudanzas del tiempo te han cambiado,
y sólo mis nostalgias les son fieles
a todo aquel encanto que fue mío.*

25 Julio Jaime Julia, *Un ciento de los mejores sonetos dominicanos*, Santo Domingo, 1977, Editora Taller.



Víctor Garrido haciendo gala de sus dotes de orador durante una conferencia en Brasil en la década del 50.

Mi poesía²⁶

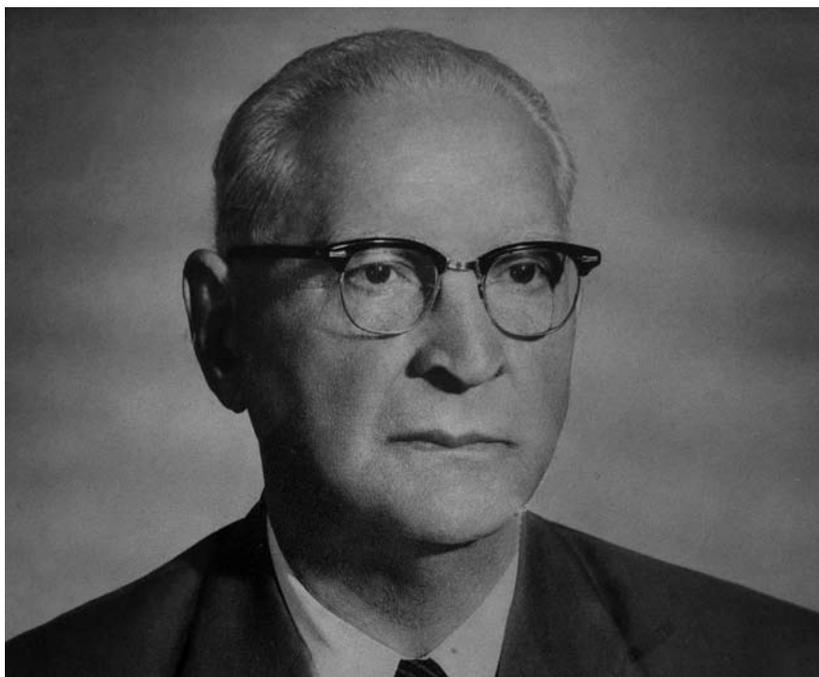
Yo escribí mis primeros versos antes de los catorce años. Al terminar mis vacaciones escolares de 1901, regresé a Azua con mi padre. Dejaba atrás en San Juan a la mujer amada, tan adolescente como yo, no más que con la vaguísima esperanza de tornar a verla un día si era leal a mi recuerdo. Mi nostalgia se escapaba en arrebatos de impotencia. ¿Qué otra cosa podía hacer un enamorado muchacho de 15 años que no fuera devorar en silencio su desesperación y su congoja? Mi reencuentro con ella, dos años más tarde, fue como un estallido de mi sensibilidad. Los cielos se abrieron para recibirme. El amor y las sosegadas campiñas sanjuaneras despertaron mi corazón a la poesía. Era mi deleite cotidiano irme de paseo por la sabana con mi amigo Manuelico Paulino a esperar, tendidos sobre la verde grama, la temblorosa aparición de las estrellas con el dulce morir de los atardeceres. Si mis versos son fundamentalmente amorosos, si ellos recogen la melancolía crepuscular de aquellos cielos, el rumor sinfónico de aquellos ríos, la canción apagada de aquellas llanuras y la majestad de aquellas montañas, envueltas en la neblina azul de la distancia, del San Juan eglógico que yo viví, es porque amor, cielo, ríos, llanuras y montañas me enseñaron a soñar y a cantar. Soy un pájaro de esos prados que la política

26 Víctor Garrido, *En la ruta de mi vida*, Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, 1970, pp. 18-20.

y el servicio a la patria metieron en su jaula. Por encima de mi cara seria y mi mano dura de funcionario que cuida con celo de las responsabilidades a su cargo en un país que se acostumbró a la indisciplina y el desorden, soy un sentimental y un romántico y he vivido, a pesar del tiempo adverso, como un soñador y un poeta. Doy a Dios las gracias por no haberme tentado con la codicia que abre la ruta a la impudencia. La floración poética de mis primeros años, recopilada en un cuaderno, se me extravió en Azua en las postrimerías del año 1914 de modo que nunca acerté a explicarme. Tres o cuatro lustros después, supe que dicho cuaderno cayó en manos de cierta persona que fue olvidadiza en devolverlo a su dueño.

Mi estada en San Juan y las perturbaciones políticas interrumpieron mis estudios por varios años. La situación anormal del país era desfavorable a los estudiantes del interior que carecían de recursos para trasladarse a la capital de la República que era donde existían posibilidades para estudiar. Me dediqué a leer cuanto caía en mis manos, que no era mucho ni lo más apropiado para formar el buen gusto literario. En la escuelita primaria que dirigía don Arquímedes Paulino me tropecé con los restos de una antigua entelequia de biblioteca, y entre sus libros encontré *a Nuestra Señora de París* y *Los Miserables*, *Venezuela Heroica*, una biografía del general Páez, y algunos otros libros que no recuerdo sus nombres. Estaba de moda Vargas Vila con su prosa vibrante y combativa que me encantaba leer en alta voz. Las novelas de Carlota Bramé y Carolina Invernicio andaban a la orden del día entre las muchachas, Juan de Dios Peza, Manuel María Flores, Salvador Díaz Mirón y Gutiérrez Najera no eran desconocidos en la villa. *Azul*, de Rubén Darío, regalo de don Reynaldo Valdez, fue una novedad para mí. Creo que para ese entonces llegaba a las librerías de Santo Domingo por primera vez. Vine a poder examinar el bachillerato en el año 1916 y la Licenciatura en Derecho en 1929. Durante toda la ocupación militar norteamericana no quise salir de San Juan. La presencia del yankee sublevaba mi nacionalismo radical; pero serví una inspección de Instrucción Pública, porque dentro de la escuela

manteníamos encendida la llama del amor a la patria y porque los jóvenes dominicanos que decidimos asumir la dirección del servicio con el licenciado Ortega Frier a la cabeza como superintendente general de Enseñanza, evitamos la invasión de maestros puertorriqueños proyectada por el gobierno militar. Por primera vez en nuestro país se juraba diariamente la bandera a los acordes del Himno Nacional antes de comenzar las clases. El Lic. Ortega Frier fue el primer organizador de la enseñanza primaria en nuestro país y siempre respaldó sin miedo las autoridades escolares cuando tenían razón.



Víctor Garrido en los años 60.

Elegía Blanca²⁷

*Estoy triste, Señor, porque se muere
la amada de mi vida;
la que nunca me enoja ni me hiere,
la que puso en mi alma que la quiere
la blancura de un ala bendecida.*

*Me la llevas después que me la diste
como un rosa blanca.
Si en mi jardín de ensueños la pusiste
toda alma, toda dulce, toda triste,
¿Por qué, Señor, tu mano me la arranca?*

*Para tu gloria tienes, cuanto aspira
el santo anhelo tuyo.
Yo no tengo más luz que si me mira,
más gloria divinal que si suspira,
ni ventura más tierna que su arrullo.*

*¡No la lleves, Señor, para tu lado!
¡No me quites mi aurora!
Permite que mi ser por ella amado,*

27 Víctor Garrido, *Poesías completas (1910-1953)*. Buenos Aires, Argentina, Editora América, 1954, pp. 26-28.

*viva en la gracia de su amor bañado
cual si fuera en tu gracia redentora.*

Yo era malo, Señor: ahora soy bueno.

Ella me dio su albura.

*Dejé para volar cuanto de cieno
había en mi ser y estoy de azul tan lleno
como lo está la fuente de frescura.*

*Era la vida para mí un sudario
que en hielo me envolvía.*

*En mi rudo camino solitario
cada paso en la sombra era un calvario,
y ella juntó su mano con la mía.*

*¡Y cuando todo para mí se anima
y es la vida una gloria,
quieres tronchar la perfumada rima
que me enseñó a vivir sobre la cima,
y trocar mis alburas en escoria!*

*Ten piedad de su boca que es un lirio,
de sus ojos azules,
de sus manos nevadas como un cirio,
y del cruel y recóndito martirio
que me darás al desgarrar sus tules.*

*Señor, la quiero, la quiero porque me hizo bueno,
porque me dio pureza,
y está mi corazón de ella tan lleno,
y es su amor para mí como un sereno
resplandor de bondad y de belleza.*

*Si deshojas, Señor, entre mi brazos
la amada bendecida,
me darás el negror de los ocasos,
y dudaré de ti que en tus regazos
tienes la luz del bien y de la vida.*

Protesta contra la Convención Dominico-Americana de 1907²⁸

En mayo de 1907 recibí el primer golpe de la realidad política dominicana. Las negociaciones diplomáticas que culminaron con la aprobación por nuestro Congreso de la Convención Dominico-Americana, habían dividido la opinión pública. Los horacistas en el poder, salvo excepciones, las apoyaban. El bando de oposición, las repudiaba. Elementos no afiliados a esos bandos, que podrían calificarse independientes, repartían también su opinión. El *Listín Diario*, el más caracterizando órgano de la prensa nacional, así como otros periódicos, recogían en sus columnas las voces de la opinión pública, en su mayoría contraria a ese convenio que implicaba la mediatización de nuestra

28 Víctor Garrido, *En la ruta*, pp. 20-22.

La Convención Domínico-Americana de 1907 se realizó con el propósito de saldar la deuda externa e interna del país y superar la crisis económica que se vivía a principios del gobierno de Ramón Cáceres (1905-1911), a causa del mal manejo del ex presidente Ulises Heureaux (Lilís), durante su gestión. Lilís, incluso, llegó a emitir papeletas sin respaldo. Cáceres obtuvo un préstamo de Estados Unidos de \$20,000.000 dólares para pagar las deudas. El convenio permitió a los Estados Unidos el control aduanal de la República, así como la regulación y control de la política financiera, a cambio de abrir una línea de crédito. El control financiero de la República facilitaba que los Estados Unidos intervinieran en los acontecimientos políticos dominicanos cada vez que consideraran que el funcionamiento de las aduanas y los cobros de sus intereses estuvieran amenazados. Véase, Frank Moya Pons, *Manual de historia de dominicana*, Santo Domingo, D.N., Editora Corripio, 2002, p. 445. (N. del E.).

soberanía con la hipoteca de uno de sus atributos más importantes. Sus defensores lo consideraban una necesidad para salvar el país del caos económico en que lo habían sumido las constantes guerras civiles de los bandos personalistas.

A los 21 años yo conservaba mi independencia política. Consideraba que un gobierno constructivo de orden y de paz, surgido del sufragio libre del pueblo, que asumiese con responsabilidad el cumplimiento de nuestras obligaciones internacionales, podía evitarnos la afrenta del abandono de nuestra autonomía económica en manos extranjeras. Yo creía en la democracia. Creía en los principios de derecho, libertad y justicia en un país que desde su nacimiento estuvo sometido a la opresión de los dictadores y a la anarquía de las contiendas civiles. En un país que desterró a Duarte, padre de la Patria, para entronizar a Pedro Santana, el traidor. Mi opinión, que era sencillamente la de un desconocido en las esferas políticas locales que no andaba en comadreo con los que las manipulaban, era contraria a la Convención. Para mí, aparte de las ventajas que pudieran derivarse de su aceptación según vociferaban sus abanderados, era cuestión de patriotismo rechazarla. Cuando llegó el *Listín Diario* a San Juan con las informaciones relativas a su aprobación por nuestro Congreso, no tuve reparo en protestar el infausto suceso en la plaza pública, dentro de un grupo de horacistas que lo comentaba con alborozo que me pareció indigno. Mi actitud, combatida por pasión partidaria de Manuel de Js. Rodríguez Varona, secretario del general Wenceslao Ramírez, delegado de frontera, adquirió proporciones excesivas. Tomó la pendiente del agravio personal, por destemplanza de mi adversario, y a no ser por la intervención oportuna de algunos amigos, aquello hubiera rematado en un lace entre los dos. Se acercaba el anochecer cuando esto ocurría. Mi actitud era cosa inusitada en una situación que se mantenía por el uso de la fuerza y en un medio acostumbrado a oír solamente la palabra gubernamental. Los horacistas resolvieron castigarme. Dos horas después, saliendo de la iglesia, fui reducido a prisión de orden del teniente Faustino Lagares, de la Guardia Republicana, jefe interno del puesto. Pocas horas después, tenía un par de grillos

en las piernas. Al día siguiente, en horas de la tarde, me visitaba en la cárcel el sargento Octaviano Comas, jefe del puesto, para comunicarme que preparara la maleta porque sería enviado a la capital como preso político. Era viernes. En la mañana del sábado regresó a la población de su campo de Sabana Alta, el general Juan de Dios Ramírez, jefe comunal. Era hombre si de escasas luces inteligente, ecuaníme y justo. Entre él y el sargento, se producían con frecuencia fricciones a causa de invasión de su autoridad por el segundo. Unas horas después de su llegada, el general me visitó en la cárcel para informarse directamente acerca de lo ocurrido. Después de oírme, dijo simplemente: «Voy a probar a Octaviano que el que manda aquí soy yo. Tú no vas para la capital; para donde vas es para tu casa». Y ordenó que me pusieran en libertad. A la pugna entre el jefe comunal y el sargento de puesto, debí que se me libertara en momentos en que se pensaba hacer más dura la prisión. Por la Convención Dominico-Americana sufrí el primer carcelazo político. Fui el único hombre en el Sur que padeció cárcel por esa causa y de los pocos que en la República corrieron esa suerte. No recuerdo sino al intrépido periodista Miguel Ángel Garrido. Cuarenta años más tarde, desempeñando las funciones de secretario del Tesoro y Crédito Público, el destino me dio la oportunidad de que me tocara entregar al generalísimo presidente Trujillo el cheque con que se canceló la deuda pública que tantas humillaciones ocasionó a nuestro país. Sus ineptos sucesores se han encargado de endeudarlo otra vez con su incapacidad administrativa y su disposición a aceptar la ayuda extranjera siempre peligrosa para los pueblos débiles.²⁹

29 (N. de E.) La copia del cheque entregado como saldo de la deuda externa, el oficio de remisión y los juicios externados por el otrora Secretario del Tesoro y Crédito Público, Lic. Víctor Garrido, son publicados en este volumen en apego estricto a su valor documental e histórico.

Remisión del cheque de cancelación de la deuda externa

Oficio dirigido al entonces Presidente Trujillo por el
secretario de Estado del Tesoro y Crédito Público

Ciudad Trujillo, R. D.
19 de julio de 1947

Señor Generalísimo Doctor
Rafael L. Trujillo Molina,
Presidente de la República.
Su despacho.

Asunto: Remisión del cheque número 263706 por la suma
de \$9, 271, 855.55 para la redención de la deuda
externa

Excelentísimo Señor Presidente:

Complázcome en poner en vuestras manos, en cumplimiento
de la ley No.1484, del 18 de este mes, el cheque número 263706,
por la suma de \$9, 271, 855.55, destinado a la redención total de
la deuda externa representada por los bonos de los empréstitos
de los años de 1922 y 1926.

Esta suma incluye principal, prima e intereses de conformi-
dad con la liquidación final presentada por la Guaranty Trust
Company, agentes fiscales del Gobierno dominicano en New
York, y aprobada por esta secretaría de Estado.



Este cheque es el más cuantioso extendido por la Tesorería de la República Dominicana en su historia centenaria y el único que lo ha sido para una finalidad que es la meta de una campaña redentora. La ley que lo autoriza tiene en el proceso de nuestra lucha cívica por desacirnos de la esclavitud económica un valor tan alto como el de la batalla de Santomé en el proceso de nuestra lucha armada por la independencia de la Patria.

Es la victoria decisiva de vuestro esfuerzo, en permanente función de dominicanidad, encaminado a rescatar la soberanía económica y hacendadística de la República.

Con alma clara, en vigilia de gratitud, y pensamiento limpio, con devoción administrativa de lealtad, que es como deben acercarse los dominicanos a quien ha montado guardia en el poder para custodiar las glorias de la Patria y alcanzado del polvo la bandera para acaudillar el engrandecimiento de la República, renuevo a Vuestra Excelencia mis congratulaciones fervientes por su hazañoso rasgo de extinguir la causa que sirvió tantas veces de pretexto para la injerencia foránea en nuestros asuntos internos.

Muy respetuosamente,

VÍCTOR GARRIDO
Secretario de Estado
del Tesoro y del Crédito Público



La fotografía registra la ceremonia de pago de la deuda externa en el Palacio Nacional. El presidente Rafael Leónidas Trujillo Molina recibe de manos del licenciado Víctor Garrido, secretario de estado del Tesoro y Crédito Público, el cheque de cancelación de la deuda externa que entregó a su vez al tenedor de libros norteamericano, Oliver P. Newman. Observa sonriente Manuel de Moya Alonzo, asistente personal del Poder Ejecutivo.

Bibliografía

Garrido Puello, Víctor

Espigas Históricas, Impresora Arte y Cine, 1971.

En la ruta de mi vida, Impresora Arte y Cine, 1970.

Poesías completas, Impresora Arte y Cine, 1965.

Política de Francia en Santo Domingo, Impresora Arte y Cine, 1962.

Los Puello, Editora Montalvo, 1959.

Poesías completas, Editorial América, 1954.

Trujillo restaurador de la independencia financiera de la República Dominicana, 1943.

La conquista de la gloria, 1940.

Otros autores

Galván, Manuel de Jesús. *Artículos y controversia histórica*, edición del Archivo General de la Nación, 2008. (Editado por Andrés Blanco Díaz).

_____. *Peña Batlle en la Era de Trujillo*, Letra Gráfica, 2007.

Jimenes Grullón, Juan Isidro. *El mito de los padres de la patria*, Editora Universitaria, 1971.

Mateo, Andrés L. *Mito y Cultura en la Era de Trujillo*, Editora de Colores, 1993.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Nuevas noticias del general Santana*. Roma, 1951.

_____ *Lengua y Folklore de Santo Domingo*, edición de la Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, 1975.

Periódicos y revistas

Encuesta acerca del General Santana, periódico *El Caribe*, 1957.

Colección de *Clío*, revista de la Academia Dominicana de la Historia. 1936-2003.



EDNA GARRIDO DE BOGGS

EDNA GARRIDO DE BOGGS

Educadora, investigadora folklórica, ensayista. Nació en Azua el 19 de junio de 1913; y se crió en San Juan de la Maguana. Se graduó de maestra normal. Ejerció el magisterio de 1934 a 1946, año en que viajó a Estados Unidos para ampliar sus estudios del folklore. Allí estudió bajo la dirección del profesor Ralph S. Boggs y de otros especialistas de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. A su regreso al país en 1947, fue designada jefe de la sección folklórica de la Dirección General de Bellas Artes, cargo que ejerció hasta 1948, cuando renunció luego de contraer matrimonio con el doctor Boggs. Vivió durante muchos años en Miami, Florida, EE. UU., donde continuó ocupándose del folklore dominicano mediante publicaciones, conferencias, artículos, etc. En 1952 ganó el primer premio de la sección de folklore en un concurso literario celebrado en Santo Domingo. Fue fundadora de la primera Sociedad Folklórica, fundada en Santo Domingo en 1947, y fundadora del «Boletín del Folklore Dominicano» de 1947 a 1948. En 1969 el Gobierno Dominicano otorgó a Edna Garrido de Boggs la Orden Heráldica de Juan Pablo Duarte, en el grado de Comendador, por su labor folklórica.

OBRAS PUBLICADAS:

Versiones Dominicanas de Romances Españoles, Santo Domingo 1946, *Folklore Infantil de Santo Domingo*, Madrid 1956. *Reseña histórica del folklore dominicano, Santo Domingo*, 2006. Artículos sobre temas folklóricos están calzados con su firma, algunos de los cuales son: «Las Lomas Dos Hermanos», *Boletín del Folklore Dominicano*, 1947, I, núm. 1; «El aguinaldo», «*Boletín del Folklore Dominicano*», 1948, II, núm., I; «Lo Folklórico y lo Popular», *Revista Actualidad*, agosto 16, 1947, IV; *Diccionario de Refranes Dominicanos*; *Boletín del Folklore Dom.*, 1948, II, núm. 1; «La Sarandunga», *Cuaderno Dominicano de Cultura*, VII, núm. 77; «Panorama del Folklore Dominicano», *Revista Américas*, 1961, número 34. Universidad de Miami. «El Dominicano visto a Través de sus Juegos», *EME*, 1975, III, número 17. En colaboración con R. S. Boggs, «Unas categorías de adivinanzas ilustradas con ejemplos dominicanos, homenaje a Luis de Hoyos Sainz», Madrid 1949, I; y «Supervivencias de Refranes Españoles en Santo Domingo», *Folklore Americano*, XV/XVI, núm. 15.

DOS CUENTOS FOLKLÓRICOS

Las lomas «Dos Hermanos»¹

Contaba yo pocos años cuando oí por primera vez la tradición de las lomas «Dos Hermanos». Fue en uno de mis viajes al Sur, cuando iba de veraneo a mi San Juan querido. Esa vez hacía el viaje con mi tío Carmito –quien me iba ilustrando acerca de todo lo que veíamos en el camino–, él, gran conocedor del lugar que ha caminando palmo a palmo infinitas veces, y yo ignorante de todo por mis pocos años y por estar alejada del terruño otros tantos más. Recuerdo que fui yo quien le preguntó cómo se llamaban unas lomas que alcanzábamos a ver desde la carretera, las cuales me habían llamado la atención por lo semejantes que eran, él me dijo el nombre y, a renglón seguido, me narró su historia. Esta hizo viva impresión en mí, tanto, que pasaron muchos años y seguí recordándola con todos sus matices.

Cuando en el verano de 1944 asistí al cursillo de folklore que el Prof. R. S. Boggs dictara en nuestra Alma Máter, al oírle hablar de las tradiciones, ésta acudió a mi memoria, entonces volví a pedirle a mi tío que me la relatara otra vez, y él, con la amabilidad que le caracteriza, me la narró de nuevo, tal y como la doy a continuación:

1 *Boletín del folklore dominicano*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1946, Núm. 1, pp. 28-29.

Había un marido y su mujer, quienes tuvieron dos hijos mellizos, varones, tan parecidos, que la madre sacándolos de la misma hamaca hacía mamar dos veces al mismo creyendo que era al otro, y se daba cuenta de que era el mismo, cuando éste no quería el seno, mientras el otro gritaba en la hamaca. Estos niños se criaron juntos en todo momento, hasta llegar a ser jóvenes de veinte años: juntos iban al conuco, allí, sin separarse, trabajaban en las mismas ocupaciones: si necesitaban cargar un palo, cada uno lo levantaba por una punta, iban ambos a arrear el ganado de vaca, chivo, puerco, etc.; tal era la unión entre ellos que cuando uno se quebrantaba, se quebrantaba el otro. Se cuenta que ninguno fue a una fiesta, de la índole que fuera, sin que fuese el otro, y, los dos bailaban en la misma pieza, porque si no había oportunidad para los dos, el otro se quedaba sin bailar hasta esperar que pudieran hacerlo los dos.

Solo el amor pudo turbar la armonía que existió entre ellos desde la niñez hasta la juventud. Fue una mujer el motivo de que se interrumpiera el género de vida que habían llevado entre los dos: Ambos la encontraron buena moza, ambos la amaron, y, ella, por piedad o por amor, también amó a los dos. Fueron muchos los intentos familiares y amistosos que mediaron entre los dos hermanos y la doncella por ellos amada, no obteniendo nadie la manera de reconciliar esta circunstancia. Se cuenta que un día llegó uno de los dos hermanos a la casa de la amada y ella salió a recibirlo con todo el contento que da el amor, se estaban abrazando y besando, justamente, en el momento que llegó el otro, circunstancia que provocó ir a las manos los dos hermanos que habían vivido enteramente unidos en todos los momentos. Tanto la amada como las demás personas presentes en ese desgraciado momento, lucharon por volver la paz entre ellos, no obteniendo nada hasta que cada uno de los hermanos se desplomó muerto al peso de las puñaladas que cada uno recibió de las manos del otro. Dícese que la amada también recibió heridas de las manos de ambos.

Enterraron a los hermanos uno al lado del otro, tal como habían vivido siempre. Al tiempo de enterrados, empezó a levantarse

la tierra sobre cada una de las sepulturas, creciendo y extendiéndose en sentido contrario una de la otra, llegando a hacerse las dos lomas que llaman «Dos Hermanos», que se encuentran en Arroyo Salado, hoy, sección de la común de Padre las Casas, Provincia de Azua. El viajero que pasa por la carretera que une a Azua con San Juan, puede ver estas lomas a poca distancia del camino; son completamente iguales en altura, extensión, vegetación, etc.

AGOSTO, 1944.

Informante: José del Carmen Ramírez, de 66 años de edad, San Juan de la Maguana, a quien le fue relatada por su padre don Wenceslao Ramírez cuando éste tenía 70 años y por Bruno Patricio, quien entonces tenía 89, hace más o menos 38 años (en referencia al año en que se hizo el estudio).

El rey Francisco y la reina Mora²

En un país del mundo occidental hubo un rey nombrado Francisco Argüello, quien contrajo nupcias con la reina Ondina de Montreal, los que vivían felices y habían tenido un hijo, al cual llamaron Francisco, y mimosamente le decían Francisquito.

Criaban a un hermano de la reina llamado Marcebélico, el que estaba ya en sus quince años, y era tenido en el palacio real cual si fuese un príncipe por su parentesco con la reina, su ejemplar conducta y sus relevantes buenas cualidades.

Dentro de los dominios del reinado vivía una princesa mora, la que se enamoró locamente del rey Francisco, a quien perseguía amorosamente cual si se tratase de una presa. Cuando el rey solía ir a la ciudad en la cual vivía la princesa, ésta lo colmaba de atenciones, presentes y de todo género de manifestaciones amorosas; pero el rey hacía como si no entendiese su amor e interés por él. Mas un día, juntos en un festival, la princesa declaró su amor al rey, quien no pudo corresponderle por su lealtad a la reina, adorada suya. Esto motivó un gran enojo de parte de la princesa, la que desde aquel día juró destruir a la reina y ocupar su puesto al lado del soberano como reina.

Había entre los moros miles de hechiceros, los que sabían poner en juego cuantas supercherías puedan imaginarse, y

2 Edna Garrido de Boggs, *Folklore infantil de Santo Domingo*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2004, pp. 101-103.

la princesa, valida de sus relaciones con ellos, consiguió a una mujer, de esas que llaman brujas, a la que, luego de entenderse con ella sobre los fines perseguidos, logró introducir en el palacio como dama de la reina para ocuparse de su vestuario, tocado, etc. Un día, esta mujer peinaba a la reina, y aprovechó para introducirle en la nuca un alfiler de los de cabecita, el cual, en vez de producirle la muerte, la transformó en una paloma, que, alzando el vuelo, desapareció en el espacio, desapareciendo también, por consiguiente, la reina del palacio.

Este acontecimiento produjo un gran revuelo entre los cortesanos, y cada cual tenía una leyenda distinta acerca de la desaparición de la reina, y sobre todo por haber dejado a su hijo y a su hermano, a los que amaba entrañablemente. La malvada de la princesa mora escribió al rey dándole la falsa nueva de que había visto a la reina Ondina huir con un amante para lejanas tierras, y que jamás volvería ni sabría de ella.

Valida la princesa mora de sus supercherías y buenas relaciones, pues siempre los malos encuentran hacedores, se rodeó de muchas personas, quienes trabajaban en el ánimo del rey para que la eligiera a ella como su nueva consorte. Aunque el rey había quedado muy apenado con la desaparición de la reina Ondina, de quién inútilmente trató de tener noticias, al fin, creyendo en la infamia de la cual fue acusada por la princesa mora, se dispuso a contraer nuevo matrimonio con ésta, pero advirtiéndole que si al correr del tiempo se sabía de la reina, y que ella no hubiese cometido infidelidad alguna, sino que hubiese desaparecido por virtud de magias, etc., él castigaría severamente a todos cuantos aparecieran envueltos en la trama, y se casó con la princesa mora.

En el jardín del palacio que existía frente a las habitaciones del rey, la reina Ondina había plantado un árbol llamado «árbol de la vida», el cual era atendido por ella diariamente; al desaparecer la reina, el árbol fue pereciendo porque nadie tenía el cuidado de atenderlo, y al fin quedó enteramente seco. El rey ordenó que se garantizara al árbol de no ser tocado por manos humanas, y en su rededor se colocó una verja.

Con el tiempo, apareció en las ramas del árbol seco una paloma muy blanca y bella, la cual entablaba diariamente con Marcebélico el siguiente diálogo:

Paloma: Marcebélico, hermano.

Marcebélico: ¿Qué quieres, paloma?

Paloma: ¿Y el rey y la reina?

Marcebélico: Como reyes y señores.

Paloma: ¿Y la reina mora?

Marcebélico: Cantando, bailando y gozando con todos.

Paloma: ¿Y el rey Francisco?

Marcebélico: Siempre gentil; muy preocupado y muy triste.

Paloma: ¿Y el niño?

Marcebélico: Que a veces canta y a veces llora.

Paloma: ¡Ay! ¡Pobre de su madre por los campos sola!

Como este diálogo se repetía diariamente, los cortesanos se enteraron de él, y un día se le habló al rey de ello. Este se manifestó muy sorprendido de la ocurrencia, especialmente porque él jamás había creído en la desaparición voluntaria de la reina. La reina mora había ordenado que se le diera muerte a la paloma, pero el ave, desde que veía algún movimiento, alzaba el vuelo y se iba. En cambio, el rey ordenó impregnar las ramas secas del árbol de una sustancia muy pegajosa para coger a la paloma. Así se hizo, y al volver el ave al siguiente día, cuando terminó su diálogo con Marcebélico, fue a volar y no pudo, pues había quedado presa en el árbol. Subieron a cogerla, pero la paloma estaba arisca y pataleaba mucho, por lo que el rey ordenó que se le trajese una escalera, y él mismo subió a cogerla. La paloma, en viendo al rey, se quedó muy quietecita y se dejó tomar sin dificultad, de manera que el rey la desprendió del árbol y bajó con ella posada en su hombro. De igual modo pasaba el tiempo mientras el rey estaba en palacio, y éste dio órdenes de cuidar de la paloma como de su propia persona. La reina mora trató varias veces de matar al ave, pero fue impedida de ello, y llevadas a conocimiento del rey sus malas intenciones. Por esto consideró el

rey, quien había oído el diálogo de la paloma con Marcebélico, que aquí se encontraba la verdad de la desaparición de la reina.

Él mimaba mucho a la paloma, y un día, mientras la acariciaba, se puso a espulgarla por todas partes, y yendo hacia la cabeza, tropezó la uña con una resistencia; entonces el rey, abriéndole el plumaje, vio la cabecita de un alfiler, y tirando de él, lo sacó e inmediatamente se trocó la paloma en la reina, más joven y seductora que nunca.

El rey pudo indagar acerca de los autores de la transformación de la reina, y una vez encontrados los culpables, fueron condenados a padecer una muerte horrible, cual la merecían, siendo la primera de todos la reina mora. La reina Ondina volvió a su palacio y al regalo de su esposo, y vivieron muy felices.

Informante: José del Carmen Ramírez, enero 1950.
Aprendido en San Juan de la Maguana.

Una versión italiana de este cuento aparece ya en el siglo xvii en *El Pentamerone*. Su difusión ha sido extraordinaria. En un estudio que de él hizo Cosquin, demostró que muchos de sus motivos se encuentran en un antiguo y bien conocido cuento oriental. Es éste, sin embargo, un tipo de cuento antiguo, fundamental y completamente definido en la tradición europea.³ En el estudio de este cuento que hizo Espinosa, él distingue tres tipos distintos de versiones, las que agrupa según la analogía de sus elementos constitutivos. Las versiones españolas, en su mayor parte, pertenecen al tipo I, y es en España e Italia, donde este tipo es verdaderamente popular. Nuestra versión puede ser incluida en este mismo tipo, aunque en su composición falta el motivo primero (el hallazgo de las tres naranjas de amor), que aparece, sin embargo, en las versiones que recogió Andrade en otras partes del país. La versión italiana del siglo xvii difiere un tanto de las españolas y de las dominicanas, porque en aquélla

3 Espinosa, *Cuentos populares españoles*, p. 467.

la reina impostora ordena que maten a la paloma y la cocinen, y el desencantamiento de la joven se efectúa por medio de las tres naranjas o toronjas.

Este cuento se ha conservado en la familia de nuestro informante a través de cuatro generaciones, siendo uno de sus favoritos. Nuestra versión procede de San Juan de la Maguana, y es muy posible que su fuente originaria sea española. Por supuesto, la nuestra difiere bastante de las españolas que hemos consultado, pero eso no es de extrañar si se tiene en cuenta el tiempo que hace que se conserva en la tradición oral dominicana.

La popularidad de que ha gozado por siglos este cuento es evidente. En el siglo pasado, Agustín Durán, inspirado en una de sus versiones, escribió la *Leyenda de las tres toronjas* (Madrid, 1856), una narración en verso en la que relata bellamente adornados los episodios del cuento, en romance. En los Estados Unidos, R. S. Boggs eligió para su edición de cuentos españoles el título de una de las variantes del cuento: *Three golden oranges* (Las tres naranjas de oro), la cual apareció en una adaptación para niños, vertida al inglés, en 1936.⁴

4 Paralelos: Aarne-Thomson, *The Types of folk-tales* (Folk-lore fellows communication, no. 74), Helsinki, 1928 y R.S. Boggs, *Index of Spain folk-tales* (Folk-lore fellows communication), no.90, tipo no. 408, en ambos; N. M. Penzer, *The Pentamerone of Giambattista Basile*, Vol. II, pp. 150-157. Además véanse las notas a este cuento en las páginas 158-160 de la misma obra, donde aparece una extensa bibliografía mundial; A.M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, Vol. II, pp. 460-460. Otras versiones impresas de Santo Domingo se encuentran en *AFD*, vol. I, n. 148 y 149.

ROMANCES

Salí de la casa de juego⁵
(Versión de San Juan de la Maguana)



-A-

*Salí de la casa de juego
cansadito de perder
para alivio de mis penas
me encontré con una mujer.*

*Yo le seguí los pasos
queriéndola pretender,
y ella me dijo con aire:*

5 Edna Garrido, *Versiones dominicanas de romances españoles*, Ciudad Trujillo, (Santo Domingo), editora Pol Hermanos, 1946, pp. 101-103.

–Caballero, ¿qué quiere usted?
 Caballero, que si usted quiere
 de mi hermosura gozar
 todito lo que le pida
 me lo tendrá usted que dar.
 La cama en que yo duerma
 tiene que ser de marfil
 chispeada de diamantes
 que así me gustan a mí.
 De mi casa para la iglesia
 tiene que haber una fuente,
 la fuente con cuatro caños
 para divertir la gente.
 También tengo que tener
 un coche para pasear,
 porque soy muy graciosa
 y no me puedo maltratar.
 –Devuélvase, mi morena,
 que más luego volveré,
 no es nada lo que usted pide
 si encuentra quien se lo dé.

La misma persona que me dio esta versión conoce otra terminación, y es ésta:

–Devuélvase, mi morena,
 que más luego volveré;
 a darle lo que me pide
 y a casarme con usted.

(Esta versión me fue suministrada por mi madre, quien la aprendió en su infancia en San Juan de la Maguana. Ciudad Trujillo, enero de 1946).

SALIDA DE LA CASA DE JUEGO
(Versión de Azua)

-B-

*Salí de la casa de juego
cansadito de perder
para alivio de mis penas
me encontré con una mujer.
Yo le perseguí los pasos
queriéndola pretender
y ella con aire me dijo:
—Caballero, ¿qué quiere usted?
Caballero, si usted quiere
de mi hermosura gozar
todo lo que yo le pida
me lo tendrá usted que dar.
Yo quiero una casa de altos,
hecha de miles maderas,
con balcones y ventanas
que lleguen a la Plaza Nueva.
Las cortinas de mi casa
de terciopelo encarnado,
entre cortina y cortina
mi corazón dibujado.
El lecho donde yo duerma
tiene que ser de marfil,
con chispitas de diamantes
que así me gustan a mí.
—En el patio de mi casa
tiene que haber un jardín,
con flores de mil colores
que así me gustan a mí.
—En el medio del jardín
tiene que haber una fuente,
con cuatro caños de agua*

*para divertir la gente.
También tengo que tener
un coche para pasear
porque soy muy graciosa
y no me puedo maltratar.
-Vaya usted con Dios, señora,
si me alivio volveré,
no es mucho lo que usted pide
si encuentra quien se lo dé.*

(Informante: Cruz Sepúlveda, Azua, enero de 1946).

SALÍ DE LA CASA DE JUEGO
(Versión de La Vega)

-C-

*Salí de la casa de juego
cansadito de perder
y para aliviar mis penas
me encontré con una mujer.
Yo le perseguí los pasos
queriéndola pretender
y ella con aire me dijo:
-Caballero, ¿qué quiere usted?
Caballero si usted quiere
de mi hermosura gozar
cuanto de lo que le pida
usted me lo debe de dar.
Un coche con cuatro mulos
usted me lo debe dar
porque soy muy chiquitica
y mis pies no deben andar.
De mi casa hasta la iglesia
yo quiero una mata de parra,*

*para cuando vaya a la iglesia
no me dé el sol en la cara.
La cama en que yo duerma,
de terciopelo encarnado
y entre cortina y cortina
mi corazón dibujado.
—Quede usted con Dios, señora,
que más luego volveré,
no es nada lo que usted pide
si encuentra quien se lo dé.*

(Informante: Carmen Dilia García Méndez, aprendido en su infancia en Río Verde, sección de La Vega, febrero de 1946).

Este romance fue popular en el siglo pasado. Las personas que me dieron las versiones (todas pasan de 50 años), me aseguraron haberlo aprendido en su infancia, y ya entonces era viejo. Sabemos era muy popular en el sur del país, de donde procede la mayor parte de las variantes recogidas. No todas aparecen aquí. Lo considero, desde luego, como de procedencia española.

Blanca Flor y Filomena⁶



*Donde está doña María
sentadita en su balcón
con sus dos hijas al lado:
Filomena y Blanca Flor.
Por allí pasó Turquino,
se enamoró de una de ellas:
se casó con Blanca Flor,
también quiere a Filomena.
—Ahí viene Turquino mío,*

6 Edna Garrido, *Versiones dominicanas*, pp. 51-53.

*ahí viene Turquino de ella,
 que viene a traer aviso
 que Blanca Flor está enferma.
 –Traigan el caballo blanco
 más lindo que una azucena,
 preparen a Filomena
 que va para donde su hermana.
 A las dos horas de camino
 Turquino la enamoraba.
 – ¡Ave María, Turquino,
 mira que soy tu cuñada!
 Al pasar por un barranco,
 al cruzar una vereda,
 allí la desmontó Turquino
 e hizo lo que quiso de ella:
 viva le sacó los ojos,
 viva le sacó la lengua,
 y la echó en un zarzal
 donde gente no la viera.
 ¡Por allí pasó un pastor
 pastoreando sus ovejas!
 –Si me das papel y pluma
 escribiré cuatro letras.
 –No te doy papel ni pluma
 porque aquí no se usa eso,
 te daré un pañuelo blanco,
 saca sangre de mis venas.
 –¡Ave María, mujer mía,
 qué carne sabrosa y buena!
 –Más sabrosa era Filomena
 cuando te gozaste de ella.
 –¿Quién te trajo a ti esta carta?
 ¿Quién te trajo a ti esas nuevas?
 –Un rey que bajó del cielo
 para yo enterarme de ella.*

Esta única versión del romance de Blanca Flor y Filomena, me fue enviada por la señorita Onaney Calderón, quien la obtuvo en Las Charcas, Azua, de la Señora Livina Calderón, de 37 años de edad, el 21 de octubre de 1945, con la melodía.

«Este romance, que refiere cómo el caballero viola a Filomena y le corta la lengua, es una conocida derivación de la fábula clásica de Progne y Filomena. En él se transforma de varios modos el nombre del rey Tereno: las versiones asturianas le llaman el rey Tereno; las andaluzas, Tarquino; las catalanas, Don Tarquín; las Castellanas, el Turquín o el Turquillo»,⁷ y la dominicana, Turquino. Lo particular de esta versión del romance es que no conserva el mismo asonante. En ninguna de las versiones españolas ocurre este hecho, pero sí en una versión chilena encontrada por el señor Vicuña Cifuentes, que publica R. Menéndez Pidal.⁸ Su antigüedad, según Don Marcelino Menéndez y Pelayo, y don Manuel Milá y Fontanals, es anterior al siglo xvi.⁹

La señora Flérida García de Nolasco en su artículo da una versión incompleta de este romance, la cual fue recogida en Enriquillo, Barahona, es la siguiente:

*Estaba la reina, estaba,
con sus dos hijas doradas:
Blanca flor y Filomena;
Venía el Conde... Ya pasaba...
Y a una de ellas enamora.*

... ..

*Y después que la ha forzado
la lengua se la ha sacado.¹⁰*

7 R. Menéndez Pidal, *Los romances de América*, p. 23.

8 Menéndez Pidal, *Los romances*, pp. 22-23.

9 María Cadilla de Martínez, *Juegos y canciones infantiles de Puerto Rico*, p. 136

10 Flérida García de Nolasco, «El romance en la República Dominicana», *La Nación*, 28 de julio de 1945.

Las Señas del Marido¹¹



-A-

*—¿Dígame, señor soldado,
usted que viene de Argel,
si usted ha visto a mi marido
en la guerra alguna vez?*

*—Si lo he visto, no me acuerdo,
deme usted las señas de él.*

*—Mi marido es un buen mozo,
un buen mozo aragonés,
que sabe jugar la espada
al derecho y al revés,
y en la punta de la espada
lleva el retrato del rey*

11 Edna Garrido, *Versiones dominicanas*, p. 41.

*y en la copa del sombrero
lleva el de Santa Isabel,
en el bolsillo llevaba
un pañuelo que bordé
que lo bordé siendo niña
y se lo regalé a él.*

*—Por las señas que me ha dado
su marido muerto es,
y en la mesa de los dados
un testamento dejó,
el testamento decía
me casara con usted.*

*—Si mi marido se ha muerto
a monja me meteré.*

*De las tres hijas que tengo, todas las colocaré:
una donde tía Juana
y otra donde tía Isabel,
con la más chiquititica,
con esa me quedaré,
para que me lave y planche
y me guise de comer.*

(Informante: Marina Coiscou,
Ciudad Trujillo, marzo de 1945)

Caballero Jerezano

(Versión de San Francisco de Macorís)



-B-

*Caballero jerezano,
que ha venido de Jerez,
dadme razón de mi esposo
si acaso le conocéis.*

*-Dadme las señas, señora,
tal vez lo conoceré.*

-El es un mocito blanco,

*en el habla muy cortés,
al lado derecho lleva
todas las armas del Rey
y en el otro lado tiene
un ramito de laurel.
—Sí, señora, le conozco,
pero ya él muerto es,
en la mesa de los dados,
le ha matado un genovés,
y en el testamento deja
que me case con usted.
—Siete años le he esperado
y siete más le esperaré,
y si a los siete no viene
a monja me meteré.*

(Informante: María Bonó Vda. Añil.
San Francisco de Macorís, agosto de 1945.
Lo aprendió de su abuela y tías, en su infancia)

CABALLERO JEREZANO
(Versión de San Francisco de Macorís)



-C-

—Caballero jerezano
que ha venido de Jerez,

*deme razón de mi esposo
si acaso lo conocéis.*

–Deme las señas, señora, quizás lo conoceré.

*–Mi marido es un tal hombre,
en su hablar es muy cortés,
del lado derecho carga
las propias armas del rey,
y en la punta de la espada
un ramillete de laurel.*

*–Por las señas que me ha dado
su marido muerto es,
en el juego de los dados,
lo ha matado un genovés,
y en el testamento puso
que me case con usted.*

*–No lo permitan los santos,
ni el arcángel San Gabriel,
diez años que lo he esperado
otros diez lo esperaré,
y si acaso no volviere
a monja me meteré.*

*Tres hijos que me ha dejado:
dos se los daré al rey*

y uno lo meteré a fraile para que ruegue por él.

(Informante: Mercedes Almánzar de Cruz,
San Francisco de Macorís, agosto de 1945).

CONFERENCIA

El dominicano visto a través de sus Juegos¹²

La práctica de juegos es común entre los niños de todas partes del mundo. Los juegos se encuentran en todas las sociedades y parece que en todas partes tienen la misma función: por un lado recrear al niño, y por otro adiestrarlo para su futura vida de ciudadano adulto de la comunidad. La función que desempeñan los juegos en la vida infantil es tan importante que se ha llegado a pensar que son indispensables para el



Juego de béisbol.

12 Edna Garrido de Boggs, «El dominicano visto a través de sus juegos», *Eme-Eme*, Estudios Dominicanos, Núm. 17, 1975, pp. 123-133.

desarrollo normal del niño, que representan una necesidad humana. Mediante la repetición de las formulillas de algunos juegos, de los cantos, las adivinanzas, etc., los niños se ejercitan en la conversación y aumentan su vocabulario; los saltos y carreras que dan en otros juegos contribuyen a desarrollar y fortalecer sus débiles músculos; y mediante la práctica de juegos que demandan del raciocinio e ingenio del niño, éste ejercita sus facultades mentales.

Los juegos son pues una parte integral de la vida del niño. Se ha dicho que los juegos son modelos de situaciones y costumbres de la vida de los adultos al nivel infantil. Algunos remedan las costumbres y usos sociales, otros enseñan al niño a familiarizarse con su ambiente. Los juegos revelan también al observador perspicaz las cualidades presentes en la personalidad infantil.

La persona que observa a los niños en sus horas de recreo cuando ellos se reúnen espontáneamente para jugar, puede formarse una idea bastante acertada del carácter y manera de ser de esos niños mirando cómo se conducen cuando obran independientes de los mayores. En estas situaciones empiezan a apuntar las características que estarán presentes en el hombre, y el niño comienza a mostrar sus aptitudes. El observador perspicaz puede apreciar la clase de juegos que prefieren. Si observan las reglas de los mismos o si hacen trampa. Si hay un ambiente de cordialidad entre ellos o si se pelean. Cuál tiene tendencias dominantes. En fin, se puede captar tantas manifestaciones reveladoras del carácter del niño mediante la observación directa de sus juegos que considero prolijo enumerarlas aquí.

Sin embargo, a pesar de la importancia que los juegos tienen en la formación del individuo, los estudiantes de esta categoría del folklore son escasos. La bibliografía existente es insignificante comparada con la de otras ramas del folklore. El 98 por ciento de los títulos son simples colecciones. Sería de desear que más folkloristas se interesaran en estudiar el folklore infantil y que nos ofrecieran algo más que colecciones, pues, aunque indudablemente éstas son un aporte valioso, no es lo único que se puede hacer con este material.



Juego (Pavo - pavo - pavo con arroz - cógelo Serapio - cójelo por Dios).

En investigaciones realizadas durante los últimos tiempos en otros campos de estudio se ha intentado determinar si existe alguna correlación entre los juegos que se practican en una comunidad y el desarrollo político, social y económico de la misma; es decir, hasta qué punto influyen los juegos en la formación del individuo y éste en la configuración de la comunidad donde vive.

Los resultados encontrados por los señores Roberts, Arth y Bush en su estudio experimental «Games in Culture», me indujeron a realizar con los juegos dominicanos un análisis semejante, también en plano experimental, con el objeto de poner a prueba sus interesantes hipótesis aplicadas a Santo Domingo y el dominicano.

Para efectuar esta estudio me propongo usar los juegos dominicanos ya recopilados en mi libro *Folklore Infantil de Santo Domingo*, el cual representa los juegos que se juegan, sino en todo el país, en una buena parte de él, y además, otros datos obtenidos directamente de los dominicanos en fecha más recientes. Este análisis estará basado sobre 200 juegos, correspondientes a las provincias de Azua, San Juan, San Pedro de Macorís, Monseñor

Nouel, La Vega, San Francisco de Macorís, Santiago, Puerto Plata y el Distrito de Santo Domingo, que fueron los lugares donde recogí la mayoría de mis textos folklóricos, y de donde obtuve la información adicional; pero esos juegos, que son los juegos tradicionales dominicanos, se encuentran en todo el país por igual, como se podría comprobar fácilmente si alguien se tomara el trabajo de recopilarlos.

Para los efectos de este trabajo solamente consideraré los juegos que se adaptan a la definición de los mismos como «una actividad recreativa que se caracteriza por su organización, competencia entre dos o más bandos, criterio para determinar el ganador, y reglas convenidas de antemano». Otras actividades recreativas que no satisfacen estos requisitos se consideran diversiones o pasatiempos y por consiguiente las omitiremos aquí. Se excluyen también los juegos para entretener al bebé y los que juega un niño solo.

Estudios efectuados por especialistas en la materia han indicado que las tres grandes divisiones en que se agrupan los juegos (destreza física, estrategia y azar) parecen tener asociaciones determinadas o específicas con las prácticas seguidas en la crianza y adiestramiento de niño, y con otras manifestaciones culturales. Por consiguiente, también agruparé mis juegos en estas tres grandes categorías: 1) juegos de destreza física, 2) juegos de estrategias, y 3) juegos de azar.

Se considera juegos de destreza física aquéllos que se ejecutan mediante cualquier forma de movimiento corporal importante para obtener el resultado: correr, saltar, bailar, cantar, etc. La agilidad física ocupa el primer lugar en un juego cuando es indispensable para ganarlo.

El juego estratégico es aquél en que la persona tiene que tomar una decisión para actuar de cierta manera: cuando se hace uso de algún recurso de la imaginación para engañar al contrario; cuando se evalúa una situación, contrapesado unas consideraciones con otras; cuando uno de los jugadores usa la astucia para aventajar al contrario, como sería en el caso de una lucha por ocupar la posición más favorable del terreno; cuando

el individuo usa su propio ingenio para ganar su fin, sin considerar una ayuda sobrenatural.

En los juegos de azar o suerte se hace uso de la magia, ya sea ritual, o por intervención de un ser sobrenatural; se emplea la adivinación, se echan suertes, o se cuenta sólo con la casualidad.

No todos los juegos se pueden agrupar estrictamente dentro de estas tres categorías. Algunos usan de la agilidad y la estrategia combinadas, otros de la estrategia y la suerte; pero aún en el caso de que en el juego aparezca una combinación de elementos, el medio usado para obtener el resultado determinará si el juego es de agilidad o de azar. El juego estratégico como tal no debe incluir agilidad física, y la suerte puede o no figurar.

En el cuadro donde se muestra la distribución de los distintos tipos de juegos en las provincias mencionadas, se puede ver que San Juan va a la delantera con 36 juegos de agilidad física; siguiéndoles Azua y Santo Domingo con 34, La Vega con 33, Santiago [y] Puerto Plata con 30; San Francisco de Macorís, 29; San Pedro de Macorís, 27 y Monseñor Novel, 23.

Los juegos estratégicos no muestran gran difusión en el país y parece que tampoco hay gran variedad de ellos. En Santo Domingo aparecen 5; San Juan y Azua tienen 4 y Santiago uno, las demás provincias no aportan ninguno. Pero hay que advertir que al momento de recopilar estos juegos no se tenía presente aplicarlos a esta clase de estudio, y por consiguiente la ausencia de esta categoría de juegos en particular podría ser sólo aparente.

Los juegos cuyo factor principal es la suerte se encuentran distribuidos así: en Azua 12, 10 San Juan y Santo Domingo, en las demás provincias, 9.

Es evidente que los niños dominicanos tienen preferencia por los juegos que requieren actividad física. Esto difiere de lo que indican los profesores Roberts, Arth y Bush referente a que existe cierta relación entre la situación geográfica y el número de juegos de destreza física que se practican en una localidad. Según lo demostrado por ellos, de 23 tribus que viven en comunidades situadas a no más de 20 grados de latitud del ecuador 18 tenían menos de 5 juegos de destreza física, mientras que de 24

que viven a más de 20 grados norte o sur del ecuador, sólo nueve de ellas tenían menos de 5 juegos de agilidad física. Lo cuál es indicativo, según ellos, de que puede existir alguna correlación entre el clima y la actividad tal como puede verse expresada en los juegos de destreza física.¹³

La República Dominicana se encuentra en la zona tropical, entre los paralelos 18 y 19 al norte del ecuador. Su temperatura media anual es aproximadamente 79 grados F. Se considera un país donde siempre hace calor. Sin embargo, los niños prefieren los juegos con actividad corporal, según se puede apreciar en el cuadro.

Cuadro de la distribución de los juegos dominicanos por provincias, según las categorías sugeridas en este estudio

Provincias	Destreza Física	Estrategia	Azar o Suerte
Azua	34	4	12
San Juan	36	4	10
Santo Domingo, D. N.	34	5	10
San Pedro de Macorís	27	-	9
Monseñor Nouel	23	-	9
La Vega	33	-	9
San Fco. de Macorís	29	-	9
Santiago	31	1	9
Puerto Plata	30	-	9

Juegos de hembras: 43

Juegos de varones: 23

Juegos de ambos sexos: 31

Juegos cantados: 17

Juegos dialogados: 36

¹³ John M. Roberts, Malcolm J. Arth y Robert R. Busch, *Games in Culture*, American Anthropologist, 1959, Vol. 61, p. 604

Aunque el niño dominicano es muy activo, no ocurre lo mismo con el adulto. El dominicano típico es sedentario. Son muy pocos los que practican alguna forma de deporte, conformándose generalmente con ser espectadores en las partidas de béisbol (deporte predilecto de los dominicanos), ¡y eso sí, hablar mucho de béisbol! La causa de la marcada diferencia entre los gustos del niño y los del adulto, si se toma en cuenta que en el transcurso de la niñez a la edad madura el individuo sufre su período de adaptación, es algo inexplicable y que requeriría un estudio psicológico del dominicano. Es muy probable que si este estudio se hubiera hecho con los juegos que practican los adultos el resultado habría coincidido más con la hipótesis en cuestión.

Nuestro cuadro muestra una ausencia casi total de juegos estratégicos en la mayoría de las provincias y en la capital sólo cinco. Según otro estudio realizado por los señores Roberts, Sutton-Smith y Kendon la estrategia no sólo está limitada a un número reducido de tipos de juegos sino que la distribución etnográfica de los mismos es también limitada.¹⁴

En el citado estudio «Games in Culture» se sugiere que los juegos estratégicos parecen estar asociados a una integración política y una alta estratificación social, y que en consecuencia las sociedades que tienen una integración política inferior y una baja estratificación social por lo general carecen de juegos estratégicos y resistirían el tomarlos prestados de otras culturas.¹⁵

El Atlas Etnográfico muestra que las sociedades que poseen juegos estratégicos se caracterizan por su poca dependencia de la subsistencia, y su mayor dependencia de la ganadería y aún mayor de la agricultura.

Otra indicación de la relación que pudiera existir entre la estrategia y la completitud social se manifiesta entre el tamaño de la comunidad y los tipos de juegos que se practican en ella.¹⁶

14 John M. Roberts, Brian Sutton-Smith y Adam Kendon, «Strategy in Games and Folk. Tales», *Journal of Social Psychology*, 1963, Vol. 51, pp. 185-199.

15 Roberts, Arth y Busch, *Games in Culture*, p. 600.

16 *Ibidem*, p. 601.

Los juegos estratégicos están asociados a comunidades grandes, fijas, y no se encuentran en las tribus nómadas. En suma, los juegos estratégicos se encuentran en sociedades de alta integración política, alta estratificación social, con ganadería y agricultura avanzadas, progreso tecnológico industrial, etc.; en comunidades grandes cuya jurisdicción se extiende más allá de los límites locales; con dioses superiores, y donde los gobiernos castigan el crimen. Los dioses estratégicos están por consiguiente asociados a culturas complejas.

Otro aspecto del ambiente cultural que parece favorecer el desarrollo de los juegos estratégicos es la presencia de ciertas características en la manera de criar a los niños, siendo el adiestramiento en la obediencia la de mayor importancia. La manera estratégica de competir, tal como aparece en los juegos estratégicos, está evidentemente asociada a la complejidad social, por un lado, y al adiestramiento en la obediencia por otro. Se supone que las sociedades complejas sólo pueden funcionar si un número apreciable de individuos está adiestrado para vivir en un sistema complejo. Son adultos que han aprendido a distinguir cuando



Qué pase la señorita...

obedecer o desobedecer, y más importante, cuando mandar y de qué manera. El adiestramiento en la obediencia, comprendiendo la recompensa y el castigo, es parte del proceso de socialización designado a producir un adulto que pueda participar de manera plena en una sociedad compleja.¹⁷

Tomando en cuenta lo que muestra nuestro cuadro –la casi ausencia de juegos estratégicos– se pudiera deducir que en Santo Domingo faltan los atributos indispensables para la producción de juegos estratégicos, según se encuentran en las sociedades complejas. Si esto es cierto en algunos aspectos, no ocurre lo mismo con otros. Se puede decir que el país está política y socialmente integrado; los dominicanos dependen principalmente de la agricultura como base de su economía, aunque también cuentan con un mayor número en la capital. Las técnicas ganaderas y agrícolas se encuentran medianamente desarrolladas, y su organización social es comparable con la que se espera encontrar en una sociedad compleja.

Lo que parece faltar al complejo cultural dominicano es el sistema que produzca individuos capaces de obedecer y de mandar. En Santo Domingo tenemos un ejemplo clásico de que el contar con leyes escritas y poseer una estratificación social, así como cierto progreso económico, no hacen funcionar una sociedad armoniosamente, si eso no va acompañado del adiestramiento adecuado del individuo para desenvolverse en tal medio.

Se diría pues que el adiestramiento en la obediencia es importantísimo para el funcionamiento de una sociedad compleja, y que mediante la práctica de juegos estratégicos los niños irían adquiriendo parte del adiestramiento necesario a ese fin. La escasez de esta categoría de juegos en Santo Domingo parecería haber dificultado la creación de un clima favorable para el desarrollo de esta importante costumbre en la vida ciudadana.

En la categoría de juegos de azar o suerte, en algunos lugares, como ya vimos, se encuentran hasta 12 de ellos. Parece que los

17 John M. Roberts y Brian Sutton-Smith, «Child Training and Game Involvement», *Ethnology*, 1962, Vol I, pp. 166-189.

juegos de azar están asociados a las actividades religiosas. Es la creencia general que la suerte de los ganadores se debe a que han recibido ayuda sobrenatural o mágica; y esta creencia se encuentra aún en la tradición europea.¹⁸ También se asocia el juego de azar con la actuación responsable del individuo, con la obtención del propósito que se tiene en mente, es decir, con la perseverancia para obtener el objetivo. Los señores Roberts y Sutton-Smith consideran esta categoría de juegos la más enigmáticas de las tres tratadas en este estudio.¹⁹ A pesar de eso señalan que la relación entre los juegos de azar y el adiestramiento en la responsabilidad y la relación intracultural entre estos fenómenos y las preferencias hacia el sexo femenino, aunque sorprendentes, no son fortuitas.

El adiestramiento en la responsabilidad se efectúa inculcando en el individuo las costumbres necesarias para su desenvolvimiento en la vida diaria, con lo cual queda poco lugar para que el individuo use de su propia iniciativa o autonomía. Es evidente que el individuo tiene que trabajar para vivir, pero el castigo por no hacer su trabajo parece que no es necesario, ya que el juego de azar no ha aparejado con la ansiedad por el fracaso en el desempeño de su responsabilidad, como ocurría en el juego de estrategia donde se castiga la desobediencia. De lo dicho se deduce que el juego de azar se produce como una consecuencia de la pasividad de papel que desempeña el individuo en su vida normal, y que es una reacción de incompatibilidad contra la irresponsabilidad, la cual está en conflicto con su papel de proveedor responsable. Se cuenta con la eficacia del hado benevolente o de la fantasía para sacar al trabajador de su rutina diaria.²⁰

Es indudable que varias de las características indicadas aquí podrían aplicarse a la idiosincrasia del dominicano. Cito como ejemplos esa actitud muy dominicana de contar con la suerte para resolver sus problemas más urgentes e importantes en vez de confiar en lo que él mismo podría hacer para salir del apuro

18 John M. Roberts, Arth y Busch, *Games y Culture*, p. 601

19 Roberts y Sutton-Smith, «Child Training...», *Ethnology*, p. 179

20 *Ibidem*, p. 179.

o conseguir lo que desea. O esa de no proveer para el futuro porque Dios proveerá... O aquella de prometer lo que de antemano sabe que no tiene intenciones de cumplir, y sobre todo esa desmedida predilección del hombre por el sexo femenino.

Entre los varones domina el juego de grupo, y de entre el grupo hay uno que capitanea o manda; hay poquísimos juegos que exigen esfuerzo individual. La suerte parece desempeñar papel más importante en los juegos de niñas que en los de varones.

Conclusiones

Como la mayoría de los juegos usados en este estudio son jugados por las niñas, es evidente que de los resultados encontrados, gran parte tendrán que aplicarse al sexo femenino.

Según se ha podido ver por lo ya dicho, en Santo Domingo parece que el clima no afecta la práctica de juegos de destreza física, y que su cercanía al ecuador no influye de una manera u otra en esta sentido. Salta a la vista que, mientras los juegos de varones tienden a ejercitar al niño físicamente, en los de niñas, por otra parte, se pone mayor énfasis en la práctica de la obediencia y la responsabilidad.

Es una creencia bastante difundida entre personas que han tenido bajo su mando o dirección empleados de ambos sexos en Santo Domingo que la mujer es más cumplidora de su deber, más responsable en el desempeño de sus funciones, y más fiel a sus principios morales. El dominicano es notable por su infidelidad pero no así la mujer.

La ausencia de juegos estratégicos en la niñez del dominicano parece haber entorpecido el desarrollo de ciertas cualidades de su carácter que habrían contribuido a hacerle un ciudadano más consciente de los problemas de su país, y más capacitado para hacerle frente y para resolverlos, lo cual habría coadyuvado al mantenimiento de una mayor estabilidad política y económica, de las cuales ha carecido siempre el país, excepto cuando les fueron impuestas.

En la mentalidad del dominicano todavía no ha penetrado que la estabilidad política y económica es algo que se obtiene a largo plazo y mediante el esfuerzo y la cooperación de todos; que no se les puede servir en una bandeja, al minuto; que no es algo que el gobernante, convertido milagrosamente en prestidigitador, podría sacar de un sombrero y ofrecérselas de manera instantánea, sino que es algo que ellos mismos tienen que proporcionarse mediante la perseverancia y el celo en el cumplimiento de sus deberes ciudadanos y el acatamiento de las leyes que rigen el país y que ellos mismos han creado.

Al analizar la historia política dominicana y contemplar el panorama actual en el país²¹, no puedo menos que convenir con los que sugieren la existencia de cierta correlación entre los juegos que se practican en una sociedad y su configuración política, económica y social, y lamentarme, como dominicana, de que en Santo Domingo los niños hayan estado jugando juegos inadecuados por más de cuatro siglos. Se diría que existe la necesidad de que se efectúe un cambio en el patrón de juegos de varones que se han venido practicando, que contrapesa con la abundancia de juegos de guerrillas. Esto no implicaría un valor negativo en los juegos tradicionales dominicanos sino una deficiencia o falta de práctica de algunos de ellos.

(Trabajo presentado en el II Instituto Latinoamericano de Folklore efectuado en la Universidad de California, Los Ángeles, en el verano de 1967).

21 Sumner Welles, *La Viña de Naboth*, Santiago, República Dominicana, Editorial El Diario, 1939, Tomo II.

ESTUDIOS

Baile²²

Para seguir un orden cronológico, citaremos primero el areíto, que era la máxima expresión de las artes musicales y poéticas de los indios antillanos, entre los cuales se hallan los de Quisqueya. El baile y canto llamado areíto fue sin duda una institución ceremonial de base religiosa. Algunos historiadores dicen que no era precisamente diversión sino ocupación muy seria e importante. La historia habla de los famosos areítos de la reina Anacaona, y especialmente de aquél que dio en honor del gobernador de La Española, en el que tomaron parte más de trescientas doncellas. Pero de este baile hoy sólo quedan esas menciones que hace la historia, y la leyenda de una piedra que se conserva en San Juan de la Maguana, en el lugar llamado «Corral de los indios», en la que, según dice la tradición, se sentaba Anacaona para dirigir sus areítos y presenciar los juegos de pelota. Con esto queda borrada la huella del indio. El historiador Oviedo dejó ilustrado el tambor mayohuacán, que se usaba en el areíto, y que tenía la forma cilíndrica del atabal que se usa en San Juan para bailar «los palos», o baile de atabales. El tambor indio era todo de madera y la resonancia se obtenía mediante una abertura hecha en un lado del cilindro. El tambor de San Juan es un cilindro hueco, con uno de los extremos cubierto de

22 Edna Garrido de Boggs, «Panorama del folklore dominicano», *Folklore de las Américas*, 1961, Núm.12, University of Miami, Coral Gables, Florida, USA, pp. 11-16.



Baile de palos del Espíritu Santo en San Juan de la Maguana. Foto: Edna Garrido, 1947.

cuero. De los otros instrumentos musicales que tenían los indios, han llegado hasta nuestros días la maraca y el güiro.

Nada sabemos de los bailes de la época colonial. Los historiadores y otros escritores los ignoran casi por completo. Es lógico suponer que en Santo Domingo los españoles bailaron lo mismo que se bailaba en España en aquella época, y que los esclavos bailarían los bailes que trajeron con ellos. Más tarde empezaron a aparecer bailes con ritmos españoles y africanos mezclados. Se le incorporan a la orquesta española los tambores, y a la africana los instrumentos de cuerda. Completa la fusión la maraca y el güiro indígenas. Ya hacia el siglo XIX, cuando se puede decir que hay música dominicana, los ritmos empiezan a tener personalidad propia. Hoy, tanto en la música folklórica

como en la popular, se hallan rasgos que la diferencia de la música de otros países.

Con los bailes ha pasado lo mismo: han evolucionado de tal manera que sería imposible reconocerlos a través de sus progenitores.

Citamos como ejemplo el «carabiné», que posiblemente debe su vida a la contradanza. Mirando ambos bailes, no se podría decir que el carabiné es una contradanza, porque no lo es. En las figuras y en el ritmo el carabiné se aparta tanto de su progenitora que sólo en algunos rasgos básicos se les puede encontrar la semejanza. El taconeo de nuestro zapateo es muy diferente del andaluz, que posiblemente le dio origen.

La música folklórica dominicana no ha sido todavía estudiada científica y desapasionadamente. Hay que comparar objetivamente los ritmos dominicanos con los de España, África, y otras partes para establecer las distintas influencias con exactitud. La mayor parte de los ritmos dominicanos han sido ya recogidos y grabados, y sólo esperan la mano competente que los estudie a la luz de la verdad científica.²³

Siguiendo el curso histórico de las citas que nos dejaron los escritores de otras épocas acerca de los bailes dominicanos, encontramos que el padre Labat nos describe la calenda como baile que vio bailar a los negros de Santo Domingo hacia 1698.²⁴ No encontramos otra cita hasta llegar a fines del siglo XVIII, cuando Moreau de Saint-Mery dice, refiriéndose a los habitantes de la parte española de la isla de Santo Domingo: «Los españoles de esta isla bailan a la morisca y acompañados de guitarra, calabaza [güiro] y maraca».²⁵ Se pierde nuevamente el hilo hasta que llegamos al siglo XIX, cuando el pueblo dominicano empieza a desarrollarse como entidad independiente

23 (N. del E.) La propia Edna Garrido grabó, en discos de pastas, varios de los ritmos más representativos del país. Algunos folkloristas los conservan en sus colecciones privadas.

24 Edna Garrido de Boggs, «La sarandunga», *Cuadernos dominicanos de cultura*, VII, Núm. 77, p. 15.

25 M. L. Moreau de Saint-Mery, *Descripción de la parte española de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1944, p. 91.

y cuando el dominicano comienza a sentir la nacionalidad. A partir de esa época, se pueden encontrar datos más concretos para hacer un estudio de los bailes folklóricos dominicanos.

De los que todavía se pueden ver bailar en el país, consideramos el «zapateo» como el más antiguo. Es ejecutado por una pareja. Su forma es picaresca, siendo el hombre el que persigue a la mujer, y ella le esquiva, mientras ambos llevan el compás con los pies en un zapateado vivo y repiqueteado. Unas veces la pareja, colocada frente a frente, ejecuta diversos pasos y figuras; otras, el hombre describe una rueda alrededor de su pareja, para volver luego a zapatearle con más brío. Recuerda mucho el zapateado español. La Universidad de Santo Domingo tiene en sus archivos transcripciones musicales de este baile.

El «sarambo» es una variante del «zapateo», pero el repiquear de los pies es más vivo y el ritmo más preciso. A veces el taconeo es tan exacto y bien acompasado que la música cesa de tocar por unos momentos, para que se escuche mejor el zapateado y se admiren las figuras, que llaman flores. Esta parte se llama callao. Sólo hemos encontrado el «zapateo» y sus variantes en el Cibao y en El Seibo, donde lo llaman guarapo.

La «sarandunga» parece ser un descendiente directo de la «calenda», que se bailaba en Santo Domingo en el siglo XVII. Hicimos un estudio de este baile en *Cuadernos dominicanos de cultura* VII, No. 77, página uno a la dieciocho.

Variantes de este baile son la «jacana» y el «morano». Se diferencian en la manera de tocar los tambores y en que son más lentos. Las formas bailables de la «sarandunga» son propias de Baní y sus alrededores.

El baile de los atabales es uno de los más generalizados en el país, entre el elemento de color. Está relacionado con ritos religiosos y creencias. En ciertas partes de San Juan se cree que si en tiempo de gran sequía se ofrece una fiesta de palos a Santa Rita, ella enviará la lluvia. Los tocadores y bailadores de palos tienen una hermandad o cofradía que llaman del Espíritu Santo. Creen que cuando uno de los hermanos está muriendo, no exhala su último suspiro hasta que se le tocan los palos. En la mayor parte de

los casos, el baile se ejecuta como ofrecimiento o promesa en honor de algún santo, o con motivo de la celebración del día oficial del santo según está establecido por la Iglesia Católica Romana, aunque esta práctica dista mucho de ser aprobada por ella. En su forma el baile es similar a la sarandunga, pero en el ritmo es más lento y las tonadas son completamente diferentes. La orquesta está formada por tres tambores de forma cilíndrica: el palo mayor, que puede tener un metro o más de alto, el palo mediano, y el alcahuete, que es el más pequeño. En algunas regiones, como en El Seibo, agregan el güiro. Una voz canta el solo, y el resto de la gente y los tocadores corean. La tonada está formada por repetición de la misma frase musical y el coro. La letra es una agregación de frases o versos, que pueden o no tener dependencia una de otra, y al final de cada una la repetición del coro o estribillo oh... oh, oh... ah. La frase melódica se repite indefinidamente; pero la letra siempre varía y a veces es improvisada. Variantes de este baile se encuentran en muchos países hispanoamericanos, dentro del elemento negro. En Cuba se llama «yuca», que no debe confundirse con nuestro baile del mismo nombre.

El «carabiné» se baila todavía en muchas regiones aldeanas del sur. El número de parejas no debe ser menor de seis. Cuando las parejas están en posición de salida, el bastonero se coloca en el centro y dirige el baile: «Oh, bien, ron por la derecha; oh, bien, contramarcha por la izquierda». Al terminar esta figura, queda formado un círculo con los hombres en el exterior y las mujeres en el interior. Se sueltan las manos, se saludan haciendo reverencia, y a la voz del «Oh, bien, balancé» bailan uno frente a la otra sin tocarse. Entonces, «Oh, bien, una demanda con la dama contraria y brazo con la suya de enfrente, tentándole la cadera, y si la tiene gorda, abrazo y besito con ella, si la tiene flaca, tírese al patio.» Para hacer esta figura los caballeros se vuelven hacia la dama que le queda a la izquierda, bailan alrededor de ella, y vuelven a la posición inicial. Ya en la posición anterior, abraza a su pareja y baila con ella, luego haciéndole girar hacia la derecha la deposita en los brazos del caballero que viene por la izquierda y él toma a la mujer de su derecha. Esta figura se

repite hasta que todos los caballeros han bailado con todas las damas, por la derecha. Cuando cada uno está ya con su pareja, el bastonero ordena «Oh, bien, damas en puesto y caballeros en paseo, por la izquierda, dejando a su dama a la espalda y dándole media vuelta; oh, bien, brazo muchachita bailadora, yo te adoro, llévame contigo a la gloria». Se repite la figura hasta que todos vuelven a encontrarse con sus respectivas parejas. Entonces, «Oh, bien, medio ron, los hombres fuera y las mujeres dentro, unos a la derecha y otras a la izquierda». Los hombres forman una rueda que gira hacia la derecha, y las mujeres otra dentro de aquella, que gira a la izquierda. Sigue «gran ron por la derecha,» «por la izquierda,» y todos se dan las manos y se mueven primero a la derecha y luego a la izquierda. Después bailan. Así lo vi bailar en Estebanía, Azua, en 1947. La orquesta está formada por acordeón, balseí, güiro y pandero. La tonada tiene su letra que está formada por cuartetos que se van agregando indefinidamente. Las tonadas y el ritmo varían de acuerdo con la región. Suponemos que este baile está en el país desde el siglo XVIII, cuando posiblemente se llamaba contradanza, que viene de la «country-dance» inglesa, llevada a Francia a fines del siglo XVII, de donde pasó a Santo Domingo, y se popularizó hasta entre los negros, según lo anota Moreau de Saint-Mery. En la descripción que da él del baile, encontramos rasgos de nuestro «carabiné». Se supone que los dominicanos, según anota Madioux, vieron bailar a los haitianos con la carabina a la espalda, y como es común entre los dominicanos poner un acento agudo a la palabra que quieren hacer pasar por francesa o haitiana, suponemos que la palabra carabine pasó a ser carabiné. Además, aparecen muchos galicismos en los mandos. Flérida de Nolasco considera «cara sucia» un buen modelo de carabiné;²⁶ pero los músicos de Azua y San Juan estiman que es una «mangulina». Un análisis de los ritmos ya grabados de este baile, que están archivados en la biblioteca del Congreso, en Washington, podría contribuir a una conclusión más definitiva en lo que a la música se refiere.

26 «El carabiné», *Boletín del folklore dominicano* I, Núm. 1, pp. 19-24.

Remate obligado del carabiné en las regiones del sur es la «mangulina». En este baile las parejas adoptan la actitud convencional de los bailes de salón. Es una combinación de vueltas y pasos hacia adelante y hacia atrás.

Solamente vimos bailar la «tumba» en Jarabacoa. Es un baile colectivo que recuerda el carabiné, aunque en éste las parejas se colocan en círculo y en la tumba forman dos hileras, una frente a la otra, los hombres de un lado y las mujeres del otro, como en la cuadrilla. Se forman figuras y se cambia de pareja, igual que en el carabiné. La orquesta estaba formada de acordeón, güiro, y tambora. La «tumba» va desapareciendo. Apolinar Tejera, refutando a Emilio Nau, dice que el «carabiné» y la «tumba» son dos bailes distintos (*Literatura dominicana: comentarios crítico-históricos*, Santo Domingo 1922). Según Tejera, la tumba es un baile popular en Andalucía, y quizás el nombre le viene por los tumbos y vaivenes que han de dar los bailarines. Toma la descripción del baile de Miguel Toro y Gómez.²⁷

Vimos bailar el «chenche matriculado» en Jacagua, Santiago, ejecutado por una pareja, la mujer haciendo una especie de zapateado y moviendo los pies en pasos largos combinados con saltitos también acompasados. El hombre baila en la forma que llaman espantada, porque da unos saltos y hace ciertos movimientos como si estuviera expresando susto o espanto. Es un baile muy movido. Según pudimos averiguar en aquel lugar y en otras partes del Cibao, es conocido en la región desde principios del siglo pasado. La orquesta estaba formada de acordeón, güiro, tambora, y saxófono. Nos parece que el baile tiene mucho de la jota española.

A juzgar por lo que cantan mientras tocan y danzan, el baile de la «yuca» parece estar relacionado con la faena de hacer el cazabe. Hemos encontrado este baile en varios campos y poblaciones del Cibao, desde Santiago hasta Jarabacoa. También hemos sabido que se baila en Samaná.²⁸ Coopersmith, considera

27 Para más detalles véase, J. M. Coopersmith, *Música y músicos de la República Dominicana*, pp. 19-22.

28 Coopersmith, *Música y músicos*, pp. 59-60.



Edna Garrido de visita en Santiago de los Caballeros, en 1936. La casa pertenecía a doña Adriana Mascaró Vda. Giralt.

la «yuca» como una variante del merengue, y describe el baile como circular, con figuras, siendo la de forma de ocho la más común. Musicalmente, dice Coopersmith, la «yuca» consiste sólo de un jaleo; su ritmo es de una frase de cuatro compases tocada en el güiro y la tambora. La «yuca» que vimos bailar en Santiago y Jarabacoa fue efectuado por dos parejas. Primero, la música toca un paseo y las parejas pasean por el salón. Al terminar el paseo, la orquesta toca el jaleo y las parejas toman la actitud convencional del baile de salón y danzan hasta que la voz canta «Se va la yuca». Entonces las parejas se paran una frente a la otra, el hombre con la mujer a su derecha, e inmediatamente pasando su brazo derecho por debajo del derecho de su compañera, giran en una vuelta completa, la suelta y se encamina, bailando, en dirección a la pareja contraria, donde va y hace lo ya descrito con la dama de enfrente, pero esta vez por la izquierda. Las dos parejas ejecutan los pasos del baile simultáneamente, así es que ambos hombres se cruzan en el centro. Hemos visto el baile con cuatro parejas formadas en cuadro, y resulta más interesante porque se pueden combinar más figuras.²⁹

«El baile de la botella» se denomina así porque todas sus figuras se ejecutan alrededor de una botella. Este baile ya casi ha desaparecido. Sólo lo vimos bailar en San Juan de la Maguana, donde fue popular ya hace mucho tiempo. Se nos dijo que todavía hay campos donde se baila; pero no lo pudimos comprobar. Cada pareja se provee de una botella que se coloca en el piso. La mujer lleva una falda larga y ancha, porque de eso depende la defensa que ella puede hacer de la botella. El objetivo es que el hombre tumba la botella, defendida por la mujer, que baila delante de ella, protegiéndola con su falda. Ambos bailadores ponen en juego la imaginación y crean diversas figuras al tratar de desempeñar cada uno su parte.

Cuando la botella cae, la pareja se retira del ruedo. Los instrumentos eran el violín serrano, cuatro, pandero y güiro. En

29 Ramón Emilio Jiménez describe este baile en *El amor al bohío*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 2001, pp. 272-273.

sus rasgos básicos, este baile puede compararse con el jarabe mejicano de la botella.

Hoy se considera el «merengue» como nuestro baile nacional. Se baila en parejas, sosteniendo el hombre a la mujer en la forma convencional de cualquier baile de salón. Empieza la pareja bailando hacia la derecha, dando pasos de lado, más bien largos que cortos, y doblando un poco las rodillas al hacer el movimiento. Después de unos cuantos pasos se dan vueltas rápidas, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, siempre con doblez de las rodillas. En esa forma, combinando pasos y vueltas se va por todo el salón de baile. La música indica cuándo se acelera y cuándo se baila más despacio. El merengue típico que se baila en los campos del Cibao de donde pasó a las ciudades, consiste de tres partes: paseo, merengue propiamente dicho y jaleo. A los pasos básicos del merengue también se le agregan figuras; cuando los bailadores son expertos a veces ejecutan, un baile bastante complicado. A esta variación se le llama merengue de figuras. En una de ellas el hombre hace que la mujer gire delante de él sosteniendo en alto la mano derecha de ella en la de él; en otra la hace girar una vuelta completa alrededor de él, y otras veces se separan y bailan uno delante de la otra. Hoy existe una variación del merengue que se llama «pambiche».

Los instrumentos musicales aquí mencionados solamente aquellos que vimos tocar y formar parte de nuestras orquestas típicas tanto del Cibao como del sur. Es curioso que no se encuentran las maracas en nuestras orquestas típicas, aunque son parte de casi todas nuestras orquestas populares.

La «sarandunga»³⁰ (leyenda banileja)

Por primera vez oí hablar de la «sarandunga», en 1944, a mi entonces compañera de trabajo Consuelo Nivar, cuando ambas éramos alumnas del cursillo de folklore que dictó el Dr. R. S. Boggs, en el verano de ese mismo año, en la Universidad de Santo Domingo. Según recuerdo, ella no había visto bailar, sino oído muchas e interesantes referencias acerca de la misma, pues a juzgar por lo que entendí, la «sarandunga» se bailaba solamente en determinados días y ocasiones. No sé si al fin Consuelo realizó sus deseos. Yo, por mi parte, puedo decir que sí los realicé plenamente, aunque tres años más tarde.

Cuando en 1947 asumí la responsabilidad de presentar un festival folklórico por encargo de la Universidad de Santo Domingo, lo primero que hice fue dirigir mis investigaciones en el sentido de acopiar la mayor cantidad de danzas y bailes folklóricos que se pudieran reunir en el país para presentarlos al público, y de una vez por todas, negar rotundamente el caprichoso aserto de algunos de que no hay «folklore dominicano». El festival no pudo presentarse aunque todo estuvo preparado para la presentación; pero los datos recogidos están en mis manos y los guardo como el más preciado tesoro y con el fin de algún día publicarlos.

30 Edna Garrido de Boggs, «La sarandunga», *Cuadernos dominicanos de cultura*, VII, Núm. 77, pp 1-18.

Un buen domingo de diciembre de 1947 me fui a Baní, con el único y exclusivo fin de averiguar algo acerca de la «sarandunga». Yo sólo tenía estos datos: Baní, «sarandunga»; pero fue suficiente. A la primera persona que le pregunté acerca del lugar donde se bailaba la «sarandunga», me encaminó directamente a la casa de Lorenzo Pérez, dueño del santo. Allí encontré a Lorenzo Pérez, en su ranchito de tablas de palma techado de cana, un viejecito de unos setenta y cinco años, quien muy amablemente se prestó a darme todos los detalles que me interesaban acerca de la «sarandunga». Lo que me dijo fue esto:

Hace ya muchos años (por los cálculos que he hecho, supongo que esos años son de unos 125 a 150), Provisco Martínez, natural de Baní, fue a Haití a vender su ganado. Cuando ya casi había terminado su negocio, se le presentó un haitiano, quien le ofreció venderle la imagen de un San Juan Bautista por una pesa de ganado. (Supongo que pesa sería cabeza). Provisco compró el santo y lo trajo consigo a su pueblo donde, desde entonces todos los 24 de Junio, o sea el día de San Juan, se celebra una especie de rito que se ha ido transmitiendo en su familia por espacio de cuatro generaciones.

Por la mañana del día de San Juan, la hermandad –que está formada por los Pérez, sus parientes, devotos y amigos– lleva el santo al río para bañarlo, además se bañan todos; pero mientras el santo no es sumergido nadie puede entrar un pie en el agua porque traería mala suerte. Este santo es de unos dos pies de alto, y lo tienen colocado en unas andas, vestido y adornado lo mejor que les es posible. Por lo general el día de San Juan le estrenan una nueva vestidura. Luego de bañado, la hermandad lo lleva en procesión a la casa de su dueño, o dueña, según el caso, donde colocan las andas sobre una mesa, la cual ocupa el mejor lugar de la salita convenientemente decorado, y desde ese momento empiezan las celebraciones y agasajos en su obsequio. El redoblar de las tamboras y los cantos no cesan en todo el día y toda la noche.

En la tarde se celebran carreras de macuto en honor del santo, las que consisten en recorrer los participantes la distancia señalada de antemano a toda carrera, con los pies metidos en macutos. El que primero llega a la meta gana. Durante toda la noche se baila la «sarandunga» y se cantan «moranos». El canto lo acompañan con tamboras y güiro, y es lo que hace de música del baile. Las tamboras son tres y muy pequeñas, puesto que no tienen más de 10 pulgadas de alto por 8 de diámetro. El cuero sólo cubre uno de sus lados y están pintadas y adornadas con soguitas. Los tocadores están siempre sentados y se colocan las tamboras entre las piernas en la misma forma que lo hace el tocador de balsié. Los tocadores mismos cantan, coreados por la rueda de espectadores, y a su vez son bailadores cuando lo desean. El que tiene la mejor voz y el mejor repertorio canta él solo. Una vez que empieza la música, una pareja entra en el ruedo y baila.

Cómo se baila, «jacanas», «moranos»

Se baila la «sarandunga» de esta manera: La mujer con falda graciosamente cogida por ambos lados, toca el hombro de su compañero y empieza los primeros pasos del baile girando según el caso de un lado y otro, y siempre describiendo un círculo dentro de la rueda que forman músicos y espectadores, y sin levantar los ojos del suelo ni una sola vez mientras baile. El hombre, con postura arrogante, los brazos en forma natural a los lados del cuerpo, y llevando un pañuelo en la mano derecha, el cual sacude delante de la pareja, cuando el caso lo requiere, la persigue. Ella, siempre con graciosos giros, le esquivo y huye de su lado. Algunas veces el hombre levanta los brazos en actitud de abrazar a su compañera, pero ésta se aparta oportunamente y el abrazo nunca llega a efectuarse. Otras veces le zapatea o se tocan los hombros, o la mujer le pone baile, es decir, le baila de frente; pero cuando él se acerca mucho, ella torna a esquivarse. El baile no es rápido, aunque algunas veces acelera el ritmo, como cuando el hombre zapatea. La mujer nunca zapatea y sus movimientos son comedidos y delicados. Exceptuando los

pies, ninguna otra parte de su cuerpo se mueve. El baile en sí depende mucho de la gracia, soltura e imaginación que ponga la mujer en juego, pues acerca de los distintos pasos del baile, como es natural, no hay tratado escrito. Mientras más bailadora es la mujer más bonito de contemplar es el baile. Cuando una pareja ha bailado bastante, entonces una mujer o un hombre entra en el ruedo y toca el hombro de la mujer o del hombre, según el caso, y empieza otro baile. La que es sustituida sale del ruedo y se incorpora al grupo de los espectadores y cantadores hasta que desee bailar de nuevo.

Una variante del mismo baile es la «jacana». Se diferencia de la «sarandunga» en la manera de tocar las tamboras y en que es una forma más lenta del baile. También introducen uno que otro paso distinto. Poética y musicalmente hay más diferencia entre la «sarandunga», la «jacana» y el «morano», aunque el nombre por excelencia para designar a los tres es «sarandunga».

Entre los «moranos» que recogí, anoté los siguientes:

Coro: *—Ola, ola, ola,
ola de la mar,
qué bonitas olas
para navegar.*

Coro: *—Ola, ola, ola, etc.*

Solo: *—Si San Juan supiera
cuando era su día
el cielo y la tierra
se le juntarían.*

Solo: *—Digan mis hermanos,
yo quiero saber
si San Juan es hijo
de Santa Isabel.*

Coro: *—Ola, ola, ola, etc.*

Solo: *—Nadie ha alcanzado
lo que alcanzó San Juan
bautizar a Cristo
en el río Jordán.*

Coro: *–Ola, ola, ola, etc.*

Solo: *–Corran hermanitos,
no digan que no,
no discutan nunca
adorar a Dios.*

Coro: *–Ola, ola, ola, etc.*

Solo: *–Vamos hermanitos
para el río Jordán
a ver el bautizo
de Cristo y San Juan.*

Coro: *–Ola, ola, ola, etc.
ola de la mar
qué bonita ola
para navegar.*

La fecha oficial de la congregación para bailar la «sarandunga» en Baní es el 24 de junio, aunque hay también sus excepciones, como son la promesa de algún hermano en que se le ofrece una noche de vela o velación al santo, y casos particularísimos, v. g., el mío.

La imagen de este San Juan con todos sus ritos y tradiciones se ha ido transmitiendo a lo largo de cuatro generaciones de la familia de Provisco Pérez. La segunda en poseerla fue Antonia Bartolina, quien murió a la edad de 102 años. Esta la legó a su hija Rumualda Báez, la que también murió a una muy avanzada edad y a su vez la dejó en manos de su hija Felicia Báez, la poseedora actual, y ya una anciana. Felicia Báez es la mujer de Lorenzo Pérez, de quien recibimos todos estos datos. La tradición se fue extendiendo y salió del círculo familiar para ensanchar sus dominios. Hoy se baila la «sarandunga», además de la población de Baní, en las secciones de Peravia, El Limonar, Mata Gorda, Río Arriba, La Vereda, Escondido y otros campos de la común de Baní. En la parte de Baní que llaman «pueblo arriba» este es muy popular. Lo pude comprobar por mí misma cuando pedí que me lo bailaran. Cuando empezaron a tocar estaban solamente los músicos, y al cabo de diez minutos de sonar la tambora el patio se llenó de gente. Las mujeres,

especialmente, dejaron sus ocupaciones domésticas para venir a participar en el baile. Un buen bailarador de la «sarandunga» es Manuel de Jesús Pérez, y la mejor bailadora de cuantas vi, la hija de Lorenzo Pérez. Este es un buen cantador y uno de los mejores tocadores de tambora, pero es ya muy viejo.

Del santo, los tocadores, y los bailaradores, tomé buen número de fotografías, las cuales no puedo incluir en este trabajo por haber sido tomadas con películas de color. Un mes más tarde el conjunto completo fue transportado a Ciudad Trujillo, por cuenta de la Universidad de Santo Domingo, y en el Palacio de Comunicaciones, asistida por Lengue Cabral, grabé varios discos con «sarandungas», «jacanas» y «moranos». El distinguido músico dominicano, Julio Alberto Hernández, transcribió uno de las «sarandungas» una tarde que me honró con su visita.

Estructura poética

Morano. 1. Estribillo. Formado por una cuarteta de versos hexasilábicos, consonantados a b, a b, canta el coro al empezar, y después de la cuarteta que canta el solo. 2. Solo. Que es otra cuarteta de versos hexasilábicos, generalmente consonantados los versos segundo y cuarto; pero a veces resultan los mismos versos asonantados siendo los primeros y terceros sin rima. Es una copla que canta una sola voz inmediatamente después del estribillo. Estas coplas en su mayor parte son tradicionales y alusivas a San Juan, aunque también los cantores las improvisan en el momento de cantarlas. El patrón es invariable en todos los moranos que he revisado y empiezan siempre el canto con el estribillo. Esta forma estrófica y los versos hexasilábicos son unos de los más populares de la lírica tradicional castellana.³¹

Sarandunga. Empieza con un a... a... é, a... é, para luego continuar con un verso que se repite cuatro veces, intercalando el

31 Julio Cejador y Frauca, *La verdadera poesía castellana*, Madrid, 1921, pp. 41-42.

a... é como estribillo al finalizar la cuarta repetición. Este verso que se repite cuatro veces no llega a ninguna conclusión como tema o argumento de la canción. Ej., ellos cantan: a... é, a... é, fue la capitana, cuatro veces, luego: a... é, a... é, fue el tamborero, a... é, a... é, fue la tamborera, etc., sin llegar a formar una idea completa entre unos y otros versos, pareciendo que lo único que les interesa es continuar la melodía, pues no hay que olvidar que la «sarandunga» es ante todo un baile, mientras que el «morano», aunque también se baila, es primordialmente la parte que canta las alabanzas al santo.

Jacana. Empieza con un: ¡Ay que se val!, para repetir después de cada exclamación el estribillo: o... ó, siguiendo con versos que tampoco tienen relación entre sí, como en la «sarandunga» sino que aquí el estribillo se repite después de cada exclamación.

Música. Analizadas musicalmente, estas tres piezas señalan cada una características propias y distintas. Según el Prof. J. P. Schinhan, Chapel Hill, N C., quien tuvo la amabilidad de analizarlas para mí, unas y otras no tienen nada de común entre sí. Los tres ritmos son distintos e igualmente las melodías, lo que altera, como ya apunté en otra parte, el ritmo del baile. A juzgar por lo que opina el Dr. Schinhan, donde se encuentra la mayor influencia africana es en el «morano», tanto en la melodía como en el ritmo de los tambores. La «sarandunga» y la «jacana» se acercan más al ritmo español.

Después de haber observado bien el baile, he llegado a la conclusión de que la mujer al bailar su parte, sigue el ritmo de la melodía, y el hombre, el mismo que tocan los tambores, pues hay marcada diferencia entre lo que hacen uno y otra.

Variantes

Dentro del mismo Santo Domingo tiene este baile variantes, o puede muy bien ser que éste sea variante de los otros. En el sur del país (San Juan de la Maguana), tuve la oportunidad de ver bailar el baile de los palos, el que en otras regiones se conoce

como baile de atabales, por el hecho de bailarse con atabales,³² a los que en San Juan llaman palos de Espíritu Santo o juanbeses. La coreografía de estos dos bailes es muy semejante, por lo menos en el motivo central que es la persecución y conquista de la mujer, aunque los detalles varían e igualmente la música, el ritmo de los tambores y la manera de bailar los bailadores.

Los atabales o palos son tres. Uno que puede tener más de un metro de alto, otro que le sigue en tamaño en escala descendente y otro más pequeño. El primero es el palo mayor o palo grande; el segundo, el palo mediano y el tercero, el alcahuete. En el Seibo usan también el güiro, como en la «sarandunga»; en San Juan, los palos solamente.

Se bailan atabales también en el Distrito de Santo Domingo, Moseñor Nouel, Cotuí, etc.

En otras partes de América

En Venezuela encuentro que los negros de Barlovento celebran el día de San Juan en forma muy similar a la banileja,³³ incluyendo los bailes.

Otras variantes americanas de la «sarandunga» pueden ser la «zamacueca» o «cueca», de Chile, y la «marinera peruana», en la coreografía de las cuales encuentro bastante semejanza con el baile que nos ocupa, aunque la música es completamente diferente.

En torno a su origen

La relación que me hizo Lorenzo Pérez no me dice si el baile fue traído con el santo desde Haití o si ya era conocido entre

32 *Boletín del Folklore Dominicano*, Vol. II, Núm. 2, p. 28.

33 Olga Briceño, «Música folklórica venezolana», *Boletín de la Unión Panamericana*, febrero de 1948, pp. 68-76.

ellos y solamente fue adaptado a la ocasión. Yo supongo, sin embargo, que fue esto último. El baile era sin duda conocido entre ellos como una forma de diversión y por eso lo hicieron formar parte del programa de su fiesta, igual que se hace hoy. Es difícil avanzar teorías acerca del posible origen de este baile, pues no hay datos que puedan confirmarlas por ser la bibliografía sobre la materia tan escasa durante los tiempos de la colonia. Carlos Vega, cita al padre Labat³⁴ (La Haya, 1724), quien a su juicio y según las investigaciones que hizo el mismo Vega, fue el primero que dio la versión de la famosa danza africana que él vio bailar en Santo Domingo, allá por el año de 1698, el nombre de la cual era «calenda». Más tarde, al finalizar el siglo XVIII, Moreau de Saint-Mery,³⁵ dice haber visto bailar la misma danza en Santo Domingo. La autora no especifica si fue entre los negros o entre los blancos o criollos españoles. Por otra parte, Vega dice que Labat la vio entre los negros, y Nolasco, en otra parte de su libro que dice que el mismo Labat la vio bailar hasta a las monjas, de una devota³⁶ manera, lo que desorienta bastante a la persona que, como yo, no tiene a mano el libro de Labat para comprobar ambas citas. Si creemos lo que dice Moreau de Saint-Mery, la «calenda» había ya evolucionado cuando él la vio en las postrimerías del siglo XVIII, y ya casi no recordaba a aquella impudente y lasciva danza que viera Labat un siglo antes. En esta forma se acerca mucho más a nuestra «sarandunga». El que el mismo Moreau de Saint-Mery diga, refiriéndose al carácter y costumbre de los criollos españoles, «El canto de esos insulares es muy monótono y demasiado análogo a esa especie de melancolía que pasaría por tristeza entre los franceses. Los españoles bailan pero a la moda morisca, acompañados de una guitarra ronca, que se queja dolorosamente de la torpeza de los dedos que la tañen, o

34 Carlos Vega, *Danzas y canciones argentinas*, Buenos Aires, 1936, pp. 139-140.

35 Flérida de Nolasco, *Vibraciones en el tiempo*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1948, pp. 105-106, cita no fácil de comprobar porque la autora no menciona obra ni página.

36 Nolasco, *Vibraciones*, p. 104.

simplemente con el sonido de una calabaza o maraca que agitan, o sobre la cual ejercitan sus manos poco armoniosas. Al oír semejante canto, al contemplar baile tan singular, sería difícil, conocer en ellos a los hijos del placer»,³⁷ nos hace suponer que el baile si se encontraba en la parte española de la isla era dentro del elemento negro, como la cita Labat, según Carlos Vega. Un hecho notable es este: aún después de casi tres centurias el mismo baile sigue la misma tradición negra, pues no hay que negar la señalada aceptación que tiene entre los individuos de color de nuestro país, y aún entre los mulatos.

A mi entender, la «sarandunga» y sus variantes no son más que otras tantas variantes de la antigua «calenda», modificada a tono con la época, el medio ambiente y el viso religioso que siempre tiene la práctica de la danza. La costumbre de bailar a los santos no es ajena a los españoles.³⁸ Ellos no solamente bailaban en las procesiones, sino que lo hacían también en las iglesias, bailes que, al parecer del padre Mariana, nada tenían de devotos y sí mucho de profanos. Esto no quiere decir, sin embargo, que el baile a que él se refiere sea el mismo que los negros de varios pueblos de América dedican a San Juan Bautista; arriesgado sería suponerlo pues lo que dice el padre Mariana es muy poco para imaginar siquiera a qué baile se refiere él, si no fuera porque da el nombre: «zarabanda». También hemos encontrado citas más antiguas de celebraciones de bailes en las iglesias³⁹ Trend remonta la celebración de este baile tradicional tan lejos como al 1439. Por otra parte, también los africanos tienen la costumbre de bailar a sus dioses e ídolos, y por tanto no costaría gran esfuerzo de parte de ellos cambiar el objeto de su afición y ponerlo más a tono con el mundo civilizado que el destino les dio como patria, por lo que sería difícil llegar a la conclusión de si la «sarandunga» es la supervivencia de

37 Moreau de Saint Mary, *Descripción de la parte española*, p. 91.

38 Padre Juan de Mariana, *Tratado contra los juegos públicos*, Bibliotecas de Autores Españoles, Vol. XXXI, pp. 432-434.

39 J. B. Trend, «The dance of the seises at Sevilla, *Music and Letters*, London, January 1921, Vol. 11, No 1, pp. 10-28.

un baile español entre en elemento negro de Santo Domingo, o si es una danza africana que ellos mismos trajeron al país y aún conservan. Lo que está más evidente, ante todo, es su hibridez. Tal y como encontramos la «sarandunga» hoy en día en Santo Domingo, y juzgando por lo que hemos visto y oído, sólo podemos decir que es un baile en el que se encuentran fuertemente ligados rasgos africanos, españoles, y... el güiro indígena. «El güiro era un instrumento salvaje, extravagante; trofeo de tribu indígena salvado de los mortales naufragios del tiempo».⁴⁰ Para el origen de la «sarandunga» no importa ni tampoco su procedencia, porque después de tantos siglos de adaptación y aclimatación es dominicana, y para mí una prueba contundente de lo hondo que arraiga todo género folklórico en el alma del pueblo.⁴¹

40 Augusto Malaret, *Vocabulario de Puerto Rico*, p. 188.

41 Cuadernos dominicanos de cultura núms. 76-96-987 diciembre, 1949 agosto-octubre de 1951. Compiladores: Aristides Incháustegui, Blanca Delgado Malagón. Santo Domingo, R. D. 1997.

Fiestas⁴²

Una de las más populares es el «carnaval». Alrededor de él se desarrolla todo un programa de actividades: bailes, mascaradas y comparsas, juegos públicos, etc. Hasta hace pocos años era costumbre santiaguera bailar la cinta en las esquinas de las calles. Uno sostenía el palo, al tope del cual pendían las cintas de diversos colores. Los demás ejecutaban el baile. Los bailadores llevaban disfraces. La danza era acompañada con una música especial tocada por una orquesta típica, y hasta tenía su letrilla. Otra costumbre de carnaval, también de Santiago, es el baile de los lechones. Los participantes se disfrazan de diablos y llevan una careta de lechón en vez de la propia de este disfraz.

Las comidas de sortijas por lo general forman parte de una fiesta mayor: el 16 de agosto, el día de San Juan, etc. La corrida se organiza eligiendo las madrinas, que generalmente son las muchachas más populares del lugar. Ellas se colocan en el lugar designado de antemano, llevando cada una un gran lazo de cinta en el pecho, que llaman cucarda, del color que le haya sido asignado. En un lugar apropiado de la calle mejor y más ancha del barrio, se coloca un cable o cordel que la atraviese y que esté suspendido a una altura del suelo de unos ocho o diez pies. De este cable se suspenden pedacitos de cintas del

42 Edna Garrido de Boggs, «Panorama del folklore de las Américas», *Folklore Américas*, 1961, Núm. 12, University of Miami, Coral Gables, Flórida, USA, pp. 17-18.

mismo color de las cucardas, con unas argollitas al extremo que cuelga. El propósito es que los jóvenes enganchen una de las cintas en una varita que llevan en la mano mientras pasan corriendo a toda velocidad del caballo en que van montados, y la arranquen del cable. Cuando cogen una cinta, ganan la cucarda que es del mismo color, la cual prende la madrina en el pecho del jinete. El joven que coge más cuerdas gana el premio. Modernamente se celebran estas corridas de sortijas en bicicleta en vez de a caballo.

Una variante de la corrida de sortijas es la «corrida de macutos», que se celebra en Baní como parte de las festividades del día de San Juan. Esta corrida sigue el mismo patrón de la ya descrita, pero en vez de las cintas se suspenden del cable unos macutitos que son hechos para ese fin y que contienen dulce de leche, que es una de las especialidades de la región. El que coge más macutitos gana uno grande lleno también de dulce de leche.

Un pasatiempo que goza mucho del favor del pueblo es el «palo ensebao» (cucaña), el cual por lo general es incluido en programas de fiestas populares que se celebran para conmemorar los aniversarios patrios. En esta diversión pueden tomar parte todos aquellos jóvenes que se sientan con bastante ánimo para probar su agilidad y destreza. Se toma un palo bastante alto, de forma cilíndrica y bien pulido, y se coloca en un hoyo en la tierra con bastante profundidad para que quede bien seguro. En el tope de este palo se pone una moneda (mientras más grande, mejor), y luego se cubre su superficie de sebo o cualquier otra sustancia grasosa. Los aspirantes al premio tratan de escalarlo para llegar al tope y hacerse de la moneda; pero por supuesto, antes de que esto suceda, hay muchos resbalones y caídas. Por último siempre hay uno que llega al tope y gana el premio.

La fiesta religiosa más típica es la celebración del día de un santo, pues por lo general cada pueblo tiene su patrón o patrona. Son famosas las fiestas de la Cruz en El Seibo, el día de Nuestra Señora de los Remedios en Azua, el día de San Juan

en San Juan de la Maguana, etc. Estas fiestas son de carácter complejo porque en sus programas incluyen las más variadas diversiones, en combinación con los actos que se celebran en la iglesia. Muchos de los pasatiempos ya descritos figuran en esos programas.



Edna Garrido en San Juan de la Maguana, 1941.



Al centro el poeta Víctor Garrido acompañado de su esposa Tijides Ramirez y Edna Garrido, al lado de su esposo Ralph Boggs. 1948, Miami. Clover Club en Boulevard Vizcaino, Centro Nat King Cole.

Creencias⁴³

La creencia es una correlación folklóricamente establecida por la mente del pueblo entre causa y efecto, de pasado (A) a presente (B), o de presente a futuro (C), en la concatenación de fenómenos que se desarrollan en la naturaleza. No importa si tal correlación está basada en hechos científicamente comprobados o meramente en la fe; lo importante es que crea el pueblo que tal correlación existe, o lo que es lo mismo, si pasó A, entonces cree que necesariamente tiene que suceder B. Tales creencias son simplemente observadas por el pueblo y tienen que pasar, según él, sin que pueda intervenir la voluntad humana para modificarlas o evitarlas. Hay, sin embargo, otras creencias sujetas a la voluntad humana, en el sentido de que el individuo ejecuta voluntariamente algún acto que, según su parecer, causará algún resultado deseado, o evitará que suceda alguna cosa desagradable.

Muy generalizada entre el pueblo dominicano es la creencia del «mal de ojo». Es una influencia maléfica que una persona ejerce sobre otra de manera inconsciente. Se supone que ese poder está en los ojos y que el blanco más propicio que ellos encuentran son las criaturas. Por eso todos los niños recién nacidos deben llevar un azabache, que es la única cosa que les protege. Se nos ha contado que una vez cierta persona le hizo un mal de ojo tan grande a un bebé que el azabache que él tenía puesto

43 Garrido de Boggs, «Panorama del folklore...», *Folklore Américas*, pp. 18-19.

se partió en dos mitades. La criatura no recibió daño alguno porque todo quedó concentrado en el azabache. Pero además cualquier cosa bonita es susceptible de ser ojeada.

Una parte apreciable de nuestras creencias la constituyen los ensalmos, conjuros, maldiciones y oraciones que por lo general se encuentran mezclados con la medicina popular. Se usan también los conjuros en el amor, el odio, y otras pasiones humanas. El término que usa el pueblo cuando se trata de estas cosas es brujería. En la brujería se usan objetos de todas clases: amuletos, libros, bolas de cristal, barajas, hojas de muchas clases, etc. También se preparan infusiones, baños, bebidas, se rezan oraciones y se hacen conjuros. Algunas veces se usa la brujería para curar ciertas enfermedades y defectos físicos. Sería de gran interés recopilar y estudiar las creencias del pueblo dominicano.



Edna Garrido con su padre
Víctor Garrido, en Chapel Hill,
1950, Carolina del Norte, USA.

Trabalenguas⁴⁴

MARÍA CHUCENA

*María Chucena su choza techaba,
y un techador que por allí pasaba le dijo:*

*—María Chucena,
¿tú techas tu choza o techas la ajena?*

*—Ni techo mi choza
ni techo la ajena,
que techo la choza
de María Chucena.⁴⁵*

(Informante: José de Jesús Álvarez Valverde,
Ciudad Trujillo, 1948.)

Las variantes de este trabalenguas que hemos recogido en otras partes del país no se diferencian de ésta.

44 Garrido de Boggs, *Folklore infantil*, pp. 509-511.

45 Paralelos. España: *RMCE*, Vol. I, p. 84. Chile: *PFCH*, p. 60. Perú: *UJC*, p. 85. *MRI*, p. 36. Colombia: *GTM*, p. 96. Venezuela: *OFV*, p. 183. Cuba: *AFC*, Vol. I, Núm. 3, p. 280.

La versión que anotó Rodríguez Marín en España en el siglo pasado es casi igual a la nuestra:

*María Chucena su choza techaba;
un techador que por allí pasaba dijo:
—María Chucena,
¿techas tu choza, o techas la ajena?
—Ni techo mi choza,
ni techo la ajena,
que techo la choza
de María Chucena.*

EL ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA

*El arzobispo de Constantinopla
se quiere desconstantinopolitanizar;
el que lo desconstantinopolitanizare
un gran desconstantinopolitanizador será.*

(Informante: Isaías Guzmán,
Ciudad Trujillo, 1948.)

Las únicas diferencias que hemos encontrado entre las variantes de este trabalenguas son las siguientes: en las españolas se dice «desarzobispoconstantinopolitanizar», etc.; y en algunas americanas (chilena, peruana) se emplea la palabra rey en lugar de arzobispo.⁴⁶

46 Paralelos. España: *RMCE*, Vol. I, p. 85; *REE*, p. 379. Chile: *FFCH*, p. 59. Perú: *MRI*, pp. 36-37; *UJC*, p. 85. Colombia: *GTU*, p. 96. Cuba: *APC*, Vol. I, Núm. 3, p. 280. Santo Domingo: *AFM*, p. 80.

A MÍ ME HAN DICHO

*A mí me han dicho
que a ti te han dicho
un dicho que he dicho yo.
Ese dicho yo no lo he dicho;
pero si lo hubiera dicho,
el dicho estaba bien dicho
por haberlo dicho yo.*⁴⁷

(Informante: Tila G. de Pelletier,
Ciudad Trujillo, 1945)

QUÉ ENLADRILLADO...

*¡Qué enladrillado está el cielo!
¿Quién lo enladrillaría?
El que lo enladrilló
buen enladrillador sería.*⁴⁸

(Informante: Tila de Pelletier,
Ciudad Trujillo, 1945.)

La cual dice: *Un cuarto desenladrillado. El que lo desenladrillare
será un gran desenladrillador.*⁴⁹

47 Paralelos. Argentina: *CCR*, Vol. II, p. 460; *AFA*, p. 233. Estados Unidos de Norteamérica (Nuevo México): *ENMF*, Vol. XXIX, pp. 527-528.

48 Paralelos. Perú: *UJC*, p. 85; *MRI*, p. 36.

49 Santo Domingo, *AFM*, p. 89 (la cual es completamente igual a la nuestra).

CON ESTE PUÑAL...

*Con este puñal de acero
me descorazonaría yo.*

(Dígase lo más rápidamente posible.)

(Informante: Amanda G. de Howley,
Ciudad Trujillo, 1945.)

Con este puñal y aquél te descorazonaré.⁵⁰

(Se dice con rapidez.)

CORTO CAÑA

*Corto caña,
caña corto;
corto caña,
caña corto.*

(Dígase varias veces, con rapidez.)

(Informante: Caudita Puello,
Ciudad Trujillo, 1945.)

50 Paraleros. Cuba: *AFC*, Vol. I, Núm. 3, p. 280 (Fernando Ortiz lo recogió de [esta manera]).

Diccionario dominicano de refranes⁵¹

El Refrán

*Definición*⁵²



Edna Garrido y Ralph Boggs en la Universidad de los Ángeles, California, USA, 1968.

El refrán es una oración concisa, típicamente filosófica o didáctica, que encierra por lo general una admonición, un consejo o una advertencia, para guiarle a uno prácticamente en los problemas de la vida diaria, sacada o deducida pragmáticamente de los hechos y las experiencias de este mundo. Es una frase hecha, cristalizada, que se puede aplicar a cualquier situación comprendida en la categoría a la cual se aplica el pensamiento básico del refrán.

51 Edna Garrido de Boggs, «Diccionario dominicano de refranes», *Boletín del folklore dominicano*, 1947, Núm. I, pp. 35-50.

52 Estas notas fueron extraídas del libro de Archer Taylor, *The Proverb*. Harvard University Press, Cambridge, Mass, USA. 1931.

Hay muchos dichos y sentencias que tienen el carácter general del refrán, inventados y citados por y entre los sabios, filósofos y literarios en general, algunos de los cuales se hacen refranes folklóricos. Para ser refrán folklórico, la oración tiene que cumplir con la definición general del folklore, es decir, tiene que ser aceptado y hacerse común y corriente entre uno o más grupos o pueblos, perder conocimiento general de quien fue su autor y adquirir así tal anonimato que el pueblo pueda sentir que le pertenece a él mismo, y haber circulado suficientemente por el tiempo y el espacio para haberse fijado como un patrón invariable, pero con formas variantes en sus detalles, o de haber adquirido esos rasgos característicos que resultan de la tradición. Aquí se acopla perfectamente a la definición de Archer Taylor, que dice: «Un refrán es un dicho corriente dentro del pueblo».

Origen

El origen del refrán ha sido poco estudiado. Raras veces se ve en la actualidad un refrán en su proceso de formación, la mayor parte de los refranes llegan a nuestros oídos ya popularizados y cualquiera creencia o suposición que nos formemos en cuanto a su origen entrarían mucho en el campo especulativo. Ahora bien, en el refrán es conveniente distinguir dos clases, el erudito, que tiene una larga historia literaria, que puede tener su principio en la Biblia o en una frase clásica de la antigüedad o en fuentes más recientes, y el refrán popular, que nadie sabe de dónde vino; algunas veces un refrán popular tiene su origen en otro erudito, tal el caso de la frase de San Jerónimo: *Noli (ut vulgare est proverbium) equi denes inspicere donti*, («A caballo dado no se le mira el colinillo»), refrán tan popular en todo el mundo. No podemos adivinar o descubrir si la frase debe su origen al propio San Jerónimo, o era de tradición vernácula y él hizo uso de ella.

Al refrán erudito se le sigue las huellas a través de su historia literaria, pero en cuanto al popular no podemos ser tan afortunados.

Clases de refranes

Los refranes son inventados o creados de diferentes maneras: algunos son simples apotegmas y pláticas elevadas a dignidad proverbial, otros se levantan del uso simbólico o metafórico de un incidente, todavía otros imitan proverbios ya existentes, y otros deben su existencia a una historia o fábula condensada.

El apotegma proverbial

Expresa su pensamiento básico en términos abstractos, categóricos, o por lo menos tan generales que pueden aplicarse y expresar exactamente en los términos en que se expresa a cualquier situación a la cual se puede aplicar, lo reconocemos como proverbial porque lo hemos oído muchas veces y se puede aplicar a muchas situaciones diferentes; hay ausencia completa de metáfora, tal es el conocido refrán: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar», o «Ver para creer», etc.

Refrán metafórico

Se distingue del apotegma en que el pensamiento básico se expresa no en términos generales sino en los términos específicos de una de sus muchas aplicaciones, y por la aplicación de éste caso a otro caso, se sobreentiende el pensamiento básico aplicable igualmente a los dos casos, o a cualquier caso que ejemplifique el pensamiento básico. Estos son los más artísticos, toman forma del uso metafórico de un simple hecho o suceso: «Escoba nueva barre bien», es la observación de una ama de casa, pero como refrán puede ser usado en innumerables ocasiones y en cualquier campo, tal como: «Perro que ladra no muerde», etc.

Contenido y estilo del refrán

El contenido del refrán nos proporciona un más interesante campo de estudio, y una clasificación que no esté basada en lo

erudito y en lo popular sería mucho más provechosa. Es evidente que no todas las clasificaciones de acuerdo con el sujeto son fructíferas. Aquellas que están basadas sobre objetos específicos, tales como esas colecciones de refranes acerca de Dios, la mujer, el perro, etc., no forman un muy sugestivo grupo de material. Pero clasificaciones que envuelven ideas, o las cuales juntan proverbios que pertenecen a una particular esfera cultural, tales como aquellos refranes que tratan del tiempo, la salud, la agricultura, las supersticiones, etc., proporcionan un material de verdadero interés y cuyo sólo estudio por lo atrayente, recompensa ampliamente al colector y clasificador.



Edna Garrido.

Archer Taylor sugiere se agrupen en la forma ya indicada y anota las siguientes categorías: legales, *blasón populaire*, del tiempo, médicos, frases convencionales y profecías proverbiales.

Aunque la rigidez de la forma constituye una característica esencial en los refranes, se han hecho muchos esfuerzos para describirlos y estudiarlos, pero han sido muy poco afortunados los eruditos que han emprendido la tarea. Estudios de sus formas métricas han sido hechos, pero resultan tediosos. El examen de otros importantes factores del estilo tampoco ha producido mayores resultados. En lo capital, los refranes son raramente distinguidos por sus peculiaridades en la dicción. Ellos necesariamente deben restringir la elección de las palabras a las más simples y de más claro significado. Hasta lo que hemos visto, el refrán se acopla al ritmo general de la lengua en la cual se ha tomado. En el caso de un refrán tomado de otro idioma, se puede trazar una gradual adaptación al ritmo de la nueva lengua.

Una forma métrica interesante en el refrán es la aliteración. La aliteración es una común característica, dice Taylor, de los primeros versos alemanes y por largo tiempo los eruditos han considerado la aliteración en el refrán como prueba de su antigüedad. Sin embargo, para Taylor la aliteración no es una prueba contundente porque, algunas frases aliteradas son viejas, mientras que otras se han producido en épocas más recientes. No hay la manera de distinguir entre la vieja y la nueva aliteración. La aliteración no es suficiente para probar la antigüedad de un refrán.

Una típica forma de los refranes del latín medieval es el exámetro leonino: *Arbor per premium quaevis non cernit ictum. Parvus pendetur fur, magnus abire videtur* («Un árbol no cae al primer hachazo. El ladrón pequeño es ahorcado, el grande queda suelto»). Estos ejemplos ilustran una falta muy notable de tales refranes. Para llenar el hexámetro, el versificador añade palabras inútiles: «*quaevis, videtur*». Algunos señalan, por ejemplos, el hexámetro leonino con rima femenina como de origen posterior a aquéllos con rimas masculinas.

Las peculiaridades lingüísticas del refrán nunca han recibido muy atento examen, como hemos visto, antiguas palabras y expresiones dialectales son conservadas. Palabras nuevas las cuales van más allá de los límites ordinarios de la formación del vocablo son de vez en cuando encontradas.

Las figuras en los refranes no han sido estudiadas provechosamente. Una aplicación de las reglas clásicas de la retórica y sus subdivisiones podrían a duras penas traer alguna luz sobre algo de verdadero interés e importancia. Seiler sigue otra táctica. Él distingue tres clases de metáforas en los refranes.

1. Refranes en los que la idea precede a la imagen, Ej.: «El que tiene tejido de cristal no debe tirarle piedras al ajeno». 2. Aquellos en los que la imagen precede a la idea, ej.: «Escoba nueva barre bien». 3. Aquellos en que la idea y la imagen están concebidas simultáneamente. Ej.: «Las aguas tranquilas corren en lo profundo».

Los artificios retóricos de conectar dos ideas abstractas en términos de una relación familiar parecen emanar originalmente de la personificación griega de las cualidades abstractas. Directa o indirectamente, la mayoría de los ejemplos del latín clásico parecen imitar la construcción griega. Pero esta clase de proverbios se han conservado más bien fuera del pueblo, debido sin duda a su forma artificiosa y rebuscada.

Distinguiamos otro tipo de refrán por el uso de correlativos. Aunque los modelos vienen del griego y el latín, parece que fue en la Edad Media cuando alcanzaron su mayor apogeo. Un ejemplo característico medieval de este tipo es: *Ubi crux, ibi luz*, («Donde está la cruz, hay una luz»). Modernos representantes de este tipo de refranes no son muy frecuentes, aunque conservamos algunos familiares: «Querer es poder», en inglés: *Where there's a will, there's a way*.

Detalles del estilo a menudo dan indicios con respecto a la edad o la historia del refrán, pero el mismo Taylor dice que nuestros métodos de estudio y el criterio en el cual podemos confiar están todavía muy poco desarrollados. Rima, aliteraciones, modismo, o peculiaridades, ardidés verbales en el estilo a menudo señalan una versión en un idioma como el origen de otra en otro idioma. De estas indicaciones, la rima y la aliteración son menos seguras que los modismos.

Ordinariamente el refrán rimado es la fuente del no rimado, opina Taylor, aunque no es una regla general pues tiene sus excepciones que él muy bien señala.

Otro tipo de refranes que señala Taylor es el dialogado del cual no hemos encontrado hasta ahora ningún ejemplo en Santo Domingo. De entre los ejemplos que Taylor trae tomo éste que se ha encontrado en Grecia, Rusia y otros países: *How sweet the milk is! Where did you see it? My uncle saw another man drinking it on the other side of the river*. «Qué dulce está la leche! ¿Dónde la vio Ud.? Mi tío vio a otro hombre bebiéndosela al otro lado del río». Y éste otro más ampliamente difundido: *I have caught a bear. Bring it here. It won't come. Then come your self. It Won't let me go*. «He cogido un oso. Tráigalo aquí. Él no quiere venir. Entonces venga

Ud. mismo. Él no me quiere dejar ir». Entre los árabes también se han recogido ejemplos interesantes.

La última forma es un tipo especial de refranes epigramáticos que alcanzaron señalada popularidad en Europa después del Renacimiento, pero que hoy no gozan ya de especial favor.

La estructura del refrán es simple o compleja. La gran mayoría de los refranes hacen solamente una sola aserción, aunque esta aserción puede ser hecha atendiendo a una combinación de cosas pero que no puede ser aplicada a cada una separadamente, ej.: «Al puerco y al yerno mostrarle la casa, que él se vendrá luego». Unión caprichosa de objetos que a primera vista no tienen relación, imprimen el refrán, más profundamente en nuestra mente. Algunos refranes de este tipo se han originado sin duda en causas naturales. Otros aprovechan más de cerca el epigrama, empiezan por lo general indicando el número de miembros involucrados, tal como «Tres cosas echan de su casa al hombre: el humo, la gotera y la mujer vocinglera».

Taylor dice que aunque esta forma de refrán se encuentra esporádicamente en la Edad Media, las caracterizaciones epigramáticas parece que vinieron a estar de moda después del Renacimiento, pareciendo que se esparció desde Italia.

Probablemente el más popular de todos los refranes de este tipo es «Tres cosas echan de su casa al hombre: el humo, la gotera y la mujer vocinglera» porque se encuentra en muchos idiomas y tiene una larga historia. Parece que el germen de donde se esparció es el proverbio bíblico (*Tecta perstillantia in die frigoris et litigiosa mulier comparatun*, Prov. XXVII, 15), luego reformado por el papa Inocencio III. Sin embargo, el refrán se conserva más en colecciones de los siglos XVII y XVIII que en la tradición oral.

Rasgos nacionales y raciales

Algunos han querido identificar ciertos refranes como oriundos de determinado lugar porque les ha parecido ver en su contenido rasgos de tal pueblo o de tal raza, es decir,

son usados para describir y definir temperamentos nacionales o raciales. Algunos refranes pueden ser recocidos como regionales, ej.: *Dag foljer aven på vinternatten* «El día sigue aún en la noche de invierno», *Ett liv utan kärlek, ett år utan sommar* «Una vida sin amor es como un año sin verano» son del lejano Norte.

Hace ya mucho tiempo Francis Bacon dijo: «El genio, la agudeza y el espíritu de una nación están manifestados en sus refranes», y muchos lo han repetido después de él.

Rasgos éticos

El rasgo más notable en la ética de los refranes es que se adhiere a la conducta y al proceder humanos, y como es claro su razón de ser descansa en ellos. Estos refranes no abogan por la villanía sino tratan de inculcar en el individuo cierta elevación moral y aconsejan ciertas normas de conducta. Así como los hombres reflexivos y grandes pensadores ven la vida a través de la luz de las verdades eternas y forman sus apotegmas y aforismos, así el pueblo busca y encuentra apoyo en la común humanidad de la proverbial filosofía. Es, tal vez, una pobre manera de consolarse decir: «Las desgracias nunca vienen solas», es decir preparándose para lo más que pueda venir, o diciendo con caprichosa ironía «Lo peor está todavía por venir», pero cuando puede hacer estas reflexiones la vida tiene un poco de más estímulos para el hombre ordinario y el pensamiento ha servido las necesidades del sencillo pueblo.

Refranes obscenos

Esta clase de refranes es por lo general excluida de los refraneros, suponemos que por escrúpulos de conciencia, pero esto no quiere decir que no los hayan, aunque parece que no hay una gran cantidad de ellos. Algunos refranes que hoy parecen muy crudos y vulgares, en épocas anteriores no ofendieron los oídos más delicados.

La frase proverbial

Tiene todas las características del refrán, sólo se distingue de él en su forma gramatical. Un refrán no varía en ningún respecto, mientras que la frase proverbial cambia según el tiempo y la persona, es decir, según el caso particular en que se aplica: «Brilló por su ausencia», «brillaron por su ausencia», «brilló por su ausencia», etc.

Las frases proverbiales han sido mucho menos estudiadas que los refranes y hay autores de refraneros que no las incluyen en sus colecciones; sin embargo, ellas son tan interesantes como aquéllos y algunas tienen una larga e interesante historia, aunque al igual que los refranes no podemos afirmar nada acerca de su origen. Muchas frases proverbiales son internacionales, se encuentran en muchas lenguas, un típico ejemplo sería: «Romper el hielo» en inglés: «*To break the ice*»; «Saltar de la sartén al fuego», en inglés: «*To jump from the frying pan into the fire*», que se encuentran también en alemán, holandés y otros idiomas más.

Comparación proverbial

Las comparaciones que podríamos llamar proverbiales son muchas y variadas. En conexión con ellas, al igual que con el refrán y las frases proverbiales, la cuestión de origen, historia y forma, despierta interés, pero es difícil recopilar suficientes ejemplos de una comparación particular para estudiar estos problemas de una manera más efectiva. La comparación proverbial consiste en una frase ya cristalizada que sirve de punto de comparación en un caso determinado. Esta frase nunca varía. Así se dice: «Es más sabio que Salomón», «Más viejo que Matusalén», «Tan claro como el cristal», «Tan libre como el aire», «Más frío que un muerto», etc. Algunas comparaciones proverbiales tienen una larga historia y son ampliamente usadas en poesía: «Tan rojo como la sangre», «Tan blanco como la nieve», «Tan verde como la grama». A las comparaciones que envuelven colores se le puede trazar ruta de siglos de uso.

Los refranes de esta colección⁵³

Los refranes que aparecen en esta colección han sido recogidos de la tradición oral dominicana. Unos son más populares en una región, otros en otras, pero todos pertenecen a nuestra tradición oral. No quiero significar con esto que son de origen dominicano, que sean nativos de aquí, sino que se hallan en el país desde tanto tiempo atrás que han llegado a formar parte de nuestro folklore, que forman parte del lenguaje popular. El habla del pueblo es continuamente matizada por el uso de refranes, frases y comparaciones proverbiales y agudos dichos populares, que le dan más expresión.

Incluimos en la presente colección además de los refranes, la frases y comparaciones proverbiales, los dichos populares, el *blason populaire* y otras expresiones del pueblo. Han sido clasificados por orden alfabético según la palabra clave. A casi todos los refranes le hemos encontrado paralelos españoles, los que incluimos según creemos conveniente, algunos por su corte, parecen nativos, y nos inclinamos casi a afirmarlo porque hemos revisado varias colecciones españolas y no les hemos encontrado variante. Los textos no han sido alterados, ni han sufrido la menor modificación, cuando hay una pequeña diferencia entre una y otra variante la damos a conocer.

No creemos ni remotamente que aquí están incluidos todos los refranes dominicanos, éstos sólo son los que me ha sido posible recoger, seguramente son más los que faltan.

A

A. *A, e, i, o, u, más sabe el burro que tú.* Se dice cariñosamente a los niños cuando empiezan a leer. *Era* más usado en años atrás cuando se aprendía a leer con la cartilla. Sbarbi, p. 24: *A, e, i, o, u, borriquito como tú.*

53 José María Sbarbi, *Gran diccionario de refranes de la Lengua Española*, Buenos Aires, 1943. Ed. Joaquín Gil.

Abarcar. *El que mucho abarca poco aprieta. El que toma a su cargo demasiadas cosas no puede desempeñarlas todas bien.* Sbarbi, p. 24: Lo trae en igual forma.

Abece. *Ser el abecé. Los rudimentos y primeros principios de algo.* Sbarbi, p. 24: *Eso es el abecé.*

Abuela. *Bien se conoce que no tiene abuela.* Se dice irónicamente al que se alaba a sí propio. Sbarbi, P. 27: La misma forma.

Abundar. *Lo que abunda no daña.* Se entiende, siendo bueno. Sbarbi, p. 27: La misma forma.

Acabar. *El que acaba primero, ayuda a su compañero.* Muy usado entre niños para significar que el que termina primero de comer tiene parte de la comida del otro, o de los otros, si son varios. Sbarbi, p. 27: La misma forma.

Aceite. *Estar como el aceite en el agua.* Estar muy por encima en una cosa, sin cargar con las responsabilidades. Sbarbi, p. 29: *Nadar como el aceite sobre el agua.* (Tenerla suerte de quedar siempre encima o victorioso).

Acíbar. *Más amargo que el acíbar.* Sbarbi, p. 31: la misma forma.

Adelante. *El que adelante no mira, atrás se halla.* Conviene prever el resultado de las cosas antes de emprenderlas, por el temor de comprometerse en ellas y luego no poder resolverlas. Sbarbi, p. 33: La misma forma.

Adentro. *Ser muy adentro.* Tener íntima confianza en alguna casa o ser de la intimidad de una persona. Sbarbi, p. 33: La misma forma.

Adiós. *¡Adiós mi dinero o mis cuartos!* Expresión figurada y familiar que se emplea cuando se pierde o malogra una cosa que se como emprendido. Sbarbi, p. 33: La misma expresión.

Adonde. *Adonde fueres, haz como vieres, o lo que vieres.* Se debe adaptar cada cual al modo de ser del país o lugar donde se halla. Sbarbi, p. 34: La misma forma.

Adonis. *Creerse un Adonis.* Aplicase al joven que se cree a sí mismo muy hermoso y apuesto. (Adonis, personaje mitológico, gran cazador, que habiendo sido muerto por un jabalí, fue convertido por Venus, de quien era amado locamente, en una anémona, flor muy hermosa). Sbarbi, p. 34: La misma forma.

Agallas. *Tener muchas agallas, o ser muy agallado.* Querer siempre la mejor y mayor parte de la cosa que se hace en sociedad con otra u otras personas. Querer siempre lo mejor para sí. Sbarbi, p. 35: Tener muchas agallas. (Ser muy valiente).

Agosto. *Hacer su agosto.* Ganar algún dinero con un negocio inesperado. Sbarbi, p. 36: Hacer su agosto y su vendimia.

Agua. *¡Agua, que se quema la fragua!* Expresión que se dice para manifestar que se tiene mucha sed. Sbarbi, p. 38: *¡Agua que arde la fragua!*

Agua de arco no hace charco, y si lo hace navega un barco. Se dice cuando está nublado y puesto el arco iris. (No hemos encontrado ninguna variante española, de este refrán, por lo que nos inclinamos a creer que es de composición vernácula.)

Aguacero. *Me cayó como un aguacero.* De manera inesperada. Expresión proverbial que puede ser nativa.

Aguarse. *Aguarse una cosa.* No llevarse a efecto algo que se había planeado, o preparado. Así se dice: Se aguló la fiesta, la procesión, etc. Esta expresión no la hemos encontrado en colecciones españolas...

Águila. *Es un águila.* Así se califica a la persona de vista perspicaz y de agudo ingenio. Sbarbi, p. 44: La misma expresión.

Aguja. *Buscar una aguja en un pajar.* Trabajar inútilmente por conseguir una cosa imposible, o muy difícil. Sbarbi, p. 45: La misma forma.

Ahogarse en un vaso de agua, o en poca agua. Ser para poco y encogido. Sbarbi, p. 39: la misma expresión.

Aire. *Dejar a uno en el aire.* Quedar sin recurso económico alguno. Sbarbi, p. 47: La misma expresión.

Ajeno. *El que de ajeno se viste, en la calle lo desnudan.* Advierte a los que se atribuyen prendas o cosas que no le pertenecen, el peligro en que se ven de ser despojados de ellas cuando menos lo esperan. Sbarbi, p. 48: Trae el mismo refrán.

Ají. *Ponerse, o estar, como ají, o pipí.* Se aplica a la persona que se halla muy enfadada por algo que le han dicho. Sbarbi, p. 48: Ponerse como un ají, o como un ajiaco.

Ala. *Ahuecar el ala*. Irse, ausentarse del lugar en que se está. Sbarbi, P. 49: La misma expresión.

Albricia. *Pagar las albricias*. Ser el primero en dar las buenas noticias al interesado. Sbarbi, p. 52: Ganar las albricias.

Albur. *Correr el albur*. Exponerse a los riesgos que se fía el resultado de una empresa. Sbarbi, p. 52: La misma forma.

Alcornoque. *Más duro que el alcornoque*. Comparación que se emplea para significar la fortaleza y dureza de una persona, o cosa. Sbarbi, p. 53: La misma forma.

Alambre. *Estar como un alambre*. Estar sumamente delgado. Sbarbi, p. 50: La misma expresión.

Alcance. *Dar alcance a uno*. Encontrarle después de varias diligencias hechas con ese fin. Sbarbi, p. 53: La misma forma.

Alcanzar. *Si alcanza no llega*. Da a entender que una cosa es tan escasa que con dificultad llena el fin a que está destinada. Sbarbi, p. 53: La misma forma.

Alfeñique. *Parecer, o ser, un alfeñique*. Se aplica a las personas de constitución débil y muy delicada, y acosas muy finas que se pueden romper fácilmente. Sbarbi, p. 55: La misma forma.

Algo. *Algo es algo y peor es nada*. Es una réplica a los descontentadizos que se quejan de haber recibido menos de lo que esperaban. Sbarbi, p. 55: Más vale algo que nada. También: algo es algo.

Algodón. *Estar criado entre algodones*. Dícese de las personas delicadas y poco hechas a trabajos rudos, por haber crecido en medio de regalos y refinamientos. Sbarbi, p. 56: La misma forma.

Alhaja. *Ser una alhaja*. Tener muy buenas condiciones morales. Sbarbi, p. 57: La misma forma.

Altar. *Sólo falta poner a uno en un altar*. Dícese de la persona cuyas virtudes y méritos se ponderan demasiado. (Por lo general se emplea irónicamente.)

Alzarse. *Alzarse con el santo y la limosna*. Apoderarse de una cosa sin tener derecho a ello, especialmente si se le ha encomendado. Sbarbi, p. 62: La misma forma.

Allá. *No estar muy allá una cosa*. No estar muy buena. Sbarbi, p. 62: La misma forma.

Alma. *Partírsele a uno el alma*. Sentir gran dolor o conmiseración por algún suceso lastimoso.

Sbarbi, p. 57: Arrancársele a uno el alma.

Almíbar. *Estar hecho un almíbar*. Mostrarse muy cariñoso y amable. Sbarbi, P. 60: La misma forma.

Almohada. *Consultar con la almohada*. Meditar con el tiempo necesario algún asunto, a fin de proceder en él con acierto. Sbarbi, p. 60: Trae la misma forma.

Amargo. *Amargo como la hiel*. Aplícase a lo que por el sabor se parece a lo que sirve de comparación. Sbarbi, p. 64: La misma forma.

Amargo como retama. Dicese de las cosas muy amargas. Sbarbi, P. 64: La misma forma.

Amigo. *Quien presta a un amigo, pierde el dinero y el amigo*. Enseña que siendo muy frecuente no recuperar el dinero prestado a un amigo, se llegan a perder tarde o temprano, ambas cosas. Sbarbi, p. 68: La misma forma.

Amistad. *Hacer las amistades*. Reconciliarse cuando se está reñido. Sbarbi, p. 70: La misma forma.

Amolar. *Amolando y siempre boto*. Trabajar mucho sin conseguir provecho alguno. (No hemos encontrado este refrán en ninguna de las colecciones españolas consultadas, por lo que nos inclinamos a creer que sea de hechura criolla).

Amor. *En el amor y en la guerra todas las armas son buenas*. Da a entender que cualquier medio es bueno, con tal de alcanzar el fin.

Amar. *Quien a feo ama, bonito le parece*. Expresa lo que engañan el deseo y el afecto. Sbarbi, p. 64: La misma forma.

Andar, o estar, alcanzado. Hallarse escaso de recursos pecuniarios. Estar empeñado y muy lleno de deudas. Sbarbi, p. 53: La misma forma.

B

Bañarse en agua de rosa. Alegrarse una persona de algún contratiempo que le ha sobrevenido a otra, en señal de desquite. Sbarbi, p. 39: La misma forma.

C

Caérsele las alas del corazón. Decaer, faltarle el ánimo a uno en algún contratiempo o adversidad. Sbarbi, p. 49: La misma forma.

Caérsele a uno el alma a los pies. Abatirse, desanimarse por no corresponder la realidad a lo que esperaba. Sbarbi, p. 5 7: La misma forma.

Como el agua. *El dinero se va como el agua:* Insensiblemente y en abundancia. Sbarbi, P. 40: La misma expresión.

Como quien se bebe un vaso de agua. Hacer algo consuma facilidad y presteza.

D

Del agua mansa libreme Dios, que de la brava me libro yo. Las personas de genio apacible cuando llegan a enfadarse suelen ser más terribles. Sbarbi, p. 40: La misma forma.

De agua dulce. *Marinero de agua dulce.* Darse a entender por medio de esta expresión que alguna persona no es práctica en su profesión o que no sobresale en el conocimiento de ella. Es alusión al marinero que nunca se ha embarcado. Sbarbi, p. 40: La misma expresión.

E

Echarle a uno al agua. Descubrirle un secreto a uno, denunciarle ante alguien. (Creemos que la expresión es nativa).

Echarle agua al vino. Apaciguar el ánimo de una persona cuando está enojada. (Esta expresión proverbial puede ser nativa).

El agua cría ranas. Disculpa de los bebedores para no beberla. Sbarbi, p. 41: La misma expresión.

Estar con el agua al bozo, o al cuello, y el río creciendo. Hallarse en peligro o en grandes apuros. Sbarbi, p. 40: *Darle, o llegarle, a uno el agua a la boca.*

Estar ajeno de una cosa. No tener noticias de una cosa o no estar prevenido de lo que va a suceder. Sbarbi, p. 48: La misma forma.

El que anda, o va, adelante, bebe agua limpia. El primero en llegar obtiene la mejor parte, o el mejor sitio. (No hemos encontrado este refrán en ninguna de las colecciones españolas que hemos consultado. Puede ser nativo).

Estar claro como el agua. Dícese de las cosas que no necesitan explicación, por ser fácilmente comprensibles. Sbarbi, p. 41; la misma forma.

H

Hacerse agua la boca. Saborear las cosas por anticipado. Sbarbi, p. 42: La misma expresión.

I

Ir como alma que lleva el diablo. Precipitadamente. Sbarbi, P. 58: Igual forma

M

Más dulce que el almíbar. Suele decirse a las frutas, como naranja, cajuil, etc., para alabar su dulzura. Sbarbi, p. 60: La misma expresión.

N

No hay amor sin esperanzas. Confiar en la victoria sostiene la fe del enamorado. Sbarbi, p. 74: La misma forma.

No saber ni la a. Ser muy ignorante; no saber leer. Sbarbi, p. 23: No conocer la a.

No saber el abecé. Ser un ignorante. Sbarbi, p. 24: Trae la misma forma.

Nadie diga: de esta agua no beberé. Ninguno, está libre de que le suceda lo que a otro, y por tanto no debe jactarse de substraerse a las leyes universales. Sbarbi, P. 42: La misma forma.

Q

Quedarse en el aire. Verse chasqueado, burlado y despojado. Sbarbi, p. 47: la misma expresión.

R

Romper las amistades. Reñir personas que eran muy amigas. Sbarbi, p. 71: La misma forma.

*Rúis Serra: Qui adelant non guarda, azaga caye.*⁵⁴

S

Se acabó lo que se daba. Es decir, no queda nada de qué disponer. Sbarbi, p. 27: La misma forma.

Ser un alcornoque. Muy estúpido y cerrado de entendimiento. Sbarbi, p. 49: La misma forma.

54 V. Ruis Serra, «Refranes del siglo XIV», *Revista de Filología Española*, Madrid, España, 1926, XIII. 4, pp. 364-372.

T

Tan amigos como de antes. Locución familiar con que se da a entender a una persona que el no esta de acuerdo en lo que se discute, no significa quebrar la amistad.

Sbarbi, p. 70: La misma forma.

V

Vivir del aire. Se usa más en forma negativa. No tener medios de vida. (Esta expresión puede ser nativa).

Historia y estado actual de investigación sobre el folkllore de Santo Domingo⁵⁵

La historia del folkllore dominicano es muy breve y reciente. Parece que no se hizo ninguna recopilación de folkllore en el siglo XIX, tampoco en el primer cuarto del siglo XX. El movimiento sobre folkllore iniciado en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX parece no haber tenido ningún eco en esta pequeña República caribeña.



Edna Garrido y Ralph Boggs entregan el certificado de participación al folklorista Fradique Lizardo, de un curso de folkllore realizado en 1981 en el Museo del Hombre Dominicano. Al fondo el historiador José Chez Checo.

55 Edna Garrido de Boggs, *Revista Journal of American Folklore*, de la American Folklore Society, 1951. (Traducido por Martha Ellen Davis).

Si leemos las obras literarias escritas en los siglos XVIII y XIX, encontramos a veces alguna mención de las costumbres y la vida tradicionales, y frecuentemente anécdotas y leyendas. Pero es imposible determinar si tal material fue escuchado por el escritor a nivel popular o bien si fuera producto exclusivamente de su imaginación.

La primera recopilación de folklore que se podría llamar así no aparece hasta 1927, cuando Julio Arzeno publica su librito, *Del folklore musical dominicano*, tomo I. En esta obra ofrece una pequeña muestra de canciones dominicanas, hecha sin discriminación, de modo que uno desconoce si se trata de canciones folklóricas auténticas o simplemente cantos populares. Aunque sabemos que hizo esta recopilación en la provincia de Puerto Plata, no hay mención ninguna de los informantes ni los lugares de origen de las canciones.

También en 1927 se publicó *Al amor del bohío: tradiciones y costumbres dominicanas* por R. Emilio Jiménez. En este libro el autor ofrece una reseña general de varios aspectos de la vida tradicional dominicana en la región norte del país, mayormente en la provincia de Santiago.

En 1921-1922, los funcionarios de la Superintendencia General de Enseñanza mandaron a los inspectores de las escuelas públicas a realizar un inventario de las costumbres tradicionales dominicanas. Algunos de sus informes son bastante interesantes y aportan muchos datos, pero nunca fueron publicados. Tampoco, según sepamos, se ha publicado ningún estudio sobre este material.

En 1930, un extranjero, Manuel José Andrade, publicó la mejor recopilación de folklore dominicano hasta la fecha. Se trata mayormente de cuentos folklóricos, pero también incluye adivinanzas, refranes, costumbres variadas, etc. Es una colección meritoria aunque presenta algunos errores que son de esperar de uno que llega desde afuera y carece de un dominio del medio local. Su libro fue casi desconocido entre los dominicanos hasta que el doctor R. S. Boggs lo presentó en un curso de folklore que impartió en la Universidad de Santo Domingo durante el verano de 1944. Luego la Universidad lo mandó a traducir y publicar en una edición en español en 1948.

Nada de importancia aparece en cuanto a estudios sobre folklore dominicano entre 1930 y 1944, fecha en la cual la Universidad de Santo Domingo invita al doctor R. S. Boggs a impartir el mencionado «cursillo de folklore» y desarrollar el estudio del folklore en la Universidad. Este cursillo tuvo mucho éxito. Algunos alumnos del curso luego se matricularon para hacer investigación bajo su tutoría. Puesto que esta fue la primera vez que se impartiera folklore en Santo Domingo, la Universidad carecía de materiales para los alumnos. Por lo tanto, lo primero que hizo el profesor Boggs, inclusive antes de su llegada, fue redactar el folleto, «Guía e instrucciones para la recopilación de materiales folklóricos». Fue publicado como librito por la Universidad y distribuido primero entre los maestros y luego los alumnos de folklore para que recopilaran materiales para uso en las clases del cursillo. Luego el profesor Boggs escribió otro librito, *Clasificación del folklore* que también fue publicado por la Universidad y distribuido entre maestros y alumnos.

Los alumnos del cursillo recogieron muchos materiales folklóricos, todos clasificados según las instrucciones facilitadas por el profesor Boggs y archivados en la Sección de Lingüística y Folklore de la Universidad. Pero muy poco se podría aprovechar en el momento debido a la breve duración del cursillo.

Lamentablemente, el interés en el folklore mostrado por la Universidad duró poco, ya que ningún otro estudio se ha realizado desde el verano de 1944 hasta la fecha de hoy, y la gran cantidad de material folklórico recopilado en aquel entonces aún permanece en los archivos esperando ser estudiado.

Pero no fue todo en vano. Varios de los alumnos del profesor Boggs continuaron trabajando y haciendo algo de investigación como movimiento que resultó en artículos, folletos y libros. El 13 de enero de 1946, un grupo de ellos, encabezados por mí, fundó la Sociedad Folklórica Dominicana; declaró en su acta de fundación que su propósito era recopilar, clasificar y estudiar el material folklórico de todas partes del país, además de difundirlo por el mundo. Tuve el honor de salir electa como su primer presidente y secretaria ejecutiva; y así comenzó, con veintidós miembros.

Se acordó que la Sociedad publicara un boletín trimestral y que se llamara el *Boletín del folklore dominicano*. El primer número salió en junio de 1946 y se repartió gratis entre folkloristas en Santo Domingo y muchos otros países. El segundo y último número salió en diciembre de 1947. Desde 1948 la Sociedad ha sido inactiva.

En octubre de 1947 de nuevo surgieron grandes esperanzas para el estudio del folklore en Santo Domingo, porque el primer día de ese mes fue creada la Sección de Estudios Folklóricos en la Dirección General de Bellas Artes de la Secretaría de Educación. Yo fui nombrada directora. La Sección fue prevista de equipo moderno como grabadoras, cámaras, pantallas, etc., pero nunca fue asignado un presupuesto adecuado. Por lo tanto nunca pudo desarrollar su trabajo tan extensivamente como habíamos planificado. No obstante, el 5 de diciembre de 1947 fui nombrada miembro del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo, y en este cargo pude aprovechar el aparato de la Sección de Folklore durante trabajo de campo apoyado por la Universidad. Durante tales viajes se grabó gran cantidad de música y bailes folklóricos, mayormente para el propósito de organizar un festival nacional de folklore para estimular el interés general en el folklore.

De estas grabaciones, tres copias fueron hechas y colocadas de la siguiente manera: una en la Dirección de Bellas Artes en Ciudad Trujillo, República Dominicana, una en la Biblioteca de Congreso en Washington, D.C., y una en la Biblioteca Boggs en la Universidad de Miami, Florida, EE. UU. Esto es todo lo que pudo hacer la Sección de Estudios Folklóricos en su corta vida, porque después de mi renuncia en octubre de 1948 fue clausurada.

Según yo sepa, nada más se ha hecho en pro del folklore dominicano de manera oficial por grupos u organizaciones. La Universidad no ofreció ningún otro curso sobre folklore, lo cual da poca esperanza en cuanto al desarrollo de la investigación y estudio del folklore en Santo Domingo, puesto que es este centro educativo al cual tal tarea le corresponde. Lo correcto sería que la Universidad estableciera un currículum regular de estudios folklóricos y centro de proyectos de investigación para, de

esta manera, mantener vigente el entrenamiento e investigación alumnos y estudiosos de esta disciplina.

A pesar de este letargo oficial y público, algunos individuos particulares han continuado su interés en actividades folklóricas. Flérida de Nolasco y yo publicamos de vez en cuando. Papito Rivera y otros han organizado y presentado actos de bailes y cantos folklóricos. Pero aun así, el movimiento no tiene fuerza suficiente para mantener despierto el interés y hacerlo una fuerza viva. El tema del folklore en Santo Domingo se ha mantenido desconocido; y es una pena porque es tan interesante y amplio. A la vez es de tanta importancia para el estudio del folklore hispanoamericano, puesto que Santo Domingo fue el primer centro de la colonización española en el Nuevo Mundo.

Bibliografía

Andrade, José Manuel. *Folklore from the Dominican Republic*. New York: G. E. Stechert, 1930. American Folklore Society Memoir No. 23. Traducción al español: Ciudad Trujillo, R.D.: Universidad de Santo Domingo y Montalvo, 1948, 2 vols.

Arzeno, Julio. *Del folklore musical dominicano*, vol. I. Santo Domingo: «Cuna de América», 1927.

Boletín del folklore dominicano. Ciudad Trujillo, Vol. I, No. 1, junio de 1946; Vol. II, No. 2, diciembre de 1947.

Castillo, Epifanio del *Algo acerca de las fiestas tradicionales en Santo Domingo colonial*. Ciudad Trujillo, R.D: Imprenta Jackson, 1945.

Garrido, Edna. *Versiones dominicanas de romances españoles*. Ciudad Trujillo, R.D.: Pol Hermanos, 1946.

Jiménez, R. Emilio. *Al amor del bohío; tradiciones y costumbres dominicanas*. Santo Domingo: Virgilio Montalvo y *La Información*, C. por A., 2 tomos, 1927-1929.

_____. *Savia dominicana*. Santiago, R.D: *El Diálogo*, (contiene algo de folklore). 1948

Nolasco, Flérida de *La poesía folklórica en Santo Domingo*. Santiago, R.D: *El Diario*, 1946.

Rivera, Papito. «Costumbres nacionales», *Cuadernos dominicanos de cultura*, Nos. 31-32, págs. 5-37.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Refranero dominicano*. Roma: G. Menaglia, 1950.

Valverde, Sebastián Emilio. «Aporte a la investigación del folklore en Santo Domingo: el rosario», Santiago, R.D.: *La Información*, C. por A., 1944.

JUEGOS

Folklore infantil de Santo Domingo⁵⁶

Tingola

La madre o persona mayor toma al niño en los brazos, y le dice, al tiempo que señala hacia el cielo: —¡Mira qué pajarito más bonito va volando por ahí! El niño levanta la cabeza para verlo, y entonces ella aprovecha para hacerle unas cosquillitas ligeras en la garganta, diciéndole:

—¡Tingola! El niño celebra la gracia con mucha risa, y, por lo general, parece muy divertido.

(Informante: Tijides de Garrido,
Ciudad Trujillo, 1945.)

Este mismo juego se practica en Cuba, donde usan la siguiente formulilla para acompañarlo: «¡Mira qué Pajarito sin cola! ¡Manola, manola, manola!»⁵⁷

El escondite

Primero se escoge de entre el grupo uno, que habrá de buscar a los que se escondan, y otro que diga el «ya». El que busca se

56 Garrido de Boggs, *Folklore infantil*, pp. 337-346.

57 FFC, Vol. II, Núm. 3, p. 264.

coloca en el sitio que le han designado de antemano, de espaldas a los demás y con los ojos cerrados para que no pueda ver por donde corren los chicos al ir a esconderse. El que dice «ya» espera que todos se hayan escondido, y en seguida dice: «!yaaa!» y sale corriendo y se esconde a su vez. Tan pronto oye el «!Yaaa!», el buscador sale en busca de los niños escondidos, y así que logra ver a alguno, le grita: «Te vi, Fulano, éstas en tal o cual parte. «El ha sido visto, sale del escondrijo y ocupa el puesto del buscador; todos los demás salen también, y el juego comienza de nuevo en la misma forma antes descrita. Algunas veces convienen en para encontrar a uno hay que sorprenderlo en su propio escondite, con lo cual no vale el «Te vi».

(Informante: Amanda G. de Howley,
Ciudad Trujillo, 1944.)

Alonso de Ledesma cita «el juego del escondite» y lo glosa a lo divino. De manera que suponemos el juego conocido de los españoles desde muy antiguo.

Su difusión es extraordinaria. La versión que consultamos de la India, por ejemplo, es muy parecida a la nuestra; allí llaman al juego Mito militar, que quiere decir «Esconder y buscar».⁵⁸

La existencia de este juego en Inglaterra se puede remontar a una época tan antigua como la española, o más, pues ya aparece mencionado en la literatura de los siglos xvi y xvii.⁵⁹

58 Paralelos. España: *HJE* 1884, Vol. II, p. 168; *VJI*, p. 24; *LICN*, pp. 156-158. Italia: *HJE* 1884, Vol. II, p. 168, Núm. 2. Inglaterra: *GGE*, Vol. I, p. 211. Argentina: *LFSE*, p. 339. Perú: *MGL*, p. 47. México: *CFL*, p. 206. Puerto Rico: *MJPR*, p. 214. Estados Unidos de Norteamérica: *ACHG*, p. 90. Canadá: *MCG*, p. 188. Islas Filipinas: *MCGP*, p. 85. Burma: *MCC*, P. 34. India: *MCG*, p. 49.

59 *BGEL*, p. 143.

Pisá colá

Diciendo una rima de contar, niños y niñas eligen el que se va a «quedar», es decir, el que buscará a los demás. El que resulta elegido se apoya, dando la espalda al grupo, contra un árbol o una pared, y mientras los otros se esconden, él cuenta hasta trece, en alta voz. Cuando termina de contar, ya todos deben estar escondidos, y en seguida él sale a buscarlos o a tratar de ver a alguno. Ellos aprovechan, y cuando él no los está mirando, salen de sus escondrijos y se van al hogar donde él estaba, que también es el «salvo», y dicen: «Pisá colá», con lo que se libran de quedarse. Pero no todos lo pueden hacer; siempre hay alguno que es visto por el buscador, quien le dice: «Fulano, pisado, colado», lo que significa «Te he visto y tienes que quedarte para buscar a los demás».

(Informante: Manuel Contreras,
San Francisco de Macorís, 1945.)

En Puerto Rico se conoce el juego con el nombre de «Toco palo», porque cuando el buscador dice el nombre del niño que ha visto, tiene que tocar el palo o lugar que haya sido destinado para tal fin. La persona nombrada por el buscador tiene que salir de su escondrijo y pagar prenda.

La forma americana del juego es muy similar a la nuestra, difieren solamente en que en la variante americana el buscador tiene que llegar al salvo, decir el nombre del que ha visto y contar hasta tres, y el niño visto puede librarse si él llega primero al lugar y cuenta los tres primero que lo haga el otro.⁶⁰

El juego francés «Cache, cache» se juega como nuestro «Pisá colá».

60 Paralelos. Puerto Rico: *MJPR*, p. 218. Estados Unidos de Norteamérica: *NGS*, p. 160; *ACHG*, p. 89. Francia: *MCG*, p. 192.

Las muñecas

El uso de las muñecas se remonta a épocas antiquísimas. Se encuentran muñecas de madera entre los egipcios hacia el año 1900 antes de Jesucristo; también entre los griegos y romanos, hasta en las épocas prehistóricas. En varias partes del mundo, y en diversas épocas de la historia, se encuentran manifestaciones de cómo las muñecas se emplearon en el culto y en la magia. Parece que, a veces, representaron a los dioses y a una variedad de espíritus del bien y del mal. En algunos lugares se emplearon como receptores de influencias malignas, y al efecto las colocaban en las cunas junto a las criaturas, y eran ellas las que recibían los maleficios, protegiendo en esta forma a la criatura de todo mal. También las brujas ponían muñecas en las cunas, para hechizar a las criaturas por medio de ellas.⁶¹

Anota Rodrigo Caro que entre los romanos se celebraban, conjuntamente con las saturnales, fiestas particulares en las cuales las muñecas (osicillas) se enviaban como presentes. Eran unas figurillas de barro que representaban diosas, pastores, etc. En las calendas de mayo hacían fiestas a los dioses lares, y en ellas levantaban altares con esas imágenes pequeñas.⁶² Agrega el mismo Rodrigo Caro que de la misma costumbre dimanó que las doncellas, al llegar a la pubertad, colgaran estas figurillas o muñecas en el templo, dedicándolas a la diosa Venus.

A nuestro parecer, de las costumbre de colocar las muñecas en las cunas de las criaturas y de la asociación que de ambas hicieron las personas mayores, debió de surgir la afición de los niños por este objeto, que era su compañero y protector en todos los momentos de su vida desde la más temprana edad. También en nuestros días la muñeca acompaña a la criatura casi desde que abre los ojos a la vida, aunque esta costumbre se encuentra desligada de toda superstición y el fin no es otro que distraerla

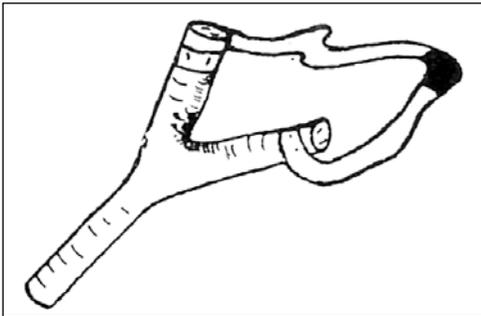
61 *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, Vol. VII. Columnas 388-400, bajo la palabra *puppe* (muñeca).

62 *CDG*, p 312.

y divertirla. Actualmente, el uso de las muñecas está más que nunca generalizado.

Las niñas de nuestro país juegan con distintas clases de muñecas, desde la típica muñeca de trapo que ellas mismas hacen o compran en los mercados públicos hasta las más hermosas, importadas de diversos países del globo. En sus juegos ellas imitan a los mayores, remedando la vida del hogar y cuanto ven hacer a sus madres. Las muñecas tienen sus casas, muebles, jardines, etc. Celebran bautizos, bailes, matrimonios y toda clase de ceremonias y diversiones que son practicadas por las personas mayores. El jugar a las muñecas fue, es y seguirá siendo uno de los pasatiempos predilectos de nuestras niñas, así como lo es de las niñas de casi todos los países del mundo.

El tirijala



Constantino Cabal, (CI, p. 58) describe el «forcau, tiragomas o gomeru astruriano, el cual coincide con nuestro tirijala en todas sus partes. También la honda, que anota Serra Boldú (BFT p. 590), es muy parecido a nuestro tirijala.

Es éste otro juguete ofensivo que fabrican los niños. Para hacer un «tirijala» los niños se proveen de una horquetita de unas seis o siete pulgadas de largo. Generalmente ésta se obtiene de un árbol cuyo tallo es fuerte. Una vez en poder de la horqueta, se le hacen unas ranuras en las dos puntas que abren como

a media pulgada de los extremos. Por otro lado el niño se provee también de dos tiritas de goma de unas cinco pulgadas de largo, un pedacito de cuero de dos pulgadas de largo por una de ancho, y una hebra de hilo fuerte. Al pedacito de cuero se le hace un agujerito en el centro de ambos extremos y se le pasan las tiritas, una a cada agujero, se atan fuertemente con

el hilo en la parte que doblan. Una vez hecho esto, se atan los extremos de las gomitas a los de la horqueta, utilizando el hilo para sujetarlos fuertemente. Con esto queda listo el «tirijala» o «tirapietra», como le llaman en algunas partes, porque es para tirar piedras. En muchos lugares ésta es el arma que usan los niños para ir de cacería. Al «tirijala» se le coloca una piedrecilla en el centro de la pieza de cuero, y sosteniéndolo con la mano izquierda por el extremo inferior de la horquetita, se estira la goma con la derecha, se toma la puntería, y se lanza la piedra. Si el chico es buen tirador, hace blanco.⁶³

(Informante: Lorenzo Piña Puello,
Ciudad Trujillo, 1945.
Como lo hacen en San Juan de la Maguana)

Saltar la cuerda⁶⁴

Este juego se puede practicar de tres maneras distintas: saltando una sola niña, saltando dos niñas, y saltando un grupo a la vez.

La cuerda de «a una» se salta del modo siguiente: la niña coge en cada mano los extremos de una, cuerda, la voltea, y cuando pasa por debajo de sus pies, salta. Cuando la saltadora es hábil la hace pasar varias veces durante el salto. Otras veces cruza los brazos, formando la cuerda una cruz delante de ella, la que deshace, por supuesto, antes de saltar; otras saltan hacia atrás, de puntillas, corriendo, o en un mismo sitio; otras veces voltea la cuerda hacia atrás, o sea, al revés.

63 Cabal Constantino, C 1, p. 58, describe el «forcau, tiragomas o gomeru» asturiano, el cual coincide con nuestro «tirijala» en todas sus partes. También la honda, que anota Serra Boldú (*BFT*, p. 590), es muy parecido a nuestro «tirijala»

64 En algunas partes del Cibao, según nos informó Carlota de Contreras (Santiago, septiembre 1945), dicen «saltar la cuica», y a la cuerda volteada rápidamente le llaman «caribe o vinagre». En Monseñor Novel al juego le llaman «saltar la suiza», así nos informó Monja Acosta (julio, 1947). En ciudad Trujillo hemos oído muchas veces decir «saltar tarea».

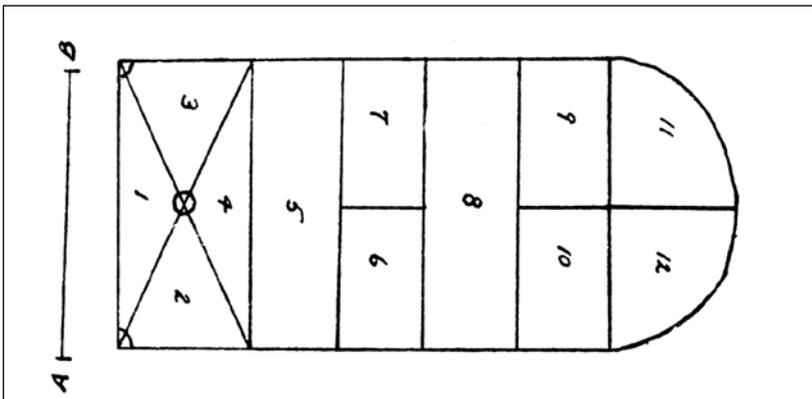
En la cuerda de «la dos», saltan dos niñas, las que hacen lo mismo que en la cuerda de «a una».

La cuerda grande o de grupo la voltean dos niñas, una a cada extremo. Las otras van entrando a saltarla o bailarla, lo que hacen de distintas maneras: «al tocino o tocinote», que consiste en voltear la cuerda muy rápidamente, por lo que las niñas tienen que saltar muy de prisa; en un solo pie, recogiendo objetos del suelo; cogidas de la mano, etc.⁶⁵

(Informante: Cecilia Garrido,
Ciudad Trujillo, 1945).

El trúcamelo

Con tiza, carbón, o con un palo, se hace en el suelo una figura como la ilustrada. El número de niñas que pueden tomar



«El trúcamelo», como se hace en San Juan de la Maguana.

65 Paralelos. España: LICN, pp. 112-120;BFIP, p. 583. Perú: MGL, p. 46. México: DGM, p. 3. Cuba: FFC, Vol. III, Núm. 3, p. 266. Puerto Rico: MJPR, pp. 235-236. Estados Unidos de Norteamérica: Charles Speroni, «Some rope-skipping rimes from southern California», *California Folk-lore Quarterly*, 1942, Vol. I, No. 3, pp. 245-252 y No. 4, p. 377; J.W. Ashton, «Some jump rope rimes from Iowa», *Journal of American Folk-lore*, 1948, Vol. 52, No. 203, pp. 119-123; Lucy Nulton, *Jum.*

parte en el juego es ilimitado y cada una debe poseer una chata (piedra de forma circular y plana); faltando tal piedra, puede hacer sus veces un tacón de goma o un tejo (este juego lo practican también los niños, pero es más popular entre las niñas).

Para empezar el juego, todas las participantes se colocan delante de la figura y se cantean (en Puerto Plata dicen «vitearse»); es decir, lanzan sus chatas a la línea \overline{AB} . La chata que caiga más próxima a la raya será mano, es decir, le corresponde a su dueña jugar en primer turno; la que le sigue será trasmano; la otra, pie o porra, al son tres las jugadoras que toman parte en el juego. De este modo, la que es mano tira su chata al número 1; saltando en un solo pie y sin pisar las rayas—porque pierde el que las pisa—, entre en el número 1, y con un ligero golpe de pie saca fuera la chata, y siempre saltando, sale. A continuación recoge la chata y la tira al número 2. Aquí procede en la misma forma que en el número 1; luego la tira al número 3. De aquí sale de igual modo y pasa al número 4. Cuando va hacia el número 4, al cruzar por los números 2 y 3, apoya un pie en el 2 y otro en el 3, Y dice: «Trúcamelo.» Luego, con un sólo golpe de pie, debe sacar fuera la chata, y repitiendo la anterior operación al pasar por los 2 y 3, dice: «Villana.» Sale en la misma forma que en las veces anteriores. El juego continúa de este modo hasta llegar a los números 11 y 12, en los cuales, puede apoyar ambos pies y descansar, por lo que se los llama «descanso» a estos dos cuadros. A la chata debe dársele el último golpe en el número 4, y siempre hay que decir «Trúcamelo», a la ida y «Villana» al regreso, porque si se olvida la jugadora pierde su turno. Gana el juego la que primero logre saltar hasta el número 12 y efectuar la salida con felicidad.

Cuando se dispone de un espacio muy limitado para hacer la figura y no cabe la raya de cantearse, lo pueden hacer tirando las chatas a los números, siendo mano la que caiga en el número más alto, o también pueden sortear los turnos usando una rima de contar. Pierde su turno en el juego la jugadora que incurre en las siguientes faltas:

1. Pisar las líneas de la figura mientras salta.
2. Apoyar los pies mientras salta.
3. No decir trúcamelo o villana, cuando le corresponde.
4. Cuando la chata cae piquera (en una de las líneas de la figura).
5. Cuando la chata cae fuera del cuadro al que se ha tirado.

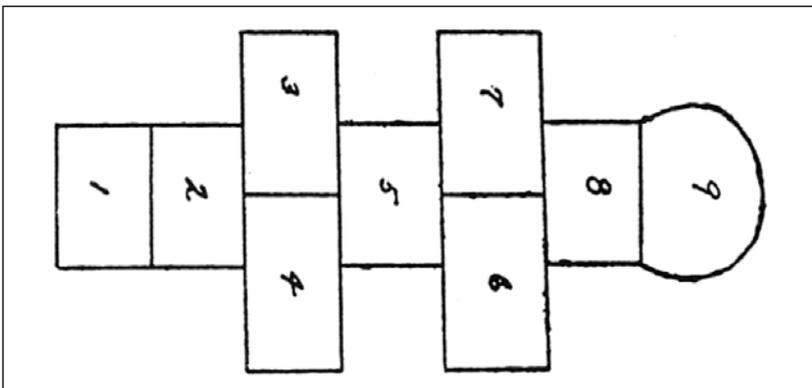
(Informante: Edna Garrido de Boggs,
Ciudad Trujillo, 1946.)

Como lo aprendió en San Juan de La Maguana.)

Variante

Se juega entre varias niñas. Antes de comenzar se sortean los turnos; para hacerlo, se trazan dos rayas a cierta distancia una de otra, y en una se colocan las jugadoras y lanzan sus chatas a la otra raya. La que cae en la raya o más próxima a ella, tendrá el primer turno; las demás le seguirán en orden.

Luego comienzan. Va brincando sobre un pie, sin pisar las rayas (al pisar, pierden), al 1 y al 2. En el 3 y el 4, lo hacen sobre los dos pies, apoyando uno en el 3 y otro en el 4. De aquí pasan a los otros, siempre en un solo pie, hasta llegar al 9, que es el descanso. Luego se vuelven hasta salir del 1, y dicen: «Trúcamelo.» Si no ha perdido pone su nombre en uno de los cuadros numerados, a su



«El trúcamelo», variante de Ciudad Trujillo.

opción. Después jugará la que sigue en turno. Esta no puede pisar el área marcada. Si no pierde, tiene derecho a marcar la suya. El juego se repite tantas veces como sean necesarias hasta que todas las áreas estén marcadas. El último en marcarse es el 9, y quien primero ponga su inicial allí gana el juego.

(Informante: Maricusa Ornes,
Ciudad Trujillo, 1946.)

La loca

De entre un grupo de niñas, se elige, por medio de la suerte, a la que hará el papel de loca; las demás se colocan todas en un lugar señalado de antemano, que denominan «salvo», porque ahí la loca no las puede coger, y esperan la señal para dar comienzo al juego. Para empezar, la loca pasa por delante del grupo, y todas, al verla, le gritan: «¡Loca!», y salen corriendo en todas direcciones. La loca las persigue, y si logra apresar a alguna, ésta hará sus veces la próxima vez, y ella se incorpora al grupo.

Para elegir a la que hará de loca la primera vez, las niñas acostumbran decir una rima de contar.

(Informante: Atala Cabral Ramírez,
Ciudad Trujillo, 1945).

Orestes di Lullo⁶⁶ anota un juego que en Argentina llaman «La mancha», que es en todo semejante a este que nos ocupa. Muy parecida a la nuestra es la versión del Juego «La loca» que incluye María Cadilla de Martínez en su colección de juegos portorriqueños.⁶⁷

⁶⁶ Orestes di Lullo, *LFSE*, p. 339.

⁶⁷ *MJPR*, p. 216

Policías y bandidos

De entre un grupo de niños, dos son elegidos capitanes, y entre ambos deciden, por medio de una moneda (véase el número 181 de esta colección), cuál de los dos será el capitán de los bandidos y cuál el de los policías. Se conviene de antemano que el que gane al echarse la suerte será el capitán de los bandidos, que es el puesto más apreciado. Una vez echada la suerte, cada capitán elige su propio bando; y se ponen de acuerdo sobre el lugar que será ocupado por los policías, el cual denominan cuartel. Los bandidos se apartan del cuartel unos cuantos metros, y desde allí gritan «¡Ya! a los policías, y salen corriendo. Los policías se dedican a darles caza a los bandidos, y a todo el que apresan se lo llevan prisionero para el cuartel. Si mientras es conducido al cuartel el prisionero es tocado por uno de su bando o si le tocan mientras se encuentra en el mismo cuartel, el muchacho queda automáticamente en libertad y puede volver a tomar parte activa en el juego ayudando a su bando. Cuando todos los bandidos han caído prisioneros, el juego termina, y si se desea repetirlo, se alternarán los papeles, haciendo de policías los que eran bandidos, y viceversa.

(Informante: Hipólito Cordero,
La Vega, 1945).

La forma de ejecutar el juego en el resto del país es muy semejante a esta que incluimos, variando en algunas el nombre, que unas veces es «policías y ladrones».

En algunos lugares de España le llaman al juego «La justicia y los ladrones» y en otros «Civiles y ladrones».⁶⁸

68 Paralelos. España: *HJE*, 1884, Vol. III, p. 184; *VJI*, p. 108; *LICN*, p. 156; *BFI*, p. 574; *CJE*, p. 174. Perú: *UJC*, p. 60. México: *GJM*, p. 55. Cuba: *AFC*, Vol. V, Núm. 2, p. 181.

Bibliografía del folkllore dominicano, de Edna Garrido⁶⁹

Obras generales

- Andrade, Manuel José. *Folklore de la República Dominicana*. Santo Domingo, Universidad de Santo Domingo 1948. 621 p. en 2 v. (1. ed., Nueva York, G. E. Stechert 1930, XIV, 431 p. American folklore society memoir 23.)
- Boggs, Edna Garrido De. *Folklore infantil de Santo Domingo*. Madrid, Ed. Cultura hispánica 1955 661 p.
- Boggs, R. S. Guía e instrucciones para la recopilación de materiales folklóricos. Santo Domingo, Universidad de Santo Domingo 1944. 8 p.
- Henríquez Ureña, Max. *Panorama histórico de la literatura dominicana. Río de Janeiro*, Cía. brasileira de artes gráficas, 1945. 339 p. (Hay cosas de interés folklórico en los capítulos 8, 14, 16, etc.)
- Informes de los inspectores de enseñanza sobre el carácter, habla, costumbres y tradiciones de la población dominicana. Manuscrito a máquina de 211 p. recopilado en 1921 -1922, depositado en la Universidad, de Santo Domingo.
- Jiménez, Ramón Emilio. *Al amor del bohío; Tradiciones y costumbres dominicanas*. Santo Domingo, Virgilio Montalvo y La información 1927-1929, 2 v.

69 Edna Garrido de Boggs. *Folklore Américas*, 1961, No. 12. University de Miami, Coral Gables, Florida, USA.

- Jiménez, R. E. «Savia dominicana». Santiago, Rep. Dom., *El diario* 1946. XII, 190 p.
- Jiménez, R. E. «Filosofía campesina, dominicana». *Boletín del folklore dominicano*, 1946, 1, no. 1, 25-27 p.
- Nolasco, Flérida De. *Santo Domingo en el folklore universal*. Santo Domingo, Impresora dominicana 1956. 449 p.
- Patín, Enrique. *Observaciones acerca de nuestra psicología popular*. Santo Domingo, Montalvo 1950. 45 p.
- Pichardo, José María. *De pura cepa*. Santo Domingo 1927.
- Rivera, Papito. *Cosas del terruño; Apuntes para una novela criolla*. Santo Domingo, Pol hnos. 1945.
- «Sociedad folklórica dominicana»; «editorial»; «acta de fundación»; miembros fundadores»; actividades. *Boletín del folklore dominicano* 1946, I, no. 1, p. 5 -9 y 49 -50.

Leyendas y cuentos

- Garrido, Edna. Las lomas «Dos Hermanos». *Boletín del folklore dominicano* 1946, I, no. 1, pp. 28 -29.
- Lockward, Yoryi. *Acúcheme uté; cuentos típicos dominicanos*. Puerto Plata, Rep. Dom., El porvenir 1941. 47 p.
- Moscoso, Hijo, J., Elías y Pichardo, B., y Gasparri, P. *Historia de la aparición y culto de la Virgen de la Altagracia*. Santo Domingo, Imp. Cosmopolita, sin fecha. 31 P.
- Penson, César Nicolás. *Cosas añejas; tradiciones y episodios dominicanos*. Santo Domingo. 2. ed. Biblioteca Dominicana, serie I, Vol. V.

Poesía y música folklóricas

- Arzeno, Julio V. *Del folklore musical dominicano* Vol. I. Santo Domingo, «Cuna de América,» Roques Román 1927. 135 p.
- Coopersmite, J. M. *Música y músicos de la República Dominicana*. Washington, D. C., Unión Panamericana 1949. (Tiene una sección dedicada a la música folklórica.)

- García, Juan Francisco. «Formas de la música folklórico Dominicana». *Boletín del folklore dominicano* 1946, I, no. 1, p. 10 -14.
- Garrido, Edna. *Versiones dominicanas de romances españoles*. Santo Domingo, Pool Hnos. 1946.
- Golibart, Porfirio. Santo Domingo, Ed. Luz *Ritmos de la montaña:cantos folklóricos*.1944, 104 p.
- Nolasco, Flérida De. «La poesía folklórica en Santo Domingo». Santiago, Rep. Dom., *El diario*, 1946. 367 p.
- Rodríguez -Demorizi, Emilio. «Poesía popular dominicana», Vol. I. Santo Domingo, *La Nación* 1938. p. 301 (Más interesante para la literatura que para el folklore.)

Bailes

- Boggs, Edna Garrido De. La «sarandunga». *Cuadernos dominicanos de cultura* VII, no 77, p. 1 -18.
- Lizardo Barinas, Fradique. «El carabiné, origen y evolución en Santo Domingo». San Cristóbal, Rep. Dom., Ateneo de San Cristóbal 1957, 23 p. 16 fig. 16 diag.
- Nolasco, Flérida De. «Del merengue y su historia». *El Caribe* (Santo Domingo) 16 de marzo de 1950; y «Creación, continuidad, expansión y origen del Merengue». *La Nación* (Santo Domingo) 19 de marzo de 1950.
- Nolasco, Flérida De. «El carabiné». *Boletín del folklore dominicano* 1946, I, no. 1, p. 19 -24.

Costumbres y fiestas

- Castillo González, Epifanio. Algunos pormenores del baquiní. Santo Domingo 1944. (Manuscrito en la Universidad de Santo Domingo.)
- Castillo González, E. *Algo acerca de las fiestas tradicionales en Santo Domingo colonial*. Santo Domingo, Imp. Jackson 1945.

- Garrido, Edna. «El aguinaldo». *Boletín del folklore dominicano* 1947, 11, no. I, p. 3-25.
- Javier García, Manuel De Jesús. «Las fiestas de la Santa Cruz». *Boletín del folklore dominicano*, 1947, II, no. 1, p. 26-32.
- Javier García, M. de J. «La junta». *Boletín del folklore Dominicano*, 1946, 1, no. I, p. 34 -43.
- Nivar, Consuelo. «Costumbres de los campos de Baní». *Boletín del folklore dominicano*, 1946 I, no. 1, p. 30-31.
- Nivar, C. «El noviazgo entre los campesinos de las Taranas», *Boletín del folklore dominicano*, 1947, II, no. 1, p. 33 -34.
- Rivera, Papito. «Costumbres nacionales». *Cuadernos dominicanos de cultura*, marzo a abril de 1946, III, nos. 31 -32, p. 5-37.

Creencias

- Casado Soler, Ramón Rafael. «Rogativas». *Boletín del folklore dominicano*, 1947, II, no. 1, p. 51-53.
- Castillo González, Epifanio. «Disgregaciones». *El universitario*. (Universidad de Santo Domingo) 28 de octubre de 1944, II, no. 7, p. 5.
- Ruano, Nazario. «La oración del Caribe»; «Introducción a una antropología religiosa en Santo Domingo». *Revista dominicana de cultura*, 1955, I, no. 1, p. 52-72.
- Valverde, Sebastián Emilio. *El rosario*. Santiago, Rep. Dom. 1944.

Refranes

- Garrido, Edna. «Diccionario de refranes dominicanos». *Boletín del folklore dominicano*, 1947, II, no. 1, p. 35 -50.
- Jiménez, Ramón Emilio. *Del lenguaje dominicano*. Santo Domingo, Montalvo 1941. 182 p.
- Nolasco, Flérida De. «Antigüedad y pureza de nuestro lenguaje tradicional». *La Nación*, (Santo Domingo) 12 de octubre de 1950.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Refranero dominicano*. Roma, G. Menaglia 1950. 275 p.

Adivinanzas

Boggs, R. S. y Edna Garrido de. *Unas categorías de adivinanzas, ilustradas con ejemplos dominicanos*. Homenaje a don Luis de Hoyos Sainz (Madrid) 1949 1, 55-60; y *Antología ibérica y americana del folklore*, editada por Félix Coluccio (Buenos Aires, G. Kraft) 1953, p. 285 -290.

Índice onomástico

A

Adames, José 96
Agüero Campuzano, Álvaro 267
Agustina, Juan 82
Alcántara, Abraham 82
Alcocer, Luis Jerónimo de 265, 270
Alejandro El Grande 162
Alfau Bustamante, Felipe 243
Alfau Bustamante, Antonio Abad 212,
244, 251, 259
Alfonseca, José Dolores 123
Almánzar de Cruz, Mercedes 343
Álvarez, Mariano 243
Álvarez Valverde, José de Jesús 389
Amador, Andrés (Mandé) 151
Anacaona 263-264, 268-269, 275-276
Andrade, Manuel José 412
Angustias 80
Antonia Bartolina 375
Antonina 80
Arias, Desiderio 160
Arias, Magdalena 83
Arias, Marcelino 96
Arth, Malcolm J. 349, 351, 352, 356
Arzeno, Julio 412
Aybar H., Armando 109, 160, 170-171

B

Bacon, Francis 400
Badillo (gobernador) 277
Báez, Buenaventura 38, 41, 43, 143,
146-148, 150, 154, 193, 196-197,
213, 225, 232, 236, 240-242, 246,
248, 251, 254-255, 257,
Báez, Felicia 375
Báez, Rumualda 375
Balaguer Ricardo, Joaquín 43
Barrionuevo, Francisco de 278
Barrot, Adolphe 183, 225
Batlle Morel, Juan José 172
Bautista, Nicolás 87
Bears (mayor) 54, 95
Behechío 263-264
Behechío Anacauchoa 263
Bergés Bordas, Gustavo 45
Bidó, Manuel de Js. 88
Blanco, Leoncio 110, 133
Blanco Díaz, Andrés 22
Bobadilla, Tomás 21, 143, 190, 194-
197, 199-200, 203, 206, 208-209,
217-220, 222-224, 240 258-259
Boggs, Ralph S. 24, 317, 324, 371,
412-413
Bohechío 270
Boni, Valentín 83
Bonó, Pedro Francisco 143

Bonó Vda. Añil, Marina 342
 Bordas Valdés, José 92, 160
 Boyer, Jean Pierre 232, 246, 278,
 Bramé, Carlota 298
 Briceño, Olga 378
 Brineta, Eusebia 80
 Bruno Patricio 319
 Busch, Robert R. 349, 351-352, 356

C

Caamaño, Fausto 135-137
 Cabal, Constantino 423-424
 Caballero, Diego 267
 Cabilete, Carlos 61
 Cabral, Alejandro 159, 167-171, 248
 Cabral, Buenaventura 95
 Cabral, José 272
 Cabral, José María 38, 43 143,146,
 148-152, 154, 167, 277
 Cabral, Lengue 376
 Cabral, Martiano 94
 Cabral Bernal 217
 Cabral Ramírez, Atala 428
 Cáceres, Ramón (Mon) 19, 90, 103,
 143, 149, 159, 303
 Cadilla de Martínez, María 337
 Calderón, Livina, 337
 Calderón, Onaney 337
 Caminero, José 196, 213, 236
 Campos, Joaquín 152
 Canó Soñé, Pedro 109
 Canoabo 263, 264, 270, 275
 Carmita 80
 Caro, Rodrigo 422
 Carrasco de Ramírez, María Olegaria
 164
 Casas, fray Bartolomé de las 264,
 270
 Cassá, Roberto 18
 Castellanos, Rafael Conrado 111
 Castillo, Ramón 148
 Castillo, Tomás I. 109
 Castro, Víctor M. de 45

Cazneau, William L. 241, 243-244, 253
 Cecilio 80
 Cejador y Frauca, Julio 376
 Cervantes, Rodrigo 111
 Chancú (doctor) 221
 Chanlatte, José Aniceto (Baúl) 151
 Chedeville (canciller) 236
 Chiton (capitán) 61
 Ciprián, Felipe 95
 Cocolo 62
 Cohén, Abraham 198, 240
 Coiscou, Marina 340
 Comas, Octaviano 90, 174, 305
 Compay 80
 Concha, Jacinto de la 206
 Contreras, Juan 247
 Contreras, Manuel 421
 Contreras, Matilde 80, 86, 97
 Contreras, Pancho 83
 Coopersmith, J. M. 367, 369
 Cordero, Hipólito 429
 Cordero y Bidó, Teófilo 158
 Cosquin 324
 Cuello, Julio 175
 Cuello, Leovigildo (hijo) 173-175
 Cuevas, Colén 82
 Curiel, Enrique A. 130

D

Davis, Martha Ellen 411
 Defilló, Fernando 168
 Delgado Malagón, Blanca 381
 Deligne, Gastón Fernando 154
 Del Monte, Félix María 241
 Delorve 259
 Demorizi, Emilio Rodríguez 22, 207,
 275
 Desgrotte, Etienne 184, 187-191
 Díaz (general) 130
 Díaz, Modesto 135-136, 138
 Díaz, Niñito 58-59, 212, 259, 267,
 Díaz, Santos 83
 Díaz Mirón, Salvador 298

Duarte, Juan Pablo 20-23, 185, 200-201, 203-210, 212, 231, 239, 241, 252, 254, 257-259, 304
Duarte, Vicente Celestino 239
Durán, Agustín 324
Duvergé, Antonio 148-149, 212, 249, 259

E

Echagoian, Juan de 265-266, 270
Echevarría, 196
Eleuterio 80
Elliot (míster) 242
Encarnación, Catalina 147
Encarnación, Felipa 80
Enerio 99
Enriquillo (Guarocuya) 269, 277-278
Espaillat, Ulises Francisco 143
Espinosa, A. M. 324, 325
Estrella Ureña, Rafael 124, 163

F

Felipe II 265
Feliú, Quirico 135
Feliz, Plinio 59
Feliz (teniente) 90
Fernández de Oviedo, Gonzalo 263, 268-270, 361
Fernández de Ramírez, Nelia 164
Florentino, Pedro 148, 149
Flores, Manuel María 298

G

Galván, Manuel de Jesús 22, 191
García, Benjamín 82, 96
García, José Gabriel 22, 144, 150, 206-208, 258
García de Nolasco, Flérida 337, 366, 379, 415

García Godoy, Federico 111
García Moreno, José 163
García Sarmiento, Félix Rubén (Rubén Darío) 298
Garrido, Cecilia 425
Garrido, Miguel Ángel 305
Garrido, Ney Enrique 132
Garrido, Tijides de 419
Garrido de Boggs, Edna 15, 24-25, 275, 321, 329, 335, 339, 347, 361, 371, 383-384, 389, 393, 411, 419
Garrido Puello, Emigdio Osvaldo (Badín) 15-19 25, 31, 33, 37, 41, 45, 49, 53, 63, 67, 75, 84, 105, 141, 157, 167, 173
Garrido Puello, Joaquín 128-129
Garrido Puello, Víctor 15-16, 19-23, 39, 109, 127, 160, 183, 193, 231, 239, 251, 257, 263, 293, 297, 301, 303, 305, 307
Gómez (capitán) 129-130
Gómez, Máximo 149, 272
Gómez, Manuel Ubaldo 275
González, Abel 168
González, Álvaro 267
González, Anselmo 152
González, Ignacio María 143
Green 241
Guerrero, Juan Francisco 212, 259
Guffain, P. G. 109
Guizot, François 183-184, 186, 190-191, 193, 197-199, 200, 202, 205-207, 210, 213, 215-216, 220, 222, 226
Gutiérrez Nájera, Manuel 298
Guzmán, Isaías 390

H

Henríquez Ureña, Max 158
Henríquez y Carvajal, Francisco 41
Henríquez y Carvajal, Manuel 152
Hérard Rivière, Charles 189, 234, 249
Hernández, Julio Alberto 376

Herrera, Porfirio 158
 Herrera, Rafael 239
 Heureaux, D'Assas 46
 Heureaux, Rosa 148
 Heureaux, Teresa 148
 Heureaux, Ulises (Lilís) 20-21, 41-47,
 143, 148, 173, 303
 Heureaux hijo, Ulises 148
 Hipócrates 168
 Howley, Amanda G. de 392, 240
 Hungría, José 191

I

Incháustegui, Arístides 381
 Invernicio, Carolina 298
 Iriarte, Ramón 135
 Isabel I 243-244
 Isabel II 243-244

J

James (capitán) 56-57
 Jesús (hijo de Felipa Encarnación) 80
 Jimenes Grullón, Juan Isidro 21, 23,
 93, 160, 236, 247
 Jiménez 217, 259
 Jiménez (general) 208
 Jiménez, Manuel 196
 Jiménez, Ramón Emilio 369, 412
 Jones (capitán) 58
 José Lucía 67
 Josesito 67
 Juan Tomás 136
 Juanica 80
 Juanita 80
 Julia, Julio Jaime 295

K

Kendon, Adam 353

L

Labat, Jean Baptiste 363, 379-380
 Lagares, Faustino 304
 Lagrange, José A. 93
 Lamarche (general) 149
 Lavastida, Miguel 245
 León, Altagracia Palmira de 167
 León, Manuel de 57
 León, Patricio 81
 Levasseur, Pierre Emile 183-186, 190-
 191, 214, 216, 221-222, 225-227
 Liborio el Prieto 83
 Linares, Pedro 212, 259
 Lizardo, Fradique 25, 411
 Llinito 151
 López, Manuel (Manuel Pabita) 69
 Lorencita 78
 Lugo, Américo 111
 Lullo, Orestes di 428
 Luna (teniente) 118
 Luperón, Gregorio 45, 143, 150

M

Madiou, Thomas 366
 Malaret, Augusto 381
 Mamela 67
 Máquina 83, 97
 Marcelino Bernabé 39
 Marcey (secretario de Estado) 243-
 245
 Margot, José 82
 María 80
 Mariana, Juan de 380
 Marqués de las Carreras (ver Santana,
 Pedro)
 Marranzini, Liberato 55
 Martínez, David 33-35
 Martínez, Provisco 372, 375
 Martínez Bosch 109
 Mateo, Carlito 76, 79
 Mateo, Cecilio 83, 97
 Mateo, Eleuterio 83, 97

Mateo, Olivorio (Liborio) 18-19, 54,
56, 76-82, 84, 86-99, 101-104, 288-
289
McLean (Mr.) 54, 55
Mella, Matías Ramón 20-21, 143, 212,
247
Mencía 269
Méndez, Luis A. 135
Méndez A., Otilio 109
Menéndez Pidal, Ramón 337
Menéndez y Pelayo, Marcelino 337
Marcano, Merced 212, 259
Merced Tatita 78
Mercenario, Félix 196, 259,
Meriño, Fernando Arturo de 271-273,
281
Milá y Fontanals, Manuel 337
Milongo 49
Mina 80
Miura, Ricardo Ramón 217, 219
Moges, Alfonso de 190, 198-199, 225
Montes de Oca, Domingo 83
Morales, Ángel 124, 134
Moreau de Saint Mery, M. L. 268, 363,
366, 379-380
Moreno, C. 196, 259
Moreno, Francisco 149
Moreta, Martín 82, 92, 96
Morse (capitán) 62, 96
Mota, Manuel de Regla 251, 255
Moya Pons, Frank 123, 145, 303

N

Nau, Emilio 367
Nivar, Consuelo 371
Noble, Silvano 106
Nolasco, Sócrates 17, 41, 146, 148,
150-152, 154
Nulton, Lucy 425
Núñez, Manuel 23
Núñez de Cáceres, José 252

O

O'Donnell, Leopoldo 243
Ogando, Andrés 146-149, 151-153
Ogando, Benito 147, 150, 152, 154
Ogando, Domingo 147
Ogando, Enemencio 147
Ogando, Fermín 147
Ogando, Juan 147
Ogando, Juana 43, 148
Ogando, Manuel María 147
Ogando, Pedro 147
Ogando, Timoteo 147
Ogando (hijo), Andrés 147
Ojeda, Alonso de 264
Ornes, Maricusa 428
Ortega Frier, Julio 275, 299
Osorio, Antonio 142, 266, 271
Ovalle, Amador 267
Ovalles, Antonio 267
Ovando, Antonio 160
Ovando, frey Nicolás de 264-265, 276
Oviedo, Santiago 90

P

Páez, José Antonio 298
Paniagua, José 93
Pañero 83, 97
Paula, Pancho 33-35
Paulino, Arquímedes 298
Paulino, Manuelico 297
Pelletier, Tila 391
Peña Batlle, Manuel Arturo (Chilo)
22, 135, 136
Perdomo, Rafael 83
Pérez, Juan Isidro 206, 212, 298
Pérez, Lorenzo 372, 376
Pérez, Manuel de Jesús 376
Pérez, Rafaela 89
Perkins, Dexter 225-226
Peza, Juan de Dios 298
Pichardo, J. Furcy 111
Pieter, Heriberto 168

Pimentel, José 95
 Pimentel, Pedro Antonio 143
 Pina, Pedro Alejandrino 206, 208, 212
 Pinales, Anacleto 116
 Piña Puello, Lorenzo 424
 Place, Víctor 235-236
 Polanco, Gaspar 143
 Pomito 80
 Popa, José 102
 Portes e Infante (monseñor) 186
 Portillo Gómez, A. 109
 Puello, Ana Josefa 24
 Puello, Caudita 392
 Puello (coronel) 205
 Puello, Eusebio 15, 247
 Puello, José Joaquín 20, 148-149, 206-207, 210-211, 224, 257-258
 Pujol, Silvano 196, 259

R

Ramírez, Alcedo Arturo 164
 Ramírez, Alcibíades 164
 Ramírez, Carmen Dilia 333
 Ramírez, Cristiana 134
 Ramírez, Danilo 164
 Ramírez, Filda 164
 Ramírez, J. M. 259
 Ramírez, José del Carmen (Carmito) 80, 88, 91-93, 95, 126, 130, 132, 158-163, 317, 319, 324
 Ramírez, Juan de Dios 54, 88, 90, 124, 126, 160, 163, 305
 Ramírez, Nidia 164
 Ramírez, Ramón Ernesto 164
 Ramírez, Rosalía 164
 Ramírez, Wenceslao 38, 39, 41-42, 44, 93, 95, 158-159, 164, 173, 304, 319
 Ramírez, Wenceslao Santiago 164
 Ramírez de Garrido Puello, Dulce María 164
 Ramírez hijo, José del Carmen 164

Recio, Robín 59
 Reyes, Blas 82
 Reyes, Eleuterio (La Chiva) 152
 Ricart Torres, Pedro 243
 Rivera, Papito 415
 Roberts, John M. 349, 351, 352, 355-356
 Roca, Miguel A. 127
 Rodríguez, Cayetano Armando 271-272
 Rodríguez, Domingo 69
 Rodríguez, Fidel 152
 Rodríguez, Francisco 130
 Rodríguez, Mayo 59
 Rodríguez Demorizi, Emilio 141, 145, 235-237, 266,
 Rodríguez Marín, Francisco 390
 Rodríguez Varona, Manuel de Js. 94, 303
 Rojas, Benigno Filomeno de 143
 Román, Bárbara 267
 Romero, Enerio 83, 97
 Romero, Juan 267
 Romero, Lalín 82, 97, 99
 Romero, Rafael 83
 Romero, Tobay 83
 Roosevelt, Theodoro 53
 Rosó 60
 Ruis Serra, V. 409

S

Saint-Denys, Eustache Jouchereau de 20-21, 183-195, 197-200, 205, 208-209, 211-215, 217-226, 234-235, 240, 252, 254, 258-259, 269-270
 Salcedo, José Antonio (Pepillo) 148
 Salcedo, José María 149
 Salnave, Silvain 150
 Salomón 401
 Samuel, Juan 78-79, 100, 289
 Sanabia, Francisco 112
 Sanabia, Pedro P. 109
 Sánchez, Eduardo 151, 153

Sánchez, Francisco del Rosario 20-21,
143,195-196, 208, 210, 211, 212,
239,244, 247, 257-260, 277
Sánchez, Frasquita de 151, 153
Sánchez (general) 206
Sánchez, María Trinidad 145, 216,
224, 248
Sánchez (teniente) 90
Sánchez Ramírez, Juan 251
Sánchez Valverde, Antonio 267, 270
Sánchez y Sánchez, Carlos 21, 257
Santana, Pedro 22-23, 143, 198-199,
201-205, 208, 210-213, 216-217,
220-221, 223-225, 231, 234-237,
240-247, 249, 251-253, 255, 259,
304
Santana, Ramón 202-203
Santos P., Ramón de los 107
Sbarbi, José María 402-410
Schinhan, J. P. 377
Schomburgk, Sir Robert 241
Seiler 397
Sepúlveda, Cruz 332
Serrano y Domínguez, Francisco 243-
244
Soñé, Pedro Canó 46-47
Soulouque, Faustino (Faustino I) 244
Speroni, Charles
Suero, Juan 247
Sutton-Smith, Brian 355, 356

T

Tavera, Fernando 212, 259
Taylor, Archer 393, 394,396, 397, 398,
399
Tejeda, Apolinar 367
Tejera, Emiliano 263, 264, 270
Tejera, Juan Nepomuceno 213
Terny, monsieur Paul 183
Tolé, León 83
Tolé, Maximiliano 83
Tolentino, César 111
Toro y Gómez, Miguel 367

Trend, J. B. 380
Troncoso Sánchez, Pedro 145, 257
Trujillo Molina, Rafael Leonidas 16,
19, 70, 123-124, 127, 130,132-138,
143-144, 163, 305, 307

U

Uribe, Max 16,109
Urraca (doctor) 158
Utrera, fray Cipriano de 111, 145,
267

V

Valdés, Reynaldo 135, 298
Valencia, Manuel María 213
Valenzuela, Andrés 269
Valenzuela, Ángel María 96
Valenzuela, Feliciano 96
Valenzuela, Francisco 269
Valenzuela, Toñito 83
Valverde, José Desiderio 196
Valverde, Manuel María 206
Valverde y Lara, Pedro 206
Vargas, E. de 90
Vargas, Justo Carlos de (Solito) 151-
152
Vargas, Rafaela 86
Vásquez, Horacio 19, 123, 129, 162-
163, 170-171, 379-380
Vega, Carlos 379-380
Velázquez, Diego de 264, 275
Velázquez, Federico 143
Ventana, Manuel 151
Victoria, Eladio 91
Vicuña Cifuentes 337
Vidal, Luis Felipe 91-92, 159-160
Vidal, Rafael 111

W

- Welles, Sumner 358
Williams (capitán) 96, 99, 115-116,
118
Wilson, Thomas Woodrow 53

Z

- Zamor, Charles 159
Zamor, Orestes, 159

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I. C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón. C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón. C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944.* C. T., 1949.

- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Alexander O. Exquemelin. Traducción de C. A. Rodríguez. Introducción de R. Lugo Lovatón. C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón. C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de Emilio Cordero Michel. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.

- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guri-di. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Textos selectos*. Pedro Francisco Bonó. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. (Coedición: Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo I. Raymundo González. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo II. Raymundo González. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Traducción e introducción del P. Jesús Hernández. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. (Coedición: Archivo Nacional de la República de Cuba). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*. José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*. Antonio Sánchez Hernández. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo I. José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo II. José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Martha Marina Ferriol Marchena, Olga María Pedierro Valdés, Marisol Mesa León, Mercedes Maza Llovet. (Coedición: Archivo Nacional de la República de Cuba). Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras –Negro–. Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos 1. Cartas insurgentes y otras misivas*, Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos 2. Artículos y ensayos*, Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Misceláneos, 1874-1898*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXII *Francisco Alberto Henríquez Vásquez: Radiografía de una vida. Testimonios orales, imágenes y documentos*. Pastor de la Rosa Ventura. Santo Domingo, D. N., 2009.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Textos selectos*. Pedro Francisco Bonó. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2009.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2009.

Esta primera edición de
Perlas de la pluma de los Garrido, de Edgar
Valenzuela, se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Editora Búho, C. por A., en el
mes de agosto del año 2009 y consta de
1000 ejemplares.

